

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON  
Secretaría Académica

**M8**

*Texto*  
y  
*Guía del Alumno*

ESPAÑOL, 2a. Edición, 1998

**Español**  
**E**

SECRETARÍA ACADÉMICA DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
SECRETARÍA ACADÉMICA DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIBLIOTECA

410  
0  
B  
.1

PC4  
U53  
199  
v.8  
pte



410  
0  
8  
1





## ÍNDICE

Introducción .....	4
<b>Unidad 1</b>	
<b>La variable sociedad en el texto literario .....</b>	<b>6</b>
La sociedad, origen y características .....	8
La sociedad y sus instituciones .....	8
La sociedad en el texto literario .....	10
"La ley de la vida" (Jack London) .....	11
"Paisaje con bicicleta" (Curzio Malaparte) .....	15
"Minué" (Guy de Maupassant) .....	17
"Campamento indio" (Ernest Hemingway) .....	21
"Dedicado al mar Egeo" (Masuo Ikeda) .....	28
Los escritores y la sociedad .....	29
Identificación de la variable sociedad en la obra literaria .....	33
Estrategia para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer .....	34
Estrategia para "Mi último reloj de oro macizo", de Tennessee Williams .....	36
Estrategia de comparación .....	37
Otras sugerencias de comparación .....	38
Algunos ejemplos de respuestas de "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer .....	38
"Dos metros de tierra" (Nadine Gordimer) .....	45
"Mi último reloj de oro macizo" (Tennessee Williams) .....	54
<b>Unidad 2</b>	
<b>La variable historia en el texto literario .....</b>	<b>62</b>
Introducción .....	64
El hecho histórico .....	64
Macrohistoria y Microhistoria .....	66
Formas de interpretar la historia .....	69
Determinación de la variable historia en el texto literario .....	74
Tematología. Tema: La guerra .....	77
Estrategias de lectoescritura	
1) "Esperando la muerte en un hotel" (Italo Calvino) .....	78
2) "El Cantar de Roldán" (Anónimo) .....	81
Comparación .....	83
"Esperando la muerte en un hotel" (Italo Calvino) .....	84
"El Cantar de Roldán" (Anónimo) .....	89
Lecturas complementarias	
"La sociedad feudal y la Edad Media" .....	165
"Crítica de la historia pragmática" .....	167
Bibliografía .....	172



FONDO  
UNIVERSITARIO

## Introducción

En el Curso 5, Español 3, tuviste la oportunidad de estudiar la obra literaria en sus aspectos axiológico, realista, los niveles de ficción y algunos rasgos del lenguaje literario a través de obras breves, con una selección de textos enfocados hacia autores hispanoamericanos y sobre todo nuevoleonenses.

En el Curso 8, Español 4, nos aproximaremos a obras literarias de la literatura mundial y de mayor extensión en un esfuerzo por ofrecer una visión más completa de esta expresión del hombre. Como resultaría muy difícil en un módulo de cuarenta horas cubrir toda la literatura mundial, se estudiarán tanto autores del pasado como del presente, pero sin ceñirnos a un género específico y sin tratar de cubrir toda la historia de la literatura mundial, lo que resultaría imposible.

La aproximación al texto literario puede hacerse de diversas maneras. Las más utilizadas en el nivel medio superior durante los últimos treinta años han sido las circunscritas a la historia de la literatura, donde se ven sólo fragmentos, la de los géneros literarios, de las escuelas y corrientes artísticas o vanguardismos, aunque hay muchas otras formas de analizar el texto literario.

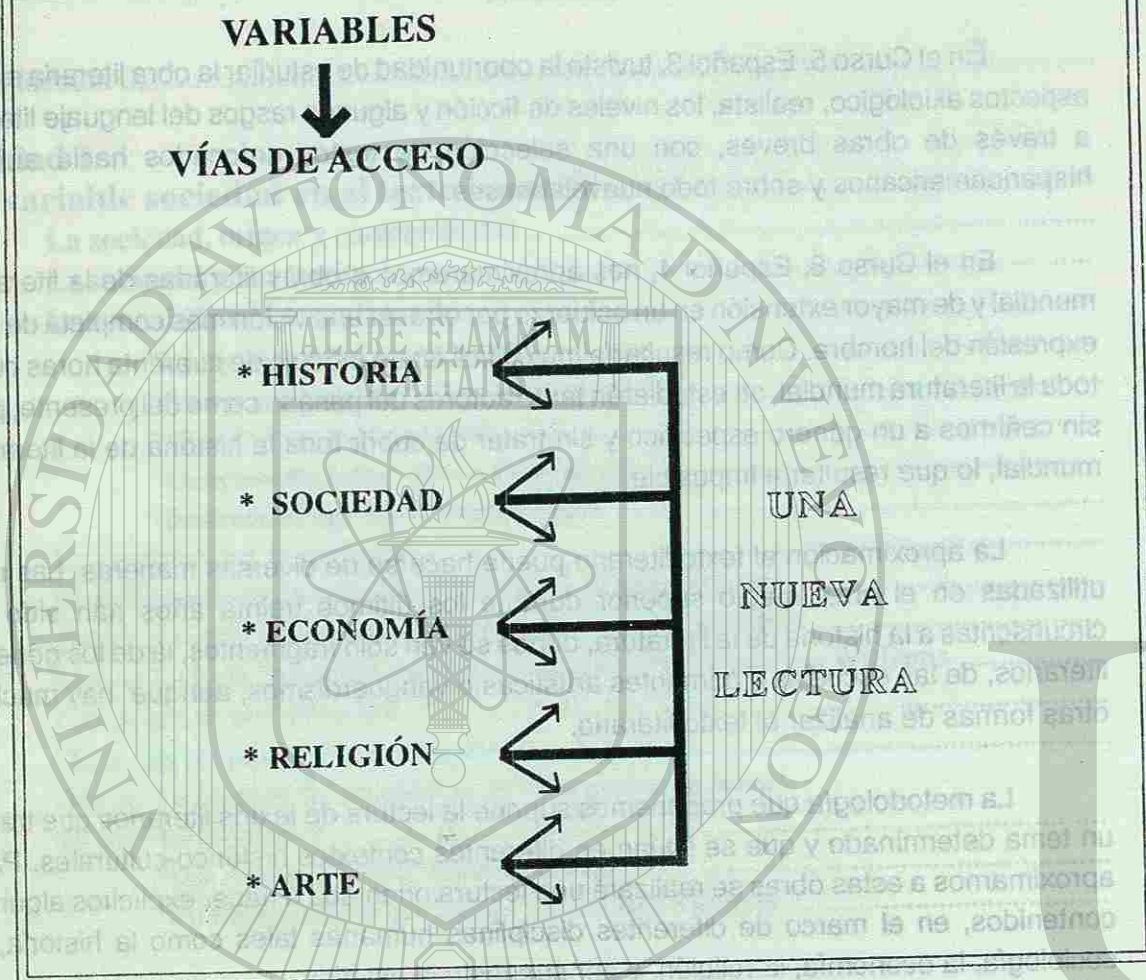
La metodología que proponemos supone la lectura de textos literarios que tratan un tema determinado y que se sitúan en diferentes contextos histórico-culturales. Para aproximarnos a estas obras se realizará una lectura orientada a hacer explícitos algunos contenidos, en el marco de diferentes disciplinas humanas tales como la historia, la sociología, la economía, la religión y por supuesto la estética.

Las disciplinas mencionadas serán consideradas como el fundamento teórico de las variables que contribuirán a explicitar la interpretación del texto y el diverso tratamiento que un mismo tema puede presentar en diferentes épocas y sociedades.

La metodología propuesta supone dos ejes: **las variables y la tematología.**

Las variables seleccionadas son: **la sociedad, la historia, la economía, la religión y el arte.** Aparte de los marcos teóricos de las disciplinas a las que pertenecen las variables, éstas se remiten a la metodología de procesos, en donde es importante el producto, pero lo es tal vez más el proceso que se desarrolló para obtenerlo. Las variables son vías de acceso para la lectura del texto, un mismo texto puede explicarse de diferentes maneras de acuerdo con la variable seleccionada, ya que ésta permite distinguir las características de la obra estudiada para posteriormente compararla y contrastarla con otra obra de diferente época.





Al aplicar la variable en una obra determinada la atención se centra en los aspectos que cubre dicha variable, si es historia o religión, por ejemplo, la lectura se amplía ya que hay la necesidad de realizar procesos de investigación y así se tiene una lectura distinta y más completa.

Una lectura por variables permite una lectura interdisciplinaria, además de promover la investigación. Cada variable nos permite pensar en un aspecto diferente del texto, permite organizar la observación, guiar el proceso de comparación y el establecimiento de las relaciones; es la base para la identificación de las características generales y particulares del texto.

El otro eje es el temático que tiene sus raíces en algunos aspectos de la literatura comparada. Esta propuesta nos permitirá acercarnos a los textos literarios a partir de los temas que tratan, mismos que pueden aparecer en obras de diferentes épocas históricas en el contexto de la literatura mundial.

**ENFOQUE TEMATOLÓGICO**  
(Literatura comparada)

↓

Desplazamiento por épocas,  
autores  
estilos  
a partir de un tema

- ↓
- \* Comparar
  - \* Analizar
  - \* Argumentar
  - \* Desarrollar el juicio crítico

La temología propone seleccionar un tema dado para estudiarlo en una obra literaria actual o lo más cercano posible a nuestro tiempo. Posteriormente se estudiará el mismo tema en una obra antigua, puede ser del Renacimiento, Edad Media, o simplemente de una época diferente a la de la obra literaria moderna y de ser posible de origen y nacionalidad distintos. De esta manera el estudiante se desplazará en una línea diacrónica en la historia, pues leerá obras de diferentes épocas. Después de analizarlas, volverá a las variables. La obra literaria estudiada de esta forma permite una lectura de ampliación, que promueve una comprensión más profunda del texto, una manera más dinámica de desarrollo, propicia la investigación interdisciplinaria, es un punto de partida para la reflexión del estudiante y permite también que éste relacione lo estudiado con su situación actual.

Creemos que esta propuesta de estudio contribuirá a la formación integral del estudiante en sus aspectos intelectual, social y profesional, ya que en todo momento podrá externar juicios críticos respecto a los temas analizados y promoverá la puesta en práctica de los valores propuestos en el Módulo 5 de Español: defender su punto de vista con argumentaciones, externando sus opiniones en una forma lógica y bien fundamentada. De esta manera estamos seguros que los estudiantes serán más críticos y analíticos, además de estar más comprometidos con su entorno social y mundial.

**COMITÉ DE ESPAÑOL**

Lic. Socorro Imelda Balderas Puente  
Lic. Delia Cristina Hinojosa Vielmeg  
Lic. Nora J. Medina Pedraza  
Lic. Hermelinda Nava Ramírez  
Lic. María del Carmen Roque Segovia  
Lic. Celia Nora Salazar Garza

Asesor:

Lic. Fidel Chávez Pérez





## Unidad 1

### La variable sociedad en el texto literario

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

### LA VARIABLE SOCIEDAD EN EL TEXTO LITERARIO

#### OBJETIVOS:

#### Que el alumno:

- Explique la variable sociedad, a partir de definiciones generales.
- Distinga en los textos literarios los conceptos de familia, estado, iglesia y cultura como conceptos macrosociales básicos.
- Identifique la variable sociedad y las instituciones microsociales en textos literarios.
- Confronte los elementos básicos de la sociedad de diferentes épocas.
- Compare un tema dado según su desarrollo en obras literarias de diferentes épocas utilizados en los textos literarios.
- Investigue en libros de consulta las instituciones microsociales y macrosociales mencionadas en la obra literaria.
- Valore a la lectura interdisciplinaria como un mejor método para la comprensión de la obra literaria.
- Interprete denotativa y connotativamente el texto literario.
- Elabore un comentario donde utilice la información investigada en relación con la obra literaria.
- Relacione los temas estudiados con su realidad.





## LA SOCIEDAD: ORIGEN Y CARACTERÍSTICAS

Al observar nuestro planeta nos maravillamos ante las diversas manifestaciones de la naturaleza, la evolución de las especies se ha desarrollado durante millones de años y al estudiarlas se puede aseverar que el fundamento natural de la sociedad es biológico: el hecho de la reproducción de las especies.

El aspecto biológico dio origen a la conformación de la familia y las necesidades que surgieron de la interacción del grupo familiar fueron la supervivencia manifestada a través de actitudes defensivas y protectoras de las crías y del grupo, además de su manutención.

En este devenir de las especies, cabe hacer la distinción entre los animales y el "homo sapiens". Las agrupaciones de animales que pudieran considerarse como sociedades realizan sus funciones por instinto; si se observa su estructura como sociedad animal se puede constatar que no hay un gran cambio entre las hormigas de hace varios siglos y las actuales. En cambio el hombre se agrupa no solamente con fines de reproducción y en su evolución ha sufrido cambios notables, como por ejemplo el caminar de manera erecta, o el de cambiar sus funciones de cazador nómada en agricultor sedentario. Las agrupaciones animales por lo general tienen como meta la reproducción biológica, las sociedades humanas añaden a este anhelo el de otros intereses entre los que se pueden mencionar el religioso, el artístico y la expresión de sus deseos y pensamientos mediante el lenguaje articulado.

En la evolución de la especie humana, hubo la necesidad de formular leyes que rigieran la conducta de los individuos y del grupo, es así como surgió la idea de ESTADO que controla las normas jurídicas, políticas y económicas.

### LA SOCIEDAD Y SUS INSTITUCIONES

La sociedad es una complicada red de contactos humanos que oscilan desde el grupo mínimo, que es conformado por la pareja matrimonial, hasta la sociedad de las naciones que se preocupan por la paz, el progreso y la estabilidad mundiales.

Para facilitar el estudio de la sociedad llamaremos macrosociales a los conceptos que engloban en su seno la interacción y el rol que desempeñan los hombres según los intereses del grupo. Los conceptos macrosociales básicos son: LA FAMILIA, EL ESTADO, LA IGLESIA Y LA CULTURA. Los aspectos microsociales son los que se desarrollan dentro del ámbito macrosocial.

La familia se manifiesta de diferentes formas, dos muy repetidas a lo largo de la historia son la monogamia, que como su etimología lo dice, el lazo familiar une a la pareja conformada por dos cónyuges y su atención e interés está destinado solamente a un individuo y por otra parte, la poligamia, que establece la relación de un hombre con varias mujeres o viceversa. En la familia monogámica, que es la imperante en la sociedad occidental, se circunscribe un entramado de relaciones de parentesco: bisabuelos, abuelos, padres, hijos, nietos, bisnietos, hermanos, tíos, primos, sobrinos y las relaciones políticas que conllevan nuera, yerno, entre otras. El concepto macrosocial es la familia y los microsociales el tipo de familia, la manera en que está integrada, las relaciones de parentesco por línea directa o política, el divorcio y sus implicaciones, la viudez, las madres solteras, entre muchos aspectos más.

Otra de las instituciones sociales básicas es el Estado, que puede haber llevado numerosos nombres a lo largo de la historia humana como son: reino, feudo, emirato, república. Cada uno de estos nombres conlleva formas de relación, organización y características especiales. El concepto de estado es el encargado de organizar sus componentes, en primera instancia el sistema político que rige el desarrollo y determina por lo general al sistema económico y al sistema educativo. Un elemento muy importante en la estructuración del estado lo es la LEY, que determina cuáles son las funciones permitidas en la sociedad y en que circunstancias puede sancionar y castigar a los individuos que no observen las normas legales, políticas, económicas y educativas. El estado regula también el sistema militar, que tiene a su cargo la protección de la sociedad y de sus dirigentes. El concepto macrosocial es el estado y los microsociales los sistemas que lo componen: político, militar, económico, educativo y las leyes que los rigen.

La Iglesia es una institución fundamental en la conformación de algunas sociedades, permite las actividades religiosas que encauzan las inquietudes e intereses espirituales del ser humano. LA RELIGIÓN se ha manifestado de muy diversas maneras, pero citaremos dos formas que han destacado a lo largo de la historia: la monoteísta y la politeísta.

Un ejemplo de esta última es la religión griega antigua que implica la existencia de numerosos dioses divididos en mayores y menores, el padre de todos ellos es Zeus. Como ejemplo de religión monoteísta está el cristianismo, que se ha difundido mediante sus diferentes formas: catolicismo y protestantismo, entre otras. La religión, por una parte explica el origen del hombre y el sentido de la existencia, y por otra es el punto de partida para las normas morales del grupo humano donde surgió. Aunque esto último no ocurre siempre porque en ciertos grupos humanos la moral es de origen laico. El concepto macrosocial es la iglesia, el microsociales es el tipo de religión y sus costumbres o las manifestaciones de tipo moral.

La cultura es una institución macrosocial que constituye el resumen de todas las actividades humanas en una sociedad, abarca las formas microsociales desde las más sofisticadas como el ARTE, hasta las de distribución del trabajo, la manera de determinar la propiedad -privada o colectiva-, el tipo de educación, y las costumbres -manera de vestirse, adomarse, de mirar, de tocarse, de hablar-. La cultura se manifiesta también en algo tan cotidiano como la alimentación, por ello a lo largo de la historia y de acuerdo con los alimentos básicos utilizados por el pueblo se ha hablado de la cultura del trigo -pueblos europeos-, la cultura del arroz -pueblos asiáticos- y la cultura del maíz -pueblos americanos-.

A través de las instituciones sociales como el matrimonio y la familia, confluyen aspectos religiosos, civiles, morales, socioeconómicos, sentimentales e incluso raciales.

La humanidad en todo el mundo es una unidad biológica, las diferencias existentes entre los diversos estados o países son culturales: costumbres, creencias, normas legales, creaciones artísticas. No obstante la unidad biológica, existe una diferencia fundamental entre los seres humanos, la RAZA, que se basa en las características de la forma y color de la piel, cabello y ojos, la forma y tamaño de la cabeza, cuerpo y extremidades; el factor racial es un aspecto que origina numerosos conflictos sociales, como el sistema de castas en la India, el concepto de razas superiores -aria- y razas inferiores -negros, indígenas- y el fenómeno de la esclavitud humana.

Al evolucionar el hombre y la sociedad, se realiza un progreso por etapas que señalan el triunfo del hombre sobre la naturaleza y el dominio de su medio ambiente. Al estudiar la evolución del ser



humano se repasa también la evolución de la sociedad, que como institución puede definirse así:

**La sociedad es una comunidad integrada por seres humanos que manifiestan entre sí relaciones complejas promovidas por intereses diversos.**

Las características esenciales de las sociedades son:

- Tener voluntad de vivir en grupo
- Poseer intereses comunes
- Proporcionar servicio recíproco

La sociología es la ciencia que estudia a la sociedad en su conjunto, sus características y sus problemas. Aunque desde tiempos remotos autores como Platón y Aristóteles ya planteaban la descripción de la sociedad, el estudio de esta institución a través de la sociología aparece en el siglo XIX. La producción y evolución de los sistemas sociales han sido estudiadas por diferentes teóricos que se mencionan a continuación.

Teorías evolucionistas primarias: August Comte, Ferdinand Tönnies, Herbert Spencer. Teoría evolucionista durkheimiana. Teoría evolucionista marxiana. Neoevolucionismo de Talcott Parsons, entre otros.

Cada uno de los autores mencionados postula una teoría con aspectos comunes a las otras, pero también con propuestas específicas que son las que hacen constituirse en un nuevo modelo de evolucionismo.

La evolución de la naturaleza y del universo se da en forma progresiva, constante, debe circunscribirse al hombre dentro de la naturaleza, no fuera de ella, de otra manera no formaría parte de esa progresión, de ese cambio. En la evolución de las especies ocurren cambios biológicos y psicológicos, en ocasiones es el medio -el clima, la geografía entre otros- el que origina esos cambios, causa la desaparición de algunas especies e impone patrones de conducta entre los supervivientes. Cabe señalar que la especie que ha transformado drásticamente el medio ambiente donde habita es el ser humano, en algunas ocasiones para mejorar, pero en muchas otras actúa como depredador de su planeta, causando de esta manera su propia destrucción.

### LA SOCIEDAD EN EL TEXTO LITERARIO

Una de las manifestaciones culturales más antiguas lo es la obra literaria, tanto en Oriente -China, India- como en Occidente -Grecia, Roma- se pueden encontrar expresiones orales y escritas que demuestran su existencia.

Cada obra literaria, por muy irreal o fantástica que parezca, remite al ser humano y a las circunstancias que lo rodean que, a su vez, reflejan el propósito de su autor y en ocasiones de la época a la que representan ambos. No siempre la obra refleja la época a la que pertenece el escritor o la sociedad a la que pertenece, como ejemplo se presenta el cuento **"La ley de la vida"** de Jack London (1876-1916) famoso escritor norteamericano que relata en su texto las costumbres primitivas de los hombres que habitan en Yukón.

## La ley de la vida

Jack London

El viejo Koskoosh escuchaba ávidamente. Aunque hacía tiempo que su vista se había debilitado, su oído seguía siendo agudo, y hasta el más ligero de los sonidos penetraba en la inteligencia vacilante que aún moraba tras la frente marchita, pero que ya no miraba a futuro las cosas del mundo. ¡Ah! Ésa era Sit-cum-to-ha maldiciendo con voz chillona a los perros mientras a manotazos y golpes los hacía entrar en los arneses. Sit-cum-to-ha era la hija de su hija, pero estaba demasiado ocupada para desperdiciar un pensamiento en su desmoronado abuelo, sentado allí solo en la nieve, olvidado e inerte. Era necesario levantar el campamento. La larga senda aguardaba a la vez que el corto día se rehusaba a quedarse. La vida la llamaba, y los deberes de la vida, y no la muerte. Y él estaba muy próximo ya a la muerte.

El pensamiento hizo que el anciano tuviera pánico por un momento, y estiraba una mano insegura que exploró temblorosa el montoncito de leña seca que él tenía al lado. Tranquilizada de que en verdad lo tenía allí, la mano regresó al abrigo de las pieles sarnosas, y él volvió a escuchar. El chasquido murrio de las pieles semicongeladas indicaba que habían golpeado el alojamiento de piel de alce del jefe, y que incluso ya lo doblaban y apretaban en un bulto portátil. El jefe era su hijo, fornido y vigoroso, cabeza de la tribu y un cazador poderoso. Mientras las mujeres se afanaban con el equipaje del campamento, la voz de él se elevó, reprendiéndolas por su lentitud. El viejo Koskoosh tensó sus oídos. Era la última vez que la oiría. ¡Ya desmontaban la vivienda de Geehowh! ¡Y la de Tusken! Siete, ocho, nueve; sólo podía estar de pie la del shamán. ¡Y ahora ésta! Ya se dedicaban a ella. Oyó al shamán gruñir mientras la apilaban en el trineo. Un niño gimoteó, y una mujer lo calmó con sonidos guturales suaves y melódicos. El pequeño Koo-tee, pensó el anciano, un niño inquieto y no lo bastante fuerte. Tal vez pronto moriría y tras derretir un agujero en la tundra helada amontonarían piedras encima para mantener alejados a los glotones. Bueno ¿qué importancia tenía? Unos cuantos años a lo mejor de los casos, y en todos ellos la barriga igual llena que vacía. Y al final esperaba la Muerte, siempre hambrienta y la más hambrienta de todos.

¿Qué era eso? Ah, los hombres atando los trineos y atirantando las correas. Así escuchó quien ya no oiría más. Los látigos gruñeron y mordieron entre los perros. ¡Oiganlos gemir! ¡Cómo odiaban el trabajo y la senda! ¡Partían! Uno tras otro los trineos desaparecieron lentamente en el silencio. Se habían ido. Salían de su vida y se enfrentó solo a la amarga hora última. No. La nieve crujió bajo un mocasín; un hombre estaba a su lado; sobre su cabeza se posó con suavidad una mano. Era bondadoso de su hijo al hacer esto. Recordó otros ancianos cuyos hijos no habían esperado tras irse la tribu. Pero su hijo sí. Se perdió en el pasado, hasta que la voz del joven lo trajo de vuelta.

-¿Todo bien con usted?-preguntó.

Y el anciano respondió: "Todo bien".

-Hay leña a su lado -continuó el joven-, y el fuego arde vivo. La mañana está gris y ha comenzado el frío. Pronto nevará. Incluso ya comenzó a nevar.

- Así es, ya comenzó a nevar.

- Los tribeños tienen prisa. Sus fardos son pesados y sus estómagos están planos por falta



de comida. El camino es largo y viajan rápido. Me voy. ¿Es justo?

- Es justo. Soy como una hoja del año anterior, que apenas se sostiene del tallo. La primera brisa que sopla, y caigo. Mi voz parece ya la de una anciana. Mis ojos no señalan ya la ruta a mis pies, y mis pies están pesados y yo cansado. Es justo.

Inclinó la cabeza satisfecho hasta que el último ruido de la nieve quejumbrosa hubo muerto, y supo que su hijo estaba más allá de todo llamado. Entonces su mano se arrastró con prisa hasta la leña. Era lo único que se interponía entre él y la eternidad que abría la boca por encima de él. Al fin, la medida de su vida era aquel puñado de ramas. Una a una irían a alimentar el fuego y justo así, paso a paso, la muerte se acercaría a hurtadillas. Cuando la última rama rindiera su calor, la helada comenzaría a ganar en fuerza. Primero se rendirían los pies, luego las manos, y el entumecimiento pasaría, con lentitud, de las extremidades al cuerpo. La cabeza se abatiría sobre las rodillas, y él descansaría. Era fácil. Todos los hombres han de morir.

No se quejó. Así era la vida, y era justa. Había nacido cerca de la tierra, cerca de la tierra había vivido, y por tanto la ley no le era nueva. Era la ley de todo cuerpo. La naturaleza no se mostraba amable con la carne. Ninguna preocupación tenía por esa cosa concreta llamada el individuo. Su interés estaba en la especie, en la raza. Era la abstracción más profunda que podía captar la mente bárbara de Koskoosh, pero se asió de ella firmemente. La veía ejemplificada en toda vida. El nacimiento de la savia, el verdor estallante del sauce al florecer, la caída de la hoja amarilla, allí quedaba expresada toda la historia. Pero la Naturaleza sí imponía una tarea al individuo. De no cumplirla, moriría. Si la cumplía, daba igual, pues también moría. A la naturaleza no le importaba, pues abundaban los que eran obedientes, y en este caso era la obediencia, y no el obediente, lo que vivía y vivía para siempre. La tribu de Koskoosh era muy antigua. Los ancianos que conoció de muchacho habían conocido ancianos anteriores a ellos. Por tanto, era cierto que la tribu vivía, que se conservaba por la obediencia de sus miembros, hasta perderse en el ayer olvidado, miembros cuyas tumbas nadie recordaba. No contaban; eran episodios. Habían desaparecido como nubes en un cielo de verano. También él era un episodio y desaparecía. La naturaleza no se interesaba. A la vida le imponía una tarea, le daba una ley. Perpetuarse era la tarea de la vida, y su ley la muerte. Una doncella era una criatura buena de ver, con los pechos plenos y firmes, el paso elástico y luminosos los ojos. Pero su tarea estaba por delante. La luz brillantada en los ojos, el paso avivado, se mostraba con los muchachos ahora atrevida y después tímida, y les transmitía la inquietud que ella sentía. Y cada vez era más bella y más bella de mirar, hasta que algún cazador, incapaz de contenerse, la llevaba a su vivienda para que cocinara y trabajara para él y fuera la madre de sus hijos. Y con la llegada de los vástagos perdía la belleza. Sus miembros se arrastraban y movían penosamente, tenía los ojos opacados y lagañosos, y sólo los pequeños hallaban contento en apoyarse en las mejillas rugosas de la anciana sentada junto al fuego. La tarea estaba cumplida. Sólo un breve tiempo y al primer apretón del hambre o ante el primer viaje largo, la dejarían detrás, tal como a él lo habían dejado, en la nieve, con un montoncito de leña. Ésa era la ley.

Acomodó cuidadosamente una rama en el fuego y reanudó sus meditaciones. Lo mismo ocurría en todos los sitios, con todas las cosas. Los mosquitos desaparecían en la primera helada. La ardilla de los árboles se apartaba para morir. Cuando la vejez llegaba al conejo, éste era lento y pesado y no podía ya adelantarse a sus enemigos. Incluso el enorme oso terminaba en torpe y ciego y peleonero y, al final, lo derribaba un puñado de perros gañidores. Recordó cómo un invierno, el invierno anterior a que el misionero viniera con sus libros parlantes y su caja de medicinas, él había abandonado a su padre en la parte norte del Klondike. Muchas veces había chascado Koskoosh los labios al recordar aquella caja, aunque ahora su boca se rehusaba a humedecerse. Fue en especial

sabroso el "matadolores". Pero a fin de cuentas el misionero fue una molestia, porque no traía carne al campamento, y comía con apetito, haciendo gruñir a los cazadores. Pero se le congelaron los pulmones en la divisoria del Mayo, y más tarde los perros quitaron las piedras y se pelearon por los huesos.

Koskoosh colocó otra rama en el fuego y exploró mucho más en el fondo del pasado. Hubo aquella época de gran hambre, cuando los ancianos acuchillados junto al fuego, con los estómagos vacíos, dejaban caer de los labios imprecisas tradiciones venidas de días remotos, cuando el Yukón fluyó por tres inviernos y luego se congeló por tres veranos. Había perdido a su madre en aquella hambre. En el verano no aparecieron los salmones, y la tribu comenzó a esperar el invierno y la llegada de los caribúes. Y luego llegó el invierno, pero no los caribúes. Nunca se había visto nada semejante, ni siquiera en la existencia de los ancianos. Pero el caribú no vino, y era el séptimo año, y los conejos no se habían reproducido y los perros no eran sino costales de huesos. Y a lo largo de aquella larga oscuridad los niños lloraban y morían y las mujeres también, y los ancianos; y en la tribu ni uno de cada diez vivió para ver el sol cuando volvió en la primavera. ¡Aquella fue hambre!

Pero también había conocido épocas de abundancia, cuando la carne se echaba a perder en las manos, los perros estaban gordos y para nada servían de tanto comer; épocas en que dejaban ir la caza sin matarla, las mujeres eran fértiles y las viviendas estaban atiborradas de hambrecillos y mujercitas que andaban a gatas. Fue entonces que les creció el estómago a los hombres, y revivieron viejas rencillas, y cruzaron la frontera del sur para meter pellicies, y la del oeste para poder sentarse en los fuegos apagados de los tananas. Recordó que el muchacho, durante una época de abundancia, vio a un alce derribado por unos lobos. Zing-ha, yacía con él en la nieve y observaba; Zin-ha, que después sería el más experto de los cazadores y que, al final, cayó por un respiradero del Yukón. Lo encontraron, un mes más tarde, congelado en el hielo cuando a medias había salido arrastrándose.

Pero aquel alce. Zin-ha y él salieron aquel día y jugaron a ser cazadores, a imitación de sus padres. En el lecho del arroyo descubrieron el rastro reciente de un alce, y también las huellas de muchos lobos. "Un alce viejo", dijo Zing-ha, quien era más vivo en leer las señales, "un alce viejo que no puede mantenerse al paso del rebaño. Los lobos lo separaron de los demás, y ya no lo dejarán en paz". Y así fue. Era su costumbre. De día y de noche, sin descanso, gruñendo cerca de sus pezuñas, lanzándole mordiscos al hocico, estarían junto a él hasta el final. ¡Cómo se avivó en Zing-ha y en él el ansia por la sangre! ¡El final sería algo digno de ver!

Con pies impacientes se supieron en la senda e incluso él, Koskoosh, lento de vista y rastreador inexperto, podía haberla seguido a ciegas, de tan ancha que era. Cómo iban próximos a la caza, leyendo a cada paso la torva tragedia, recién escrita. Llegaron entonces a donde el alce había presentado resistencia. En toda dirección, tres veces el largo del cuerpo de un hombre adulto, habían pisoteado y removido la nieve. En medio, las huellas profundas de los cascos hendidos de la caza, y todo alrededor las huellas más ligeras de los lobos. Algunos, mientras sus hermanos acosaban a la presa, habían quedado a un lado, descansando. El molde de sus cuerpos totalmente tendidos era tan perfecto en la nieve como si hecho el momento anterior. Un lobo fue sorprendido en una embestida violenta de la víctima enloquecida y pisoteado hasta la muerte. Unos cuantos huesos, quebrados, eran testimonio de lo ocurrido.

Una vez más, detuvieron el movimiento de sus raquetas de nieve en un segundo punto. Aquí, el gran animal había luchado desesperadamente. Dos veces lo habían derribado, como lo atestiguaba la nieve, y dos veces se había librado de sus asaltantes y puesto de pie una vez más. Había terminado su tarea mucho tiempo atrás, y no obstante amaba la vida. Zing-ha dijo que era un caso extraño; que una vez derribado un alce volviera a levantarse, pero éste de seguro lo había hecho. El



shamán encontraría señales y motivos de admiración en esto cuando se lo contaran.

Y una vez más llegaron donde el alce había intentado subir por la ribera y alcanzar el bosque. Pero sus enemigos habían descargado golpes desde atrás, hasta que él reculó y cayó sobre ellos, aplastando a dos hasta dejarlos enterrados en la nieve. Se veía con claridad que la muerte estaba cerca, pues sus hermanos los habían abandonado sin tocarlos. Pasaron de prisa dos puntos de resistencia más cercanos en tiempo y muy próximos. Ahora el rastro era rojo, y el paso desembarazado de la gran bestia se volvía torpe y corto. Entonces oyeron los primeros sonidos de la batalla: no el coro a garganta plena de la persecución, sino los ladridos cortos y secos que hablaban de cercanía y de dientes clavados en la carne. Arrastrándose en dirección contraria al viento, Zing-ha se había deslizado por la nieve y a su lado él, Koskoosh, que en años futuros sería jefe de la tribu. Juntos apartaron las ramas inferiores de un abeto joven y miraron. Lo que vieron fue el final.

La imagen, como todas las impresiones de juventud, seguía firme en él, y sus ojos débiles observaron el desenlace tan vívidamente como en aquella época lejana. Koskoosh se asombró de esto, porque en los días que vinieron después, cuando fue caudillo de hombres y cabeza de consejo, había llevado a cabo grandes hechos y vuelto su nombre una maldición en las bocas de los pellics, para nada decir del extraño hombre blanco que mató en lucha franca, cuchillo contra cuchillo.

Por largo tiempo reflexionó sobre los días de su juventud, hasta que el fuego disminuyó y el frío mordió más adentro. Esta vez lo alimentó con dos ramas, y calculó su asidero a la vida por lo que quedaba. Si Sit-cum-to-ha hubiera recordado a su abuelo y reunido una brazada mayor, más numerosas serían sus horas. Habría sido fácil. Pero siempre fue una muchacha descuidada, y no había honrado a sus ancestros desde el momento en que Castor, hijo del hijo de Zing-ha, por primera vez puso los ojos en ella. Sin embargo ¿qué importaba? ¿No había hecho él lo mismo en su inquieta juventud? Por un rato escuchó el silencio. Tal vez el corazón de su hijo se ablandara, y volviera con los perros para llevar a su anciano padre a la tribu, allí donde era numeroso el caribú de grasa abundante.

Esforzó los oídos, su inquieto cerebro tranquilo por el momento. Ni una vibración, nada. Sólo él respirando en medio del gran silencio. Estaba muy solitario. ¡Escucha! ¿Qué es eso? Por su cuerpo pasó un estremecimiento. El aullido familiar e interminable rompió el vacío, y ocurría muy cerca. Entonces en sus ojos apagados se proyectó la visión del alce -del anciano alce-, los flancos desgarrados y los costados ensangrentados, la crin destrozada y los grandes cuernos ramificados abatidos, embistiendo hasta el final. Vio las rápidas formas grises, los ojos destellantes, las lenguas colgando y los colmillos babeantes. Y vio cómo el círculo inexorable se cerraba hasta volverse un punto negro en medio de la nieve pisoteada.

Un morro frío tocó su mejilla, y el contacto hizo que su espíritu saltara al presente. Su mano cayó sobre el fuego y sacó una rama encendida. Vencida momentáneamente por su miedo hereditario al hombre, la bestia retrocedió, lanzando un llamado prolongado a sus hermanos, que respondieron con avidez, hasta que alrededor hubo un anillo gris asechante y de fauces baboseantes. El anciano escuchó cómo el círculo se cerraba. Moviéndose con violencia su tizón, y las oliscadas se volvieron gruñidos; pero las bestias acechantes se rehusaban a dispersarse. Ahora una se arrastraba sobre el pecho, las ancas a remolque, y luego una segunda y una tercera, y jamás ninguna de ellas retrocedía. ¿Por qué afianzarse a la vida?, preguntó, y dejó caer en la nieve la rama flameante que chisporroteó y se apagó. El círculo gruñó inquieto, pero sin ceder. Koskoosh volvió a ver la última resistencia del viejo alce, y dejó caer cansadamente la cabeza sobre las rodillas. Después de todo ¿qué importaba? ¿No era la ley de la vida?

El cuento relata una circunstancia existencial que no pertenece ni a la época ni a la sociedad de su autor, refleja un sentido de la vida en donde los ancianos entienden su edad como el fin lógico y natural, justifican y comprenden el comportamiento de los jóvenes, están dispuestos a dejarles vivir sin culpas o recriminaciones y se dejan morir, en lugar de luchar hasta el último minuto por su vida. Todo lo anterior refleja las costumbres de esa sociedad, considerada primitiva por algunos.

La evolución social que conlleva el cambio y la transformación de los gustos, los intereses y las modas de las diferentes épocas, ha sido utilizado en las obras literarias de numerosos escritores. A continuación se presentan dos cuentos que ejemplifican lo anterior.

"Paisaje con bicicleta", de Curzio Malaparte, escritor italiano (1898-1957).

## Paisaje con bicicleta

Curzio Malaparte

Mi padre y mi madre se encontraron por primera vez poco después de 1890, sobre un fondo móvil y variado de sombrillas de sol, de chisteras, de cuellos altos, de árboles, los árboles de las Granjas, y era un domingo de junio, al atardecer. La banda municipal, con bicornios de plumas revoloteantes, instalada en los peldaños de un anfiteatro de madera tocaba lentos vales vieneses, y entre las mesitas y las sillas de hierro, entre los árboles de las avenidas, caminaban ocultas hasta la cintura por los setos de mirtos, las hermosas florentinas, con los brazos enguantados de negro hasta el codo, y la garganta recogida por una alta gorguera de encaje.

Eran mujeres orgullosas y melancólicas. En las venas de los brazos, en el punto donde terminaba el guante de blonda negra y comenzaba sobre la piel blanquísima el reluciente juego de codos, ocultaban collares de conchas rosadas enfiladas en una cinta de terciopelo verde, recuerdo del último verano pasado en Viareggio o en Livorno: era el zumbido marino de aquellas conchas lo que hacía tan musical el latido de sus venas. Unas veces tentadas y otras vencidas por la perezosa caricia de los largos boas blancos enroscados en torno al cuello y a los hombros, con las manos ocultas en manguitos de tul con cintas colgantes, las bellas florentinas caminaban con los ojos cerrados al encuentro de oficiales de altos kepis, con las mangas adornadas con arabescos de plata, con nerviosos y soberbios bigotes, otras casas, otros hombres, otras montañas: pero más recargadas de tintas, más románticas, árboles de grandes copas nocturnas, húmedos valles negros de vegetación, montes cortados de luces y de sombras violentas, cielos removidos por altísimos vientos. El paisaje, en suma, del siglo XVIII fundido con el del XIX: lleno de movimiento romántico, poseído por una naturaleza más selvática y enérgica, que revelaba una moral entregada a las transformaciones repentinas y arbitrarias, a las negaciones y a las afirmaciones categóricas, intransigente en cuanto a las ideas, corrompidísima en cuanto a las costumbres.

Diríase que el paisaje de aquel final del siglo XIX, aun copiando fielmente el antiguo, del cual era hijo legítimo, había tomado de él los perfiles y las formas, pero no los tonos, los colores, los acentos, ni heredado sus maneras, sus perspectivas: como si se hubiera reconciliado con algo que estaba en él y fuera de él, descansado, reposado en las antiguas razones y en los antiguos pretextos, como una riada, que, pasada la primera y terrible furia, se tranquiliza, se adapta nuevamente a las antiguas riberas, al antiguo lecho, corriendo más suave y más clara a medida que se siente más próxima a la desembocadura.



Parecía que la naturaleza se hubiera reconciliado con los hombres. Diríase que en un tiempo se replegaba en sí misma, se apagaba con una ironía un poco cansada, un escepticismo de gran señor, el cinismo de la naturaleza que se contenta consigo misma, que en un fin de sí misma. Pero ahora todo aparecía más humano, más civilizado, como si la naturaleza hubiera aceptado la moral de los hombres.

El ferrocarril, que los grandes duques habían inaugurado con gran derroche de luminarias, de chisteras y de discursos, como si se tratara de una cosa nueva, nunca vista (y en esto llevaban un poco de razón) de una novedad capaz de conmover el siglo, de llevar las luces de la ciencia hasta las aldeas más perdidas y los caseríos más alejados, y tan extraordinaria que a la Toscana le costaría trabajo aceptarla, acostumbrarse a ella, el ferrocarril, digo, había acabado por convertirse, poco a poco, en un elemento familiar del paisaje. A las calesas, a las tartanas, a las diligencias, a los carros, a las carretas, se había sumado el tren. Un vehículo más. El silbido de los trenes arañaba, sin resquebrajarlo, el verde de los campos y la paz de los montes. Aquel pitido, que en un principio había parecido un son extraño, había acabado por convertirse en un sonido como los demás, como el relincho, el mugido, el gruñido, el ladrido. La voz de un animal cualquiera.

Por otros elementos acudían a fundirse poco a poco con el paisaje. En las ventas campestres, en los cafés de provincia, comenzaban a aparecer las primeras gaseosas, los primeros sifones de agua de seltz, y en un rincón, sobre una mesita cubierta por un tapete verde de largas franjas desteñidas, la bocina enorme de los primeros gramófonos. Señales mucho más extraordinarias que el tren, envejeciendo desde hacía tiempo, convertido ahora en un muelle familiar. Y esos eran los indicios de una profunda metamorfosis de naturaleza moral y social, más que mecánica. Denunciaban la aparición de un elemento nuevo no sólo en la técnica, sino en la conciencia de los hombres.

Ya algunos años antes, en 1889, la Torre Eiffel de París había conseguido inquietar los espíritus. Y he aquí que ahora la bicicleta de mi padre, la primera auténtica bicicleta aparecida en Florencia y en Prato, llevaba a lo más profundo del Val di Bisenzio el anuncio de una inquietud, que hasta los más ciegos y los más inconscientes habían presentido oscuramente desde hacía tiempo. Grupos de obreros, de artesanos, de campesinos, se amontonaban con suspicacia en torno a la Phaenomen de mi padre, que explicaba orgulloso su mecanismo. Mi padre era un auténtico pionero, el pionero de una nueva civilización. Había llevado a Prato los primeros telares mecánicos, dedicándose a convertir los carreteros, los artesanos, los campesinos, los ladrones de gallinas, en obreros, y los tejedores a mano en tejedores a máquina. Una empresa dura, y peligrosa. Pero mi padre era fuerte, no temía a nada, domeñaba a los más reacios y a los más revoltosos con la fuerza y con el ejemplo.

Su carácter violento y su voluntad inflexible le procuraban odio y revueltas. ¡Cuánto lo odiaron, antes de quererle! Una mañana le esperaron en una esquina, junto a la panadería de Pacini, justo delante del Fabbricone, y le partieron la cabeza con una maza, de aquellas que utilizaban los picapedreros para partir las losas de piedra. La bicicleta regresó a casa llevada a mano por un dependiente de Pacini. También mi padre, afortunadamente, regresó a casa después de varios meses de hospital y estaba triste y humillado, porque había visto por la calle dos bicicletas más, y aquello le parecía una traición, como si su misión ya hubiera concluido.

La descripción del atuendo de hombres y mujeres y la mención del siglo y año -1889-, sitúa al cuento en su época. Además, como el mismo autor lo dice, la aparición de los nuevos vehículos -tren y bicicleta- más las otras novedades -gaseosas, sifones y gramófonos, la transformación de campesinos en obreros y la del trabajo realizado a mano sustituido por las máquinas- señalan una profunda metamorfosis moral y social, no solamente mecánica. No obstante su esencia de hombre pionero, se muestra al personaje con virtudes y defectos, estos últimos se refieren a su mal carácter y a su orgullo de poseer la única y primera bicicleta en la ciudad que habita, por lo que se siente humillado al ver que aparecen más vehículos iguales al suyo.

En el transcurso de la historia y el devenir humano surgen dos conceptos sociales muy importantes que son la generación y la moda; se puede pertenecer a una sociedad determinada, pero en diez o veinte años las generaciones cambian y las modas también. Guy de Maupassant (1850-1893) escritor francés muestra en su cuento "*Minué*" un extraordinario poder de observación al describir a los personajes, su vestimenta, y el medio ambiente en el que se mueven, a continuación se transcribe para que realicen su lectura.

## Minué

Guy de Maupassant

A Paul Bourget

- Las grandes desdichas no me entristecen -dijo Juan Bridelle, un solterón que pasaba por escéptico-. He visto la guerra muy de cerca, y saltaba sobre los cadáveres sin compadecerme. Las fuertes brutalidades de la naturaleza o de los hombres pueden hacer que lancemos gritos de horror o de indignación, pero no nos dan ese pellizco en el corazón, ese escalofrío que recorre la espalda al ver algunas dolorosas menudencias.

El más violento dolor que se pueda experimentar, es cierto, es la pérdida de un hijo por una madre, y la pérdida de la madre por un hombre. Esto es terrible, violento, trastorna y desgarrá; pero se cura en estas catástrofes como de anchas, profundas heridas sangrientas. Empero, ciertas circunstancias, ciertas cosas entrevistas, adivinadas, algunas penas secretas, algunas perfidias de la suerte, que remueven en nosotros un mundo de dolorosos pensamientos, que entreabren bruscamente ante nosotros la puerta misteriosa de los sufrimientos morales, complicados, incurables, tanto más profundos cuanto más benignos parecen, tanto más agudos cuanto más inaprensibles se antojan, tanto más tenaces cuanto más ficticios aparentan ser, nos dejan en el alma como una estela de tristeza, un sabor de amargura, una sensación de desencanto de la que tardamos mucho tiempo en desembarazarnos.

Siempre tengo ante mis ojos dos o tres cosas que otros no habrían observado, seguramente, y que han entrado en mí como largos y delgados pinchazos incurables.

Ustedes no comprenderán quizás la emoción que me han dejado esas rápidas impresiones. No les hablaré sino de una de ellas. Es muy antigua, pero está viva, como si fuera de ayer. Puede ser que mi imaginación haya fraguado por sí sola este enternecimiento mío.

Tengo cincuenta años. En aquel entonces era joven y estudiaba derecho. Un poco triste, algo soñador, impregnado de una filosofía melancólica, no me atraían los cafés bulliciosos ni los camaradas gritones, ni las mujeres estúpidas. Me levantaba temprano y uno de mis placeres más queridos era pasearme solo, a eso de las ocho de la mañana, por el vivero del Jardín de Luxemburgo.



¿No han conocido ustedes ese vivero? Era como un jardín olvidado del otro siglo, un jardín lindo como una dulce sonrisa de anciana. Cercos apretados separaban las avenidas estrechas y regulares, tranquilas sendas entre dos muros de follaje, tallados cuidadosamente, las grandes tijeras del jardinero alineaban constantemente aquellos tabiques de ramaje; y de vez en vez se encontraban parterres, cuadros y macizos de flores, grupos de arbolillos dispuestos como colegiales de paseo, magníficas rosaledas o regimientos de frutales.

Un rincón de aquel maravilloso bosquecillo estaba habitado por las abejas. Sus casas de paja, sabiamente espaciadas sobre tablas, abrían al sol sus puertas del tamaño de un dedal; y por todo el camino se encontraban los dorados insectos zumbadores, verdaderos dueños de aquel lugar pacífico, paseantes absolutos de aquellas tranquilas sendas.

Yo iba casi todas las mañanas. Allí me sentaba en un banco, y leía. A veces dejaba caer el libro sobre mis rodillas, para pensar, para oír vivir París en mi derredor y gozar del reposo infinito de aquel jardincillo al antiguo estilo.

Pero pronto me di cuenta que yo no era el único que frecuentaba aquel lugar, y a veces me encontraba frente a frente, al revolver un macizo, con un extraño viejecillo.

Llevaba zapatos con hebilla de plata, un redingote color tabaco, un encaje a guisa de corbata y un inverosímil sombrero gris de grandes alas y largos pelos, que hacía pensar en el diluvio. Era delgado el viejecillo, muy delgado, anguloso, lleno de mohines y sonriente. Sus vivaces ojos palpitaban, se agitaban bajo un continuo movimiento de los párpados, y llevaba siempre en la mano un soberbio bastón con puño de oro que debía ser para él algún recuerdo magnífico.

Este hombre me causó extrañeza, al principio, y luego me interesó extraordinariamente. Lo observaba a través de las paredes de hojas, lo seguía de lejos, deteniéndome al doblar los boscajes para no ser visto.

Pues bien, una mañana, creyendo que nadie le veía, el viejecillo se puso a hacer unos singulares movimientos: primero, unos saltitos, luego una reverencia; luego, con su pierna delgada, hizo una cabriola bastante ágil, y comenzó a girar elegantemente, dando saltos leves, balanceándose de un modo extraño, sonriendo como ante un público, agradeciendo, dando vueltas, dirigiendo al vacío ligeros saludos ridículos y enternecedores. ¡Estaba bailando!

Me quedé petrificado de extrañeza, preguntándome cuál de los dos era el loco: si él o yo.

Pero él se detuvo de pronto, se adelantó, como hacen los actores en escena, se inclinó, retrocediendo con sonrisas graciosas y besos de comediante que echaba con su mano temblorosa a las dos filas de recortados arbolillos.

Y continuó seriamente su paseo.

A partir de este día, no lo perdí de vista; y cada mañana recomenzaba su ejercicio inexplicable.

Sentía yo una ganas locas de hablarle. Me arriesgué y habiéndole saludado, le dije:

- Hace un día hermosísimo, señor.

Él se inclinó:

- Sí, señor, hace un tiempo como el de antaño.

Ocho días después, éramos amigos, y conocí su historia. Había sido maestro de danza en la Ópera, en tiempos del rey Luis XV. Su hermoso bastón era un regalo del conde de Clermont. Y cuando se le hablaba de baile, no cesaba de hablar. Así, un día me dijo:

- Yo me casé con la Castris, señor. Se la presentaré si usted quiere, pero ella no viene acá tan temprano. Este jardín que usted ve es nuestro placer y nuestra vida. Es todo lo que nos queda de antaño. Nos parece que no podríamos subsistir si no lo tuviéramos. Esto es antiguo y distinguido. ¿Verdad? Aquí creo respirar un aire que no ha cambiado desde mi juventud. Mi mujer y yo pasamos aquí todas las tardes, pero yo vengo también por las mañanas, pues me levanto temprano.

Apenas almorcé, volví al Luxemburgo y pronto vi a mi amigo que daba el brazo ceremoniosamente a una viejecita vestida de negro, a la que fui presentado. Era la Castris, la gran bailarina amada de los príncipes, amada del rey, amada de todo aquel siglo galante que parece haber dejado en el mundo un olor de amor.

Nos sentamos en un banco. Era por mayo. Un perfume de flores revoloteaban en los limpios senderos; un grato sol se deslizaba entre las hojas y diseminaba sobre nosotros anchas gotas de luz. El vestido negro de la Castris parecía empapado de claridad.

El jardín estaba vacío. A lo lejos, se oía el rodar de los fiacres.

- Explíqueme usted -dije al viejo bailarín- lo que era el minué

Tembló.

- El minué, señor, es el rey de los bailes, y el baile de los reyes, ¿Comprende usted? desde que no hay reyes no hay minué.

Y comenzó, con estilo pomposo, un largo elogio del que no entendí nada. Quise hacerme describir los pasos, todos los movimientos, las posturas. El se embarullaba, desesperándose con su impotencia, nervioso y desolado.

De pronto, volviéndose hacia su antigua compañera, siempre silenciosa, le dijo:

- Elisa, ¿quieres, serás tan buena que... que mostremos a este señor lo que era el minué?

Ella miró inquieta hacia todas partes; luego, sin decir palabra, se levantó y fue a colocarse frente a él.

Y entonces vi algo inolvidable.

Ambos iban y venían con movimientos infantiles, se sonreían, se balanceaban, se inclinaban, daban saltitos como dos viejas muñecas a las que hiciera danzar un antiguo mecanismo, un poco estropeado, construido antaño por algún experto obrero, a la manera de su tiempo.

Y yo los miraba, con el corazón lleno de sensaciones extraordinarias y el alma conmovida por una indecible melancolía. Me parecía ver una aparición lamentable y cómica, la sombra pasada de moda de un siglo. Tenía a la vez ganas de reír y de llorar.



De pronto se detuvieron; habían terminado las figuras de la danza. Por unos cuantos segundos permanecieron de pie, uno frente a otro, haciendo mohines sorprendentes; luego se besaron sollozando.

Tres días después partí para mi provincia. No los volví a ver. Cuando regresé a París, dos años más tarde, habían destruido el vivero. ¿Qué se han hecho sin el querido jardín de otrora, con sus laberintos, su olor del pasado y las revueltas graciosas de sus bojotes? ¿Han muerto? ¿Andan errantes por las calles modernas, como desterrados sin esperanza? ¿O están danzando como grotescos espectros, un minué fantástico entre los cipreses de algún cementerio, a lo largo de los senderos bordeados de tumbas al claro de luna?

Su recuerdo me persigue, me obsesiona, me tortura, permanece en mí como una herida. ¿Por qué? No lo sé.

¿Encuentran ustedes que todo esto es ridículo, no es verdad?

En la edad madura se aprecian algunas cosas que pasan inadvertidas para los jóvenes porque les parecen simples o ridículas. Al mismo Juan Bridelle cuando joven, los bailarines les parecieron locos en un principio, después cuando conoció su historia, su fama e importancia pasada los admiró de otra manera, pero con un sentimiento ambivalente de alegría y de tristeza, no sabía si reír o llorar, porque al mismo tiempo veía de manera cómica y lamentable "La sombra pasada de moda de un siglo". En esa época se tardaba un siglo para 'pasar de moda', en la actualidad con la informatización de la sociedad el concepto de moda vigente es muy efímero, cada año cambia y en ocasiones en menos tiempo. Por otra parte la música es una expresión que en algunas épocas representaba la expresión de un grupo, clase social o generación -vals, tango, rock, rap, lambada, la quebradita, entre otros-. Algunos escandalizan con su aparición o están adscritos a una clase social específica, pero al pasar el tiempo evolucionan, se suavizan y son adoptados por más grupos sociales y en ejemplos extraordinarios -Elvis Presley, Los Beatles- son admirados en numerosos países del mundo, al pasar el tiempo la generación que los disfrutó en su juventud los evoca, y al hacerlo, tal vez provoque una actitud de asombro en las generaciones actuales.

Talcott-Parsons, en sus estudios sociológicos menciona a las sociedades matrices, éstas son aquéllas que han legado a la humanidad modelos a seguir en la creación del arte, la religión, la política, entre otros intereses humanos. Como ejemplos están el pueblo hebreo, que es el origen del judaísmo y Grecia, que es la cuna de la cultura occidental. En el siglo XX una sociedad que puede considerarse como matriz es la norteamericana, la de Estados Unidos de Norteamérica, a la que sus ciudadanos denominan como América, el pueblo más poderoso de la tierra actualmente, a cinco años de terminar el milenio.

A continuación se presentan textos que muestran la diversidad de aspectos que abarca la sociedad estadounidense y sus ciudadanos, el primero de ellos es "**Campamento indio**" de Ernest Hemingway (1898-1962).

## Campamento indio

Ernest Hemingway

A la orilla del lago había otro bote arrimado. Los dos indios esperaban.

Nick y su padre montaron en la popa del bote y los indios lo impulsaron y uno de ellos trepó para remar. El tío George se acomodó en la popa del otro bote de remos, el del campamento. El indio joven impulsó el bote del campamento y subió para conducir al tío George.

Los dos botes partieron en la oscuridad. Nick oyó las abrazaderas del otro bote muy adelante de ellos, en la niebla. Los indios remaban con golpes rápidos y cortantes. Nick estaba reclinado hacia atrás, con el brazo de su padre rodeándolo. Hacía frío en el agua. El indio que los conducía trabajaba muy duro, pero el otro bote, en la niebla, se alejaba cada vez más.

-¿Adónde vamos, papá? -preguntó Nick.

-Al campamento indio. Hay una señora india que está muy enferma.

-Oh -dijo Nick.

Al lado opuesto de la bahía encontraron al otro bote varado. En la oscuridad, el tío George fumaba un puro. El indio joven internó el bote en la arena. El tío George dio puros a los indios.

Se alejaban de la playa a través de una pradera empapada por el rocío, tras el indio joven, que llevaba una linterna. Entraron entonces en el bosque y siguieron una senda que conducía al camino para el transporte de trozas, el cual se perdía en las colinas. Era más fácil en el camino, pues habían cortado los árboles en ambos lados. El indio joven se detuvo, apagó la linterna y todos continuaron por el camino.

Doblaron en una curva y un perro salió ladrando. Adelante estaban las luces de la cabaña donde vivían los descortezadores indios. Más perros corrieron hacia ellos. Los dos indios los mandaron de regreso a las cabañas. En la más cercana al camino había una luz en la ventana. En el umbral, estaba una anciana, que sostenía una lámpara.

Dentro, en un camastro de madera, yacía una india joven. Llevaba dos días intentando tener su niño. Todas las ancianas del campamento la habían estado ayudando. Los hombres se habían alejado camino arriba, para sentarse en la oscuridad y fumar donde no los alcanzara el ruido hecho por ella.

Gritó justo cuando Nick y los dos indios siguieron al padre y al tío George dentro de la cabaña. Yacía en el camastro inferior, enorme bajo la colcha. Tenía la cabeza vuelta hacia un lado. En el camastro superior estaba el marido. Tres días antes, se había cortado malamente el pie con un hacha. Fumaba pipa. El cuarto olía muy mal.

El padre de Nick ordenó que pusieran agua en la estufa, y mientras se calentaba le habló a Nick.

- Esta señora va a tener un bebé, Nick -dijo.



- Ya lo sé -contestó Nick.

-No lo sabes -dijo el padre-. Escúchame. Lo que le sucede se llama dar a luz. El bebé desea nacer y ella desea que nazca. Todos sus músculos tratan de que el bebé nazca. Eso es lo que sucede cuando grita.

-Entiendo -Nick dijo.

Justo en ese momento la mujer se quejó.

-Oh, papá ¿no puedes darle algo para que deje de gritar? -preguntó Nick.

-No, no tengo ningún anestésico -dijo su padre-. Pero sus gritos no importan. No los escucho porque no tienen importancia.

En el camastro superior, el esposo se volvió hacia la pared.

En la cocina, la mujer indicó al doctor que el agua estaba caliente. El padre de Nick fue a la cocina y vertió la mitad del agua a la gran olla en una palangana. En el agua restante de la olla puso varios objetos que desenvolvió de un pañuelo.

-Deben hervir -dijo, y comenzó a restregarse las manos en la palangana de agua caliente, con un jabón que había traído del campamento. Nick observó cómo las manos de su padre se restregaban con el jabón. Mientras se lavaba las manos con mucho cuidado y minuciosidad, el padre habló.

-Sabes, Nick, se supone que los bebés nacen de cabeza, pero a veces no sucede así. Cuando no sucede, causan muchos problemas a todos. Tal vez tenga que operar a esta señora. Lo sabremos dentro de poco.

Cuando quedó satisfecho con sus manos, entró y se puso a trabajar.

-¿Quieres apartar esa colcha, George? -dijo-. Prefiero no tocarla.

Más tarde, cuando comenzó a operar, el tío George y tres indios mantuvieron inmóvil a la mujer. Mordió al tío George en un brazo y el tío George exclamó: "¡India desgraciada!", y el indio joven que había traído al tío George se rio de él. Nick sostenía la palangana para su padre. Todo aquello tomó un largo tiempo.

Su padre levantó al bebé, le dio una nalgada para que respirara y se lo pasó a la anciana.

-¿Viste que es un varoncito, Nick? -preguntó-. ¿Qué te parecería ser un interno? Nick dijo: "Bien". Apartaba la mirada, para no ver lo que su padre estaba haciendo.

-Bueno, ya lo tenemos -dijo su padre-, y puso algo en la palangana.

Nick no lo miró.

-Y ahora -dijo su padre- nos quedan por dar una puntadas. Puedes verlo o no, Nick, como quieras. Voy a coser la incisión que hice.

Nick observó. Hacía mucho tiempo que había perdido la curiosidad.

Su padre terminó y se puso de pie. El tío George y los tres indios se irguieron. Nick llevó la palangana a la cocina.

El tío George se miró el brazo. El indio joven sonrió al recordar.

-Te pondré agua oxigenada, George -dijo el doctor.

Se inclinó sobre la india. Estaba tranquila ya y con los ojos cerrados. Se la veía muy pálida. No sabía que había ocurrido con el bebé o con los demás.

-Volveré mañana -dijo el doctor, irguiéndose-. Al mediodía deberá haber llegado de San Ignacio la enfermera, y traerá lo que necesitamos.

Se sentía exaltado y locuaz, como los jugadores de fútbol americano en el vestidor, tras el juego.

-Éste es un caso para una revista médica, George -dijo-. Una cesárea hecha con navaja, y la costura con sedal de tripa encerado, de nueve pies.

El tío George se inclinaba contra el muro, mirándose el brazo.

-Oh, nadie duda que eres un gran hombre -dijo.

-Voy a echarle un vistazo al orgulloso padre. Por lo común, son los que más sufren con estos incidentes -dijo el doctor-. He de reconocerle que se lo tomó con mucha tranquilidad.

Apartó la manta de la cabeza del indio. Retiró la mano humedecida. Se apoyó en el filo del camastro inferior, con la lámpara en la mano, y miró. El indio yacía con la cara hacia la pared. Tenía la garganta cortada de una oreja a la otra. La sangre había fluido, formando un charco donde el cuerpo hundía el camastro. La cabeza descansaba en el brazo izquierdo. La navaja abierta estaba, con el filo hacia arriba, en las mantas.

-Saca a Nick de la cabaña, George -dijo el doctor.

No había necesidad, Nick, a la puerta de la cocina, tuvo una buena visión del camastro superior cuando su padre, la lámpara en la mano, echó hacia atrás la cabeza del indio.

Justo comenzaba a aparecer la luz diurna cuando por el camino se dirigieron de regreso al lago.

- Siento mucho haberte traído, Nickie -dijo su padre, perdido todo su regocijo postoperatorio-. Fue un lío terrible por el que pasaste.

- ¿Tienen las señoras siempre tanto problema para tener bebés? -preguntó Nick.

-No. Fue un caso muy, muy excepcional.

-¿Por qué se mató, papá?



- No lo sé, Nick. No pudo soportarlo, supongo.

-¿Se matan muchos hombres, papá?

- No muchos, Nick.

-¿Y muchas mujeres?

-Casi nunca.

-¿Nunca lo hacen?

-Oh, sí, a veces lo hacen.

-Papá.

-¿Sí?

-¿A dónde fue el tío George?

-Ya aparecerá.

-¿Es difícil morir, papá?

-No, creo que es bastante fácil, Nick. Todo depende.

Estaban en el bote, Nick en la popa y su padre remando. El sol comenzaba a salir por las colinas. Una lobina saltó, haciendo un círculo en el agua. Nick deslizaba la mano por el agua. Se la sentía tibia en el frío penetrante de la mañana.

A principios de la mañana, en el lago, sentado en la popa del bote y con su padre remando, se sintió plenamente seguro de que jamás moriría.

El cuento de Hemingway refleja las condiciones de vida y el desenvolvimiento de las personas en una sociedad primitiva. Las actitudes de los personajes ante la difícil situación, los instrumentos con que se realiza la operación y la reacción del esposo, remiten a un nivel de cultura que no corresponde a la sociedad más desarrollada de Estados Unidos, sino más bien a una de sus sociedades más primitivas, que a la fecha seguramente ha desaparecido al confinar a los pieles rojas en reservas que cuentan con escuelas y atención médica del primer mundo.

Estados Unidos, o América como sus ciudadanos le llaman, es un país conformado por emigrantes de muchos países, el texto del poeta italiano Rocco Scotellaro, poeta italiano de la postguerra (1946) expresa algunas ideas.

Era una bella América lejana

la de mi padre que tenía veinte años.

Mi padre pudo destrozar su corazón:

América por aquí. América por allá,

¿dónde está la América

de mi padre?

El amigo ha muerto de un balazo en esta tierra

le pusieron cera en el rostro

un rostro completamente de cera.

Han regresado con su casa y su viña

por un lecho de grama

desde tan lejos.

Ahora ¿dónde está nuestra América?

La abuela creía en el otro mundo,

pero nosotros los hijos hemos leído

el rostro de cera de nuestros padres.

No hay América para nosotros

El viento ha venido.

Los caballitos de madera están desmontados.

ha muerto nuestro vecino

que había ido hacia aquella tierra

América por aquí. América por allá.

¿dónde está la América

de mi padre?

#### Texto original

*C'era l' America, bella lontana*

*del padre mio che aveva vent'anni,*

*Il padre mio pote sperzarsi il cuore.*

*America qua, America là.*

*doe' è più l' America*

*del padre mio?*

*L' amico mori sparato a quella terra,*

*gli misero la cera in faccia.*

República italiana (1946)

América es un nombre que despierta ilusiones, deseos de éxito y de bienestar que se antojan adquiridos en el momento en el que se llegue al país de la libertad y de las oportunidades, pero no todos los emigrantes logran triunfar.



El poderío militar y económico de Norteamérica la ha hecho convertirse en adalid de la libertad y lo ha llevado a defenderla incluso en países lejanos como Viet-Nam, en la guerra apoyada por muchos ciudadanos norteamericanos pero rechazada por tantos otros. A diferencia de lo ocurrido en la Segunda Guerra Mundial en la que el soldado norteamericano todavía anhelaba participar en el conflicto bélico y salir victorioso y con vida, en la Guerra de Viet-Nam muchos ciudadanos intentaron evadirla, poetas y cantantes alzaron su voz en protesta como apoyo para aquellos que no querían exponer su vida en el conflicto bélico y por razones que no justificaban el hecho guerrero. Esas protestas contra el gobierno norteamericano son una muestra de la libertad que pregonan y defienden, son una muestra también de su democracia.

A continuación se presenta un poema de Donald Hall (n. 1928) que apareció en una antología realizada en 1967.

En el poblado destruido los muertos se amontonan  
como troncos de negra corteza de carne.  
El anciano sacerdote contempla  
los cadáveres de niñas  
y niños: ve a través de ellos  
largos pasillos.  
En América, cafeterías de fábrica, enteramente cromadas,  
enormes aviones  
que vuelan sobre las ciudades,  
atentos a que nada se pierda, y máquinas en las casas  
para triturar carnes y verduras,  
restos de comida; triturados  
en pulpa que se desliza hasta las alcantarillas  
bajo las calles negras,  
hacia el océano, para los felices peces  
que mueren en los lagos americanos

Estados Unidos de Norteamérica vivió las experiencias de la esclavitud negra principalmente en sus estados sureños, dicha esclavitud fue abolida por el presidente Abraham Lincoln. El "american way of life" podría parecer que permite el desarrollo de sus ciudadanos en una democracia que pregona igualdad de derechos, pero la verdad es que hay ciudadanos de primera -los blancos- y de segunda -los negros-. En la literatura social norteamericana tiene un lugar especial la literatura negra, que aparece primero como forma testimonial y después se transforma en protesta y reivindicación. En seguida se presenta un poema de Langston Hughes (1902-1967) en el que se presenta su situación, y su deseo de ser tolerados.

Yo también canto a América.

Yo soy el oscuro hermano.

Me mandan a comer a la cocina

cuando viene gente,

pero me río,

y cojo fuerzas.

Mañana me quedaré en la mesa

cuando venga gente.

Nadie se atreverá

a decirme entonces:

«vete a la cocina».

Y después

verán qué hermoso soy

y se avergonzarán.

Yo también soy América.

En Estados Unidos de Norteamérica hay una guerra racial que todavía existe y que no se circunscribe a la población negra exclusivamente, sino también a los judíos, los italianos, los polacos, y los latinoamericanos. Entre estos últimos cabe destacar a los mexicanos indocumentados que son abiertamente rechazados por un gran sector de la sociedad norteamericana, en cierto modo se entiende su postura, pero por otra parte los ciudadanos norteamericanos de ascendencia mexicana, en la realidad son tratados como ciudadanos de tercera o cuarta clase.

Es muy difícil en una sociedad como la norteamericana encontrar una expresión cultural única, dado el origen del país poblado por emigrantes de diversas partes del mundo. Poseen una sociedad policultural que subyace en el "american way of life" general que es el que les da su categoría de sociedad matriz, respaldado por su fuerte poderío militar y económico. No obstante, deben marchar con cuidado porque las minorías o ciudadanos de segunda han empezado a protestar y a defender sus derechos, véase el texto de LeRoi Jones, (n. 1934, en 1968 cambió su nombre por el de Imamu Amiri Baraka.)

Excepto nosotros los negros atrapados en los valores occidentales. Tan profundamente. Después de haber entendido los más nobles intentos de los blancos por conferir un sentido admirable al mundo, ahora los rechazamos, lo mismo que a todos ellos. Y los mozart son tan infantiles como los hitler.

Porque la reflexión nunca nos benefició ni una mierda. El expreso sí... El expreso. AHORA AHORA AHORA AHORA AHORA.

En el cuento del escritor japonés Masuo Ikeda "Dedicado al mar Egeo" una esposa japonesa se da cuenta de la infidelidad de su marido con una rival norteamericana, al recriminarle, al mismo tiempo que le reclama palabras de amor, establece comparaciones con su rival y le critica que prefiera las manifestaciones culturales occidentales a las japonesas.



## "Dedicado al mar Egeo"

(Fragmento)

Masuo Ikeda

Yo, Tokiko. Quería que me dijeras una sola palabra: **a-i-shi-te-ru** (te amo). Entonces, pensé, te perdonaría todo lo que me has hecho. Tu amante tal vez no comprenda un sentimiento tan irrazonable. Una norteamericana no puede comprender tal sentimiento. Si no puedes dejar a esa mujer... y tú, claro nunca has sabido abandonar a una mujer, pues, en el caso de tu amiga anterior, yo, soportando mi vergüenza, te ayudé para que te separaras de ella... esta vez también estaba dispuesta a ayudarte venciendo mi humillación para hablar con tu amiga. Por ti le pediría perdón a tu amiga con mi cabeza inclinada. Ésta es la actitud de la mujer japonesa. Éste es el sentimiento, ni tu amiga ni tú mismo lo comprenderían. Una raza que se alimenta de hamburguesas no será capaz de paladear el sabor delicado del pescado blanco japonés. ¿Acaso existe en inglés un verbo equivalente a *horeta* (me enamoré de ti)?

Ni siquiera se te ocurre la palabra *horeteiru* (estoy enamorado de ti). Tanto el idioma como la sensibilidad japonesa se te han caído de entre los muslos. He oído que en los Estados Unidos los maridos lavan hasta la ropa interior sucia de sus esposas.

Si nos echáramos a llorar juntos, se resolvería el problema; tal es tu idea egoísta. Dejas esperar a tu mujer en Tokio, mientras en San Francisco o en Roma cortejas a las mujeres en inglés, repites como una grabadora *I love you*, y a veces dices *I need you* o cosas por el estilo. Y después no sabes cómo engañar a tu amiga para regresar con tu mujer, ni siquiera puedes decirle a tu esposa una frase japonesa, *a-i-shi-te-ru*. Dices disparates tales como "Oh, bello es el amor" como un viejo chocho; te conformas con crema de maíz, queriendo en verdad sopa de soya...

... manejas un Volkswagen usado; imitas la escultura de David Smith o de Francisco Kahlo, quimerizando que acaso eres un genio, piensas que Henry Moore es tan anticuado como tu propia esposa; piensas que Villon es un poeta más excelente que Basho<sup>3</sup>; andas propagando, como si se tratara de un gran descubrimiento, que Florencia es más grandiosa que Kyoto<sup>4</sup>; imaginas cosas obscenas al oír la palabra *shakuhachi*<sup>5</sup> cuando ni siquiera has escuchado un *shamisén*<sup>6</sup> auténtico, cantas en un inglés champurreado "Dejé mi corazón en San Francisco", siendo que sólo puedes cantar canciones militares japonesas; tú, un mariguanóphobo, aplaudes sin embargo a los poetas beatniks, dogmatizas que Ginsberg o Kerouac son aún vanguardias; sientes antipatía por los Beatles, no entiendes más que a la tía Billy Holiday, sólo conoces repertorios tales como "Sauce, sauce, llora por mí" o "Un domingo sombrío", ni siquiera sabes distinguir entre la música de Beethoven y la de Wagner, y no obstante dices que te gusta Mahler en voz sentimental como de ranchera japonesa: te emocionas como un idiota con Pierre Mandiargues, Lawrence Durrell, Günter Grass y Zyunzaburo Nishiwaki<sup>7</sup>, sin haberlos leído nunca.

Eres insapiente, inepto, insensible, imprudente, inartístico, incierto, incompasivo, inconsciente, incivil, ingenuo, impúdico, incoherente, inconsecuente, inútil, irresponsable, y sin embargo te crees un bonachón incomparable; ser inocuo, crees que te dedicas a actividades artísticas incompensadas: ser inocente e inmaculado, crees haber llegado a nada; mientras temes que no te hagan caso, deseas insaciablemente a las mujeres; insistes en ser inocente, gustas de las mujeres infecundas; te acuestas con mujeres imprudentemente; eres incriticable ante ti mismo; imploras ser impotente; cuentas con la compasión de la gente por ser desinteresado, mientras crees que vas a vivir infinitamente...

Un sinnúmero de gotas de sudor vienen bajando desde mi frente hasta mis ojos. La bocina se ha ablandado como hule en la palma de mi mano, como aquella bocina de Dalí. No pienso que el gran discurso de Tokiko se prolongue interminablemente, pero escuchando su voz mis sentidos se han paralizado hace ya mucho tiempo. Por influjo del tono de Tokiko, me encuentro ya en un estado de impasibilidad. Me digo que va a empezar Wagner, pero a fin de cuentas es una canción de Zyoruri<sup>8</sup>. Lo único que me preocupa es que Tokiko habla como si supiera de la existencia de mi amiga. ¡Anita!

3. Matsuo Bacho. Poeta y maestro del haiku (1644-1694)
4. Kyoto. Antigua ciudad capital del Japón. No solamente en la época de la cultura cortesana (siglos X y XI), sino también en la actualidad siendo el centro nuclear de la cultura japonesa.
5. Shakuhachi. Flauta de bambú que se toca en posición vertical.
6. Shamisen. Instrumento de tres cuerdas, el más importante de la tradición japonesa.
7. Zyunzaburo Nishiwaki. Nació en la provincia de Niigata, Japón, en 1894. Después de terminar la carrera de economía, estudió en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Es considerado uno de los mejores poetas surrealistas japoneses. Ha publicado varios libros de poesía y crítica literaria.
8. Dyoruri. Canciones antiguas que se cantan con acompañamiento de shamisen. Cuentan historias trágicas, generalmente cantadas para el teatro de títeres.

En este fin de milenio la sociedad estadounidense está considerada como una sociedad matriz porque influye poderosamente en la manera de vivir y en la cultura de otros países, uno de ellos es el Japón. Después de Hiroshima el país oriental se convirtió en un fuerte rival industrial y económico de los Estados Unidos, pero la dominancia cultural pertenece al país occidental, influye en muchos aspectos en la vida de los japoneses, se han visto obligados a tener al inglés como segundo idioma y a usarlo como vehículo de expresión en sus transacciones comerciales. La influencia de Estados Unidos no queda allí, han adoptado el traje occidental en lugar del kimono e incluso recurren a la cirugía plástica para occidentalizar sus ojos. Japón es solo una muestra, México podría ser otra.

### LOS ESCRITORES Y LA SOCIEDAD

Todas las sociedades están formadas por individuos que se dedican a múltiples trabajos que hacen posible la supervivencia y desarrollo de dichos grupos humanos. Una actividad humana fundamental como expresión de la sociedad, y en ocasiones como motivación para sus cambios, es la de los escritores literarios que mediante sus obras reflejan las inquietudes personales y sociales. Otros vehículos utilizados son las cartas, los discursos y las entrevistas que son escogidos en ocasiones para la comunicación de sus pensamientos. A continuación se citan ideas de los autores Charles Dickens (1812-1870), Heinrich Böll (n. 1917), Thomas Mann (1875-1955, Premio Nobel 1929) y Hermann Hesse (1877-1962, Premio Nobel 1946) para conocer su postura respecto al escritor y la literatura en relación con la sociedad.



## "Dedicado al mar Egeo"

(Fragmento)

Masuo Ikeda

Yo, Tokiko. Quería que me dijeras una sola palabra: **a-i-shi-te-ru** (te amo). Entonces, pensé, te perdonaría todo lo que me has hecho. Tu amante tal vez no comprenda un sentimiento tan irrazonable. Una norteamericana no puede comprender tal sentimiento. Si no puedes dejar a esa mujer... y tú, claro nunca has sabido abandonar a una mujer, pues, en el caso de tu amiga anterior, yo, soportando mi vergüenza, te ayudé para que te separaras de ella... esta vez también estaba dispuesta a ayudarte venciendo mi humillación para hablar con tu amiga. Por ti le pediría perdón a tu amiga con mi cabeza inclinada. Ésta es la actitud de la mujer japonesa. Éste es el sentimiento, ni tu amiga ni tú mismo lo comprenderían. Una raza que se alimenta de hamburguesas no será capaz de paladear el sabor delicado del pescado blanco japonés. ¿Acaso existe en inglés un verbo equivalente a *horeta* (me enamoré de ti)?

Ni siquiera se te ocurre la palabra *horeteiru* (estoy enamorado de ti). Tanto el idioma como la sensibilidad japonesa se te han caído de entre los muslos. He oído que en los Estados Unidos los maridos lavan hasta la ropa interior sucia de sus esposas.

Si nos echáramos a llorar juntos, se resolvería el problema; tal es tu idea egoísta. Dejas esperar a tu mujer en Tokio, mientras en San Francisco o en Roma cortejas a las mujeres en inglés, repites como una grabadora *I love you*, y a veces dices *I need you* o cosas por el estilo. Y después no sabes cómo engañar a tu amiga para regresar con tu mujer, ni siquiera puedes decirle a tu esposa una frase japonesa, *a-i-shi-te-ru*. Dices disparates tales como "Oh, bello es el amor" como un viejo chocho; te conformas con crema de maíz, queriendo en verdad sopa de soya...

... manejas un Volkswagen usado; imitas la escultura de David Smith o de Francisco Kahlo, quimerizando que acaso eres un genio, piensas que Henry Moore es tan anticuado como tu propia esposa; piensas que Villon es un poeta más excelente que Basho<sup>3</sup>; andas propagando, como si se tratara de un gran descubrimiento, que Florencia es más grandiosa que Kyoto<sup>4</sup>; imaginas cosas obscenas al oír la palabra *shakuhachi*<sup>5</sup> cuando ni siquiera has escuchado un *shamisén*<sup>6</sup> auténtico, cantas en un inglés champurreado "Dejé mi corazón en San Francisco", siendo que sólo puedes cantar canciones militares japonesas; tú, un mariguanóphobo, aplaudes sin embargo a los poetas beatniks, dogmatizas que Ginsberg o Kerouac son aún vanguardias; sientes antipatía por los Beatles, no entiendes más que a la tía Billy Holiday, sólo conoces repertorios tales como "Sauce, sauce, llora por mí" o "Un domingo sombrío", ni siquiera sabes distinguir entre la música de Beethoven y la de Wagner, y no obstante dices que te gusta Mahler en voz sentimental como de ranchera japonesa: te emocionas como un idiota con Pierre Mandiargues, Lawrence Durrell, Günter Grass y Zyunzaburo Nishiwaki<sup>7</sup>, sin haberlos leído nunca.

Eres insapiente, inepto, insensible, imprudente, inartístico, incierto, incompasivo, inconsciente, incivil, ingenuo, impúdico, incoherente, inconsecuente, inútil, irresponsable, y sin embargo te crees un bonachón incomparable; ser inocuo, crees que te dedicas a actividades artísticas incompensadas: ser inocente e inmaculado, crees haber llegado a nada; mientras temes que no te hagan caso, deseas insaciablemente a las mujeres; insistes en ser inocente, gustas de las mujeres infecundas; te acuestas con mujeres imprudentemente; eres incriticable ante ti mismo; imploras ser impotente; cuentas con la compasión de la gente por ser desinteresado, mientras crees que vas a vivir infinitamente...

Un sinnúmero de gotas de sudor vienen bajando desde mi frente hasta mis ojos. La bocina se ha ablandado como hule en la palma de mi mano, como aquella bocina de Dalí. No pienso que el gran discurso de Tokiko se prolongue interminablemente, pero escuchando su voz mis sentidos se han paralizado hace ya mucho tiempo. Por influjo del tono de Tokiko, me encuentro ya en un estado de impasibilidad. Me digo que va a empezar Wagner, pero a fin de cuentas es una canción de Zyoruri<sup>8</sup>. Lo único que me preocupa es que Tokiko habla como si supiera de la existencia de mi amiga. ¡Anita!

3. Matsuo Bacho. Poeta y maestro del haiku (1644-1694)
4. Kyoto. Antigua ciudad capital del Japón. No solamente en la época de la cultura cortesana (siglos X y XI), sino también en la actualidad siendo el centro nuclear de la cultura japonesa.
5. Shakuhachi. Flauta de bambú que se toca en posición vertical.
6. Shamisen. Instrumento de tres cuerdas, el más importante de la tradición japonesa.
7. Zyunzaburo Nishiwaki. Nació en la provincia de Niigata, Japón, en 1894. Después de terminar la carrera de economía, estudió en la Universidad de Oxford, Inglaterra. Es considerado uno de los mejores poetas surrealistas japoneses. Ha publicado varios libros de poesía y crítica literaria.
8. Dyoruri. Canciones antiguas que se cantan con acompañamiento de shamisen. Cuentan historias trágicas, generalmente cantadas para el teatro de títeres.

En este fin de milenio la sociedad estadounidense está considerada como una sociedad matriz porque influye poderosamente en la manera de vivir y en la cultura de otros países, uno de ellos es el Japón. Después de Hiroshima el país oriental se convirtió en un fuerte rival industrial y económico de los Estados Unidos, pero la dominancia cultural pertenece al país occidental, influye en muchos aspectos en la vida de los japoneses, se han visto obligados a tener al inglés como segundo idioma y a usarlo como vehículo de expresión en sus transacciones comerciales. La influencia de Estados Unidos no queda allí, han adoptado el traje occidental en lugar del kimono e incluso recurren a la cirugía plástica para occidentalizar sus ojos. Japón es solo una muestra, México podría ser otra.

### LOS ESCRITORES Y LA SOCIEDAD

Todas las sociedades están formadas por individuos que se dedican a múltiples trabajos que hacen posible la supervivencia y desarrollo de dichos grupos humanos. Una actividad humana fundamental como expresión de la sociedad, y en ocasiones como motivación para sus cambios, es la de los escritores literarios que mediante sus obras reflejan las inquietudes personales y sociales. Otros vehículos utilizados son las cartas, los discursos y las entrevistas que son escogidos en ocasiones para la comunicación de sus pensamientos. A continuación se citan ideas de los autores Charles Dickens (1812-1870), Heinrich Böll (n. 1917), Thomas Mann (1875-1955, Premio Nobel 1929) y Hermann Hesse (1877-1962, Premio Nobel 1946) para conocer su postura respecto al escritor y la literatura en relación con la sociedad.



Charles Dickens expone sus preocupaciones en una declaración durante el año de 1845:

"Quiero dejar huella duradera en esta época con un amor hacia la masa trabajadora que nadie pueda borrar".

En una carta de 1855 dice:

"En el momento presente nada hay que me irrite más y considere más alarmante que el desinterés que la gente siente hacia los asuntos públicos. No es difícil comprenderlo. Durante todos estos años de reforma parlamentaria participaron tan poco en el juego que abandonaron las cartas malhumorados y prefirieron ser espectadores. Los jugadores que continúan jugando en la mesa no ven más allá de sus narices y se imaginan que las ganancias, las pérdidas y los intereses se hallan en sus manos, y no comprenderán la verdadera situación hasta que ellos mismos, mesa, cartas, lámparas y dinero salte destrozado todo junto. Y creo que el descontento es mucho más grave porque se incubaba a escondidas en lugar de llamear abiertamente, situación que se identifica por entero con el estado de ánimo que reinaba en Francia antes de estallar la primera revolución. El descontento podría estallar a consecuencia de cualquiera de mil incidentes que pueden sobrevenir; una mala cosecha, la última gota que desbordara el vaso de la insolencia y de la incapacidad aristocráticas, una derrota sufrida en el extranjero o un simple azar provocarían un incendio diabólico de proporciones jamás vistas".

En una declaración de 1855:

"Me parece absolutamente imposible dirigir la mentalidad de la masa popular en esta crítica situación de modo que ella pueda expresarse. Si comenzara a conmoverse con un vigoroso impulso nacional, si quisiera llevar a cabo una amplia reconciliación política y agruparse en gran número, aunque pacíficamente contra un sistema que saben que está completamente podrido: si quisieran hacerse oír como el mar brama en torno a esta isla, por mi parte y en lo que me concierne, me consagraría en cuerpo y alma a tal movimiento, y consideraría como deber esencial no mantenerse al margen, y tratar de guiarla por todos los medios posibles.

Hasta que el pueblo no despierte de este letargo, síntoma terrible del avanzado estado de su enfermedad, considero que no puede hacerse otra cosa que recordarles constantemente las injusticias que padecen".

Recién terminada la Segunda Guerra Mundial se cuestionó a algunos artistas respecto a lo que se podía esperar de la literatura y de los escritores, en una entrevista Heinrich Böll respondió (en 1950).

"Nosotros queremos ver la realidad tal como es, con mirada humana, con ojos ni completamente secos ni bañados en llanto, aunque capaces de secarse o de humedecerse. Queremos recordar que, en ciertas ocasiones, el humorismo no es lo más indicado. Nuestras miradas perciben al panadero que cuece nuestro pan y a la joven obrera en la fábrica, y abarcan también los cementerios: las ciudades son destruidas, las ciudades son cementerios y nuestros ojos ven que en torno a ellas se edifican inmuebles que parecen decoraciones de teatro; inmuebles en los que nadie vive, pero donde se administra a los hombres como ciudadanos del Estado o de la ciudad, como asegurados sociales, como acreedores y como deudores; porque hay innumerables razones para administrar a la gente".

Thomas Mann pronunció un discurso en Alemania (1952):

"Es necesario preguntar si en los asuntos políticos, al establecer contacto con la miseria humana, lo que verdaderamente cuenta es lo «interesante». ¿Sería preferible lo que es «bueno»? Para decirlo todo, confieso que no tengo mucha fe, pero tampoco creo mucho en la fe; creo bastante más en la bondad, que puede existir sin la fe e incluso puede realmente ser producto de la duda.

Incluso cuando el arte es una acusación tan enérgica como se quiera, por muy hondas que sean sus quejas contra la corrupción de la creación, por lejos que vaya en la ironía contra la sociedad y contra sí misma, no entra en sus maneras el "salir de la empresa con una risa sarcástica".

Y por último, pero no menos importante, Hermann Hesse demuestra sus inquietudes y preocupaciones sociales a través de las siguientes reflexiones tomadas de "Lecturas para minutos":

A menudo la Historia no me parece otra cosa que un libro de estampas que refleja el más fuerte y ciego anhelo del hombre: el anhelo de olvidar. ¿No destruye cada generación, utilizando los métodos de la prohibición, del silencio absoluto y de la burla, siempre precisamente aquello que a la generación anterior le parecía lo más importante? No acabamos de vivir que pueblos enteros olvidan durante años, desmienten, reprimen y hacen desaparecer por encanto una guerra terrible, de años de duración, honrosa y que estos mismos pueblos ahora, tanto han descansado un poco, con ayuda de novelas emocionantes, vuelven a intentar recordar aquello que hace algunos años ellos mismos organizaron y sufrieron?

Para gobernar no es imprescindible ser estúpido y brutal, como pensaron en tiempos algunos intelectuales fatuos, pero sí se necesita sentir una inquebrantable complacencia ante una actividad dirigida hacia afuera, una pasión por identificarse con fines y medios, y también una cierta falta de escrúpulos en la elección de caminos que conduzcan al éxito. Todo ello cualidades que no debe poseer un sabio, y que de hecho no posee, pues para él tiene más importancia la observación que la acción. En la elección de medios y métodos para llegar a su fin, ha aprendido a ser todo lo escrupuloso y desconfiado que le es posible.

Por todas partes se busca la «libertad» y la «felicidad» en algún lugar tras de nosotros, de puro miedo a que se nos recuerde la propia responsabilidad, nuestro propio camino. Durante unos años se bebe y se festeja y después nos arrastramos y nos convertimos en personas serias al servicio del Estado.



El hombre primitivo odia aquello ante lo que siente temor, y en algunos rincones de su alma también el hombre civilizado y educado es primitivo. Así, el odio de pueblos y razas hacia otros pueblos y otras razas descansa, no en la superioridad y la fuerza, sino en la inseguridad y en la debilidad.

Un ser verdaderamente superior, un verdadero señor, compadecerá, quizá alguna vez lo desprecie, pero nunca odiará al ser al cual se sabe superior.

La diferencia entre Marx y yo, dejando aparte las dimensiones mucho mayores de Marx, es que Marx quiere transformar el mundo, yo al hombre en particular. El se dirige a las masas, yo a los individuos.

Para mí hay dos Historias de la humanidad, la política y la espiritual. No se percibe en ninguna de ellas nada que pudiéramos considerar como progreso. Tanto de que Sansón mate a los filisteos con un hueso como que Hitler lance cohetes contra Inglaterra. Y de la filosofía de los Upanishadas a Heidegger tampoco se percibe ningún progreso. Sin embargo ambas Historias se diferencian notablemente. Si se observa la Historia mundial, en cualquier época que se quiera, se ve que es fea, cruel y demoníaca. La historia del lenguaje de los modos de pensar, de las artes, por el contrario está cuajada toda ella de imágenes muy bellas.

Guerras hubo siempre desde que sabemos de la existencia humana, y seguirá habiéndolas mientras la mayoría de los hombres no puedan convivir en el reino del espíritu. Guerras las habrá todavía durante mucho tiempo, quizá siempre. Sin embargo, la superación de la guerra sigue siendo, antes como ahora, nuestra más noble meta. El investigador que busca el remedio contra una epidemia no abandona su trabajo cuando una nueva enfermedad lo sorprende. Mucho menos dejará de ser nuestro ideal el que haya paz en la tierra y amistad entre los hombres de buena voluntad. La cultura humana surge del ennoblecimiento de los instintos animales, del pudor, la fantasía, el entendimiento. Que la vida merece ser vivida es el contenido último y consuelo de todo arte, por mucho que todos los que exaltan la vida tengan que morir. Que el amor es superior al odio, la comprensión superior a la ira, la paz superior a la guerra, estos nos lo tiene que grabar a fuego esta maldita guerra mundial con mayor profundidad de lo que nunca hayamos sentido antes.

Viva la diversidad, la diferenciación y el escalonamiento. Es maravilloso que existan multitud de razas y pueblos, numerosas lenguas, incontables variantes de mentalidades y orientaciones filosóficas de la vida. Si soy enemigo irreconciliable y aborrecedor de las guerras, las conquistas y las anexiones, lo soy, entre otros motivos, porque víctimas de estas fuerzas oscuras caen tantas cosas de la cultura humana gestadas históricamente, profundamente individualizadas y ricamente diferenciadas.

El hombre, tal y como Dios lo concibió y como la poesía y la sabiduría de los pueblos lo han entendido durante varios miles de años, ha sido creado con la capacidad de alegrarse de cosas que incluso no le son útiles, con un órgano especial para captar la belleza. En la alegría del hombre por la belleza participan espíritu y sentidos a partes iguales, y mientras los hombres sean capaces, en medio de las desgracias y peligros de la vida, de alegrarse de estas cosas: de un juego de colores en la naturaleza o en un lienzo, de una llamada en las voces de las tormentas y los mares o de una música compuesta por hombres, mientras, bajo la superficie de los intereses y miserias, siga siendo visible o sensible el mundo como un todo, un mundo en el que hay, desde el giro de la cabeza de un gatito jugando hasta las variaciones de una sonata, desde la mirada conmovedora de un perro a la tragedia de un poeta hay una conexión, un riqueza multiforme de relaciones, correspondencias, analogías y reflejos, cuyo lenguaje, en eterno flujo, depara a los oyentes alegría y sabiduría, diversión y emoción

-mientras tanto, decimos, podrá el hombre dominar sus dudas y proporcionar sentido a su existencia; pues el «sentido» es precisamente esa unidad de lo diverso, o mejor, esa capacidad del espíritu de concebir el barullo del mundo como unidad y armonía.

No hay nada tan malvado, salvaje y cruel en la naturaleza como el hombre normal.

A manera de conclusión, y después de haber leído lo que nos comunican los autores citados, podemos decir: **El escritor que ostenta su profesión como una manera de ayudar al progreso de su sociedad, como forma de proponer soluciones a los problemas de su época, es reconocido como autor comprometido y su literatura es conocida también con ese nombre 'comprometida'.**

## IDENTIFICACIÓN DE LA SOCIEDAD EN LA OBRA LITERARIA

Después de haber realizado una lectura atenta de la obra literaria cabe distinguir los siguientes elementos en el texto:

- Las personas de las que se habla.
- El lugar en el que se encuentran.
- Los indicios temporales que se mencionan: años, fechas, siglos.
- La onomasiología: los nombres de las personas.
- Los objetos que remitan a: la época, al trabajo de las personas, al adorno de las casas y de las personas.
- Los asuntos particulares o generales de los que se habla.
- Las instituciones sociales y sus tipos: macrosociales y microsociales.

**Macrosociales:** familia, estado, religión, cultura.

**Microsociales:** son las instituciones que se desenvuelven dentro de los conceptos macrosociales, por ejemplo la ley, que no es la misma para todos los países y rige únicamente en la sociedad para la que fue creada.

## EL ESTUDIO DE LA VARIABLE SOCIEDAD EN LA OBRA LITERARIA

La sociedad engloba todas las actividades importantes que el ser humano realiza para su supervivencia y trascendencia. Son numerosos los temas que podrían analizarse en la obra literaria relacionados con la variable Sociedad, como en las unidades posteriores se estudiarán las variables Historia, Economía, Religión y el Arte, se ha delimitado el tema para la presente unidad en el ser humano y las relaciones sociales. El tema escogido se aplicará en las obras contemporáneas y en una antigua que son: "*Dos metros de tierra*" de Nadine Gordimer (n. 1923), "*Mi último reloj de oro macizo*" de Tennessee Williams (Premios Pulitzer 1944 y 1955) y "*Antígona*" de Sófocles (496-405 A.C.).



A continuación se presentan las estrategias de lectoescritura de: *"Dos metros de tierra"*, de Nadine Gordimer; y *"Mi último reloj de oro macizo"*, de Tennessee Williams. Después de que hayas realizado dichas estrategias se desarrollará la estrategia de comparación. Algunos puntos vienen parcialmente contestados, lo que falte lo elaborarás con la guía de tu maestro.

**Estrategia de lectoescritura para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer**

**I.- PRERREQUISITO:** Lectura comprensiva del texto.

**II.- Ubica en el texto los siguientes aspectos:** (Subráyalos o señálos con llaves si abarcan muchos renglones).

- 1.- Frases u oraciones que describan a las personas del texto.
- 2.- Lugares en los que se encuentran las personas.
- 3.- Indicios temporales: que señalan las acciones de las personas y que sitúan al texto en una época determinada.
- 4.- Onomasiología (nombres de las personas): explicar si dan indicios del país donde se desarrolla el texto.

**III.- Realiza por escrito lo siguiente:**

- 1.- Sintetiza los asuntos generales de los que se habla.
- 2.- Menciona los asuntos particulares o secundarios que se mencionan en el texto.
- 3.- Para facilitar el desarrollo de las actividades anteriores utiliza el siguiente formato:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN	
ASUNTOS	
GENERALES	PARTICULARES
Ejemplo: las personas que aparecen primero en el texto son Lerice y su esposo (el que narra), viven con sus trabajadores en una finca campestre cerca de Johannesburgo.	-Lerice era actriz y ahora se dedica a administrar la finca.  -Económicamente a él le cuesta mucho mantener la finca, pero admite que vale la pena

**IV.- Identifica las instituciones macrosociales en el texto:**

- 1.- **FAMILIA:** de qué tipo, matrimonio, relaciones de parentesco.
- 2.- **ESTADO:** sus divisiones más generales que son los sistemas político, económico, militar, educativo y las leyes que los rigen.
- 3.- **RELIGIÓN.** de qué tipo, y las manifestaciones de tipo moral.
- 4.- **CULTURA:** Costumbres generales y manifestaciones artísticas del pueblo.

**V.- Identifica las instituciones microsociales en el texto:**

- 1.- Clases sociales.
- 2.- Razas.

**VI.- Investiga en libros de consulta o textos especializados los siguientes aspectos:**

- 1.- Elabora fichas de resumen o de transcripción textual para consignar la información. Hazlo en tu cuaderno. Anota los datos bibliográficos completos: nombre del autor, capítulo o tomo, página (s), lugar de edición, nombre de la editora y año.
- 2.- En cuál país y continente se encuentra Johannesburgo.
- 3.- En qué lugar del mundo se localiza Rhodesia.
- 4.- La situación social de Johannesburgo: relaciones entre blancos y negros.

**VII.- Realiza por escrito un comentario donde utilices la información investigada:**

- 1.- Presenta tu comentario con los requisitos pertinentes: mecanografiado, en papel bond, portada, índice, introducción, desarrollo, notas, bibliografía, en una carpeta con tus datos completos.

La introducción describe brevemente los aspectos que se van a comentar en el desarrollo y destaca los aspectos del texto que se aclararon y se comprendieron mejor con la información obtenida en los libros de consulta.

Las notas se emplearán solamente si son necesarias.

- 2.- Para estructurar tu comentario toma en cuenta lo siguiente:
  - a) De las actividades realizadas en los puntos anteriores, retoma aquellas que reflejen a la sociedad mostrada en el texto de Nadine Gordimer y EXPLÍCALAS.
  - b) Interpreta el significado connotativo del título "Dos metros de tierra".
  - c) Expresa tu opinión personal respecto a la sociedad interracial.
  - d) Comenta si esta situación social la has vivido directa o indirectamente.



### Estrategia de lectoescritura para "Mi último reloj de oro macizo", de Tennessee Williams

El estudio de esta obra teatral corta de Tennessee Williams, cuyo verdadero nombre era Thomas Lanier Williams, se realizará de la misma manera que se efectuó de la de "Dos metros de tierra" de Nadine Gordimer. Las actividades son consideradas neutras porque pueden aplicarse a cualquier texto, con ligeras adecuaciones según la obra estudiada.

En el texto de Tennessee Williams los aspectos por estudiar son los siguientes:

#### I. PRERREQUISITO: Lectura comprensiva del texto.

#### II.- Identifica en el texto lo siguiente:

- 1.- Frases u oraciones que describan a las personas del texto.
- 2.- Lugares en los que se encuentran las personas.
- 3.- Indicios temporales.
- 4.- Onomasiología

#### III.- Realiza por escrito lo siguiente:

- 1.- Sintetiza los asuntos generales de los que se habla.
- 2.- Menciona los asuntos particulares o secundarios que se mencionan en el texto. Hazlo en forma breve.

#### IV.- Identifica las instituciones macrosociales en el texto:

- 1.- Concepto de generación.
- 2.- Concepto de moda.
- 3.- Concepto de raza
- 4.- Modales.

#### V.- Investiga en libros de consulta o textos especializados los siguientes aspectos:

- 1.- Ubica en un mapa de E.U. donde se encuentra el delta del Mississippi.
- 2.- La importancia del Mississippi en el desarrollo social del país en el que se encuentra.
- 3.- El origen de las diferentes razas en Estados Unidos, especialmente negros y judíos.
- 4.- Otros aspectos que se pueden investigar para complementar el origen de la raza negra son: la esclavitud en Estados Unidos, la muerte de Abraham Lincoln y la Guerra de Secesión.

#### VI.- Realiza un comentario por escrito donde utilices la información investigada:

- 1.- Presenta tu comentario por escrito con los requisitos pertinentes.
- 2.- Para estructurar tu comentario toma en cuenta los siguientes:
  - a) Explica la evolución social reflejada en el texto.
  - b) Expresa cómo es la relación social de Charlie Colton con: Harper, el negro y los otros personajes mencionados en su conversación -los judíos, los negros, los jóvenes, la nueva generación-
  - c) Expresa tu opinión personal respecto al conflicto entre las generaciones viejas y nuevas.
  - d) Comenta si has vivido directa o indirectamente la evolución de la sociedad.

#### 3.- Retoma de las actividades anteriores para desarrollar estos aspectos.

#### 4.- Interpreta connotativamente los siguientes fragmentos del texto:

##### "Mi último reloj de oro macizo".

(pág. 55) Negro: sí señor; es verdad, mister Charlie; todo va de capa caída

(Pag. 57) Charlie: ¡Bollos calientes! ¡Eso es lo que vendo!

(Pág. 58) Charlie: Nos vamos como las moscas cuando acaba el verano... ¿Y quién va a impedirlo?

(pág. 59) Charlie: ¿Cómo dice la vieja canción? se fueron con las rosas de ayer ¡Sí, se las llevó el viento!

(Pág. 60) Charlie: ¡El slogan "Todo cuero" ya no se lleva...ni el calzado ni en la humanidad en general!

(pág. 61) Charlie: Negro, ya no es ni siquiera tarde...¡Es de noche!

#### Estrategia de comparación

Al estudiar la variable sociedad en el texto literario a través de las obras "Dos metros de tierra" de Nadine Gordimer y "Mi último reloj de oro macizo" de Tennessee Williams se puso especial atención en el ser humano y sus relaciones sociales.

- 1.- Compara las semejanzas entre ambos textos:
  - a) Tipo de personas que aparecen en el texto.
  - b) Clases sociales mencionadas en el texto (inferidas).
  - c) La situación racial.
- 2.- Contrasta las diferencias entre ambos textos:
  - a) Lugar donde se desarrollan las acciones de las personas.
  - b) El ser humano y las relaciones sociales: costumbres, modas, generaciones y actitudes ante las circunstancias de la vida.



## Otras sugerencias de comparación

TEMATOLOGÍA: El ser humano y las relaciones sociales.

La obra de Tennessee Williams "Mi último reloj de oro macizo" se puede comparar con:

- "La ley de la vida" de Jack London: Las generaciones y las costumbres.
- "Paisaje en bicicleta" de Curzio Malaparte: La evolución de la sociedad.
- "Minué" de Guy de Maupassant: Los conceptos de generación y de moda.

La obra de Nadine Gordimer "Dos metros de tierra" se puede comparar con:

- "Antígona" de Sófocles: Las relaciones de parentesco y las costumbres morales.

### Algunos ejemplos de respuestas

#### Estrategia de lectoescritura para "Dos metros de tierra", de Nadine Gordimer

II.- Ubicar en el texto los siguientes aspectos:

1.- Frases o párrafos que describan a las personas del relato.

- a) "Mi esposa, y yo no somos auténticos granjeros, ...."
- b) "Lerice... mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz, con que siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca..."
- c) "Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas -no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes-, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro.
- d) "Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente"

2.- Lugares en los que se encuentran las personas:

- a) "Está nuestra finca, a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales..."
- b) "Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto como demonios hemos podido aguantar el vivir allí".
- c) "Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a tropicónes hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz .."
- d) "Las tensiones de la maldita ciudad ¡Y tu además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!

3.- Indicios temporales que señalan las acciones de las personas y que sitúan al texto en una época determinada.

- a) "Yo sólo paso allí las noches y los fines de semana"
- b) "Sobre todo los domingos por la mañana cuando voy a los corrales.."
- c) "De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde..."
- d) -"¿Qué hora es?  
- La que sea que mas da"

4.- ONOMASIOLOGÍA:

Lerice, Albert, Franz, Petrus, no remiten a algún lugar especial, pero EGOLI es el nombre bantú de Johannesburgo.

III.- Sintetiza los asuntos generales y particulares. Utiliza el formato con la columna izquierda para los generales y la derecha para los particulares.

#### 1.- GENERALES

- a) Matrimonio, Lerice y su esposo, viven en una finca cerca de Johannesburgo, con sus trabajadores.

#### 2.- PARTICULARES

- a) No son auténticos granjeros.
- b) Lerice era actriz, ahora administra la finca.
- c) El esposo de Lerice es socio de una agencia de viajes.
- d) Es un matrimonio con éxito porque viven en el campo
- e) No tienen hijos
- f) Lerice trata bien a sus trabajadores y cuida su salud.
- g) Lerice desaliñada desinfecta personalmente a los animales
- h) Viven con menos tensiones (ciudadinas y raciales)
- i) Las relaciones entre blancos y negros en el campo son casi feudales: injustas pero cómodas para todos.
- j) Los trabajadores destilan cerveza ácida sin miedo a la policía

- b) La muerte del hermano de Petrus
- c) Exhumación del hermano de Petrus

NOTA: -Completa los asuntos particulares



## IV.- Identifica las instituciones sociales en el texto.

## MACROSOCIALES

## FAMILIA.

La familia de blancos conformada por Lerice y su esposo no tienen hijos; las relaciones de parentesco se reflejan también entre las personas de raza negra, Petrus, su hermano muerto y el padre de ellos -que vive en Rhodesia-.

## ESTADO.

Sus divisiones más generales citadas en el texto son: el concepto del país -Rhodesia-, el concepto de ciudad -Johannesburgo-, las autoridades -sanitarias y policiales-, el salvoconducto, los trámites burocráticos -para hacer la autopsia, enterrar y exhumar un cadáver -, las leyes que rigen a un país racista-Sudáfrica-.

## RELIGIÓN.

El patrón lanza exclamaciones a Dios, lo que remite a que es un creyente. Por otra parte el afán de Petrus por recuperar el cadáver de su hermano y darle sepultura revela un deber moral.

## CULTURA.

Costumbres generales: En el matrimonio blanco su afán por vivir de la mejor manera posible, con la tranquilidad del campo, pero cercanos a la vida urbana; cuando muere el hermano de Petrus, los otros blancos se extrañan del trato entre los patronos blancos y los trabajadores negros; durante la búsqueda del cadáver y la pérdida del mismo los blancos demuestran la poca importancia que le dan a los problemas de la población de raza negra ya que sus caras les parecen todas iguales debido a su color. Entre la población negra resultan dos aspectos: su afán por enterrar a un familiar y la solidaridad con Petrus al conseguirle el dinero que necesita para enterrar a su hermano entre otros aspectos.

## V.- Identifica instituciones microsociales

**Clases Sociales.-** En el texto la clase social alta está representada por Lerice y su esposo, matrimonio de raza blanca. La clase baja está representada por los trabajadores de la finca.

**Razas.-** Hay dos razas confrontadas, la blanca representada por los ingleses y la negra por los trabajadores de ascendencia bantú.

## VI.- Elabora fichas de resumen o textuales con la información investigada en los libros de consulta.

2.- En cual país y continente se encuentra Johannesburgo.

## FICHA TEXTUAL

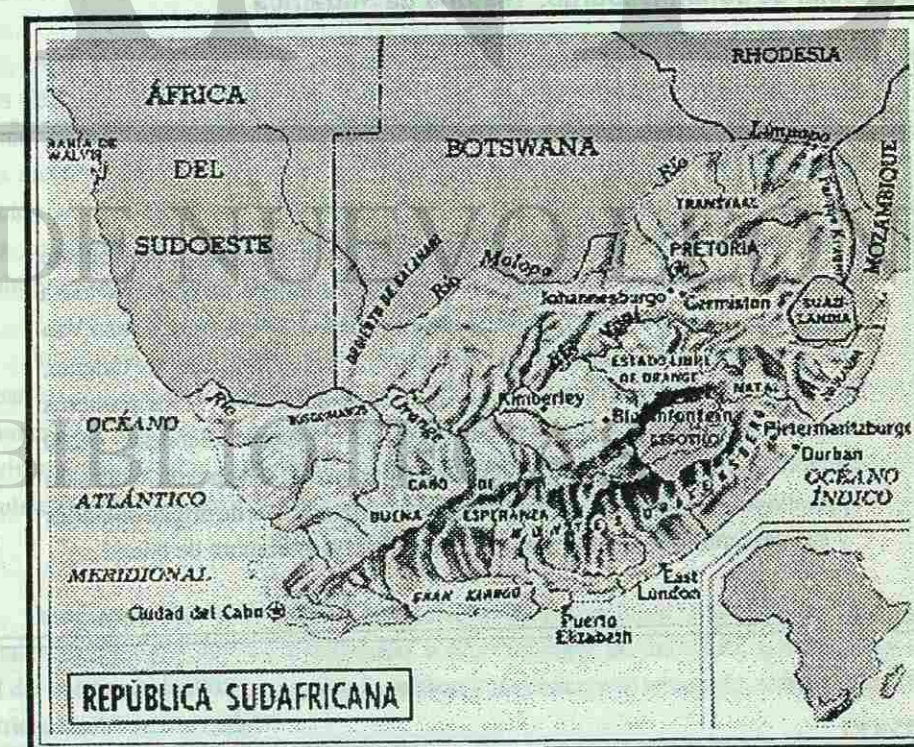
"**JOHANNESBURGO.** Ciudad de la República Sudafricana, una de las mayores de África y la más moderna de dicho continente. Con frecuencia se la llama la "ciudad de oro", por estar edificada sobre las minas de oro más ricas del mundo.

Fue construida, a más de 1,600 ms. de altura, en la vertiente S. de los Montes Witwater, sobre un árido promontorio azotado por los vientos. Esta es una rica zona aurífera, de unos 80 kms. de largo, que se extiende de E. a O. Allí se encuentra también uranio. Las lluvias tienen lugar durante el verano (de septiembre a marzo, por estar en el hemisferio sur) y la estación seca es la invernal, época en que el cielo se ve claro y sin nubes. La temperatura es calurosa durante todo el año.

La fundación de la ciudad tuvo lugar en 1886 al descubrirse otro en la región. Sus primeros habitantes fueron buscadores de oro y mineros que llegaron del S. en carros tirados por bueyes, y levantaron allí sus tiendas. Al desarrollarse las actividades mineras, la población creció rápidamente. Cerca del 50 por ciento de sus habitantes son europeos, muchos de los cuales viven en distritos residenciales relativamente modernos y elegantes. La mayoría de los no europeos viven en zonas superpobladas, en las afueras de la ciudad.

En la actualidad Johannesburgo se parece a cualquier ciudad moderna. Blancas colinas de cima plana, formadas por los residuos de las minas, se levantan en sus alrededores.

Aunque la extracción de oro, es todavía de gran importancia, la ciudad se destaca también como un centro industrial, comercial y de transporte. Entre sus industrias se cuentan las de productos químicos y alimenticios, municiones, explosivos y talleres de reparación para equipo ferroviario. Como mercado distribuidor, recibe los productos de las regiones ganaderas y agrícolas de las cercanías, tales como ganado, frutas, trigo y maíz. Es también el mayor mercado mundial de diamantes y el centro ferroviario del África meridional. De allí parten líneas férreas que se dirigen a los puertos de la república, a Rhodesia del Sur, situada al N., y a la colonia portuguesa de Mozambique, al E. La ciudad es igualmente el punto central de la red de carreteras principales de la nación y estación terminal de las líneas aéreas. El complejo de Johannesburgo tiene 1,432.643 h. (1970)."



Enciclopedia Barsa, Tomo 14, pp. 43, 43 A., México, 1981.

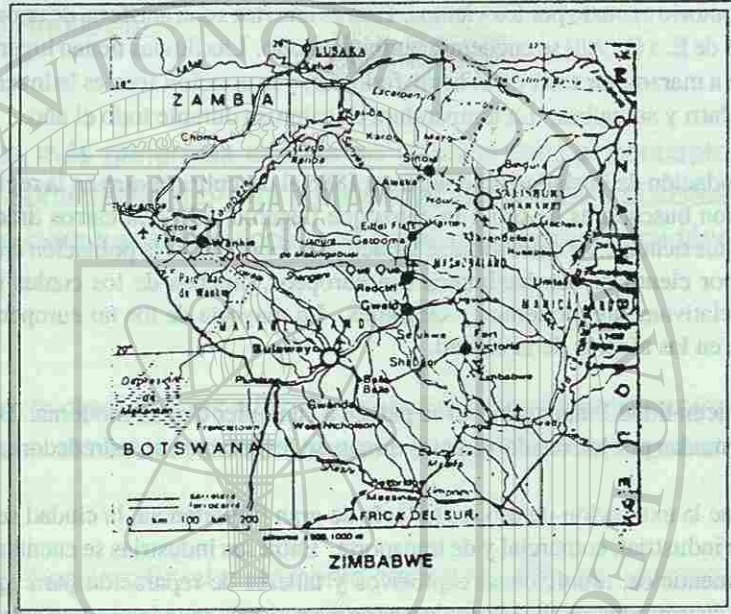
Enciclopedia Barsa, Tomo 9, pp. 177-178, México, 1981.



### 3.- En qué lugar del mundo se localiza Rhodesia.

Ficha de Resumen: Se encuentra en el continente africano en su lado sureste, colinda con Botswana, Sudáfrica y Mozambique. Se proclamó su independencia en 1980 y cambió su nombre a Zimbabue.

#### Mapa o Gráfica con la respuesta



Larousse, Diccionario usual, p. 720,  
México, 1985.

### 4.- La situación social de Johannesburgo. Historia de Sudáfrica

#### FICHA TEXTUAL:

##### Historia

"El cabo de Buena Esperanza fue descubierto en 1488 por el navegante portugués Bartolomé Dias. Pero la colonización europea no comenzó hasta 1652, cuando un pequeño grupo de holandeses, bajo la dirección de Juan Van Riebeeek, estableció una base el comercio marítimo con la India y Oriente, en el sitio ocupado actualmente por la Ciudad del Cabo. A los primeros colonos holandeses se unieron más tarde otros grupos holandeses y 200 hugonotes franceses que abandonaron su país en 1685, después de haber sido privados de sus derechos civiles y religiosos. Los colonos de origen holandés y sus descendientes llegaron a ser conocidos con el nombre de bóers".

### 4.- (Historia de Sudáfrica)

#### SUDÁFRICA

"También fueron factores importantes en el aumento de la población la llegada de malayos y otros asiáticos y la esclavitud de gran número de hotentotes y bosquimanos, aborígenes de la región. Los matrimonios entre los aborígenes y colonizadores blancos dieron lugar a la población mestiza de la región. A dicho grupo pertenece hoy una gran parte de los habitantes de la Ciudad de Cabo.

Por el año 1795 había unos 14.000 colonos europeos en la colonia del Cabo. Ese mismo año el gobierno de la Ciudad del Cabo pasó a manos inglesas como resultado de las guerras posrevolucionarias de Francia, para volver al poder holandés, en 1803 y de nuevo al dominio inglés en 1806. Esta vez fue definitivo el cambio y así se reconoció en 1814 por el tratado de París. Seis años después 5.000 colonos británicos se habían establecido en la colonia.

Descontentos bajo la dominación inglesa, los bóers empezaron a abandonar en gran número la colonia del Cabo. Estos emigrantes se dirigieron con sus familias hacia las regiones inhabitadas del interior.

La gran emigración o Gran Trek (viaje, en holandés) empezó desde la colonia del cabo en 1835, y en 1838 los bóers fundaron Natal en el SE. de África meridional. La anexión de Natal por los ingleses cinco años más tarde empujó a los bóers a avanzar hacia el interior y a fundar el Estado Libre de Orange (1954) y la República del Transvaal (1956), llamada primeramente República Sudafricana. Los colonos holandeses que se dirigían hacia el NE. se encontraron con las tribus bantúes (zulúes, basutos y otras) que avanzaban hacia el SO., en un movimiento propio de expansión, y el resultado fueron las sangrientas guerras cafres entre las tribus y los blancos, que continuaron hasta 1880, cuando las tropas inglesas destruyeron las últimas fuerzas militares de los zulúes.

Durante el siglo XIX continuó aumentando la tirantez de las relaciones entre los ingleses de la colonia del Cabo y de Natal y los bóers del Estado Libre de Orange y del Transvaal. El descubrimiento de los yacimientos de diamantes de Kimberley en 1867 y de los campos auríferos de Witwatersrand, en la región del Transvaal, en 1884, dio una nueva proporción a la rivalidad y en 1899 estalló la guerra llamada anglo-bóer entre los ingleses y los colonos holandeses. Los primeros resultaron victoriosos y en 1902 se firmó la paz en Vereeniging.

Por ley de 1909, ratificada en 1910, se creó la Unión Sudafricana, Los poderes radicaban en el gobierno central, que tenía autoridad en cuestiones de legislación provincial. El monarca inglés estaba representado por un gobernador general, aunque el poder ejecutivo y el legislativo lo ejercían el primer ministro y su gabinete y el parlamento de la Unión. Al constituirse la república, en 1961, el gobernador general fue sustituido por un presidente de estado.

La separación de la Comunidad Británica de Naciones fue promovida por el Partido Nacionalista, dominado por los afrikaanders o descendientes de los bóers, que lograron el control del gobierno en 1948 e iniciaron la política conocida como apartheid, sobre la base de una estricta clasificación racial".

CONT.



"El grupo blanco, de ascendencia europea (holandesa, francesa e inglesa), forma el 19% de la población; los mestizos (coloureds) e inmigrantes asiáticos (principalmente hindúes) alcanzan el 11%; y los africanos negros (bantúes según la denominación oficial) constituyen el 70% restante. Las lenguas oficiales son el inglés y el afrikaans. Este último proviene del holandés del siglo XVII mezclado con palabras africanas. Los bantúes hablan varios dialectos propios aceptados a veces como oficiales en determinadas regiones. Existe además una lengua franca llamada fanagolo que se usa en las zonas mineras.

El apartheid establece una rígida segregación entre los grupos raciales así como la dominación del estado y la sociedad por el grupo blanco. Los bantúes pertenecen a diversos grupos étnicos originarios de África. Los principales son: el xhosa, el zulú, el sotho, el tswana y el tsonya.

Dentro del sistema de apartheid se pretende concentrarlos en áreas geográficas tribales independientes. En 1976 Transkei se convirtió en el primer territorio bantú en recibir independencia de Sudáfrica; en 1977 tocó el turno a Bophuthatswana. Ninguno de estos estados, sin embargo, fue reconocido por la comunidad internacional, que los consideraba aún parte de la República Sudafricana.

Ha creado el apartheid una vigorosa oposición tanto interna, por parte de la mayoría no europea afectada (entre la que se incluye a los coloureds y asiáticos), como externa, por parte de otras naciones. Desde 1955 diversas organizaciones nacionalistas negras han tratado de combatir las restricciones al grupo bantú, algunas de las cuales son las prohibiciones legales para la concertación de matrimonios interraciales para cambiar de domicilio o salir de un bantustan sin permiso del gobierno, la exclusión o limitación extrema del voto, la prohibición de asociarse en sindicatos o de ejercer el derecho de huelga, así como una discriminación general en el uso de servicios públicos.

El gobierno respondió con una represión aún mayor de las libertades a los no europeos y para fines de 1964, los principales líderes de las mayorías africanas estaban encarcelados o exiliados y disueltas sus organizaciones.

En las NU se ha intentado desde 1962 la aplicación de sanciones económicas y diplomáticas como medio de ejercer presión sobre la República Sudafricana para que abandone su política de apartheid y para que acepte retirarse de África del Sudoeste (Namibia), cuyo mandato le fue revocado por las Naciones Unidas en 1966. A fines de los años setenta, Sudáfrica aceptaba ya la necesidad de permitir la independencia de Namibia, pero se negaba a entregar el poder al grupo insurgente, SWAPO, reconocido por las Naciones Unidas. Asimismo, pretendía conservar control sobre la Bahía de Walvis, único puerto de altura de Namibia. En diciembre de 1978, Sudáfrica organizó elecciones en Namibia sin reconocimiento de la comunidad internacional o de SWAPO. En mayo de 1979 se creó en Namibia una asamblea nacional con poder para determinar el presupuesto del territorio y promulgar ciertas leyes".

Enciclopedia Barsa, Tomo 14, pp. 43 A, B y C, México, 1981.

## Dos metros de tierra

Nadine Gordimer

Mi esposa y yo no somos auténticos granjeros, y Lerice aún menos que yo, desde luego. Está nuestra finca a tres leguas de Johannesburgo, junto a una de las carreteras principales, y la adquirimos con ánimo de introducir un cambio en nuestra vida, supongo. Hay mucho de desconcertante en un matrimonio como el nuestro. Cuando sondea uno un matrimonio, espera encontrar un profundo silencio de satisfacción. No es que la granja nos lo haya deparado, por supuesto, pero ha conseguido otras cosas inesperadas, ilógicas. Lerice, a quien había esperado ver encerrada en una melancolía a lo Chejov durante un par de meses, dejando después el campo libre a los criados mientras volvía al intento de obtener un papel de su agrado, a fin de llegar a ser la actriz con quien siempre soñara, se ha enfrascado totalmente en el trabajo de administrar la finca, poniendo en ello la misma seriedad y vehemencia con que en otro tiempo se desvivía por interpretar los recovecos de la mente de un dramaturgo. Hace tiempo que yo hubiese dejado la granja de no haber sido por ella. Sus manos, antes menudas, suaves, bien cuidadas -no era de esas actrices que se pintan las uñas y llevan sortijas de brillantes-, son bastas ahora como los pulpejos callosos de un perro.

Como digo, yo sólo paso allí las noches y los fines de semana. Soy socio de una agencia de viajes de lujo, un negocio floreciente, pues no tiene más remedio que serlo, como digo a Lerice, para poder sostener la granja. Sin embargo, aunque sé que está fuera de mis posibilidades, y aunque el olor dulzón de las gallinas que cría Lerice me pone malo, de modo que procuro siempre no tropezarme con ellas, la granja tiene un no sé qué de hermoso que yo había prácticamente olvidado. Sobre todo los domingos por la mañana cuando me levanto y voy a los corrales, y no veo las palmeras, ni los viveros, ni las pajareras de piedra artificial del extrarradio urbano, sino los patos blancos del estanque, el campo de alfalfa reluciente como ordenado por un escaparatista, y el toro pequeño y rechoncho de ojos atravesados, rijoso pero aburrido, dejándose lamer cariñosamente la cara por una de sus concubinas. Lerice sale despeinada. Trae en la mano un palo del que gotea desinfectante para el ganado. Se detiene y parece ensimismada por un momento, como si estuviera representando una de sus comedias. "Se juntarán mañana", dice. "Ya llevan dos días. Fíjate cómo le quiere a mi pequeño Napoleón." De forma que cuando viene gente a vernos el domingo por la tarde, no es raro que yo mismo me sorprenda diciendo a quien sea, mientras preparo las copas:

"Cuando vuelvo a casa todos los días desde la ciudad, al pasar por esos bloques de casas de las afueras, me pregunto cómo demonios hemos podido aguantar el vivir allí... ¿Queréis echar un vistazo a esto?" Y entonces me llevo a una guapa muchacha y a su joven esposo a trompicones hasta la orilla del río, la chica enganchándose las medias en las cañas de maíz y sorteando boñigas de vaca rumorosas de moscas verdes como esmeraldas, mientras dice: "...las tensiones de la maldita ciudad. ¡Y tú además estás cerca, si un día quieres ir al cine o al teatro! ¡Qué estupendo! ¡Tienes las dos cosas!"

Y yo por un momento acepto el triunfo como si de veras hubiese logrado ese imposible por el que llevo luchando toda mi vida; precisamente como si la verdad estuviera en lograr esas "dos cosas", en lugar de contentarse no con la una o con la otra, sino con una tercera, por cuya consecución no hubiera dado paso alguno.

Pero hasta en nuestros ratos de mayor desapasionamiento, cuando los entusiasmos agrícolas de Lerice me parecen tan insoportables como en otros tiempos sus afanes histriónicos, y ella ve en los que llama mis "celos" por su capacidad de entusiasmo una prueba tan grande como



siempre de mi incapacidad de identificación con ella, creemos sinceramente que, en definitiva, hemos sabido sustraernos de veras a esas tensiones propias de la ciudad de que hablan nuestros visitantes. Cuando la gente de Johannesburgo habla de "tensión", no se refiere a los transeúntes apresurados en las calles populosas, a la lucha por el dinero o al carácter de competencia generalizada de la vida urbana. Alude al hecho de que los blancos hayan de dormir con las armas debajo de la almohada, y a las rejas que protegen sus ventanas contra los asaltos. Piensa en esos momentos insólitos que se dan en las calles de la ciudad cuando un negro no quiere ceder la acera a un blanco.

Pero en el campo, sólo a tres leguas de distancia, la vida es otra cosa. En el campo todavía queda el rescoldo de épocas anteriores; nuestras relaciones con los negros son casi feudales. Injustas, de acuerdo; anticuadas, pero más cómodas para todos. Aquí no tenemos ni rejas en las ventanas ni armas. Los gañanes de Lerice viven en la granja con sus esposas y sus críos. Destilan su cerveza ácida sin miedo a las batidas de la policía. Si vamos a decir, siempre nos hemos sentido bastante orgullosos de que los pobres diablos que viven con nosotros no tengan mucho que temer; Lerice hasta se interesa por los niños, con la competencia que puede suponerse en una mujer que no ha tenido hijos propios, y aun hace de médico de todos ellos -niños y adultos- y los cuida como a unos angelitos cuando se ponen malos.

Esta es la causa de que no nos sobresaltáramos demasiado cuando una noche del invierno pasado el mozo Albert vino a llamar a nuestra ventana mucho después de la hora de acostarnos. Yo no estaba en la cama, sino durmiendo en la pequeña pieza, antealcoba y ropero en una pieza, ya que me había disgustado con Lerice y estaba dispuesto a no dejarme ablandar sólo por el suave aroma de los polvos de talco sobre su piel, recién bañada. Vino ella y me despertó.

-Dice Albert que uno de los muchachos está muy enfermo, me dijo-. Más vale que vayas a ver, creo yo. No iban a despertarnos a estas horas si la cosa no tuviese importancia.

-¿Qué hora es?

-La que sea, ¿qué más da? -Lerice es de una lógica exasperante.

Me levanté con aire desmañado, bajo sus ojos atentos (¿por qué he de parecer siempre un necio cuando he despertado de su cama?).

De todos modos, por la forma en que procura siempre no mirarme cuando me habla en el desayuno al día siguiente sé que está herida y humillada por mis desatenciones; y salí, medio sonámbulo.

-¿De qué muchacho se trata? -pregunté a Albert por el camino, a la luz fluctuante de una antorcha.

-Está malo. Muy malo. *baas* -dijo por toda respuesta.

¿Pero quién? ¿Franz? -Me acordé de Franz, que había tenido un fuerte catarro la semana anterior.

Albert no contestó; me había cedido la senda y caminaba a mi lado, entre las altas hierbas secas. La luz de la antorcha le dio de lleno en la cara, y observé que parecía profundamente turbado.

-¿Pero qué es lo que pasa? -inquirí.

El bajó la cabeza, rehuendo la luz.

-No es cosa mía, *baas*. No sé. Me ha mandado Petrus.

Irritado, le hice apresurarse hacia las cabañas y allí, en el propio catre de Petrus (un armazón de hierro montado sobre soportes de ladrillos), vimos a un joven muerto. Aún brillaba en su frente un leve sudor frío, pero el cuerpo lo tenía caliente. Rodeábanle los muchachos en esa actitud que adoptan en la cocina cuando se descubre que alguien ha roto un plato: distantes, silenciosos. La mujer de uno de ellos se movía en la sombra, retorciéndose las manos bajo el delantal.

Hacía que no veía yo un hombre muerto desde la guerra. Aquel era completamente distinto. Y me sentí como los demás: extraño, inoportuno.

-¿Qué ha pasado? -pregunté.

La mujer se dio unos golpecitos en el pecho y meneó la cabeza, expresando así la angustia de no poder respirar.

Debía de haber muerto de pulmonía. me volví hacia Petrus:

-¿Quién era este muchacho? ¿Qué hacía aquí? -La luz de una vela colocada en el piso reveló que Petrus estaba llorando. Salí, y él detrás.

Una vez fuera, en plena oscuridad, esperé a que hablase. Pero seguía encerrado en su mutismo.

-Vamos, Petrus, tienes que decirme quién era ese chico. ¿Era amigo tuyo?

-Es mi hermano, *baas*. Vino de Rhodesia a buscar trabajo.

La historia no dejó de sorprendernos, tanto a Lerice como a mí. El muchacho se había venido desde Rhodesia para buscar trabajo en Johannesburgo. Debió de coger frío de dormir a la intemperie durante el viaje, y había caído enfermo en la cabaña de su hermano Petrus, cuando llegó tres días atrás. Los demás no se habían atrevido a pedirme ayuda, ya que ni siquiera teníamos idea de su presencia. A los indígenas rhodesianos les está prohibido entrar en La Unión, a no ser que dispongan de salvoconducto; el joven era un inmigrante ilegal. Sin duda nuestros muchachos habían conseguido arreglarlo todo con éxito en varias ocasiones anteriores; una buena serie de parientes debió de recorrer en su día los mil y pico kilómetros que van de la pobreza al paraíso de los trajes charros y baratos, de las batidas de la policía y de los barrios bajos negros que es su *Egoli*, su Ciudad de Oro: nombre bantú de Johannesburgo. Todo se reducía a tener escondido al hombre en nuestra granja hasta encontrar la oportunidad de emplearle con alguien que quisiera correr los riesgos de una denuncia por dar trabajo a un inmigrante ilegal, a cambio de los servicios de una persona no corrompida todavía por la urbe... De todos modos, aquel ya no volvería a levantarse.

-Podían habérmelo dicho, por lo menos- comentó Lerice a la mañana siguiente-. Una vez que el muchacho se puso enfermo... ¿Cómo no nos avisaron...?



Cuando algo le llega al alma, tiene una forma de quedarse parada en mitad de la habitación como el que está a punto de salir de viaje, lanzando miradas escrutadoras a su alrededor y deteniéndose en los objetos más familiares como si los viese por vez primera. Pude advertir que en presencia de Petrus, en la cocina, esa misma mañana más temprano, había mostrado una actitud como de estar ofendida con él o poco menos, como si se sintiera lastimada en lo más vivo..

De todos modos yo, francamente, ya no tengo tiempo ni ganas de indagar en todos esos detalles de nuestra existencia que Lericé quisiera que indagáramos, según adivino en sus ojos alarmados y apremiantes. Ella es mujer a quien no importa parecer fea o estrambótica; y dudo que le importase aunque supiera lo rara que está cuando una viva perplejidad le desencaja las facciones.

-Supongo que ahora me tocará a mí pringar con todos los trámites -dije.

Ella continuaba mirándome fijo, escudriñándome con esos ojos suyos... pero perdía el tiempo.

-Tengo que dar cuenta a las autoridades sanitarias -dije con calma-. No pueden enterrarlo por las buenas. Después de todo no sabemos de qué ha muerto.

Continuó inmóvil, sin decir palabra, como dándolo todo por perdido. Ni me veía ya, sencillamente. Creo que en mi vida me he sentido más irritado.

-Puede haber sido algo contagioso -aventuré-. Sabe Dios. No obtuve respuesta.

No me seducen nada los monólogos. Así que salí y di voces a uno de los muchachos que abriese el garage y tuviera listo el coche para mi viaje matinal a la ciudad.

Como me figuraba, todo se volvieron complicaciones. Tuve que avisar no sólo a las autoridades sanitarias, sino también a la policía, y responder a un montón de preguntas fastidiosas: ¿Cómo es que no sabía nada de la presencia del muchacho? Si no inspeccionaba los alojamientos de los nativos, ¿cómo sabía que tales cosas sucedían a menudo? Etcétera, etcétera. Cuando me harté y les dije que mientras mis nativos hicieran su trabajo no consideraba derecho ni asunto mío el meter las narices en sus vidas privadas, recibí del grosero y estólido policía una de esas miradas que no dimanaban de un proceso intelectual del cerebro, sino de aquella facultad tan generalizada entre cuantos viven fanatizados por la teoría de la raza superior: una mirada llena de insensato y necio convencimiento. Me sonrió con una mezcla de desdén y regocijo por mi estupidez.

Después tuve que explicar a Petrus por qué las autoridades sanitarias tenían que llevarse el cadáver para la práctica de la autopsia, y también en qué consistía la autopsia. Cuando telefoneé al Departamento de Sanidad unos días más tarde para saber el resultado, me dijeron que la causa de la muerte fue, como habíamos supuesto, la pulmonía, y que habían procedido al traslado del cadáver. Fui entonces a ver a Petrus, que estaba preparando el pienso para las gallinas, y le dije que todo estaba arreglado y que no habría complicaciones; su hermano había muerto de un mal en el pecho. Petrus dejó en el suelo la lata y preguntó:

-¿Cuándo podremos ir por él, *baas*?

-¿Ir por él?

-Sí; ¿querría usted preguntar cuándo tenemos que ir?

Entré en la casa y me puse a llamar a Lericé por todas partes. Andaba en el piso de arriba, por los cuartos de huéspedes, y cuando bajé le dije:

-¿Y ahora qué hago? Cuando se lo he contado a Petrus, se ha limitado a preguntarme tranquilamente que cuándo pueden ir a recoger el cadáver. Creen que van a poder enterrarlo por su cuenta.

-Vaya, hombre; pues vuelve y explícaselo -dijo Lericé-. Tienes que explicárselo. ¿Por qué no se lo has explicado?

Volví para hablar con Petrus, que me escuchó cortésmente.

-Mira, Petrus -le dije-. No puedes ir a recoger a tu hermano. Ya lo han enterrado ellos; lo han enterrado, ¿entiendes?

-¿Dónde? -preguntó lenta, obtusamente, cual si pensara que quizá no había entendido bien.

-Verás, tu hermano era extranjero. Ellos sabían que no era de aquí; lo que no sabían es que tuviese familia en el país, de modo que creyeron su deber enterrarlo. -Era difícil, a un entierro de beneficencia, darle visos de privilegio.

-Por favor, *baas*, tiene usted que pedírselo. -Pero no quería decir con aquello que necesitaba saber dónde estaba enterrado el difunto. Ignoraba por completo la incomprendible maquinaria que, según le expliqué, se había puesto en marcha sobre su hermano muerto; lo único que él quería era que le devolviesen a su hermano.

-Pero, Petrus -le dije-, ¿qué puedo hacer yo? Tu hermano ya está enterrado. No puedo ir a reclamarlo ahora.

-¡Oh, *baas*! -exclamó. Permaneció inmóvil, las manos sucias de salvado caídas flácidamente a ambos costados, con una contracción nerviosa en la comisura de los labios.

-¡Pero por Dios bendito, Petrus, si no me van a hacer caso! Y aunque quisieran, no tienen atribuciones. Lo siento, pero no puede ser ¿Comprendes?

El seguía mirándome, persuadido de que los hombres blancos lo tienen todo, lo pueden todo; si no lo hacen, es porque no quieren.

Más tarde, durante la cena, atacó Lericé.

-Por lo menos podrías telefonar.

-Pero ¿quién crees que soy yo? ¿Es que esperas que devuelva la vida al muerto?

No había manera humana de sustraerme a la ridícula responsabilidad que habían cargado sobre mis hombros.

-Telefonéales -insistió ella-. En último extremo siempre podrás decirle que has puesto todo de tu parte y te han explicado que es imposible.



Después del café, Lerice se fue para la cocina. Al rato volvió y me dijo:

-El padre viene de Rhodesia para asistir al entierro. Ha conseguido un salvoconducto y ya está en camino.

Desgraciadamente, no era imposible conseguir la devolución del cadáver. Las autoridades dijeron que la cosa era un tanto irregular, pero teniendo en cuenta que se habían cumplido debidamente todos los requisitos higiénicos, no podían negar su permiso a la exhumación. Calculé que con los derechos de la funeraria vendría a costar todas unas veinte libras. Bueno, pensé, ya está solucionado. Petrus gana cinco libras al mes. ¿Cómo va a disponer de veinte? Y aunque las tenga, poco puede hacer con ellas en favor del muerto. Y desde luego yo no voy a ofrecérselas. Hubiese gastado veinte libras -o cualquier otra cantidad razonable para el caso- sin refunfuñar demasiado en médicos o medicinas que pudieran haber valido al muchacho cuando aún vivía. Una vez muerto, no tenía la menor intención de animar a Petrus para que tirase por la ventana como si tal cosa más de lo que gastaba en vestir a su familia en un año.

Cuando se lo participé en la cocina, esa misma noche, dijo él:

-¿Veinte libras?

-Sí, exactamente, veinte libras -repetí yo.

Por un momento, viendo la cara que ponía, creí que estaba haciendo cálculos. Pero cuando habló de nuevo, pensé que debía habérmelo figurado.

-¡De modo que hay que pagar veinte libras! -dijo con esa voz abstraída con que se habla de algo tan inasequible que ni siquiera se molesta uno en pensarlo.

-Como lo oyes, Petrus -repuse, y me volví al cuarto de estar. A la mañana siguiente, antes de marchar a la ciudad, Petrus dijo que quería verme.

-Por favor, *baas* -titubeó, alargándome un fajo de billetes con visible embarazo. Están tan poco acostumbrados a dar, en lugar de recibir, que no aciertan a entregar dinero a un hombre blanco. Pero allí estaban las veinte libras, en billetes de una y de media, algunos arrugados y doblados, pringosos como harapos sucios, otros suaves y bastante nuevos: el dinero de Franz, supongo, y el de Albert, y el de Dora la cocinera, y el de Jacob el jardinero, y Dios sabe de cuántos más de todas las granjas y pequeñas haciendas del contorno. Aquello, más que sorprenderme, me irritó, produciéndome un verdadero desasosiego el despilfarro y la inutilidad de tal sacrificio en gentes tan pobres. Como los pobres de todas partes, pensé, que se privan de todo en la vida con tal de que no les falten los lujos de la muerte. Algo incomprensible para personas como Lerice y yo, convencidos de que la vida debe vivirse con prodigalidad, y si en algún momento pensamos en la muerte, la consideramos la bancarrota definitiva.

Los criados no trabajan los sábados por la tarde, de modo que era un buen día para el entierro. Petrus y su padre nos habían pedido prestados los borricos y el carro para traer el ataúd de la ciudad, donde, según dijo Petrus a Lerice a su regreso, todo había ido "de maravilla": El féretro les estaba esperando, ya cerrado para que no sufrieran una visión sin duda bastante desagradable, al cabo de las dos semanas transcurridas desde la inhumación. (Pues dos semanas habían tardado las autoridades y la funeraria en ultimar los preparativos para el traslado del cadáver.) Toda la mañana permaneció el féretro en la cabaña de Petrus en espera del viaje hacia el pequeño cementerio

situado junto a la linde oriental de nuestra granja, reliquia de los tiempos en que esto era un verdadero distrito agrícola más que una elegante finca campestre. Fue pura casualidad que yo estuviese abajo, junto a la cerca, cuando pasó el cortejo; Lerice había vuelto a olvidar la promesa que me tiene hecha de no volver la casa inhabitable los sábados por la tarde. Cuando llegué de la ciudad me la encontré con unos pantalones viejos y mugrientos, y sin peinar desde la noche anterior, después de haber raspado todo el barniz del suelo del cuarto de estar, sin más ni más. De modo que, todo furioso, agarré un palo de golf y salí a practicar un poco.

Con el disgusto, me había olvidado por completo del entierro y no me acordé hasta que vi venir el cortejo hacia mí por el sendero que bordea la cerca: desde donde yo estaba se veían las sepulturas con toda claridad, y ese día precisamente reverberaba el sol en diversos fragmentos de cacharros rotos, una cruz casera desvencijada y varios tarros renegridos llenos de agua de lluvia y flores secas.

Pasé mi poco de apuro, sin decidirme ni a seguir pegando a mi pelota de golf ni a suspender el juego, al menos mientras no se hubiese alejado lo suficiente la comitiva fúnebre. El carretón crujía y rechinaba a cada vuelta de las ruedas, avanzando con una marcha lenta y renqueante que se avenía bien con la pinta de los dos pollinos que lo arrastraban, despeluzadas por el roce las pequeñas panzas peludas, hundidas las cabezas entre las varas y amugadas las orejas con aire de sumisión y encogimiento; todo a tono también con el grupo de hombres y mujeres que lentamente los seguían. El paciente asno. Creo que, observándolo, se comprende la razón de que este animal llegara a ser un símbolo bíblico. Mientras tanto, el cortejo llegó a mi altura y se paró, y yo tuve que dejar mi palo de golf. Sacaron el ataúd del carro -era de madera reluciente, barnizado de amarillo como los muebles baratos- y los asnos comenzaron a espantarse las moscas con las orejas. Petrus, Franz, Albert y el anciano padre llegado de Rhodesia cogieron el ataúd en hombros, y el cortejo siguió su camino a pie. Fue un momento de veras peliagudo. Yo me mantenía junto a la cerca como embozado, en absoluta inmovilidad; y muy despacio, sin mirar, pasaron los cuatro hombres doblados bajo el peso del féretro de madera barnizada, y detrás, rezagados, los demás asistentes al duelo. Todos ellos eran criados de la casa, o de las haciendas vecinas, a quienes conocía por haberlos visto de charla con los nuestros en el campo o en la cocina. Se oía el resuello del anciano.

Me acababa de agachar para recoger mi palo de golf cuando sobrevino una especie de conmoción en el fluir ponderado y solemne del cortejo; la sentí de inmediato, como una oleada de calor en el aire, o como una de esas corrientes frías que nota uno en las piernas cuando se baña en un raudal apacible. La voz del viejo murmuraba no sé qué; la gente se había parado, confundida; se empujaban unos a otros, quiénes pugnando por seguir adelante, quiénes siseándoles que no se movieran. Vi muy bien que estaban todos desconcertados, pero no podían desoír aquella voz; así las palabras oscuras de un profeta, aunque incomprensibles al principio, cautivan siempre el ánimo. El lado del ataúd que le tocaba cargar al viejo habíase vencido por una punta; como si el hombre quisiera deshacerse de la carga. Petrus le reconvenía.

El chiquillo que había quedado al cuidado de los asnos soltó los ramales y corrió a mirar. No sé por qué -como no fuera por la misma razón que la gente se agolpa en torno al que se ha desmayado en el cine-, pero es el caso que separé los alambres de la cerca y me llegué hacia el grupo.

Petrus levantó los ojos hacia mí -creo que hacia cualquiera que se hubiese acercado- con angustia y horror. El anciano de Rhodesia había soltado por completo el ataúd, y los otros tres, incapaces de sujetarlo ellos solos, lo depositaron en el suelo, en el mismo senda. Una fina capa de polvo empañaba ya tenuemente su brillante superficie. No entendía yo lo que el anciano decía, y tampoco me decidía a intervenir. Pero todo el grupo bullicioso aguardaba expectante a que rompiera



el silencio. El propio anciano se me acercó y me interpeló directamente, diciendo algo que no comprendí, pero debía de ser sorprendente y extraordinario, a juzgar por el tono en que eran pronunciadas las palabras.

-¿Qué pasa, Petrus? ¿Qué sucede? -inquirí.

Petrus extendió las manos, dio unas cuantas cabezas histéricas, y luego, de pronto, alzó la vista y me miró.

-Pues dice: "Mi hijo no pesaba tanto".

Silencio. Hacíase perceptible el jadeo del anciano, que tenía la boca entreabierta como suelen los viejos.

-Mi hijo era joven y delgado -explicó al fin en inglés.

Volvió a reinar el silencio. Luego prosiguieron los murmullos. El viejo despotricaba contra todo el mundo; sus dientes eran pocos y amarillos, y lucía uno de esos magníficos bigotes grises, poblados y caídos, que no se ven ya mucho en estos días, y que se había dejado crecer en recuerdo de los primeros fundadores del Imperio. Parecía revestir todas sus expresiones de una especial solemnidad, quizá sólo por ser el símbolo de la tradicional prudencia de los años -idea tan terriblemente arraigada que todavía entraña algo pavoroso, de más allá de la razón. Consiguieron conmover a todos; pensaron si estaría mal de la cabeza, pero no tuvieron más remedio que escucharle. Con sus propias manos, comenzó a tantear la tapa de la caja, pretendiendo levantarla, y tres hombres se adelantaron a ayudarlo. Entonces se sentó en el suelo, y allí fue de verle, tan viejo, tan débil, que no acertaba ni a hablar, limitándose a levantar su mano temblorosa hacia lo que tenía delante. Renunciaba. Se lo dejaba a los demás. Ya no tenía fuerzas.

Todos se agolparon para mirar (y yo también), y todos olvidaron la índole de la sorpresa y la ocasión de pesadumbre en que se originaba, y por unos instantes sintieron transportados por la grata estupefacción de la sorpresa misma. Todos gesticulaban y se excitaban ruidosa y animadamente. Aún tuve tiempo de observar al chico que se había hecho cargo de los asnos saltando en todas direcciones, casi llorando de rabia, porque las espaldas de los mayores le impedían disfrutar del espectáculo.

En el ataúd yacía un sujeto que nadie había visto jamás: un indígena de constitución robusta y piel bastante clara, con el costurón de una cicatriz bien marcado en su frente: reliquia quizá del golpe recibido en una pelea en la que hubiera sufrido también otras heridas de efectos más graves y tardíos, causa probable de su muerte.

Una semana me pasé discutiendo con las autoridades a propósito del cadáver. Tuve la impresión de que estaban consternados -es lo menos que se puede decir- por su propio error; más con la confusión que aquel muerto anónimo representaba no acertaban a poner las cosas en claro. "Estamos haciendo lo posible por encontrarlo", me aseguraban, y "Continuamos indagando". Parecía como si en el momento menos pensado fueran a llevarme al depósito y a decirme: "¡Vamos!, levante las sábanas; a ver si encuentra al hermano del encargado de su gallinero. Hay tantas caras negras... ¿no será uno de estos?"

Y todas las tardes, al volver a casa, Petrus me estaba esperando en la cocina.

-Continúan buscando. No lo han olvidado. El *baas* está pendiente de tu asunto, Petrus -le decía.

-Diablos, el tiempo que debía estar en la oficina me lo paso dando vueltas por la ciudad, investigando el asunto -confesé a Leriche cierta noche, en un aparte.

Ni Petrus ni ella apartaban de mí los ojos mientras les hablaba, y cosa extraña, en esos momentos los veía exactamente iguales, por imposible que parezca: mi esposa con su frente despejada y blanca y su talle delgado de mujer inglesa, y el mozo del gallinero con los curtidos pies descalzos asomándole de los pantalones caqui, que llevaba amarrados con cuerdas bajo las rodillas, y el peculiar tufo a sudor que brotaba abundante de su piel..

-¿Y por qué tan indignado y tan resuelto ahora? -me preguntó Leriche de repente.

Clavé los ojos en ella.

-Es cuestión de principios. ¿Por qué se han de salir siempre con la suya? Ya es hora de que estos funcionarios den con alguien que les obligue a moverse.

-¡Vaya, hombre! -exclamó.

Y cuando Petrus, en vista de que la conversación no era ya de su incumbencia, abrió despacito la puerta para marcharse, ella se largó también.

Continué sosteniendo las esperanzas de Petrus, una tarde tras otra, pero a pesar de decirle siempre lo mismo, y con la misma voz, la verdad es que sonaba cada más débil. Al final se hizo evidente que jamás conseguiríamos encontrar al hermano de Petrus, ya que nadie sabía en realidad donde estaba. Quizá en algún cementerio uniforme como el plano de un edificio, con un número equivocado, o acaso en la Facultad de Medicina, reducido laboriosamente a secciones de músculo y tiras de nervio. Dios sabe. Un ser sin identidad alguna en el mundo.

Fue entonces cuando, con voz avergonzada, me pidió Petrus que consiguiese la devolución del dinero.

-Por la manera de decirlo parece como si estuviera robando a su hermano muerto -comenté con Leriche más tarde. Pero como ya he dicho, Leriche había tomado el asunto tan a pecho que no era capaz de apreciar ni un asomo de ironía.

Intenté que me devolvieran el dinero; Leriche también. Ambos telefoneamos, y escribimos, y discutimos; pero no conseguimos nada. Al parecer el gasto más importante había sido el de la funeraria, que al fin y al cabo había hecho su trabajo. Total, que fue como haber tirado el dinero: un dispendio para los pobres diablos aún mayor de lo que yo imaginara.

El viejo rhodesiano venía a tener aproximadamente la talla del padre de Leriche, de modo que le regaló un traje usado de su padre, y el infeliz volvió a su casa mucho mejor, por ser invierno, de como había venido.



## “Mi último reloj de oro macizo”

Tennessee Williams

*Ce ne peut être que la fin du monde, en avançant*

Rimbaud

La habitación de un hotel de una ciudad del delta del Mississippi. La habitación ofrece el mismo aspecto, un poco deteriorado, desde hace treinta y cuarenta años. Las paredes son de color mostaza. Tiene dos ventanas con unas persianas de un verde desvaído, un poco rotas, un ventilador en el techo, una cama de hierro pintada de blanco con una colcha color de rosa, un lavabo con capullos de roza pintados en el jarro y en la palangana, y en la pared hay colgada una litografía que representa a la Esperanza con los ojos vendados y la lira rota.

Se abre la puerta y entra el SR. CHARLIE COLTON. Es un personaje legendario; tiene setenta y ocho años, pero sigue en la brecha. Es pródigo en carnes, enormemente robusto, y su porte tiene una dignidad majestuosa. En otro tiempo andaba con elegante desenvoltura y arrogancia. Ahora avanza pesadamente y resopla; cuando nadie le mira aprieta la mano contra el pecho y yergue la cabeza, atento a los latidos de su corazón. Cruzan la pronunciada curva de su pecho y vientre múltiples cadenas de oro, de las que penden varios pequeños dijes y colgantes. Lleva un sombrero hongo echado hacia atrás y un cigarro en la boca. Este es “Mister Charlie”, que melancólicamente, pero no sin orgullo, se llama a sí mismo “el último de los viajeros del delta”. Detrás de él entre en la habitación un empleado negro, de su misma edad, delgado, sin dientes y con el pelo gris. Lleva a hombros las largas cajas de muestras de cuero color naranja que contienen los zapatos que vende CHARLIE. Las pone a los pies de la cama mientras CHARLIE busca en su bolsillo una moneda.

CHARLIE (*Entregando la moneda al NEGRO*): ¡Ahí tienes!

NEGRO (*Jadeando*): ¡Gracias, señor!

CHARLIE: ¡Hum! Eres un negro demasiado viejo para cargar con esas cajas tan pesadas.

NEGRO (*Con una sonrisa triste*): No diga eso, míster Charlie.

CHARLIE: Calculo que seguirás en ello hasta que un día te caigas muerto.

NEGRO: Eso es, míster Charlie.

(CHARLIE busca en su bolsillo otra moneda y se la echa al NEGRO, que se agacha y se ríe al cogerla).

CHARLIE: ¡Ahí va!

NEGRO: ¡Gracias, señor; gracias, señor!

CHARLIE: ¡Ahora, pon en marcha ese ventilador y luego tráeme un poco de agua fría!

NEGRO: ¡Hum! ¡Decadencia! ¡Últimamente aquí todo va de capa caída!

NEGRO: Sí, señor; es verdad, míster Charlie; todo va de capa caída.

CHARLIE: ¿Se hospeda algún conocido mío en el hotel? ¿Está en la ciudad alguno de los viejos?

NEGRO: No, señor, míster Charlie.

CHARLIE: “¡No, señor, míster Charlie!” ¡No oigo otra cosa ya! ¿Quieres decir que no voy a poder jugar al póker?

NEGRO (*Sonriendo tristemente*): ¡Míster Charlie, usted es quien mejor puede juzgar!

CHARLIE: Bueno, no hay mucho donde escoger en estos tiempos. ¡Cada vez voy a una ciudad encuentro menos de lo viejo y más de lo nuevo; y te juro, negro, que esta nueva cosecha de algodón que veo por el delta no vale la pena arrancarla de la tierra! ¡Baja y dile a ese muchacho, el señor Bob Harper, que suba a echar un trago!

NEGRO (*Retirándose*): Sí, señor.

CHARLIE: ¡Si no, me parece que voy a tener que echar solitarios!  
(El NEGRO cierra la puerta, CHARLIE se dirige a la ventana y sube la persiana. La tarde se está poniendo azulada. Suspira y abre su maleta para sacar una botella de whisky y unas barajas que echa encima de la mesa. Se detiene y se lleva la mano al pecho)

CHARLIE (*Se dice a sí mismo en tono amenazador*): ¡Bum-bum-bum-bum-bum! ¡Aquí viene el desfile! (*Pasados unos momentos se oye un golpe en la puerta.*) ¡Adelante!  
(Entra HARPER, un viajante de treinta y cinco años. No ha conocido la “gran época” de la profesión y no hay vestigios de grandeza en sus modales. Es flaco y cetrino, y lleva un tebeo en color metido en el bolsillo de la chaqueta).

HARPER: ¿Cómo está el viejo veterano?

CHARLIE (*Cordial*): ¡Espléndidamente! ¿Cómo está la joven ardilla?

HARPER: Muy bien.

CHARLIE: ¡Así se habla! ¡Pasa y sírvete una copa! ¿Un cigarro?

HARPER (*Aceptando ambas cosas*): Gracias, Charlie.

CHARLIE (*Mirando el bolsillo de HARPER con disgusto*): ¿Por qué andas por ahí con tebeos?

HARPER: De cuando en cuando me hacen reír un poco.

CHARLIE: ¡Qué falta de imaginación! (*HARPER ríe un poco molesto.*) No me digas que esas cosas son realmente divertidas. (*Saca el tebeo del bolsillo de la chaqueta de HARPER.*) ¡“Supermán”, “Aventuras de Tom Tyler”! ¡Bah! ¡Ninguna de ellas es ni la mitad de fantástica que la vida misma! Cuando llega uno a mi edad, que son setenta y ocho años, se tiene una perspectiva de la vida asombrosa. ¡Literalmente asombrosa! ¡No, se dice uno, todo eso no puede haber sucedido! ¿Y por qué razón? ¡No! Empieza uno a preguntarse... Bueno... ¿Estás con Schultz y Werner?

HARPER: Así es, Charlie.



CHARLIE: Esa casa es relativamente nueva.

HARPER: No creo. Llevan ya en el negocio veinticinco años, Charlie.

CHARLIE: ¡Infancia, pura infancia! ¿Sabes éste, Bob? ¡Un niño en su niñez no se divierte ni la mitad que los adultos en su adulterio!

*(Ríe estruendosamente. HARPER sonríe de mala gana. CHARLIE se calla bruscamente. Le hubiese gustado una respuesta más profunda. Recuerda la época en que un chiste suyo precipitaba un huracán. Llena de whisky el vaso de HARPER)*

HARPER: ¿Usted no bebe?

CHARLIE: No, señor. ¡Se acabó!

HARPER: ¿Por qué?

CHARLIE: ¡El estómago! ¡Perforado!

HARPER: ¿Úlcera? *(CHARLIE asiente con un gruñido. Se inclina trabajosamente y alza una de las cajas de muestras, poniéndola encima de la cama.)* Yo tuve una úlcera una vez.

CHARLIE: Todo el que bebe tiene una úlcera una vez. Algunos, dos veces.

HARPER: Ha perdido usted peso, ¿verdad?

CHARLIE *(Abriendo la caja de muestras)*: ¡Veintisiete libras he perdido desde el mes de agosto! *(HARPER silba, CHARLIE busca entre sus muestras.)* ¡Sí, señor! ¡Veintisiete libras he perdido desde agosto! *(Saca un zapato oxford y lo mira desdeñosamente.)* ¡Bah..., lástima de cuero! *(Vuelve a ponerlo en la caja y continúa revolviendo.)* ¡Un hombre de mi edad y constitución, Bob, no debe tener tanto tejido adiposo! ¡Es *(Se endereza, colorado y jadeante.)* una carga terrible para el corazón! Alárgame esa otra muestra..., aquella de allá. ¡Quiero enseñarte un modelo de nuestra colección de primavera digno de una reina! Hay quienes dicen que la Cosmopolitan no está a la altura de los tiempos. Es una afirmación que yo desmiento y que voy a refutar mostrando simplemente una pequeña zapatilla de piel de becerro. *(Abriendo la segunda caja.)* ¡Vamos a ver, hijo! *(Buscando entre las muestras.)* ¿Conocías al viejo Langner, de Friar's Point, Mississippi?

HARPER: ¿Al viejo Langner? Claro.

CHARLIE: Se lo encontraron muerto en la bañera hace una semana, el sábado por la noche. ¡Aquí está lo que yo buscaba!

HARPER: ¿El viejo Langner? ¿Muerto?

CHARLIE: ¡Enterrado! Tuvo un funeral masónico. Yo ayudé a llevar el ataúd. Bob, quiero que veas este oxford sport de becerro para señora, con tacón cubano, sin punta y con lengüeta. *(Lo alza reverencialmente.)* ¡Quiero que contemples este zapato y me digas claramente lo que opinas de él! *(HARPER silba y abre mucho los ojos.)* ¿No es una verdadera mercancía, ardilla? Pues quiero que sepas...

HARPER: ¡Charlie, realmente es una bonita mercancía!

CHARLIE: ¡Bob, esa mercancía no es más que una pequeña indicación de lo que es nuestra colección de primavera! ¡Un artículo como éste que lleva la marca I.S.C., no hay que cogerlo y examinarlo en el microscopio para averiguar si el material de que está hecho es tan bueno como su aspecto! ¡No es éste el zapato que la señora Jones, de Hattiesburg, Mississippi, te va a tirar a la cara dos o tres semanas después porque se hizo pedazos como si fuera de cartón con la primera lluvia! ¡No, señor! ¡Quiero que lo sepas! Tenemos algunos bonitos zapatos troteros en nuestra colección de primavera. Voy a exponer mis muestras allá abajo en el vestíbulo mañana por la mañana, a primera hora. Las empaquetaré y me iré de la ciudad a mediodía... Pero, por Jehová todopoderoso, te apuesto a que tendré que telegrafiar al despacho para que me envíen a la plaza adonde me dirija después un paquete de libretas de pedidos, porque voy a agotarlas todas, Bob. ¡Bollos calientes! ¡Eso es lo que vendo! *(Vuelve exhausto a la caja de muestras y arroja el zapato en ella, algo descorazonado por la actitud de HARPER, que mira con vaga complacencia la lámpara de bronce. Recuerda los tiempos en que se podía retener con más seguridad la atención de la gente con la charla. Cierra de golpe la caja y lanza una irritada ojeada a HARPER, que mira ahora con tristeza hacia la alfombra marrón.)* Pues sí... *(Sirve un latigazo de whisky.)* Esta tarde me dieron una noticia verdaderamente impresionante.

HARPER *(Echando un anillo de humo)*: ¿Qué noticia fue ésa?

CHARLIE: Lo que me contaron del viejo Gus Hamma, uno de los viejos veteranos de aquellos tiempos, Bob. El y yo, y mi padre, C.C., solíamos jugar al póker siempre que coincidíamos en la ciudad, ¡aquí en esta misma habitación! Pues fíjate...

HARPER *(Oprimiéndose la frente)*: Creo que he oído contar algo. ¿No tuvo un ataque al corazón o algo parecido hace unos meses?

CHARLIE: Sí. Y en parte se recuperó.

HARPER: ¿Sí? Lo último que oí decir es que había que darle de comer con cuchara.

CHARLIE *(Rápidamente)*: Así fue, y en parte se recuperó. Ha estado yendo por ahí, sabes, en uno de esos sillones con un motor eléctrico. Iba chucu-chucu-chuc, rodando por la calle con una colilla en la boca. Bueno, pues ayer, en Blue Mountain, al salir del Club Elks, lo vi entrar, ayudado por el negro... "¿Qué hay, Gus, cómo estás?" Eso fue a las seis y cuarto. Media hora después entra en el vestíbulo del hotel, donde estaba yo empaquetando mis cajas de muestras, Carter Bowman, y me da la noticia de que el viejo Gus Hamma ¡se acaba de quemar vivo en el salón del Club Elks!

HARPER *(Sonriendo involuntariamente)*: ¿Qué me cuenta usted?

CHARLIE: Sí, señor; el viejo veterano se había quedado dormido con aquel cigarro en la boca..., se le prendió fuego al traje...y se consumió como un trozo de papel!

HARPER: ¡No le creo!

CHARLIE: Pero ¿por qué demonios iba yo a mentir en una cosa así? ¡Se consumió como un trozo de papel!



HARPER: ¡Perra manera de morir un hombre!

CHARLIE: ¡De una manera o de otra ...! (Serio.) Tal vez no lo sepas, Bob, pero todos nosotros, los veteranos, estamos desapareciendo más que aprisa. ¡Todos tenemos que abandonar el puesto un día u otro! ¡Yo calculo que soy casi el último de los viajantes del delta!

HARPER (Moviéndose inquieto en su asiento y mirando al reloj): ¡El último... de los viajantes del delta! ¿Cuánto tiempo lleva usted en la profesión?

CHARLIE: ¡Hará cuarenta y seis años en marzo!

HARPER: No le creo.

CHARLIE: ¿Por qué iba a mentirte? No, señor, quiero que lo sepas, quiero que lo sepas... Hmmm... Perdí un cliente muy bueno esta semana.

HARPER (Con total desinterés, ajustándose el pantalón): ¿Cómo es eso, Charlie?

CHARLIE (Sombrío): El viejo Ben Summers, de Friar's Point, Mississippi... Cayó como herido del rayo cuando iba a servirse una bebida en la fiesta de los plantadores de algodón.

HARPER: ¡Verdaderamente, es terrible! ¿Qué le pasó?

CHARLIE: ¡Que le llegó su hora, eso es lo que le pasó! Hay gente que cree que los millones de personas que hoy viven no van a morir nunca. Yo no lo creo. Creo que es una falsa impresión que los hechos desmienten. Nos vamos como las moseas cuando se acaba el verano... ¿Y quién va a impedirlo? (Se entristece.) ¿Quién va a impedirlo? (Cabecea gravemente.) La profesión de viajante de comercio ha cambiado. La industria del calzado ha cambiado. ¡Esta es una época revolucionaria! (Se levanta y va a la ventana.) No me gusta su aspecto. Créeme, el mundo que yo conocía, el mundo que conocía mi padre, ¡el mundo al que pertenecemos nosotros, los viejos veteranos!..., se desliza y desaparece bajo nuestros pies. ¿Quién va a impedirlo? El slogan "Todo cuero" ya no sirve para vender zapatos. El material de un zapato ya no es lo que hace que el zapato se venda. ¡No! ¡Estilo! ¡Elegancia! ¡Apariencia! ¡Eso es lo que cuenta para el comprador moderno, Bob! Pero trata de decirselo al departamento de estilo. Mira, yo recuerdo la época en que lo único que tenía que hacer era extender mis muestras ahí abajo en el vestíbulo. ¡Abrir mi libreta de pedidos y llenar pedidos hasta que me dolían los dedos! ¡No era necesario hacer el artículo! ¡Una tienda era un sitio donde se vendían artículos, y para vender artículos el detallista tenía que comprarlos al mayorista, Bob! ¿Dónde adquieren ahora la mercancía, no pretendo saberlo. ¡Pero no parece que la compren a mayoristas! ¡Supongo que sale de la nada! ¡O quizá es que las tiendas ya no venden cosas! ¡Quizá estoy viviendo en un mundo de ilusión! ¡Admito también esa posibilidad!

HARPER (Indiferente, sacando del bolsillo el tebeo): Sí..., sí. Debe usted haber presenciado algunos cambios.

CHARLIE: ¿Cambios? Es poco decir. Muchacho, he presenciado ¡una revolución! (HARPER ha abierto el tebeo, pero CHARLIE no se da cuenta, pues ahora su perorata, va dirigida a sí mismo.) ¡Sí, una revolución! ¡La atmósfera que respiro no es la misma! ¡Ah! Soy un viejo veterano. (Se abre la chaqueta y saca las múltiples cadenas de oro de su chaleco. Aparece una increíble cantidad de relojes. Habla despacio y con orgullo.) ¡Mira, muchacho! ¿Has visto alguna vez a alguien que tenga

tantos relojes? ¿Cómo adquirir todas estas piezas? (No es la primera vez que HARPER los ve. Mira por encima del tebeo, fingiendo asombro.) ¡En cada una de las reuniones anuales de los viajantes de la Cosmopolitan Shoe Company, en Saint Louis, se obsequiaba al viajante que más se había destacado en el año en un reloj Hamilton de oro macizo, de diecisiete rubíes, de mecanismo suizo! ¡Se me concedieron quince de esos relojes! ¡Creo que eso supone algo! ¡Creo que representa un cierto historial!... ¿No es verdad?

HARPER: ¡Sí, señor! ¡Ya lo creo que sí, míster Charlie! (Ríe de algo que lee en el tebeo, CHARLIE frunce los labios con una exclamación de disgusto y le arranca el tebeo de las manos)

CHARLIE: Muchacho... Te estoy hablando, estoy hablando para tu información, y espero que tengas la bondad de escucharme hasta que haya terminado. Puede que yo sea un viejo veterano. Puede que haya recibido ya mi último reloj de oro macizo... Pero aun así, los buenos modales siguen formando parte de la tradición de esta profesión de viajantes de comercio. Y de la tradición del sur de los Estados Unidos. Sólo un joven fantoche sería capaz de leer tebeos mientras habla el viejo Charlie Colton.

HARPER (Tomando otro trago): Perdóneme, Charlie. Tengo muchas cosas en la cabeza. Hay un asunto que tengo que despachar inmediatamente.

CHARLIE: ¡Y lo despacharás inmediatamente! ¡Sólo quiero que sepas lo que pienso de este nuevo mundo nuestro! ¡No soy uno de esos que van por ahí gritando que en la Casa Blanca se ha instalado un comunista! ¡No digo que los rojos han tomado posesión de Washington! ¡No digo que toda la riqueza del país está en manos de los judíos! ¡Me son simpáticos los judíos y soy amigo de los negros! ¡Pero sí digo esto: el mundo que yo conocía ha desaparecido, desaparecido..., se lo ha llevado el viento! ¡Tengo los bolsillos llenos de relojes que me dicen que mi hora está a punto de llegar! (En su grueso rostro aparece una mirada de profundo malestar y desconcierto. El tono más bien noble de su discurso degenera en una queja senil.) ¡Todos ellos..., cerdos sacrificados..., cadáveres arrojados al río! ¡A los agricultores se les paga para que no cultiven trigo ni maíz, para que no planten algodón! ¡Todas esas letras del alfabeto que surgen a mi alrededor! ¡De significado desconocido para los hombres de mi generación! ¡La ordinariez, la falta de respeto..., los periódicos llenos de noticias raras! ¡Esa terrible, veloz, oscura carrera de los acontecimientos en el mundo! ¡Hacia dónde y por qué!... ¡Yo no pretendo saber nada de ahora! Sólo digo -y lo digo con humildad- que no comprendo... lo que ha sucedido... Soy uno de esos monstruos que se ven reproducidos en los museos... de épocas prehistóricas..., los reptiles gigantes y los dino - como - se - llamen. ¡Pero lo que sí sé es esto! ¡Y lo digo sin vergüenza ninguna! ¡Iniciativa..., confianza en uno mismo..., independencia de criterio! Las viejas y auténticas cualidades que distinguían a un hombre de otro, la arcilla del alfabeto, el alfarero de la arcilla... (Con un gesto de las manos.) ¿Cómo dice la vieja canción?... ¡Se fueron con las rosas de ayer! ¡Sí, se las llevó el viento!

HARPER (Cuyo aburrimiento ha avanzado a pasos agigantados): Ustedes los hombres de otros tiempos cometen un error. Sólo leen una cara de las estadísticas.

CHARLIE (Picado): ¿Qué quieres decir con eso?

HARPER: En los periódicos vienen las defunciones en un rincón y los nacimientos en otro, y, por lo general, casi se igualan unas con otros.

CHARLIE: Gracias por la información. Precisamente yo soy padrino de varios niños recién nacidos



en varias de las plazas que visito. Pero me parece que no has entendido ni una palabra de lo que he dicho.

HARPER: Yo creo que sí, míster Charlie.

CHARLIE: Oh, no, te aseguro que no. Lo que quiero decir es esto: ¡El slogan "Todo cuero" ya no se lleva... ni en el calzado ni en la humanidad en general! Lo que importa no es la calidad. ¡Producción, producción, sí! ¡Pero con materiales inferiores! ¡Ersatz, sucedáneos, eso es lo que emplean!

HARPER (*Levantándose*): Eso es lo que usted opina porque usted pertenece al pasado.

CHARLIE (*Furioso*): ¡Una impertinencia, mozalbeta! ¡Puedo exigir un poco de respeto a los mequetrefes como tú!

HARPER: Un momento, Charlie.

CHARLIE: Yo pertenezco a la... tradición. Soy una leyenda. Me conocen de un extremo del delta al otro. Desde el hotel Peabody de Memphis hasta el Cat-Fish Row de Vicksburg. ¡Míster Charlie, míster Charlie! ¿Quién te conoce a ti? ¿Qué representas? ¡Una serie de artículos de dudoso valor, una empresa judía del Este! ¡Sal de mi cuarto! ¡Prefiero hacer solitarios antes que jugar al póker con hombres con menos personalidad que la sota de la baraja!

(*Abre la puerta y el joven viajante se encoge de hombros y sale con presteza. Después la cierra de un portazo y respira profundamente. Entra el NEGRO con una jarra de agua fría*)

NEGRO (*Sonriendo*): ¿Por qué gritaba usted, míster Charlie?

CHARLIE: A veces pierdo la paciencia. Negro...

NEGRO: ¿Sí, señor?

CHARLIE: Tú recuerdas cómo era en otros tiempos.

NEGRO (*Con dulzura*): Sí señor.

CHARLIE: ¡Yo llegaba a la ciudad como un héroe conquistador! ¡Dios mío! ¡Poco les faltaba para poner alfombras rojas a mi paso! ¿No es verdad?

NEGRO: Es verdad, míster Charlie.

CHARLIE: Esta habitación era como el salón del trono. ¡Mis muestras ahí expuestas sobre un paño de terciopelo verde! ¡El ventilador del techo en marcha... ahora estropeado! ¡Y aquí desaparecían la palangana y el jarro y quedaba la mesa cargada de bebidas! ¡Desde el momento en que llegaba hasta que me marchaba, entrando y saliendo los compañeros, los viajeros que me conocían, y yo representaba para ellos cosas que merecen respeto! ¡Gritos, risas...! ¡Alegría! ¿Dónde está todo aquello?

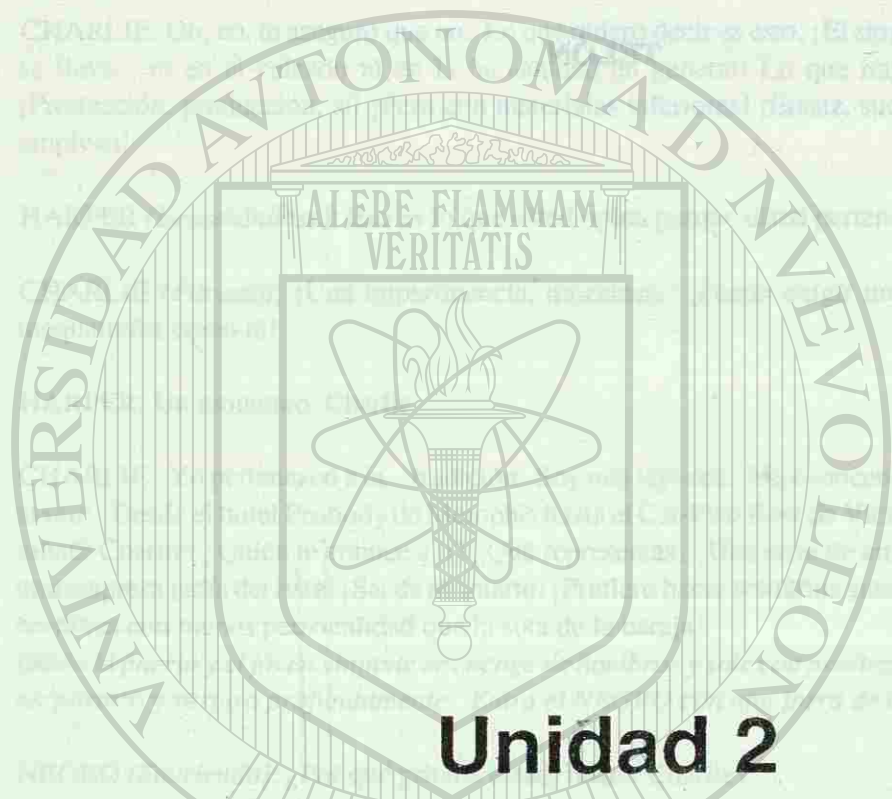
NEGRO (*Asintiendo gravemente*): El cementerio está lleno de conocidos, míster Charlie. ¡Es ya muy tarde!

CHARLIE: ¡Hum! (*Se dirige a la ventana.*) Negro, ya no es ni siquiera tarde... (*Levanta la persiana.*) ¡Es de noche!  
(*El recuadro de la ventana está oscuro*)

NEGRO (*Despacio, con una sonrisa llena de sabiduría*): ¡Sí, señor...; es de noche, míster Charlie!

## TELÓN





## Unidad 2

### LA VARIABLE HISTORIA EN EL TEXTO LITERARIO

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



### LA VARIABLE HISTORIA EN EL TEXTO LITERARIO

#### OBJETIVOS:

Que el alumno:

- Explique el concepto historia, como variable para la lectura del texto literario.
- Identifique los datos e indicios presentes en el texto literario, que hagan alusión a la variable historia.
- Investigue, en textos especializados, la información pertinente para precisar la variable historia en el texto literario.
- Relea el texto literario, a partir de esta información y enriquezca la comprensión de la obra estudiada.
- Escriba un comentario breve donde presente la información histórica pertinente a la obra estudiada y explique la importancia de dicha información para obtener otra lectura del texto.
- Identifique las relaciones de historia y sociedad, como variables presentes en el texto literario.
- Valore la importancia de la lectura interdisciplinaria, para la comprensión del texto literario.
- Compare dos textos literarios de diferentes épocas, que manejan un mismo tema, a partir de la identificación de la variable historia en cada uno de ellos.
- Interprete denotativa y connotativamente el texto literario.



## MARCO TEÓRICO

### Introducción

En el fin del milenio el hombre es testigo y actor de hechos extraordinarios; vive en una inquietud constante, dispuesto a admitir cualquier novedad aun cuando no llegue a comprenderla. Ante la nueva configuración geográfica del planeta y la tendencia globalizadora en todos los ámbitos -económico, social, cultural- el mundo actual sufre múltiples cambios que parecen requerir un reajuste total de las ideas para asimilar estas transformaciones.

En este momento, así como en otros muchos de su pasado, el hombre ha consignado el acontecer, los hechos y fenómenos que le permitan intentar una explicación de su presente y su futuro.

Hoy como ayer, los libros de historia pretenden dar cuenta del pasado; investigar los orígenes, darle sentido a la vida de los individuos y las naciones, inculcar ejemplos morales, legitimar el orden establecido, sancionar la dominación de unos hombres sobre otros, reconstruir los acontecimientos.

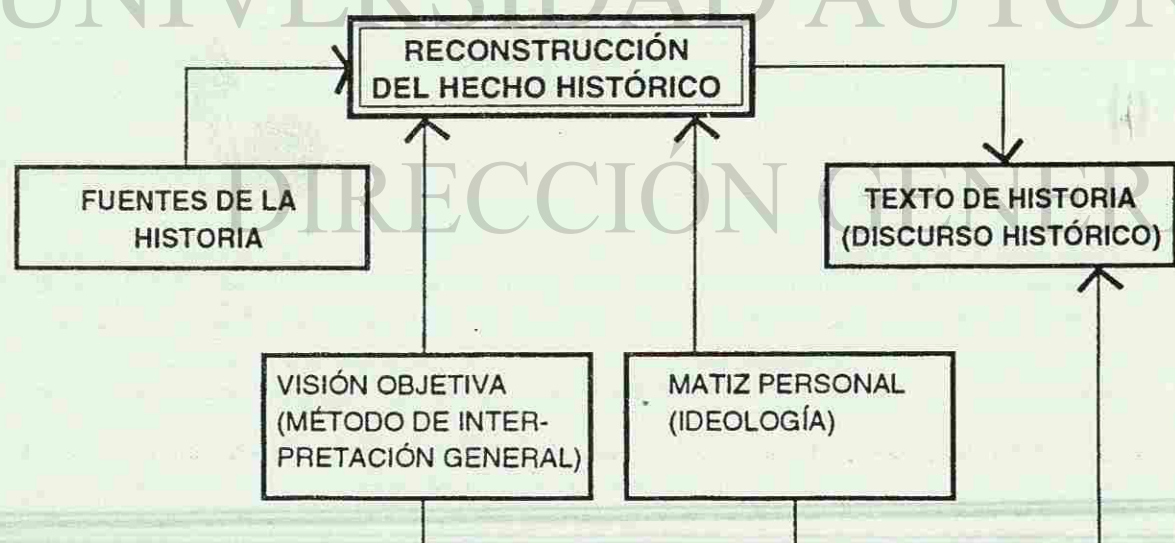
En este sentido, podemos afirmar que la condición humana se define por la historia que es a la vez memoria colectiva, lucha contra el olvido, conciencia de la duración, permanencia en el tiempo y profunda necesidad de la humanidad porque es necesaria para comprender el presente.

La historia (del griego historéō: intentar saber, informarse) es ante todo narración e interpretación combinados, pero no confundidos. Significa reconstruir intelectualmente el curso de los hechos y explicar por qué fueron así y no de otro modo.

### El hecho histórico

Para realizar esa reconstrucción es necesario acudir a las fuentes: documentos, libros, rastros, monumentos, ruinas, tradición oral, literatura, arte. El historiador reúne sus materiales y a través de un método de interpretación general y de su propia experiencia, elabora el texto de historia.

Como se explica en el siguiente esquema, a partir de las fuentes que ha recabado, el historiador reconstruye el hecho histórico tomando en cuenta tanto una visión objetiva de los hechos como su interpretación personal. Así elabora el texto de historia que necesariamente refleja estos aspectos.



Existen diferentes tendencias en el estudio del hecho histórico\*: Positivista, Narrativa, Prolongación de la "Escuela de los Annales", Estructuralista, Historia Cuantitativa, Marxismo\*\*, Historia de masas, Historicismo, entre otros. Estas corrientes de investigación postulan distintos por qué y para qué de la historia.

Veamos algunos fragmentos, que revelan estas diferentes tendencias:

*"El deber y la misión de la humanidad no consisten en buscar comodidades sino en realizarse sin cesar en la creación de formas siempre más altas de sí misma y, como el poeta y el artista, tejer el eterno poema de la historia... Cuando se oye preguntar si el futuro pertenece a la libertad, hay que responder que posee algo mejor, la eternidad"*.

B. Croce, citado por J.Z. Vázquez en *Teoría de la Historia*.  
Antología de Lecturas.

*"La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, amo y siervo, maestro y oficial, en una palabra: opresores y oprimidos, se han hallado en constante oposición; han librado una lucha sin tregua, unas veces disimulada y otras abierta, que siempre acababa o bien por una transformación revolucionaria de toda la sociedad o bien por la ruina de las diversas clases en pugna..."*

Karl Marx "El manifiesto comunista"  
citado por P. Salmon en *Teoría de la Historia*. Antología de Lecturas.

Hayden White en su texto *Metahistoria* "La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX", mediante el análisis narrativo (lingüístico) de ciertos historiadores del siglo XIX cuestiona sus pretensiones científicas y hace hincapié en su carácter de ficción.

*"En esa teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de "datos", conceptos teóricos para "explicar" esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie 'histórica'. Este paradigma funciona como elemento 'metahistórico' en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo"*.

Hayden White. *Metahistoria*. "La imaginación histórica en la Europa del Siglo XIX".

Es importante destacar los cambios que en estos momentos, se vuelven imperativos en relación al concepto "hecho histórico".

- \* Hecho histórico: Despliegue de la acción del hombre en el tiempo, desde el pasado hacia el futuro.
- \*\* Para Max y Engels la historia no es una colección de hechos, pero de ella se deducen leyes que permiten prever el futuro y demostrar que las sociedades evolucionan hacia un fin determinado. Al tomar como base las condiciones materiales de la vida, el marxismo renovará y enriquecerá el trabajo del historiador.



Alexis Márquez señala que antes del enorme desarrollo que los medios de comunicación han alcanzado en las últimas décadas, "lo histórico" obedecía a criterios que no pueden ser los mismos de hoy. Antes un acontecimiento histórico, por grande que fuese su significado y trascendencia, surtía efectos con lentitud, pues el conocimiento de lo ocurrido muchas veces tardaba días, semanas y meses. La caída de Robespierre se conoce en la Guadalupe, posesión francesa, varias semanas más tarde, y durante ese tiempo en la isla caribeña seguía gobernando con los mismos procedimientos del Incorruptible y en su nombre. La muerte del Libertador se conoce en Caracas a más de un mes de producida.

Hoy las cosas son muy distintas. El hecho de que cada día nos enteremos por los periódicos, la radio y la TV, de los pormenores sangrientos de la Guerra de Bosnia, no modifica en nada el carácter histórico de la misma. Ahora podemos ser aterrados testigos de los ataques aéreos en la Guerra del Golfo y del último terremoto en Japón, pues la televisión los lleva a nuestros hogares y esto no disminuye su valor histórico. Hoy la rapidez con que los medios de comunicación divulgan la ocurrencia de determinados sucesos hace que sus efectos sean más rápidos, y en consecuencia acelera su conversión en hechos históricos.

Ejemplo:

#### CAEN RESERVAS

Las reservas internacionales que tiene México se han reducido en 77 por ciento en los últimos nueve meses, de acuerdo a cifras del periódico estadounidense *The Wall Street Journal*.

El rotativo neoyorquino señala que México cuenta actualmente con 6 mil millones de dólares de reservas internacionales.

El Gobierno federal decidió el pasado miércoles liberar el precio del dólar ante la pérdida de reservas que se estaba presentando por la incertidumbre financiera causada por el conflicto armado en Chiapas y factores económicos externos.

*El Norte*, 25 de diciembre de 1994. 9A

#### Macrohistoria y Microhistoria

Las formas primitivas de la historia son el mito y la crónica, que registran saberes colectivos del origen y desarrollo de los pueblos, glorifican monarcas y combates y justifican ritos públicos. Sin embargo, se deben destacar sus cortas dosis de verdad que se combinan con la imaginación y lo divino.

Con fines didácticos, podemos considerar dos grandes clasificaciones de la historia: **Macrohistoria** y **Microhistoria**.

### MACRO HISTORIA

<b>Espacio:</b>	Naciones del mundo: continentes.
<b>Tiempo:</b>	Acota un trozo del principio, medio o fin de una nación, del mundo.
<b>Gente que le preocupa:</b>	Estadistas, militares, intelectuales, santos, sabios, artistas, conquistadores, reyes, presidentes. Las grandes agrupaciones (masas): la burguesía, el proletariado, los agricultores, los obreros, la clase media, la nobleza. (Entidades como el estado, la nación, el espíritu)
<b>Acciones que le interesan:</b>	Sucesos influyentes, trascendentales. Guerras, conquistas, reinados. Tendencias religiosas, Macroeconomía. Manifestaciones artísticas. Modo de vida de las sociedades. Gobiernos, Ciencia y Cultura. Evolución de los pueblos.
<b>Fuentes:</b>	Documentos escritos Monumentos Fuentes literarias y artísticas. Testimonios directos Ruinas
Se apoya en ciencias auxiliares: arqueología, numismática, sigilografía, heráldica, epigrafía, paleografía, criptografía, diplomática, cronología, geografía, onomástica.	
Pretende ser: formalista, metódica, cuantitativa y científica.	

Ejemplo:

#### La política de imperialismo dinástico

##### NAPOLEÓN SE LANZA POR EL CAMINO DEL IMPERIALISMO DINÁSTICO

Después de su victoria de 1806, que le convirtió en un emperador del Occidente, Napoleón se lanzó abiertamente a una política de hegemonía europea apoyada sobre el principio del imperialismo dinástico. Sustituyendo por su autoridad la que en otros tiempos había pretendido el emperador del Sacro Imperio, se arrogó el derecho a disponer de los territorios y de las coronas de Europa entera.

##### RETENCIÓN DE ITALIA

Destronó a los Borbones de Nápoles por haber abierto sus puertos a la flota inglesa y confirió la corona a su hermano José Bonaparte; una hermana de Napoleón, Elisa Bacciochi, fue princesa de Luca y de Piombino, y poco después gran duquesa de Toscana, y otra de sus hermanas, Paulina Borghese, fue nombrada princesa de Guastalla. Únicamente los estados de la Iglesia siguieron independientes en Italia; Pío VII se negó a aceptar la tutela que Napoleón pretendía imponerle, replicándole con energía que él era "emperador de los franceses, pero no emperador de Roma".

Jaqes Pirenne. *Historia Universal*. Volumen V. La Revolución Francesa.

Como has observado, este texto de macrohistoria da cuenta de las conquistas de un personaje histórico de gran importancia: Napoleón Bonaparte.



## MICROHISTORIA\*

<b>Espacio:</b>	Patria chica, municipio, pueblo, villa, región, pequeña ciudad, barrio, colonia de inmigrantes, gremio, monasterio, hacienda. Nación minúscula.
<b>Tiempo:</b>	Parte de los tiempos más remotos hacia el presente. Tiempo largo de ritmo lento.
<b>Gente que le preocupa:</b>	La familia, la gente "normal". "Héroes" del pueblo. Individuos de la élite local. Individuos del pueblo raso.
<b>Acciones que le interesan:</b>	Lo modesto y pueblerino. Lo cotidiano. Tradiciones o hábitos de familia que resisten al deterioro temporal. Vida económica y social (enfoque cualitativo). Ocio y fiesta. Folklore Visión del mundo: creencias, ideas, devociones, sentimientos religiosos. Contactos entre pueblos y regiones. Guerras.
<b>Fuentes:</b>	Documentos Marcas terrestres Aerofotos Construcciones, ajuares Onomásticos. Tradición oral (corridos, poemas) Libros de viajes

.. Se hace, la mayoría de las veces, sin apoyos externos.  
.. Destaca la geografía, el detalle y la literatura. Mayor dosis de emotividad.

Ejemplo:

**Monterrey, 1830**

Era la capital del Estado, entonces, todavía una humilde población. Sus calles no tenían nombres oficiales ni números sus casas. Pocas de éstas tenían banquetas, aunque de lajas, y aun en ellas, por faltar algunas, se formaban charcos que las hacían intransitables en la época de lluvia. Los perros callejeros abundaban. Por todas partes había sillares, montones de mezcla, de piedra o de escombros, que habían quedado desde años atrás, como resto de obras concluidas o abandonadas.

La Plazuela (que más tarde se conoció como Plaza del Mercado), era el nombre de la hoy Plaza de Hidalgo, y allí se amontonaban en desorden figones y tenduchos, con paredes y con techos de mercancías a la intemperie, sobre el suelo, y de noche se alumbraban con candilejas colocadas al lado de aquéllas, viéndose entonces la Plazuela, tapizada de luces temblorosas. La Plaza Mayor o Principal (hoy Zaragoza) también llamada de Armas, estaba llena de hoyancos y yerbas.

Santiago Roel, Nuevo León. *Apuntes Históricos*.

\* Según Luis González y González

La descripción de la "patria chica" -Monterrey-, ocupa estas líneas de Don Santiago Roel, quien llama modestamente "Apuntes históricos" a su invaluable esfuerzo por salvar del olvido la historia de nuestra ciudad.

**Formas de interpretar la historia**

Para los fines que nos ocupan, consideramos tres formas de interpretar la historia:

**1) La historia como fuente documental**

En este caso, se reconstruye el hecho histórico a partir de su documentación en las fuentes. Esta reconstrucción pretende ser "objetiva" y "verdadera"; pero aquí debemos recordar la problemática del historiador en lo que se refiere al proceso de interpretación.

La interpretación del hecho histórico, estará basada en una cierta "selección" de materiales y en su posterior desarrollo a partir de la postura ideológica del historiador. Así la pretendida neutralidad de la historia desaparece, lo que no resta rigor científico a la historiografía.

Ejemplo:

**SEGUNDA PRESIDENCIA DEL GENERAL DÍAZ**

Períodos Gubernamentales de Díaz. El hombre que había llegado a la presidencia con la bandera de "que nadie se perpetúe en el poder y ésta será la última revolución" se hizo reelegir seis veces consecutivas haciendo modificaciones constitucionales que le permitieron justificar su propósito de perpetuarse en el poder, primero aceptando una segunda reelección, luego permitiendo las reelecciones indefinidamente y por último ampliando el período presidencial a seis años.

Durante esta larga etapa, la autoridad del presidente fue absoluta, todo movimiento contrario a su poder fue sofocado con mano fuerte. Atrayéndose al militarismo o eliminándolo si no podía incorporarlo a él. Tanto el poder Legislativo como el Judicial, sirvieron a los propósitos de Don Porfirio y, sin embargo, en sus gabinetes siempre procuró contar con las personas más ilustres y más destacadas del país.

Aparentemente el sistema democrático siguió en pie, pero Díaz fue centralizando en su persona toda autoridad, consiguiendo poner en el país "la paz de los sepulcros". Incluso permitió la formación de grupos políticos, que aparentemente eran contrarios a su régimen, como el de la Unión liberal, que lo propuso como presidente, a la que Don Porfirio ignoró después; algunos de los miembros de este partido pasaron en el futuro a pertenecer al grupo de los científicos.

Cuando Don Porfirio iba a terminar el cuarto período presidencial, fue encargado de hacer la propaganda electoral un nuevo partido, porque Díaz desconfiaba ya de los científicos que señalaban como posible sucesor a José Ives Limantour, pero Don Porfirio hizo notar hábilmente por medio del ministro Baranda, que aquél no podía ocupar la suprema magistratura por ser hijo de extranjeros, aunque ofreció abrirle el camino modificando la Constitución.

Se pensó también en dar un apoyo a este gobierno colocando al general Bernardo Reyes, en el ministerio de la guerra.

Amalia López Reyes y José Manuel Lozano Fuentes, *Historia General de México*.



Ejemplo:

**DICTADURA**

Con la venia tácita de la opinión pública, el presidente aúna en su persona el poder. Les deja poco a los gobernadores; los hace virreyes. Silencia la oposición parlamentaria. Reduce al mínimo el debate de índole política en los periódicos. Al comienzo de su tercer período de gobierno, Díaz es ya un experto en el arte de imponerse y un amante irredimible y extremoso de la autoridad. A poseerla, en exclusiva, dedicará doce horas diarias por muchos años. Su vigor, su talento olfativo y penetrante y sus finas maneras de hombre de mundo, ya no de guerrillero cerril, se emplearán en acrecer y conservar los resortes del mando. Durante quince años estará en todos los frentes de la política dando órdenes y recibiendo obediencias. De 1888 a 1903 será el poder sin más, la autoridad indiscutida, la última palabra, el cállese, obedezca y no replique. Será el presidente-emperador.

Porfirio Díaz acumula el poder y lo conserva. El 27 de diciembre de 1890 se anuncia, por bando, que el artículo 78 constitucional ha sido enmendado para permitir la reelección indefinida del presidente. A los pocos meses se convoca a inútiles elecciones que conducen a lo que dice la parodia aparecida en *El Hijo del Ahuizote*: "El Caudillo Independiente... a sus habitantes sabed: Artículo 1o. Que es Presidente Constitucional el General Necesario por haber obtenido la mayoría absoluta de votos... Artículo 2o. Este período durará hasta que Dios quiera... Artículo 3o. Publíquese por bando oficial. Firma, El Indispensable Caudillo". A los "científicos" agrupados en la Unidad Liberal les será concedido el honor de proponer la candidatura de don Porfirio para el cuatrienio 1892-1896. En este último año le corresponde el honor de pedirle al Necesario su permanencia en el poder al Círculo Nacional Porfirista. En 1900, al Círculo Porfirista Nacional. Ese año, el último del siglo fue de gran nerviosidad política. El Insustituible declaró: "Un hombre de 70 años no es el que se requiere para gobernar a una nación joven y briosa". Esto, más el reuma del cuello, que lo sustrajo temporalmente de la administración, pusieron muy nerviosos a dos aspirantes a sucederle: al hombre superior del brazo militar, el orgulloso general Bernardo Reyes, y al líder del brazo civil, el lívido y tímido licenciado José Ives Limantour. Pero el gozo se fue al pozo. Tras una farsa electoral el Congreso volvió a ungir a Díaz, aunque esta vez "por un sentimiento de delicadeza del presidente -según observa Cosío Villegas- no se izó el pabellón nacional, no se adornó el Palacio ni se echaron a vuelo las campanas de la catedral". Esta vez sólo hubo el banquete y baile de costumbre y un par de novedades: el obsequio al Señor de un libro con pensamientos encomiásticos de sus súbditos y la Gran Procesión de la Paz.

Luis González y González, "El liberalismo triunfante" en *Historia General de México*.

Como te habrás dado cuenta, ambos textos aluden a hechos similares: la autoridad excesiva del Gral. Porfirio Díaz y su permanencia en el poder. Sin embargo, cada historiador reconstruye el hecho histórico con un "estilo" y una interpretación personal.

**2) La historia como inspiración artística**

Diferentes hechos y personajes históricos se han plasmado en expresiones artísticas muy variadas. El artista ha sentido atracción, en todos los tiempos, hacia los hechos que nos refiere la historia; así pintores, músicos, arquitectos, cineastas, nos han legado su propia interpretación de los hechos históricos. Existen muchos ejemplos de esta relación de la historia y otras artes. Particularmente recordamos ahora la siguiente:

**Hecho histórico:** Invasión napoleónica a Rusia (1812) y a España (1808)

**Música:** "Obertura 1812" de Peter Ilich Tchaikowsky

En esta obra se destaca la exaltación patriótica del pueblo ruso que ha triunfado sobre el ejército de Napoleón, con la ayuda de un invierno inclemente. La obertura incluye una ligera variación de "La Marsellesa".

**Pintura:**

"Los fusilamientos de la Moncloa" (1814) de Francisco de Goya.

Esta obra se convierte por sí sola en un documento histórico con tanto poder de convicción como una instantánea fotográfica de cualquier guerra. Fue el final de un día, aquél en que explotó el pueblo de Madrid harto de la presencia francesa en la capital. El final pavoroso de un día, ciertamente, pero también el comienzo de otros muchos en los que la crueldad y el horror estarían presentes. \*(Ver ilustración).

**3) La historia como fuente de inspiración literaria**

La literatura no escapa a la fascinación por la historia.

Si bien es cierto que en los textos literarios se captan épocas, ambientes, personajes y hechos que se pueden ubicar históricamente, aquí nos referimos al momento en que el autor toma en cuenta para crear su obra, sucesos específicos sacados de la historia que determinan o influyen en el desarrollo del argumento y le proporcionan gran parte de su trasfondo.

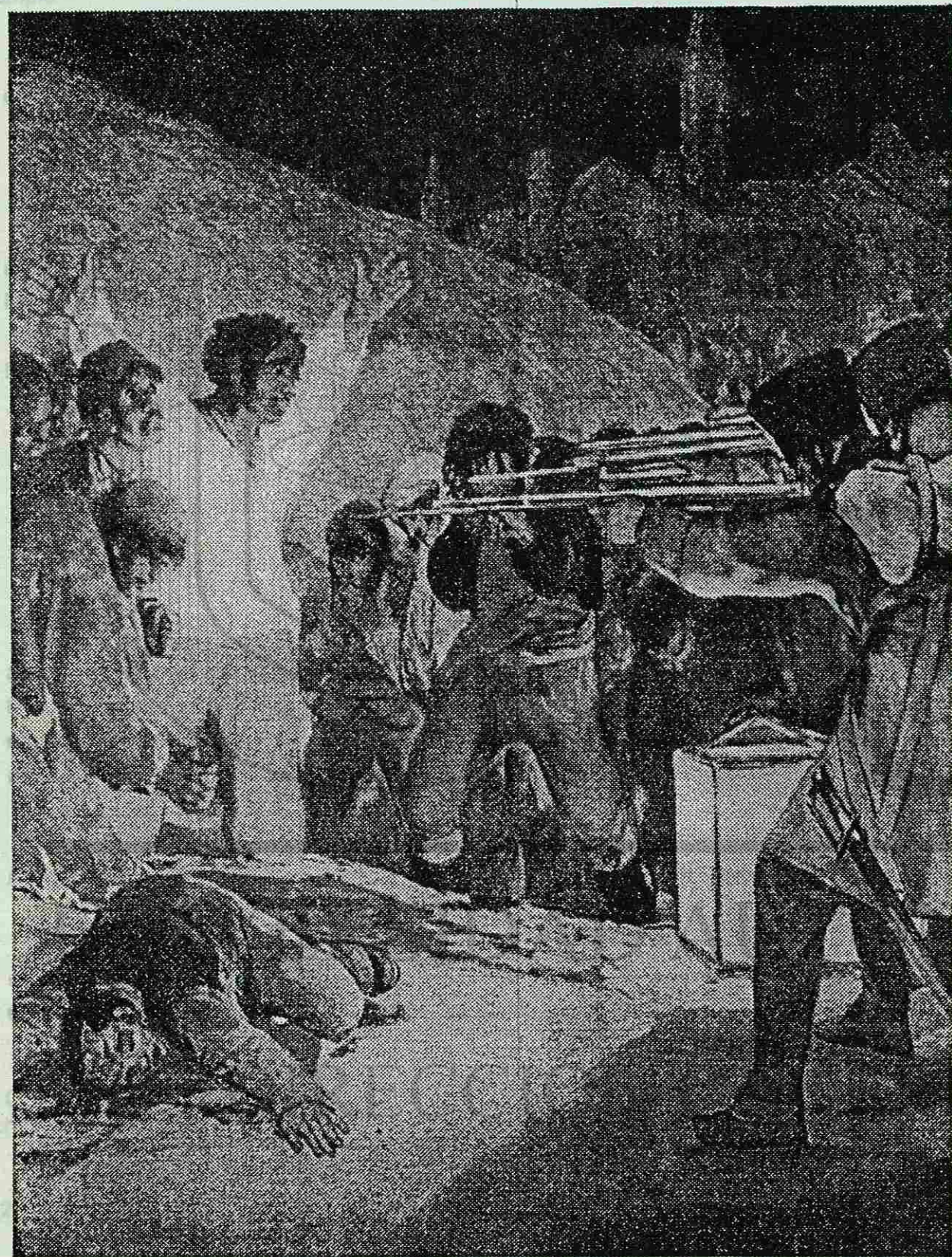
Tal es el caso de la "novela histórica". Ésta se remonta al siglo XIX y se identifica principalmente con el romanticismo.

Fue el escocés Walter Scott (1771-1832) quien fijó de manera definitiva el concepto de "novela histórica", con sus obras: "Ivanhoe" (1820), "Rob Roy" (1817), "La novia de Lammermour" (1819).

En la actualidad somos testigos de un gran auge de este género literario, llamado ahora Nueva Novela Histórica, particularmente en América Latina.

En este sentido, son notables las obras "Los perros del paraíso" (1983) de Abel Posse, "Noticias del Imperio" (1989) de Fernando del Paso, "La campaña" (1990) de Carlos Fuentes, "La insólita historia de la Santa de Cabora" (1990) de Brianda Domecq, como mínima referencia.





FRANCISCO GOYA. Fusilamientos del 3 de Mayo 1808, 1814 a 1815.  
Lienzo al óleo de 2.57 m X 4.0 m. Museo del Prado, Madrid.

Ejemplo:

“Señor *Desheredado* -dijo el príncipe-, puesto que éste es el único título que puedo daros hasta ahora, vuestro privilegio y obligación es nombrar a la hermosa dama que debe presidir la fiesta de mañana como reina del honor, del amor y de la hermosura. Si como extranjero necesitáis del aviso ajeno para dirigir vuestra elección, lo único que podemos deciros es que lady Alicia, hija de nuestro valiente caballero Waldemar de Fitzurse, ocupa hace mucho tiempo en nuestra corte el primer puesto de la belleza. Sin embargo, como es prerrogativa vuestra dar la corona a quien más os agrade, la elección será formal y completa cualquiera que sea la noble dama en quien recaiga; y ahora alzad la lanza.

Obedeció el *Desheredado*, y el príncipe Juan colocó en la punta una diadema de raso verde, guarnecida de un círculo de oro, en cuya parte superior estaban representados alternativamente corazones y puntas de flecha, a guisa de las hojas de fresa y las bolas que distinguen la corona ducal”.

Walter Scott, *Ivanhoe o El Cruzado*.

“*Ivanhoe*” es una obra que narra las aventuras de un caballero que regresa de las “Cruzadas” en la época medieval. En un contexto histórico determinado, el autor inserta episodios y personajes ficticios. Este contexto histórico no es el que vivió el autor; recordemos que esta obra fue escrita en 1820 (siglo XIX).

“La primera noticia que Teresa tuvo de los acontecimientos fue algún tiempo después cuando Lauro Aguirre se los contó a don Tomás. Estaban en la biblioteca y Aguirre agitaba un periódico delante del amigo y su hija. Ahí aparecía, debidamente enmarcado con gruesas líneas negras, la carta luctuosa que enviara Porfirio Díaz a los familiares del coronel Antonio Rincón al fallecer éste víctima de una pulmonía fulminante que le vino por haberse bañado con agua fría.

-¡Justicia divina, en el más pleno de los sentidos! -exclamó Aguirre. Don Tomás tomó el diario y leyó:

La eficacia militar del distinguido coronel Rincón debe ser un orgullo, no sólo para su familia, sino para el país entero. No hay duda de que el Coronel Rincón cumplió su compromiso con la patria, la paz y el progreso, al lograr la completa pacificación de los indios rebeldes cuando sofocó en su cuna tan insidiosa subversión disfrazada de reuniones místicas. Hombres como él son los que han forjado con su vida el actual auge económico, político y social de México. Mis más profundos pésames por su inoportuno deceso. Porfirio Díaz.

Teresa recordaba la visita del coronel que, en aquel momento, le había parecido un buen hombre; cortés y apuesto había dado la impresión de no querer molestar. No se hubiera imaginado, entonces, que a las pocas horas de haber salido de Cabora realizaría -contra mayos indefensos- las crueles y absurdas acciones militares que acababa de describir Aguirre. Recordaba haber visto a un jovencito como de la edad de Damián Quijano entre los solicitantes de lluvia que tanto dolor de cabeza le habían producido. El asunto la incomodaba; sintió un temblor premonitorio. Don Tomás se veía preocupado; Aguirre, cada vez más exaltado, seguía despotricando.

-Pero, espérate: no has oído lo peor, el gran final que no tiene nombre. ¡Doscientos en total, hombres, mujeres y niños! ¿Te das cuenta? La inocencia, la esperanza de esas criaturas, creyendo



que trabajando en las minas allá en Baja California pagarían sus supuestos delitos: el delito de la fe, el delito de la confianza, el delito de querer recuperar lo que es legítimamente suyo, y podrían regresar un día a sus tierras, a sus pueblos, a sus hogares. ¡Ah, en qué manos ha caído este pobre país! Teresa, tú los has visto, tú los ayudas, dime: ¿qué daño hacen? ¿Qué amenaza constituyen para el monstruo de la tiranía que gobierna desde el centro con tan férrea mano? ¡Invocaban tu nombre para pedir sólo lo justo! Agua querían, un diluvio, una inundación que los liberara del eterno abuso de los poderosos, y agua recibieron porque Rincón debía tener un acervo de sublevados para apaciguar la sed de Herodes-Pilatos. Y ¿sabes lo que hizo? Fueron embarcados todos, hasta el más pequeño y también los niños santos, víctimas del sonambulismo espontáneo producido, sin duda, por el hambre. Fueron embarcados, para mayor deleite del sanguinario coronel, en el buque de guerra irónicamente llamado "El Demócrata", que debía llevarlos de El Médano a Guaymas y de allí a la península. Pero no llegaron ni siquiera a Guaymas: los arrojaron al mar y se ahogaron. ¡Ésa fue el agua, ése fue el diluvio, ésa fue la inundación pero de los pulmones de mujeres y niños! ¡Y todo porque el Tirano, el Monstruo, el Herodes moderno no puede vivir con las verdades proclamadas por un Santo Niño o una Niña Santa, no puede!... -Con un golpe seco Teresa cayó al suelo. Tenía la tez pálida, los ojos en blanco y temblaba de pies a cabeza. Don Tomás corrió a su lado, le tomó el pulso, trató de calmarla. De pronto, se entiesó y se quedó quieta".

Brianda Domecq. La insólita historia de la Santa de Cabora.

La mayor parte de esta novela transcurre en el pasado y su meta es redescubrir ese pasado, relativamente lejano al presente de la autora.

Como hemos visto, esta variable nos permite acercarnos a diferentes épocas de la historia, conocer personajes, situaciones, en fin, movemos en un proceso de historización que nos permite otra lectura de los textos literarios.

#### Determinación de la variable Historia en el texto literario.

Para enriquecer la lectura de un texto literario, es posible realizar una investigación en torno a diferentes variables presentes en él. En este apartado delimitaremos el campo de la variable historia, sin olvidar que la relación con la sociedad, la economía, la religión y el arte es tan estrecha que en ocasiones se superponen y complementan unas a otras.

La literatura no es ajena al devenir humano. Los textos literarios -cuentos, novelas, teatro, ensayos- dan cuenta de épocas, ambientes, sucesos, personajes, que están inscritos en el acontecer histórico de los pueblos. Incluso si no se hace referencia a ningún hecho o personaje histórico real, el texto literario muestra "indicios" que revelan una determinada época y cultura. Observa el siguiente texto:

EL ASESINATO de Allende en Chile eclipsó rápidamente el recuerdo de la invasión de Bohemia por los rusos, la sangrienta masacre de Bangladesh hizo olvidar a Allende, el estruendo de la guerra del desierto del Sinaí ocultó el llanto de Bangladesh, la masacre de Camboya hizo olvidar al Sinaí, etcétera, etcétera, etcétera, hasta el más completo olvido de todo por todos.

En las épocas en las que la historia avanzaba aún lentamente, los escasos acontecimientos eran fáciles de recordar y formaban un escenario bien conocido, delante del cual se desarrollaba el

palpitante teatro de las aventuras privadas de cada cual. Hoy el tiempo va a paso ligero. Un acontecimiento histórico, que cayó en el olvido al cabo de la noche, resplandece a la mañana siguiente con el rocío de la novedad, de modo que no constituye en la versión del narrador un escenario sino una sorprendente aventura que se desarrolla en el escenario de la bien conocida banalidad de la vida privada de la gente.

Ningún acontecimiento histórico puede ser considerado como bien conocido y por eso tengo que relatar hechos que sucedieron hace unos pocos años como si hubieran transcurrido hace más de mil: En el año 1939 el ejército alemán entró en Bohemia y el estado checo dejó de existir. En el año 1945 entró en Bohemia el ejército ruso y el país volvió a llamarse república independiente. La gente estaba entusiasmada con Rusia, que había expulsado del país a los alemanes, y como veía en el partido comunista checo el fiel aliado de Rusia, le traspasó sus simpatías. Así fue que los comunistas no se apoderaron del gobierno en febrero de 1948 por la sangre y la violencia, sino en medio del júbilo de aproximadamente la mitad de la nación. Y ahora presten atención: aquella mitad que se regocijaba era la más activa, la más lista y la mejor.

Ustedes digan lo que quieran pero los comunistas eran más listos. Tenían un programa magnífico. Un plan para construir un mundo completamente nuevo en el que todos encontrarían su sitio. Los que estaban contra ellos no tenían ningún sueño grandioso sino tan sólo un par de principios morales, gastados y aburridos, con los que pretendían coser unos remiendos para los pantalones rotos de la situación existente. Por eso no es extraño que los entusiastas y los magnánimos hayan triunfado fácilmente sobre los conciliadores y los cautelosos y hayan comenzado rápidamente a realizar su sueño, aquel idilio justiciero para todos.

Lo subrayo una vez más: *idilio y para todos*, porque todas las personas desde siempre anhelan lo idílico, anhelan aquel jardín en el que cantan los ruiseñores, el territorio de la armonía en el que el mundo no se yergue como algo extraño contra el hombre ni el hombre contra los demás, en el que por el contrario el mundo y todas las personas están hechos de una misma materia y el fuego que flamea en el cielo es el mismo que arde en las almas humanas. Todos son allí notas de una maravillosa fuga de Bach y los que no quieren serlo no son más que puntos negros, inútiles y carentes de sentido, a los que basta con coger y aplastar entre las uñas como a una pulga.

Desde el comienzo hubo gente que se dio cuenta de que no servía para el idilio y que quiso irse del país. Pero como la esencia del idilio consiste en ser un mundo para todos, los que quisieron emigrar se mostraron como impugnadores del idilio y en lugar de irse al extranjero acabaron tras las rejas. Pronto los siguieron otros miles y decenas de miles y finalmente muchos comunistas, como por ejemplo el ministro de asuntos exteriores Clementis, que le había prestado una vez un gorro a Gottwald. En las pantallas de los cines los tímidos amantes se cogían de la mano, la infidelidad matrimonial se castigaba severamente en los tribunales de honor ciudadanos, los ruiseñores cantaban y el cuerpo de Clementis se balanceaba como una campana que llama al nuevo amanecer de la humanidad.

Y entonces fue cuando aquella gente joven, lista y radical tuvo de repente la extraña impresión de que sus propios actos se habían ido a recorrer el mundo y habían comenzado a vivir su propia vida, habían dejado de parecerse a la imagen que de ellos tenía aquella gente, sin ocuparse de quienes les habían dado el ser. Aquella gente joven y lista comenzó entonces a gritarle a sus actos, a llamarlos, a reprocharles, a intentar darles caza y a perseguirlos. Si escribiese una novela sobre la generación de aquella gente capaz y radical le pondría como título *La persecución del acto perdido*.

Milan Kundera. El libro de la risa y el olvido.



Al identificar la historia como una variable presente en el texto literario, estaremos en condiciones de realizar otra lectura del mismo; una lectura más enriquecedora, más completa. Veamos cómo realizar esta identificación.

1) Para circunscribir la variable historia, debemos identificar hechos, eventos, personas, épocas en que se desarrolla el texto literario. Para ello, podemos realizar dos acciones específicas:

a) Buscar datos en el texto: nombres de personajes históricos; referencias a fechas; lugares; nombres de eventos específicos: guerras, epidemias, catástrofes naturales, descubrimientos, etc. Nombres propios: personas, ciudades, países (onomasiología).

b) Buscar indicios en el texto que hagan referencia a costumbres de una época, situación socio-política, vestuario, lenguaje, contexto artístico y cultural en general.

Ejemplo:

Había nacido en Nápoles en el año 1575, tras las gruesas murallas del Fuerte de San Telmo, del que su padre era gobernador. Don Alvaro, instalado en la península desde hacía muchos años, se había granjeado los favores del virrey, pero también la hostilidad del pueblo y la de los miembros de la nobleza campaniense, que soportaban mal los abusos de los funcionarios españoles. Al menos, nadie ponía en duda su integridad ni la excelencia de su sangre. Gracias a un pariente suyo, el cardenal Maurizio Garraffa, había contraído matrimonio con la nieta de Inés de Montefeltro, Valentina, última flor en que una raza, favorecida entre todas, había agotado su savia. Valentina era hermosa, clara de rostro, delgada de cintura: su perfección desanimaba a los hacedores de sonetos de las Dos Sicilias. Inquieto por el peligro que tal maravilla hacía correr a su honor, y naturalmente propenso a desconfiar de las mujeres, don Alvaro imponía a la suya una existencia casi monacal, y los años de Valentina se repartían entre las melancólicas propiedades que su marido poseía en Calabria, el convento de Ischia, en donde pasaba la Cuaresma, y las pequeñas estancias abovedadas de la fortaleza, en cuyas mazmorras se pudrían los sospechosos de herejía y los adversarios del régimen.

Marguerite Yourcenar. "Ana, soror..." en Como el agua que fluye.

2) A partir de esa identificación, procederemos a investigar información relativa a esos datos e indicios.

Así tendremos que acudir a fuentes bibliográficas especializadas como:

- Textos de historia mundial (universal) y nacional.
- Enciclopedias
- Biografías
- Monografías (del tema específico que se investiga).

Será necesario tomar notas de los aspectos más relevantes de la información, elaborar resúmenes o papeletas para organizarla.

3) La investigación nos permitirá ampliar nuestro marco de referencia y así tener una Lectura más completa pues al delimitar la variable histórica, nuestro conocimiento del contexto en que se desarrolla la obra literaria enriquecerá el proceso de Lectura y comprensión de la misma.

Por otra parte, estaremos en condiciones de ubicar el texto en el marco de la literatura mundial, en una época, nación y sociedad determinadas, lo que también contribuirá a mejorar la lectura.

4) Por último, se escribirá un texto breve -comentario de la obra- que refleje la comprensión de la lectura, aunada a la investigación.

NOTA: Se debe cuidar la corrección sintáctica y ortográfica.

#### - Tematología. Tema: La Guerra

Como ya se expresó en la introducción, un segundo aspecto de la metodología de este curso consiste en retomar la tematología (estudio de temas de distintas épocas y lugares) para realizar una comparación entre dos o más textos literarios.

En este caso, el tema elegido es: la guerra, pues aparece en innumerables obras y además nos permite una determinación más específica de la variable historia. No debemos olvidar que el tema elegido es sólo uno de la gran cantidad que nos ofrece la literatura (el amor, la muerte, el papel de la mujer, el poder, los celos, etc.)

Además debemos enfatizar que estudiar en esta Unidad la variable historia en forma aislada se hace únicamente con fines didácticos, pues resulta obvia la importancia del estudio de las demás variables que se pueden localizar en la obra: sociedad, economía, religión y arte.

Al comparar dos obras de diferentes épocas, nos moveremos dinámicamente en el tiempo y conoceremos los puntos de vista, divergencias y coincidencias, y modos de ver el mundo, de autores muy reconocidos.

#### Estrategias de lecto-escritura

Veamos enseguida una aplicación de la metodología. Los textos seleccionados son: "El Cantar de Roldán" (de autor anónimo), cantar de gesta de la Época Medieval y "Esperando la muerte en un hotel", del escritor contemporáneo Italo Calvino.



### I. "Esperando la muerte en un hotel". Italo Calvino.

Primero realizaremos la estrategia de lecto-escritura del texto "Esperando la muerte en un hotel" (1945), del escritor italiano Italo Calvino. Esta obra servirá de ejemplo para explicar la metodología que aquí se propone, por lo que algunos puntos presentan las respuestas. El resto, deberá ser resuelto por el alumno.

Para determinar la variable historia en este texto, realiza las siguientes actividades:

- 1) Lee con atención el texto.
- 2) Escribe una síntesis del relato en 10 a 15 renglones.
- 3) Enlista los datos e indicios que aparecen en el texto y que contribuyen a identificar la época histórica en que se dan los hechos.

a)

#### Datos

- Nombres de personajes históricos:
  - . Von Ribbentrop
  - . Doctor Goebbels
- Nombres de lugares:
  - . Marassi
- Nombres de países, entidades, instituciones:
  - . Gran Reich
  - . Reich
  - . SS
  - . Nazis
- Nombres propios de personas:
  - . Ferrari . Franz
  - . Michele . Hans
  - . Diego
  - . Tulio
  - . Luciano

b)

#### Indicios:

- Situación socio-política
- . Guerra

En ocasiones un indicio muy general, puede explicarse con muchas otras expresiones que se relacionan con él y contribuyen a hacer más clara la identificación del hecho histórico. En este caso, podemos localizar:

- |                 |                                  |
|-----------------|----------------------------------|
| <b>guerra</b>   | - prisioneros, prisión, cárcel   |
|                 | - soldados alemanes              |
|                 | - alemanes en aparejos de guerra |
|                 | - soldados en armas              |
|                 | - oficiales alemanes             |
|                 | - muerte                         |
| <b>soldados</b> | - gritos de mando                |
|                 | - cambio                         |
|                 | - sargento                       |
|                 | - (había) pasado revista         |
|                 | - uniforme                       |

Si consideras que otras palabras o expresiones pueden agregarse a esta lista, anótalas.

### 4) Investiga en una enciclopedia o texto de Historia Universal los siguientes nombres:

- a) Von Ribbentrop
- b) Doctor Goebbels
- c) Gran Reich (Reich)
- d) SS

Anota en tu libreta los datos que hayas localizado, señalando la fuente bibliográfica que utilizaste.

Ejemplo:

Von Ribbentrop: Ministro de Asuntos Exteriores del gobierno nazi de Adolfo Hitler (nombrado en 1938). Participó activamente en múltiples acciones diplomáticas de la política expansionista alemana durante la dictadura del Nacionalsocialismo. Fue juzgado y condenado a muerte por crímenes de guerra -al lado de Rosenberg, Keitel, Frich, entre otros-, en el "Proceso de Nuremberg" por un tribunal internacional que dio su veredicto el 1 de octubre de 1946.

Jacques Pirenne. Historia Universal. Vol. VIII. La segunda guerra mundial.

### 5) En relación con los indicios, investiga quiénes fueron los nazis. Anota en tu libreta los datos que localices, así como la fuente bibliográfica que hayas consultado.

Ejemplo:

Nazi: Nacionalsocialista. Partido político encabezado por Adolfo Hitler cuya doctrina propugnaba la renovación del Reich hacia un socialismo nacionalista, orientado hacia el pangermanismo\*, racismo\*\* y antisemitismo\*\*\*.

Jacques Pirenne. Historia  
Vol. VIII. La segunda guerra mundial.

Investiga más información y explica ampliamente el concepto. Escribe un resumen.

- \* pangermanismo: Sistema según el cual deberían formar un solo Estado todas las naciones de lengua alemana.
- \*\* racismo: Teoría que sostiene la preeminencia de ciertas razas sobre otras.
- \*\*\* antisemitismo: Doctrina o actitud de los que son hostiles a los judíos.



- 6) Los indicios, así como los datos que has investigado, nos orientan hacia la identificación del hecho histórico que subyace en el texto. Mencionalo: LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL
- 7) Investiga información relevante a este hecho histórico y anótalo en tu libreta. Debe ser un resumen de 10 a 15 renglones. No olvides anotar la ficha bibliográfica del texto que hayas consultado.
- 8) Para identificar el lugar donde se desarrolla este relato, relea los nombres propios de personas que se localizan en el texto. Si se descartan los dos nombres alemanes -Franz y Hans- podremos deducir el lugar del relato. Anótalo.
- 9) En el relato, Diego tiene ciertas visiones en relación con la posible muerte de Michele. Relee este fragmento e identifica las expresiones con que se hace alusión a la guerra. Anótalas.
- a) "Y así seguiría caminando, aun terminada la guerra, y los ricos no tendrían paz en sus palacios ni alegría en sus familias, sin que este hombre bajo y desmesurado entrara por las ventanas para atravesar sus habitaciones; y en las mesas en torno a las cuales se decide la paz y la guerra y en todos los lugares donde se coarta o se despoja o se miente, donde se predica lo falso, donde se adoran a dioses injustos, siempre aparecería por la noche, en el muelle, la sombra del hombre asesinado".
- b) "Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos".
- 10) Relee el último párrafo del relato y explica cuál será el destino de Diego y Michele. Escríbelo en tu libreta.
- 11) Realizar una discusión, por tríos, sobre el modo de percibir la guerra de estos dos prisioneros: Diego y Michele.
- 12) Escribe un comentario personal, sobre la discusión anterior: ¿Cómo ven la guerra los personajes del relato? ¿Cuál es tu opinión en torno a la Segunda Guerra Mundial? ¿Qué piensas sobre la guerra? Extensión mínima, media cuartilla.
- 13) Añade a este comentario tu opinión sobre este texto de Italo Calvino.

## II) El Cantar de Roldán Autor: Anónimo

Para determinar en el texto la variable historia, realiza las siguientes actividades:

1. Lee con atención el texto. Para facilitar la lectura, el texto puede dividirse en tres partes (según Ana Victoria Mondada):

### 1) La traición de Ganelón (I-LXV)

- La asamblea de los sarracenos (I-VII)
- La asamblea de los franceses (VIII-XXVII)
- La embajada de un traidor (XXVIII-LVII)
- Roldán es colocado en la retaguardia (LVIII-LXV)

### 2) La muerte de Roldán (LXVI-CLXXVI)

- Antes de la batalla (LXVI-XCII)
- Primer ataque (XCIII-CXI)
- Segunda batalla (CXII-CXXVII)
- La llamada del cuerno (CXXVIII-CXL)
- Los mártires franceses (CXLI-CXLIV)
- La muerte trágica del prudente Olivier (CXLV-CLI)
- La victoria de Roldán (CLII-CLX)
- La muerte edificante del arzobispo Turpin (CLXI-CLXXVII)
- La muerte heroica del valiente Roldán (CLXXVIII-CLXXVI)

### 3) El castigo (CLXXVII-CCLXXXIX)

- La derrota de los sarracenos (CLXXVII-CLXXXVIII)
- Intervención del emir Baligán (CLXXXIX-CCII)
- La marcha de Carlomagno hacia Roncesvalles (CCIII-CCXIII)
- Última batalla. El desafío y la muerte de Baligán (CCXIV-CCLXII)
- Triunfo definitivo de Carlos. Muerte de Marsil y toma de Zaragoza (CCLXIII-CCLXVII)
- La muerte conmovedora de la bella Alda (CCLXVIII y CCLXIX)
- El juicio de Ganelón (CCLXX-CCLXXXIX)

Investiga en el diccionario las palabras cuyo significado desconozcas, pero antes intenta captar su sentido, tomando en cuenta el contexto (otras palabras y expresiones que las rodean).

2. Enlista los datos e indicios que aparecen en el texto y que contribuyen a identificar la época histórica en que se dan los hechos.

#### a) Datos

- Nombres de personajes históricos: I, II, XII, XVIII.
- Nombres de lugares: I, II, LXXI y sigs.

#### b) Indicios:

- Costumbres de la época (referidas específicamente a la guerra).  
XIII / XXIV, XXV, LXIX, CXCIII / LVIII / XCII, CIV, CX, CXXVII, CXXIX / L XXIX, CXII / CXVI / CCXLV, CCXLVI.



- Vestuario (referido a la guerra)  
LXXIX, LXXX, LXXXI, CXXXVI, CXXXVII

Investiga el significado de las siguientes palabras:

- 1) cota    2) yelmo    3) loriga    4) adarga    5) gonfalón

- Situación socio-política (relación señor/vasallo) (Feudalismo)  
LXXXVI, LXXXVIII, LXXXIX, CXCVII, CXCIX, CCII, CCXLV, CCXLVI, CCLXVI.

**NOTA:** La identificación de datos e indicios en este texto no deberá ser exhaustiva, sino más bien de los elementos más sobresalientes y reiterados en el texto.

**3. Investiga en una enciclopedia o texto de Historia Universal información relativa a:**

- a) Carlomagno
  - b) Roncesvalles
- y anótala en tu libreta. No olvides la ficha bibliográfica

**4. Identifica la época histórica a que hace referencia el texto;** toma en cuenta los datos que investigaste sobre Carlomagno así como los indicios que localizaste en el punto 2.

**5. Lee el texto: "La sociedad feudal y la Edad Media"** (lectura complementaria) y elabora un resumen (10-15 renglones).

**6. Investiga en textos de Historia Universal, información referente a:**

- a) Feudalismo
- b) Las Cruzadas.

Anota los datos más relevantes en tu libreta.

**7. Con base en la información recabada, así como en los indicios, explica:**

- ¿Cuáles son las características de la guerra durante el feudalismo? Cita fragmentos.
- ¿Cómo se manifiesta la caballerosidad (guerra cortés) en "El Cantar de Roldán"? Cita fragmentos.
- ¿Por qué luchaban Carlomagno, Roldán y los Doce Pares?
- ¿Cómo se percibe la guerra en "El Cantar de Roldán"? Da ejemplos (Relee los indicios).

**8. "El Cantar de Roldán" presenta diferencias en relación al hecho histórico en que está basado, pues el autor deseaba darle mayor interés, actualidad\* y dramatismo a la acción del poema. Lee la siguiente información y determina cuáles son las diferencias que te parecen más claras. Escríbelas en tu cuaderno.**

\* El autor del poema "actualiza" un hecho ocurrido en 778 (siglo VIII) pues al ser escrito a fines del siglo XI (otros lo sitúan a comienzos del XII) utiliza el tema de Las Cruzadas para acercarse más a sus "oyentes" medievales ("El Cantar de Roldán" es un cantar de gesta que se cantaba por un juglar o trovador con acompañamiento de una viola o lira).

"El tema del poema está basado en un hecho histórico del que dan parte los Anales Reales y las crónicas de Eginhard, contemporáneos de Carlomagno. En el año 778 el emperador Carlomagno, después de una incursión guerrera en España, durante la cual había tomado Pamplona, se vio obligado por sus enemigos a retirarse nuevamente a Francia. Cuando conducía su ejército a través de los Pirineos occidentales, una partida de guerrilleros vascos atacó su retaguardia y la aniquiló, matando a todos sus hombres. Entre los muertos se encontraba un valeroso guerrero, Roldán, y muchos otros cuyos nombres ha inmortalizado el autor del Cantar. Fecha del suceso: 15 de agosto de 778."

**9. Escribe un texto de una cuartilla como mínimo, donde organices las respuestas de los puntos 7 y 8.** Como habrás observado estas respuestas nos sirven para ubicar la variable historia en "El Cantar de Roldán", considerando su tema: la guerra como punto de referencia. El texto deberá considerar los siguientes puntos:

**1) Características de la guerra en "El Cantar de Roldán":**

- a) Guerra religiosa
- b) Guerra caballerosa o cortés
- c) Guerra feudal

**2) La historia en "El Cantar de Roldán":**

- a) ¿Realidad o leyenda?

**3) Comentario personal:**

- a) Conclusiones

Comparación

"Esperando la muerte en un hotel" de Italo Calvino y "El Cantar de Roldán" son dos textos que muestran aspectos diferentes de la guerra. Al identificar la variable historia, has ubicado la época en que se sitúa cada texto así como el hecho histórico que, de alguna manera, está presente en la obra. Enseguida realizarás una comparación de ambos textos que tienen como eje el tema de la guerra, en su contexto histórico.

Realiza las siguientes actividades: (Escríbelas en tu libreta)

**1. Época histórica que se revela en el texto por los datos e indicios.**

	Época	Hecho histórico
"Esperando la muerte en un hotel"	_____	_____
"El cantar de Roldán"	_____	_____

**2. ¿Cómo se percibe la guerra en cada texto?**

**3. Explica los puntos de contacto y las diferencias en las acciones de guerra que se muestran en cada texto, (punto de vista del prisionero de guerra en la Segunda Guerra Mundial y punto de vista del caballero feudal).**



4. ¿Cómo percibes la guerra en este momento (fin del milenio)?
5. ¿Cuál es tu opinión con respecto a la guerra? Escribe un comentario en una cuartilla como mínimo.

## Esperando la muerte en un hotel

Italo Calvino

A cierta hora de la mañana empezaban a llegar las mujeres de los prisioneros y se ponían a hacer gestos, levantando la cara hacia las ventanas. Desde el último piso ellos se asomaban para preguntar, para responder; y las manos de las mujeres, abajo, y las manos de los hombres, arriba, parecían querer unirse a través de esos metros de aire vacío. En el gran hotel, poco antes degradado a cuartel y prisión, no había objetos, como rejas o murallas, que sirvieran al alma para concretar ese sentido de libertad perdida. Para ahuyentar su angustia sólo quedaba aquella vertical lejanía entre unos y otros, breve pero desesperada, desde los que tenían los pies en los arriates, todavía dueños de sí mismos, hasta los otros, los que habían llevado allí arriba, como a países de donde no se vuelve.

De vez en cuando uno de los prisioneros asomados a la ventana se volvía hacia el corredor y llamaba: "¡Ferrari! ¡Ferrari! ¡Tu mujer está abajo!" El interpelado se abría paso hasta la ventana atestada y empezaba a hacer magras sonrisas, gestos que querían ser resignados.

Diego nunca se asomaba; su familia estaba lejos, dispersa por la guerra. Estaba cansado del ininterrumpido fluctuar de previsiones, suposiciones, noticias buenas y malas que el ir y venir en el jardín del hotel empujaba hasta arriba. Se infiltraba en él, junto con la fatiga nerviosa, un gusto por dejarse ir a la deriva, hacia la ruina o hacia una esperada, milagrosa salvación, un deseo de veranos tendido en la arena, al borde del agua, un deseo que le habían dejado sus muchos veranos de agua y arena que lo habían llevado hasta allí, perezoso y desprevenido, a aquel primer verano suyo útil, que ahora terminaba.

Pero el tiempo era una telaraña de nervios tensos, un *puzzle* con el que pueden componerse mil figuras, todas sin sentido. Desconcertados, los hombres arrestados al azar en las calles recorrían de una punta a la otra el linóleo de las habitaciones desnudas donde sólo sonreían burlones los labios blancos de los lavabos y de los bidés obstruidos por el agua podrida.

La víspera, cuando lo llevaron allí desde la prisión del fuerte donde había pasado un día y una noche con otros hombres ahora quizá muertos, al verse en el hotel aireado, rodeado por el calor de aquellos hombres ignorantes y fáciles para la esperanza, le pareció que lo desenterraban. Rió y bromeó al encontrarlos; el mismo Michele, el compañero junto con el cual lo habían detenido, estaba entre los prisioneros del hotel. Celebraron al encontrarse sanos y unidos, después de haber temido durante un día y una noche, separados el uno del otro. Diego se sintió conmovido y al mismo tiempo más fuerte al acariciar la aspereza del abrigo de Michele, la lisura de su gran cabeza calva que le llegaba al pecho. Michele se reía a carcajadas con su boca desdentada y preguntaba: "¿Qué me dices, Diego? ¿Se la jugamos a los nazis?" Diego dijo: "Yo digo que se la juguemos. Se la jugaremos a todo el Gran Reich". "¿A Von Ribbentrop también?" "A Von Ribbentrop también. Y al doctor Goebbels." Y se habían tumbado al abrigo de un termosifón frío, tragándose los nervios entre risas y bromas (todavía no sabían que a algunos de los arrestados con ellos ya los habían matado) y en Diego había la alegría de quien sale de la cárcel al cabo de años.

La cárcel era una vieja fortaleza del puerto donde estaba instalada en ese momento la defensa antiaérea alemana. La celda donde los habían encerrado había servido de prisión de rigor para los soldados alemanes: en las paredes se leían frases en alemán de soldados pederastas: "Mein lieber Kamarad Franz, mi querido camarada Franz, yo aquí encerrado y tú tan lejos". "Mein lieber Kamarad Hans, la vida era feliz a tu lado".

Eran unos veinte en la celda estrecha, tendidos en el suelo unos junto a otros. Un viejo de barba blanca vestido de cazador, padre de uno de ellos, se levantaba de vez en cuando por la noche, pasaba por encima de sus cuerpos para orinar en un rincón, con esfuerzo. En el rincón la lata estaba agujereada por la herrumbre; la orina del viejo inundó en seguida el pavimento de la celda, bajo sus cuerpos, como un río. Gritos de mando inhumanos, como de hombres que quieren transformarse en lobos, se alzaban desde los ecos de la fortaleza a cada cambio de guardia.

La reja daba sobre la escollera; el mar rodaba la noche entera chocando con los escollos como la sangre en las arterias y los pensamientos en las volutas de los cráneos. Y cada uno tenía en la cabeza la esquina que no hubiera debido doblar, para no terminar allí dentro: Diego en la esquina que, al doblarla con Michele para huir de la batida, le colocó cara a cara con alemanes en aparejos de guerra que detenían a los transeúntes en medio de la calle, a tres metros de ellos, como en el comienzo de una película.

Era una cadena de sensaciones y de imágenes que seguía desgranándose en su mente como un rosario, para volver a convencerlo de que no podía ser de otra manera, allí encerrado en la celda con las inscripciones de los pederastas alemanes en las paredes y el viejo que seguía orinando en la oscuridad, no podía ser sino como ahora entre los estucos desconchados del hotel, en el último piso suspendido entre la vida y la muerte, con hombres inclinados sobre el pavimento, enfermos de vértigo.

Cada día clasificaban a algunos: para la vida o para la muerte. Por la mañana el sargento y Piel-de-serpiente subían con un fajo de documentos en la mano: quienes los recibían de vuelta quedaban libres y salían. Se los veía abrazar a sus mujeres y alejarse del brazo, pisando la hierba de los arriates, bajo la lluvia de envidia de sus miradas.

Por la noche en cambio una camioneta gris plomo, con soldados en armas sentados en sus flancos, se detenía delante del hotel; el sargento y Piel-de-serpiente subían a llamar a otros; alguno de ellos salía cada noche en medio de los cascos de aquellos soldados. Al día siguiente sus mujeres vendrían a preguntar al pie de las ventanas y a dar vueltas de un comando a otro suplicando a los intérpretes: nadie sabía adónde los habían llevado. Otras mujeres hablarían de disparos oídos en la noche, hacia los barrios evacuados del puerto.

También para Diego y Michele la alternativa era esa: libertad o muerte; o sus documentos eran reconocidos como buenos, y entonces se la habían jugado a todo el Reich, como para comentarlo por la noche en las chabolas, entre las carcajadas de los compañeros, o bien era la camioneta gris plomo que desaparecía entre las casas derrumbadas del lado del muelle: Piel-de-serpiente había hecho de espía.

Piel-de-serpiente les había pasado revista apenas llegaron, alineados delante del hotel, para ver si reconocía a alguno de sus ex compañeros. Caminaba frotándose las manos que debía tener sudadas. Piel-de-serpiente, grácil muchacho en su atildado uniforme de tela, con una sonrisa húmeda en los labios resecaos que se lamía constantemente. Tenía unos bigotes desdibujados de



4. ¿Cómo percibes la guerra en este momento (fin del milenio)?
5. ¿Cuál es tu opinión con respecto a la guerra? Escribe un comentario en una cuartilla como mínimo.

## Esperando la muerte en un hotel

Italo Calvino

A cierta hora de la mañana empezaban a llegar las mujeres de los prisioneros y se ponían a hacer gestos, levantando la cara hacia las ventanas. Desde el último piso ellos se asomaban para preguntar, para responder; y las manos de las mujeres, abajo, y las manos de los hombres, arriba, parecían querer unirse a través de esos metros de aire vacío. En el gran hotel, poco antes degradado a cuartel y prisión, no había objetos, como rejas o murallas, que sirvieran al alma para concretar ese sentido de libertad perdida. Para ahuyentar su angustia sólo quedaba aquella vertical lejanía entre unos y otros, breve pero desesperada, desde los que tenían los pies en los arriates, todavía dueños de sí mismos, hasta los otros, los que habían llevado allí arriba, como a países de donde no se vuelve.

De vez en cuando uno de los prisioneros asomados a la ventana se volvía hacia el corredor y llamaba: "¡Ferrari! ¡Ferrari! ¡Tu mujer está abajo!" El interpelado se abría paso hasta la ventana atestada y empezaba a hacer magras sonrisas, gestos que querían ser resignados.

Diego nunca se asomaba; su familia estaba lejos, dispersa por la guerra. Estaba cansado del ininterrumpido fluctuar de previsiones, suposiciones, noticias buenas y malas que el ir y venir en el jardín del hotel empujaba hasta arriba. Se infiltraba en él, junto con la fatiga nerviosa, un gusto por dejarse ir a la deriva, hacia la ruina o hacia una esperada, milagrosa salvación, un deseo de veranos tendido en la arena, al borde del agua, un deseo que le habían dejado sus muchos veranos de agua y arena que lo habían llevado hasta allí, perezoso y desprevenido, a aquel primer verano suyo útil, que ahora terminaba.

Pero el tiempo era una telaraña de nervios tensos, un *puzzle* con el que pueden componerse mil figuras, todas sin sentido. Desconcertados, los hombres arrestados al azar en las calles recorrían de una punta a la otra el linóleo de las habitaciones desnudas donde sólo sonreían burlones los labios blancos de los lavabos y de los bidés obstruidos por el agua podrida.

La víspera, cuando lo llevaron allí desde la prisión del fuerte donde había pasado un día y una noche con otros hombres ahora quizá muertos, al verse en el hotel aireado, rodeado por el calor de aquellos hombres ignorantes y fáciles para la esperanza, le pareció que lo desenterraban. Rió y bromeó al encontrarlos; el mismo Michele, el compañero junto con el cual lo habían detenido, estaba entre los prisioneros del hotel. Celebraron al encontrarse sanos y unidos, después de haber temido durante un día y una noche, separados el uno del otro. Diego se sintió conmovido y al mismo tiempo más fuerte al acariciar la aspereza del abrigo de Michele, la lisura de su gran cabeza calva que le llegaba al pecho. Michele se reía a carcajadas con su boca desdentada y preguntaba: "¿Qué me dices, Diego? ¿Se la jugamos a los nazis?" Diego dijo: "Yo digo que se la juguemos. Se la jugaremos a todo el Gran Reich". "¿A Von Ribbentrop también?" "A Von Ribbentrop también. Y al doctor Goebbels." Y se habían tumbado al abrigo de un termosifón frío, tragándose los nervios entre risas y bromas (todavía no sabían que a algunos de los arrestados con ellos ya los habían matado) y en Diego había la alegría de quien sale de la cárcel al cabo de años.

La cárcel era una vieja fortaleza del puerto donde estaba instalada en ese momento la defensa antiaérea alemana. La celda donde los habían encerrado había servido de prisión de rigor para los soldados alemanes: en las paredes se leían frases en alemán de soldados pederastas: "Mein lieber Kamarad Franz, mi querido camarada Franz, yo aquí encerrado y tú tan lejos". "Mein lieber Kamarad Hans, la vida era feliz a tu lado".

Eran unos veinte en la celda estrecha, tendidos en el suelo unos junto a otros. Un viejo de barba blanca vestido de cazador, padre de uno de ellos, se levantaba de vez en cuando por la noche, pasaba por encima de sus cuerpos para orinar en un rincón, con esfuerzo. En el rincón la lata estaba agujereada por la herrumbre; la orina del viejo inundó en seguida el pavimento de la celda, bajo sus cuerpos, como un río. Gritos de mando inhumanos, como de hombres que quieren transformarse en lobos, se alzaban desde los ecos de la fortaleza a cada cambio de guardia.

La reja daba sobre la escollera; el mar rodaba la noche entera chocando con los escollos como la sangre en las arterias y los pensamientos en las volutas de los cráneos. Y cada uno tenía en la cabeza la esquina que no hubiera debido doblar, para no terminar allí dentro: Diego en la esquina que, al doblarla con Michele para huir de la batida, le colocó cara a cara con alemanes en aparejos de guerra que detenían a los transeúntes en medio de la calle, a tres metros de ellos, como en el comienzo de una película.

Era una cadena de sensaciones y de imágenes que seguía desgranándose en su mente como un rosario, para volver a convencerlo de que no podía ser de otra manera, allí encerrado en la celda con las inscripciones de los pederastas alemanes en las paredes y el viejo que seguía orinando en la oscuridad, no podía ser sino como ahora entre los estucos desconchados del hotel, en el último piso suspendido entre la vida y la muerte, con hombres inclinados sobre el pavimento, enfermos de vértigo.

Cada día clasificaban a algunos: para la vida o para la muerte. Por la mañana el sargento y Piel-de-serpiente subían con un fajo de documentos en la mano: quienes los recibían de vuelta quedaban libres y salían. Se los veía abrazar a sus mujeres y alejarse del brazo, pisando la hierba de los arriates, bajo la lluvia de envidia de sus miradas.

Por la noche en cambio una camioneta gris plomo, con soldados en armas sentados en sus flancos, se detenía delante del hotel; el sargento y Piel-de-serpiente subían a llamar a otros; alguno de ellos salía cada noche en medio de los cascos de aquellos soldados. Al día siguiente sus mujeres vendrían a preguntar al pie de las ventanas y a dar vueltas de un comando a otro suplicando a los intérpretes: nadie sabía adónde los habían llevado. Otras mujeres hablarían de disparos oídos en la noche, hacia los barrios evacuados del puerto.

También para Diego y Michele la alternativa era esa: libertad o muerte; o sus documentos eran reconocidos como buenos, y entonces se la habían jugado a todo el Reich, como para comentarlo por la noche en las chabolas, entre las carcajadas de los compañeros, o bien era la camioneta gris plomo que desaparecía entre las casas derrumbadas del lado del muelle: Piel-de-serpiente había hecho de espía.

Piel-de-serpiente les había pasado revista apenas llegaron, alineados delante del hotel, para ver si reconocía a alguno de sus ex compañeros. Caminaba frotándose las manos que debía tener sudadas. Piel-de-serpiente, grácil muchacho en su atildado uniforme de tela, con una sonrisa húmeda en los labios resecaos que se lamía constantemente. Tenía unos bigotes desdibujados de



vello rubio, pálido, y el resfrío le enrojecía la nariz y los párpados. Los ojos le brillaban de emoción al sentirse él, un muchacho delicado, árbitro de la vida de aquellos hombres que contenían la respiración a cada palabra, a cada gesto suyo.

Eran momentos de triunfo embriagador para él, pero siempre acompañado de angustia; cada vez que aparecía por los pasillos del hotel los reclusos se apeñuscaban a su alrededor para hacerle preguntas, recomendaciones, llamándolo por su nombre: "Tulio, Tulio". Él miraba a aquellos hombres dóciles que lo rodeaban, pero veía el odio que asomaba afilado detrás de la humildad; a uno de ellos le dijo:

-Hoy me hacéis la corte, mañana me dispararéis por la espalda.

Piel-de-serpiente salvaba una veces, otras mataba; era lunático y ambiguo. Muchos que lo habían conocido antes, cuando era uno de ellos, se creyeron perdidos al ser interrogados en su presencia: él fingió no conocerlos. Otros que esperaban su clemencia por viejos favores o amistades, le vieron mostrar las encías, jugar con ellos como ratones. Piel-de-serpiente parecía unas veces perdido en el camino de la sangre, otras presa de los remordimientos.

Al pasarles revista se detuvo delante de Michele y dijo:

-Nosotros dos nos hemos visto en alguna parte.

Michele contrajo el cuello como si una gota fría le bajara por la espalda y en su cara ausente se dibujó una mueca de extrañeza.

Diego estaba sentado en las baldosas del corredor con las manos en las rodillas. Michele, a su lado, se asomaba a la ventana. Esperaba a su mujer, que había ido a hablar con Luciano, un intérprete de los de las SS que trabajaba para el comité y que estaba empeñado en hacerlo salir. La mujer de Michele era bastante más joven que él, se había casado cuando era una muchacha. Tenía grandes ojos grises nublados, algo severo en la cara enmarcada de pelo lacio y negro, algo alegre en el cuerpo delgado, en el corto vestido lila. Uno lamentaba, viéndola, que la vida fuese lo que es, dolorosa y obscena, y que todo no estuviera resuelto y tranquilo.

A Diego le hubiera gustado, con una mujer como ésa, vagabundear por países soleados y sin injusticias. Dijo:

-Si salimos de ésta, se acabó todo, quiero volver a este hotel durante una semana, cuando se reabra para los turistas.

Michele no contestaba. Diego dijo:

-Me tumbaré en el suelo exactamente como ahora, en medio de todos esos señores dignos que me tomarían por loco.

Michele seguía asomado, sin volverse. Después dio media vuelta y dijo de prisa, como si estuviera por escapársele de la cabeza:

-Diego, si quieres pan, mi mujer ha traído. Se lo ha pasado a un soldado para que nos lo dé.

Diego preguntó:

-¿Ha venido tu mujer? ¿Habló?

Michele no lo miraba a la cara, tenía los ojos clavados en el cielo raso.

-Oye, Diego, para mí no hay nada que hacer. Piel-de-serpiente me ha entregado. Luciano se lo ha dicho a mi mujer. Está allí abajo llorando.

Así dijo Michele; en sus palabras había la sencillez de las cosas largo tiempo temidas, una vez que suceden.

Michele había echado a andar de una punta a la otra del corredor, con las manos en los bolsillos, los ojos enormes entre los párpados abiertos que le pesaban. A veces los otros le dirigían la palabra y él los miraba, perdido, como si tuviera que regresar de desmesuradas lejanías para acercarse de nuevo a los objetos de sus palabras. Tal vez pensaba en el vacío, como para acostumbrarse a no existir.

Diego seguía de lejos los pasos de Michele, casi temiendo que los otros, ignorantes, perturbaran aquella agonía ambulante: una insinuación de sus comentarios como personas vivas habría bastado para desencadenar en él la desesperación por la vida perdida. Él era el único de todos ellos en saber que aquel hombre en el corredor caminaba hacia la muerte, ahora a una distancia de sólo mil, dos mil pasos. Aquél era su velorio: era un muerto que paseaba por su cámara ardiente, en ese corredor con rosetas de estuco desconchadas en los cielos rasos y las marcas descoloridas de los espejos sobre las chimeneas de mármol.

Diego pensaba en Michele mientras lo velaba: un compañero viejo, Michele, un buen hombre, a pesar de todos sus defectos: no muy valiente, no muy en la línea del partido. Habían discutido a menudo por esa manía de Michele de soltar frases y de querer saber siempre los motivos de todo, con su prosopopeya de autodidacta.

Ahora Michele caminaba por el corredor, con las manos en los bolsillos del abrigo, la gran cabeza calva metida entre los hombros, los grandes ojos bovinos perdidos en el vacío, como espantado de la enormidad de lo que estaban por quitarle. Era un pobre hombre bajo y calvo, con un viejo abrigo, una barba de tres días, pero a Diego le pareció ver en él, en sus ojos bovinos, en su andar lento y absorto, una fuerza amenazadora de la naturaleza, le pareció que Michele seguiría caminando así aun después de muerto, que entraría al día siguiente por la ventana en la sala donde los oficiales alemanes corrían sus juergas, ya enorme, pero siempre con su pobre abrigo, las manos en los bolsillos, la cabeza calva y la mirada bovina perdida en el vacío, y caminaría con su paso lento sobre los manteles manchados de champagne, en silencio, delante de los árboles de navidad iluminados, de las cruces de hierro relucientes, del nudo de senos y de nalgas desplegados, entre el terror de los oficiales alemanes y los gritos de las mujeres. Y así seguiría caminando, aun terminada la guerra, y los ricos no tendrían paz en sus palacios ni alegría en sus familias, sin que este hombre bajo y desmesurado entrara por las ventanas para atravesar sus habitaciones; y en las mesas en torno a las cuales se decide la paz y la guerra y en todos los lugares donde se coarta o se despoja o se miente, donde se predica lo falso, donde se adoran a dioses injustos, siempre aparecería por la noche, en el muelle, la sombra del hombre asesinado.

Alguno de los prisioneros habló de hombres ahorcados por los alemanes; Diego vio a



Michele colgado de un farol del puerto, los ojos enormes, las manos apretadas todavía en los bolsillos. Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos.

Sobre los círculos del agua donde Michele había desaparecido flotaba sólo su abrigo vacío, con los brazos abiertos como una cruz. La campana de la boya roja en mitad del puerto doblaba a muerte por el compañero desaparecido, movida por las olas. Debajo del agua el cable de la boya anclada terminaba en un nudo corredizo, con la cabeza de Michele dentro. Pero la cabeza de Michele salía a la superficie, verde de algas, los ojos muy abiertos; daba un grito. El viejo padre con su traje de cazador se levantaba en la noche y empezaba a orinar gimiendo, enorme sobre todos ellos. Los ríos se desbordaban, todos los hombres buenos y malos quedaban sumergidos. Los órganos del viejo, cansados de haber engendrado a todos los hombres, ahora anegaban el universo. Sólo Piel-de-serpiente huía por la tierra en busca de salvación, acariciándose las manos sudadas, humedecidas por el agua podrida del bidé del hotel. Pero cada ataúd estaba ocupado por un muerto que él había matado, la crecida lo rodeaba por todas partes, lo arrastraba en un remolino.

Esa noche la camioneta se había retrasado y todos decían con alivio que no llegaría. Michele esperaba asomado a la oscuridad. Llegaron en cambio cuatro autobuses de turismo, conducidos por soldados alemanes. Hubo agitación entre los reclusos, preguntas, suposiciones. El coronel subió en seguida con la lista y los llamó uno por uno. A Michele y Diego los llamaron junto con los otros, por los nombres falsos que habían dado; incluso el de Michele el coronel lo pronunció mal, como si nunca lo hubiera oído.

Los prisioneros fueron separados en cuatro grupos que entraron de a uno en los autobuses. Diego y Michele se encontraron juntos, todavía unidos a aquella multitud casi celosa de la injusticia sufrida. Entre las voces ansiosas de los hombres circuló un nombre salido no se sabía de dónde: "Marassi, Marassi. Nos llevan a Marassi". Pero aquel nombre casi tranquilizaba a Michele y Diego, quería decir abandonar la angustia de la muerte próxima, el ambiguo Piel-de-serpiente, los lugares conocidos atestados de insidias.

Diego sentía el abrigo áspero de Michele debajo de sus dedos, la sangre que volvía a ganar sus arterias. Dijo:

-¿No te dije que Luciano es un cuentero? ¿No te lo dije?

-Y Michele repetía:

-¡Vaya cuentero, hostia! -con una sonrisa más suelta, como gastando una broma.

Y los dos compañeros comprendieron que a partir de entonces cualquiera que fuese su destino: sangre, gritos, agotamiento, sentirían sin embargo el gusto sanguíneo de estar vivos y de compartir el dolor como el pan. Un áspero sabor de vida los acompañaría en adelante, en las galerías de Marassi llenas de gritos, en los barracones desolados del Norte, hasta el regreso.

## El Cantar de Roldán

Versión de Felipe Teixidor

Nota preliminar

El Cantar de Roldán, el más antiguo de los cantares de gesta franceses, fue escrito entre 1110 y 1125; su autor quizás haya sido el Tuoldus que aparece al final del poema. Se basa en un acontecimiento histórico.

En 1832 se descubrió la redacción más antigua de El cantar de Roldán, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

La presente versión se basa en el texto manuscrito número 23 perteneciente al fondo Digby de la mencionada Biblioteca, y que fue puesto al francés moderno por Joseph Bédier.

## El Cantar de Roldán

*...De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. (En: Don Quijote.)*

### I

Carlos, el rey, nuestro emperador, el grande, siete años cabales ha morado en España. Ha conquistado la altiva tierra hasta el mar. No hubo castillo que ante él resistiera ni ciudad ni muralla que él no abatiese. Salvo Zaragoza, que se levanta sobre una montaña, sometida al rey Marsil, que no ama a Dios: es Mahoma a quien sirve y es Apolo a quien invoca. No podrá guardarse de la desgracia que le acecha.

### II

Está el rey Marsil en Zaragoza. Allá se fue a un vergel, bajo su sombra se acuesta sobre una grada de mármol azul. Son más de veinte mil los que le rodean. Llama a sus condes y a sus duques:

-Entended, señores, qué plaga nos azota. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha llegado a este país, para confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla ni mi gente posee la fuerza para quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis hombres sabios, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda una sola palabra si no es Blancandrín, del castillo de Maluenda.



Michele colgado de un farol del puerto, los ojos enormes, las manos apretadas todavía en los bolsillos. Y le pareció que a Michele lo habían matado todos los hombres, todos ellos, una culpa sin límites que quitaría toda alegría a la vida, que habría que expiar por los siglos de los siglos.

Sobre los círculos del agua donde Michele había desaparecido flotaba sólo su abrigo vacío, con los brazos abiertos como una cruz. La campana de la boya roja en mitad del puerto doblaba a muerte por el compañero desaparecido, movida por las olas. Debajo del agua el cable de la boya anclada terminaba en un nudo corredizo, con la cabeza de Michele dentro. Pero la cabeza de Michele salía a la superficie, verde de algas, los ojos muy abiertos; daba un grito. El viejo padre con su traje de cazador se levantaba en la noche y empezaba a orinar gimiendo, enorme sobre todos ellos. Los ríos se desbordaban, todos los hombres buenos y malos quedaban sumergidos. Los órganos del viejo, cansados de haber engendrado a todos los hombres, ahora anegaban el universo. Sólo Piel-de-serpiente huía por la tierra en busca de salvación, acariciándose las manos sudadas, humedecidas por el agua podrida del bidé del hotel. Pero cada ataúd estaba ocupado por un muerto que él había matado, la crecida lo rodeaba por todas partes, lo arrastraba en un remolino.

Esa noche la camioneta se había retrasado y todos decían con alivio que no llegaría. Michele esperaba asomado a la oscuridad. Llegaron en cambio cuatro autobuses de turismo, conducidos por soldados alemanes. Hubo agitación entre los reclusos, preguntas, suposiciones. El coronel subió en seguida con la lista y los llamó uno por uno. A Michele y Diego los llamaron junto con los otros, por los nombres falsos que habían dado; incluso el de Michele el coronel lo pronunció mal, como si nunca lo hubiera oído.

Los prisioneros fueron separados en cuatro grupos que entraron de a uno en los autobuses. Diego y Michele se encontraron juntos, todavía unidos a aquella multitud casi celosa de la injusticia sufrida. Entre las voces ansiosas de los hombres circuló un nombre salido no se sabía de dónde: "Marassi, Marassi. Nos llevan a Marassi". Pero aquel nombre casi tranquilizaba a Michele y Diego, quería decir abandonar la angustia de la muerte próxima, el ambiguo Piel-de-serpiente, los lugares conocidos atestados de insidias.

Diego sentía el abrigo áspero de Michele debajo de sus dedos, la sangre que volvía a ganar sus arterias. Dijo:

-¿No te dije que Luciano es un cuentero? ¿No te lo dije?

-Y Michele repetía:

-¡Vaya cuentero, hostia! -con una sonrisa más suelta, como gastando una broma.

Y los dos compañeros comprendieron que a partir de entonces cualquiera que fuese su destino: sangre, gritos, agotamiento, sentirían sin embargo el gusto sanguíneo de estar vivos y de compartir el dolor como el pan. Un áspero sabor de vida los acompañaría en adelante, en las galerías de Marassi llenas de gritos, en los barracones desolados del Norte, hasta el regreso.

## El Cantar de Roldán

Versión de Felipe Teixidor

Nota preliminar

El Cantar de Roldán, el más antiguo de los cantares de gesta franceses, fue escrito entre 1110 y 1125; su autor quizás haya sido el Tuoldus que aparece al final del poema. Se basa en un acontecimiento histórico.

En 1832 se descubrió la redacción más antigua de El cantar de Roldán, en la Biblioteca Bodleiana de Oxford.

La presente versión se basa en el texto manuscrito número 23 perteneciente al fondo Digby de la mencionada Biblioteca, y que fue puesto al francés moderno por Joseph Bédier.

## El Cantar de Roldán

*...De Roldán, o Rotolando, o Orlando, que con todos estos nombres le nombran las historias, soy de parecer y me afirmo que fue de mediana estatura, ancho de espaldas, algo estevado, moreno de rostro y barbitaheño, velloso en el cuerpo y de vista amenazadora, corto de razones, pero muy comedido y bien criado. (En: Don Quijote.)*

### I

Carlos, el rey, nuestro emperador, el grande, siete años cabales ha morado en España. Ha conquistado la altiva tierra hasta el mar. No hubo castillo que ante él resistiera ni ciudad ni muralla que él no abatiese. Salvo Zaragoza, que se levanta sobre una montaña, sometida al rey Marsil, que no ama a Dios: es Mahoma a quien sirve y es Apolo a quien invoca. No podrá guardarse de la desgracia que le acecha.

### II

Está el rey Marsil en Zaragoza. Allá se fue a un vergel, bajo su sombra se acuesta sobre una grada de mármol azul. Son más de veinte mil los que le rodean. Llama a sus condes y a sus duques:

-Entended, señores, qué plaga nos azota. Carlos, el emperador de la dulce Francia, ha llegado a este país, para confundirnos. No tengo ejército que pueda darle batalla ni mi gente posee la fuerza para quebrantar la suya. ¡Aconsejadme vosotros, mis hombres sabios, y evitadme la muerte y la afrenta!

No hay pagano que responda una sola palabra si no es Blancandrín, del castillo de Maluenda.



## III

Era Blancandrín mesurado entre los paganos. Por su arrojo, buen caballero; por su llaneza, buen consejero de su señor. Así dice al rey:

-¡No os espantéis! Mandad a Carlos, el orgulloso y denodado, palabras de fiel servicio y de grande amistad. Le daréis osos, leones y canes, setecientos camellos y mil azores mudados, cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana. Con ellos podrá pagar largamente a sus soldados. Hacedle saber que ya luchó bastante en esta tierra. Que debe tornar ya a Francia, a Aquisgrán, y que vos le seguiréis allí, en la fiesta de San Miguel, para recibir la ley de los cristianos. Que por vuestro honor y vuestro bien, queréis ser vasallo suyo. Si rehenes quiere, enviadlos presto. Diez o veinte para mejor lograr su confianza. Enviémosle los hijos de nuestras mujeres. Perezca él, yo le enviaría el mfo. Mejor es que ellos pierdan sus cabezas y no que nosotros perdamos, nosotros, franquicia y señoría, y que nos veamos llevados a mendigar.

## IV

Dice Blancandrín:

-Por mi diestra y por la barba que flota al viento sobre mi pecho, a la hora veréis desbaratarse a los ejércitos de Francia. Los francos se irán a Francia; es su tierra. Y cuando retornen cada uno a su feudo más preferido, y Carlos a Aquisgrán, su capilla, en el día de San Miguel tendrá su alta corte. La fiesta pasará, el plazo cumpliráse, el rey no sabrá de nosotros ni palabra ni nueva. Es orgulloso, y cruel su corazón, y mandará cortar los pies de nuestros rehenes. Más vale que allá pierdan ellos sus cabezas y no perder nosotros la clara España, la hermosa, y que no padezcamos males y angustias.

-¡Tal vez dice verdad! -se dicen los infieles.

## V

El rey Marsil, celebrado su consejo, llama a Clarís de Balaguer, a Tamarite y a Endropín, su par; a Priamón, Guarlán el barbudo, Maquiner y su tío; a Maheu, Joíner y Malbino de Ultramar, y a Blancandrín, para manifestar su pensamiento. Entre los más felones ha escogido a diez.

-Señores barones, iréis a Carlomagno, que ahora cerca la ciudad de Cordres. Llevaréis en vuestras manos ramas de olivo, que significa paz y humildad. Si por vuestra destreza logro un buen acuerdo, yo os regalaré pilas de oro y plata, y las tierras y feudos que queráis.

-¡Colmado nos han! -dicen los infieles.

## VI

El rey Marsil, acabado su consejo, dice a los suyos:

-Iréis, caballeros, con ramas de olivo en la mano, a decir a Carlomagno, el rey, que, en nombre de su Dios, me otorgue su merced; que antes de acabado un mes irá a su zaga con mil de mis vasallos; que yo recibiré la ley cristiana y me convertiré en su vasallo en todo amor y en toda fe. En verdad, si rehenes quiere, los tendrá.

Dice Blancandrín: -Así obtendréis un buen acuerdo.

## VII

Marsil hace traer diez mulas blancas que le envió el rey de Cilicia. De oro son los frenos: las sillas, recamadas están de plata. Jinetes en ellas van los mensajeros, llevando en las manos ramas de olivo. Fueron a Carlos, que tiene a Francia en su baifo. Carlos no puede guardarse: le engañarán.

## VIII

Se ha puesto jubiloso el emperador y de buen humor. Córdoba ya es suya, las murallas ha destruido. Las piedras de sus catapultas derrumbaron los torreones. Grande es el botín que recogieron allí los caballeros: oro, plata y preciosas armaduras. Ni un infiel ha quedado en la ciudad; todos fueron muertos o hechos cristianos.

En un gran vergel está el emperador. A su vera Roldán y Oliveros, el duque Sansón y el altivo Anseis, Godofredo de Anjou, gonfalonero del rey, y Garín y Gerer, con otros muchos caballeros de la dulce Francia, hasta quince mil. Sentados están sobre blancos tapices de seda, jugando al ajedrez y a las damas los más viejos y graves, mientras esgrimen sus espadas los ágiles donceles. Bajo un pino, cerca de un agapando, han aderezado un trono, todo él de oro puro. Está allí sentado el rey, el dueño de la dulce Francia. Blanca es su barba y florida su cabeza. Hermoso el cuerpo y fiero su talante. A quien le busque, no es preciso mostrarlo. Los mensajeros ponen pie a tierra y le saludan con todo amor y con todo bien.

## IX

Blancandrín habla él el primero, y dice al rey:

-¡Salud, en nombre de Dios Glorioso, a quien debemos adorar! Escuchad lo que os dice el esforzado rey Marsil. Sabedor de la ley que salva, quiere, de sus riquezas, daros a manos llenas. Osos y leones y lebreles encadenados, setecientos camellos y mil azores mudados. Más cuatrocientos mulos cargados de oro y plata y cincuenta carros en caravana, colmados de tan gran número de besantes de oro fino, que os bastan para pagar largamente a vuestros soldados. Pero ya morasteis mucho tiempo en este país. Os viene bien de regresar a Francia, a Aquisgrán. Allí os seguirá mi señor; él os lo asegura.

El emperador tiende sus manos hacia Dios, inclina la cabeza y comienza a meditar.

## X

Aún está el rey con la cabeza inclinada. Su palabra jamás fue apresurada; tal es su costumbre, no habla más que a su gusto. Cuando se irguió, al fin, su rostro estaba lleno de fiereza. Y dice a los mensajeros:

-Bien hablasteis. Pero el rey Marsil es mi gran enemigo. De semejantes palabras, las que acabáis de decir, ¿cómo podré fiarme?

-Tendréis rehenes -dice el sarraceno-. Diez, quince o veinte. Aunque él perezca, yo os traeré a mi hijo, y con él vendrán otros de más alta alcurnia. Cuando estéis de vuelta en vuestro palacio soberano, celebrando la gran fiesta de San Miguel del Peligro, allí os seguirá mi señor; él os lo asegura. Quiere ser hecho cristiano en vuestros baños que Dios hizo para vos.

Carlos responde: -Así, aún puede ser salvo.



## XI

Bello era el crepúsculo y claro el sol. Carlos hace llevar a los establos las diez mulas, y ordena alzar una tienda en medio del ancho vergel, para albergar a los diez mensajeros. Doce sargentos cuidan grandemente de sus servicios, y allí permanecen toda la noche hasta que apunta el claro día. Al alba se levanta el emperador. Oyó misa y maitines; se ha ido bajo un pino; convoca a sus barones a consejo. En todos sus propósitos quiere por guía a los de Francia.

## XII

El emperador se va a un pino, y para celebrar consejo convoca a sus barones: el duque Ogier y el arzobispo Turpín, Ricardo el Viejo y Enrique, su sobrino; el esforzado Acelino, conde de Gascuña, Tibaldo de Reims y Milón su primo. Vienen también Garín y Gerer, y con ellos, el conde Roldán, y Oliveros el esforzado y noble. De francos de Francia se juntan más de mil. Y entre ellos acude Ganelón, que haría la traición. Entonces comienza aquel consejo que tuvo mal fin.

## XIII

-Señores barones -dice el emperador Carlos-. El rey Marsil me ha enviado sus mensajeros. De sus riquezas me quiere dar a manos llenas, osos y leones y lebreles listos para la trailla, setecientos camellos y mil azores ya salidos de muda, cuatrocientos mulos cargados del oro de Arabia, además de cincuenta carros. Pero él me pide que me vaya a Francia. Me seguirá a mi palacio de Aquisgrán y recibirá nuestra ley, que él reconoce ser la más santa. Será hecho cristiano y es de mí que recibirá sus provincias. Pero yo no sé cuál sea el fondo de su corazón.

-¡Desconfiemos! -dicen los franceses.

## XIV

El emperador dijo ya su pensamiento. El conde Roldán, que no acuerda con el rey, se yergue y comienza a refutarle, y le dice:

-¡Ay de vos si fiáis en Marsil! He aquí que ha siete años cabales nos vimos en España. Yo os conquisté Napal y Monubles. Yo tomé a Valtierra y las tierras de Pina, Balaguer, Tudela y Sevil. Y entonces el rey Marsil hizo gran traición: De sus infieles mandaba quince, cada uno con su rama de olivo, y todos os decían las mismas palabras. Tomasteis el consejo de vuestros francos. Asaz locamente fuisteis aconsejado. Enviasteis al infiel a dos de vuestros condes, el uno era Basán y el otro Basilio. Cerca de Peraltilla, en la montaña, tomó sus cabezas. ¡Proseguid la guerra según fue comenzada! Llevad a Zaragoza vuestras abanderadas huestes. Poned cerco a la ciudad, aunque esté dure toda vuestra vida, y vengad así a aquellos que el felón hizo matar.

## XV

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho, sin dar respuesta buena o mala a su sobrino. Los francos callan, fuera de Ganelón, que se yergue sobre sus pies y se acerca a Carlomagno. Muy altivo comienza su razón, diciendo al rey:

-¡En mala hora si hacéis caso al truhán, sea yo o quien fuese, que os hablare por vuestro bien! ¡Cuando el rey Marsil os anuncia que, las manos a Dios, se ha de trocar en siervo vuestro, y conservará a toda España como un don de vuestra gracia y que recibirá la ley que guardamos, a aquel que aconseje rechazar tales promesas, poco le importa, señor, de qué muerte hayamos de morir! Consejo que dicte el orgullo no debe prevalecer. ¡Dejemos a los locos, atengámonos a los sabios!

## XVI

Entonces se adelantó Naimón; no había mejor vasallo en la corte. Le dijo al rey:

-Habéis oído bien la respuesta que os dio Ganelón. Es sensata. Sólo falta seguirla. El rey Marsil en su guerra está vencido; habéis tomado todos sus castillos. Vuestras catapultas y sus piedras han roto sus murallas. Quemasteis sus ciudades y vencisteis a sus hombres. Hoy que os pide que lo recibáis en vuestra gracia, sería un pecado ir más lejos. Y puesto que él quiere ofrecer en garantía sus rehenes, esta gran guerra no debe ir más adelante.

-¡Bien habló el duque! -dicen los franceses.

## XVII

-Señores barones, ¿a quién mandaremos a ver al rey Marsil en Zaragoza?

El duque Naimón responde: -Yo iré si me dais licencia. Dadme en esta hora el guante y el bastón.

Dice el rey: -Vos sois hombre de gran consejo. Por estas barbas mías, vos no os alejaréis tanto de mí. Volved a sentaros, porque de nadie fuisteis requerido.

## XVIII

-Señores barones, ¿a quién podremos enviar al sarraceno que reina en Zaragoza?

Y Roldán responde:

-Yo puedo muy bien ir allá.

-Vos no iréis, ciertamente -dice el conde Oliveros- vuestro corazón es áspero y orgulloso. Vendrías a las manos, y de ello tengo miedo. Si el rey quiere, yo puedo bien ir allá.

El rey responde: -Callad los dos. Ni uno ni otro pondréis allí las plantas. Por estas barbas que veis aquí blancas todas, ¡mal haya quien me designe a uno de los doce Pares!

Los francos enmudecen, y quedan confundidos.



## XIX

Turpín de Reims se levanta, sale de la fila y dice al rey:

-¡Dejad en paz a vuestros francos! Siete años han morado con vos en esta tierra. Hartas penas han sufrido. Pero dadme, señor, el bastón y el guante, y yo iré a ver al sarraceno de España. Así conoceré cómo es el hombre.

Responde irritado el emperador: -¡Volved a sentaros en esa blanca alfombra! ¡Y no habléis más de ello, si no es con orden mía!

## XX

-Caballeros francos -dice el emperador Carlos-. Elegidme un barón de mi marca que pueda llevar a Marsil mi mensaje.

-¡Que vaya mi padrastro Ganelón! -dice Roldán. Y dijeron los franceses:

-En verdad, es hombre para ello. Fuera de él, no hallaréis otro más prudente.

El conde Ganelón se llena de angustia. De su cuello va quitándose las grandes pieles de marta, y se queda con la ajustada túnica de seda. Le brillaban los ojos, el semblante muy fiero. Noble es su cuerpo y ancho su pecho; es tan hermoso que todos sus Pares le contemplan.

-¡Loco! -dice a Roldán-. ¿Por qué tu frenesí? Recuerda bien que yo soy tu padrastro, y he aquí que me señalas para tratar con Marsil. Si Dios me concede que de allá vuelva, he de infligirte tal quebranto que dure mientras vivas.

Roldán responde: -¡Palabras de orgullo y de locura! Todos lo sabéis, no me curo de amenazas. Y si para tal mensaje es menester un hombre sesudo, y al rey le place, estoy presto. Yo iré allá en vuestro lugar.

## XXI

-Tú no irás en mi lugar -responde Ganelón-. Ni eres tú mi vasallo, ni soy yo señor tuyo. Carlos ordena que yo atienda a su servicio. Yo iré a Zaragoza y veré a Marsil. Pero antes que yo aplaque el gran enojo en que me veis, habré hecho alguna de mis tretas.

Roldán, al oírlo, se pone a reír.

## XXII

Quando advierte Ganelón que Roldán se le ríe, tiene tal pesar que a poco estalla de ira, y está a punto de perder los sentidos.

Y dice al conde:

-No os amo, a vos que habéis hecho recaer en mí elección tan contra justicia. Esclarecido emperador, heme aquí ante vos. Quiero cumplir vuestro mandato.

## XXIII

-Marcharé a Zaragoza -añade-, ya que hacerlo es preciso; bien lo sé. Pero quien allí va, no puede retornar. Sobre todas las cosas, acordaos que mi esposa es vuestra hermana. Un hijo me ha dado, el más hermoso que existe; es Balduino -dice- que será un valiente y a quien he legado mis tierras y mis feudos. Tomadlo bajo vuestra guarda, mis ojos no le volverán a ver.

-¡Tierno tenéis el corazón! -responde Carlomagno-. Pues os lo mando, iros ya.

## XXIV

-Ganelón -añade el rey: acercaos y tomad el bastón y el guante. Ya lo oísteis bien. Los francos te han elegido.

-Señor -dice Ganelón-. Todo lo ha hecho Roldán. En mi vida podré ya quererle. Ni a Oliveros, porque es su compañero, ni a los Pares, por el gran amor que todos le tienen. ¡Yo les reto ante vuestra presencia!

-Estáis asaz colérico -dice el rey-. Partiréis, puesto que es mi voluntad.

-Así lo haré. Mas sin nadie que me guarde, tal como Basilio y su hermano Basán.

## XXV

El emperador le tiende su guante, el de su mano derecha. Pero el conde Ganelón no hubiera querido estar allí. Cuando va a tomarlo, cae el guante al suelo, y los francos exclaman:

-¡Dios! ¿Qué señal es ésta? De este mensaje ha de veniros gran desgracia.

-Señores -dice Ganelón-, de ello oiréis las nuevas.

## XXVI

-Señor -añade Ganelón-, dadme ya vuestra licencia. Pues tengo que partir, no quiero retardarme.

-¡Id con licencia de Jesús, y con la mía! -dice el rey-. Y con la diestra le absuelve, haciendo la señal de la cruz. Y le da el bastón y el breve.



## XXVII

El conde Ganelón se retira a su campamento, y se adereza con las mejores armas que posee. A sus pies pone espuelas de oro, y ciñe a su costado la espada Murglés. Monta en su corcel Tachebrún, mientras le sostiene el estribo su tío Guinemaro. Allí hubieseis visto llorar a muchos caballeros. Todos le dicen:

-¡Lástima da ver nuestra proeza! Mucho tiempo morasteis en la corte del rey, y todos os tuvieron por noble vasallo. Al que os señaló para partir ni el mismo Carlos podrá proteger ni salvar. No, el conde Roldán no debió pensar en vos, que descendéis de ilustre linaje.

Y después le dicen:

-Señor, llevadnos con vos.

-No place así a Dios nuestro señor -responde Ganelón-. Mejor es que sólo yo muera y vivan tantos buenos caballeros. A la dulce Francia, señores, habéis de volver. Saludaréis en nombre mío a mi esposa y a Pinabel, mi amigo y Par. Y a Balduino, mi hijo... Dadle vuestra ayuda y tenedle por vuestro señor.

Ya en camino, empieza a andar.

## XXVIII

Bajo los altos olivares cabalga Ganelón. Ha alcanzado a los mensajeros sarracenos y a Blancandrín, que se ha rezagado con él. Ambos departen con gran cautela, y dice Blancandrín:

-¡Varón maravilloso es Carlos! Conquistó Apulia y toda la Calabria. Cruzó la mar salada y logró para San Pedro el tributo de la Inglaterra. Mas ¿qué pretende hallar aquí, en nuestra tierra?

-Tal es su placer -responde Ganelón-. No se hallará hombre que le valga.

## XXIX

Blancandrín dice:

-Gentes muy nobles son los francos. Pero un gran daño están haciendo a su señor esos condes y esos duques que le aconsejan de tal guisa. Le apremian y le pierde a él y a muchos otros con él.

-Eso -responde Ganelón- no es verdad, que yo sepa, de nadie sino de Roldán, el cual algún día ha de padecer por ello. Una mañana estaba el emperador sentado en la sombra, y se le acercó su sobrino, con la cota puesta, que de los bordes de Carasona venía con el botín. En la mano traía una manzana bermeja, y dijo a su tío: -Tomad, hermoso señor. De todos los reyes yo os doy en presente las coronas-. Su mismo orgullo ha de perderle, porque cada día se abandona a la muerte. Venga quien le mate, tendremos paz plena.

## XXX

-Roldán -dice Blancandrín- es digno de odio; quiere reducir a su merced toda nación y sobre toda tierra tiene pretensiones. Más para tales empresas, ¿con qué cuenta?

-Con los francos -responde Ganelón-. Tanto le quieren, que nunca le han de faltar. Él les da profusamente oro y plata, mulos y corceles, mantos de seda y armaduras. Al mismo emperador le ofrece todo lo que quiere. Y él le conquistará estas tierras hasta Oriente.

## XXXI

Tanto cabalgaron Ganelón y Blancandrín, que uno al otro se hicieron, en buena fe, una promesa: buscar cómo hacer que maten a Roldán. Tanto cabalgaron por caminos y veredas, que ya echan pie a tierra en Zaragoza, cabe un tejo.

A la sombra de un pino se ha levantado un trono guarnecido de seda de Alejandría. Allí está el rey que tiene toda España. Veinte mil sarracenos le rodean, ninguno de ellos dice palabra, por las nuevas que podrían escuchar. He aquí que se acercan Ganelón y Blancandrín.

## XXXII

Blancandrín se aproxima al rey Marsil, trayendo de la mano al conde Ganelón, y dice así:

-Salud en nombre de Mahoma y de Apolo, cuyas santas leyes guardamos. Hemos llevado a Carlos vuestro mensaje. Alzó sus dos manos al cielo, alabó a su Dios, sin dar otra respuesta. Os envía, helo aquí, un suyo noble barón, que de Francia es y ricohombre. Por él sabréis si tendréis o no paz.

-Que hable -responde Marsil-. Le escuchamos.

## XXXIII

Pero el conde Ganelón ya lo había pensado. Comienza a hablar con gran arte, como hombre que sabe hablar bien. Y dice al rey:

-¡Salud en nombre del Dios el Glorioso, a quien debemos adorar! He aquí lo que os manda Carlomagno, el esforzado. Recibid la santa ley cristiana y él os dará en feudo la mitad de España. Si no queréis aceptar este acuerdo, seréis cautivo, y atado de viva fuerza, a la ciudad de Aquisgrán seréis llevado; ahí, por juicio, acabará vuestra vida. Moriréis de muerte infamante y vil.

Se estremece el rey Marsil. En su mano tiene un dardo, de oro recubierto; quiere lanzarlo, pero es impedido.

## XXXIV

El rey Marsil tiene mudada la color, blande su jabalina. Cuando Ganelón le ve, pone mano a su espada, sacándola de la vaina, a la largura de dos dedos. Le dice:

-¡Bella y clara sois! ¡Tanto tiempo en corte real os he llevado! ¡Y nunca dirá el rey de Francia que fenecí yo solo contigo en tierra extranjera, sin que los más valientes os hayan comprado por vuestro precio!

-¡Rechuyamos la contienda! -se dicen los infieles.



## XXXV

Tanto le rogaron los sarracenos, los mejores entre ellos, que sobre su trono se ha vuelto a sentar Marsil. Y dice el califa:

-Nos ponéis en un mal paso al querer abatir al francés. Debéis escucharle y atenderle.

-Señor -dice Ganelón-: cosas son éstas que conviene que yo tolere. Pero por todo el oro que Dios hizo, ni por todas las riquezas que hay en esta tierra, callaría yo, si ha lugar, todo lo que Carlos, el poderoso rey, os manda, por mí, como a su mortal enemigo.

Ganelón llevaba un manto de marta cibelina recamado de seda de Alejandría. Se despoja de él y Blancandrín le recibe. Pero su espada bien se guarda de soltarla. La sostiene su puño derecho por el pomo dorado. Y los infieles dicen:

-¡Es un noble barón!

## XXXVI

Ganelón avanza hacia el rey, y le dice:

-Os irritáis injustamente porque Carlos, que reina sobre la Francia, mande deciros esto: Recibid la ley de los cristianos, y él os otorgará en feudo la mitad de España. La otra mitad será para Roldán, su sobrino. ¡Lo partiréis con un vecino muy orgulloso! Si vos no queréis aceptar este trato, el rey vendrá a cercaros en Zaragoza. A viva fuerza seréis cautivo y atado, y os llevarán a la ciudad de Aquisgrán sin que para el camino tengáis palafrenero ni caballo de batalla, mulo ni mula, donde podáis cabalgar; sino que os arrojarán sobre una mala bestia de carga. Y entonces, por juicio, os cortarán la cabeza. Nuestro emperador os envía este breve.

Y lo alarga al infiel con la mano derecha.

## XXXVII

Palidece de enojo el rey Marsil. Rompe el sello, arroja al suelo la cera, mira el breve y ve lo que allí está escrito.

-Carlos, que posee la Francia en su bailía me manda acordarme de su dolor y de su cólera por Basán y su hermano Basilio, de quienes tomé las cabezas en los montes de Peraltila. Si quiero rescatar mi vida, ordena que le mande al Califa, mi tío, sin lo cual nunca seré por él amado.

Entonces el hijo de Marsil toma la palabra. Le dice al rey:

-Ganelón ha hablado como un loco. Ha hablado de más; ya no tiene derecho a vivir. Entregádmelo, y haré justicia.

Cuando esto escucha Ganelón, blande su espada, retrocede hacia un pino, sus espaldas contra el tronco.

## XXXVIII

Se retiró Marsil a su vergel, se llevó consigo a sus mejores vasallos. Va con ellos Blancandrín, el del pelo encanecido; Jurfaret, su hijo y heredero, y el Califa, su tío y fiel. Blancandrín dice:

-Llamad al francés. Él ha de servirnos; me lo ha jurado por su fe.

-Traedle, pues, -dice el rey-. Y Blancandrín toma por la mano derecha a Ganelón y lo conduce por el vergel hasta el rey. Entonces se discute la vil traición.

## XXXIX

-Buen caballero Ganelón -le dice Marsil-. Os traté con harta ligereza cuando, llevado por mi cólera, quise heriros. Quiero ofreceros en prenda estas pieles de marta cibelina, las que en oro valen más de quinientas libras. Antes de la noche de mañana os habré pagado con hermoso desagravio.

-No lo rehúso -responde Ganelón-. ¡Que Dios, si a Él place, os lo recompense!

## XL

Marsil dice:

-Ganelón, sabed, en verdad, que dispuesto está mi corazón a amaros mucho. Quiero escucharos hablar de Carlomagno. Ya es muy viejo, ya ha gastado su tiempo. A mi parecer que ya tendrá unos doscientos años pasados. Ha llevado su cuerpo por tantas tierras, ha recibido su escudo tantos mandobles, a tantos ricos reyes ha reducido a la mendicidad, ¿cuándo se cansará de guerrear?

-Carlos -responde Ganelón- no es aquel que vos pensáis. No hubo hombre que al verle y conocerle no dijese que el emperador es un valiente. Yo no sabría encarecerle y loarle bastante; hay en él más honor y virtudes que pudieran expresar mis palabras. Su gran valor, ¿quién puede describirlo? ¡Dios hizo resplandecer en él tanta nobleza! Prefiere la muerte a faltar a sus barones.

## XLI

Dijo el pagano:

-Me maravillo y hay causa para ello. Este Carlomagno tan viejo y lleno de canas, a mi entender tiene doscientos años, o más. Por tantas tierras ha llevado su cuerpo con fatigas; tantos tajos de lanzas y jabalinas ha recibido; ha reducido a mendigar a tantos reyes ricos, y ¿no está aún harto de hacer sus guerras?

-¡Jamás -dice Ganelón-, en tanto viva su sobrino! nadie tan valeroso como Roldán bajo el manto del cielo. Es tan valiente como su compañero Oliveros. Y los doce Pares, tan queridos por Carlos, forman su vanguardia con veinte mil caballeros. Seguro está Carlos, sin temor a ningún hombre viviente.



## XLII

-Me maravilla grandemente -dice el sarraceno-. Carlomagno está ya canoso y blanco. Según mi cuenta, ha de tener más de doscientos años. Por tantas tierras ha pasado en sus conquistas, tantas heridas recibió de buenas espadas cortantes, mató y venció en batalla a tantos poderosos reyes, y ¿aún no se harta de guerrear?

-Jamás -dice Ganelón-, mientras viva Roldán. No hay otro tal desde aquí hasta el Oriente. Y tan bravo como él es su compañero Oliveros. Y los doce pares, que Carlos ama tanto, forman su vanguardia, con veinte mil franceses. Carlos está en seguro. Él no teme a hombre vivo.

## XLIII

-Buen caballero Ganelón -dice el rey Marsil-: tengo un ejército; nunca veréis uno más bello. Puedo juntar cuatrocientos mil caballeros: ¿No podré combatir a Carlos y a sus franceses?

-¡No hay tal! -responde Ganelón-. Perderíais allí vuestros infieles en masa. Dejaos de locuras. Sed prudente. Dad al emperador tantos bienes que todos los franceses queden asombrados. Por veinte rehenes que vos le enviéis, el rey se volverá a la dulce Francia. Tras él irá la retaguardia. Creo que su sobrino, el conde Roldán, irá en ella, y Oliveros también, el cortés y el esforzado; ya son muertos los dos Condes, si encuentro quien me escuche. Carlos verá abatido su orgullo, y le pasarán los deseos de seguirsos combatiendo.

## XLIV

-Buen caballero Ganelón -dice Marsil-. ¿Cómo podría yo hacer que pereciera Roldán?

-Muy bien lo podré decir -responde Ganelón-. El rey vendrá a los mejores puertos de Cize. Tras él quedará la retaguardia. Allí estará su sobrino Roldán, y el poderoso conde Oliveros, en quien tanto confía, y en su compañía veinte mil franceses. De vuestros infieles enviadles cien mil, y que libren una primera batalla. Las tropas de Francia serán allí maltrechas y las vuestras sufrirán gran matanza. Pero librad asimismo una segunda batalla. Que caiga en la una o en la otra, Roldán no podrá escapar. Habréis así cumplido una hermosa gesta de caballería, y en toda vuestra vida no tendréis guerra.

## XLV

-Quién pudiera conseguir que allí mismo fuera muerto Roldán; Carlos perdería el brazo derecho de su cuerpo, y esto sería el fin de esos maravillosos ejércitos. Jamás reunirá Carlos tan grandes levadas, y la Tierra de los Mayores quedaría en reposo.

Marsil, al oír esto, besa en el cuello al franco y después empezaron a llegar sus tesoros...

## XLVI

-Nada vale un acuerdo -dice el rey Marsil-. Habréis de jurarme traicionar a Roldán.

-Sea así, como os plazca -responde Ganelón-. Y sobre las reliquias de su espada Murgleis jura la traición, y así quedó ajustada la fechoría.

## XLVII

Había allí un sitio todo de marfil. Marsil hace traer un libro donde está escrita la ley de Tervagán y de Mahoma. Jura, el sarraceno de España que, si en la retaguardia se encuentra a Roldán, le atacará con toda su gente, y si le es dado hacerlo, allí morirá Roldán.

Ganelón responde: -Pueda vuestra voluntad cumplirse.

## XLVIII

Viene entonces un infiel, Valdabron, y se acerca al rey Marsil. Con franca sonrisa, habla a Ganelón:

-Tomad mi espada. No hubo otra mejor. El pomo solamente vale más de mil monedas de oro fino. Por amistad, hermoso caballero, os la doy; vos nos ayudaréis en la empresa de alcanzar la retaguardia del valeroso Roldán.

-Así será -responde el conde Ganelón. Y se besan en el rostro y en la barba.

## XLIX

Llega después Climorin, otro infiel, y con clara sonrisa dice a Ganelón:

-Tomad mi yelmo; no sé de otro más preciado, y ayudadnos contra el marqués Roldán, en tal medida que podamos afrentarlo.

-Así será -responde Ganelón. Y se besan en la boca y en el rostro.

## L

Llega después la reina Abraima, y dice a Ganelón:

-Os quiero mucho, señor, porque mi señor y todos sus hombres os quieren grandemente. A vuestra mujer enviaré dos collares. Son todos de oro, con jacintos y amatistas. Más valen que todas las riquezas de Roma. Vuestro emperador jamás los tuvo tan bellos.

Los ha tomado el conde y los guarda en su escarcela.

## LI

Llama el rey a Malduit, su tesoroero.

-¿Está dispuesto el tesoro para Carlos?

-Lo está, señor, -responde- con lo mejor: setecientos camellos cargados de oro y plata, y veinte rehenes de los más nobles que existen bajo el sol.



## LII

Marsil pone la mano sobre el hombro de Ganelón y le dice:

-Sois prudente y esforzado. Por esta ley que vos tenéis por la más santa, no retiréis ya más de nosotros vuestro corazón. Quiero daros en masa mis riquezas: diez mulos cargados de oro, el más fino de Arabia. No pasará año que no os haga don parecido. Aquí están las llaves de esta ancha ciudad. De sus grandes tesoros hago ofrenda al rey Carlos. Más conseguid que Roldán quede a la zaga. Si con él logro topar en algún puerto o desfiladero, yo he de entablar con él una batalla a muerte.

-Me parece que ya tardo demasiado -responde Ganelón. Y montando en su corcel va por su camino.

## LIII

El emperador retorna a sus cuarteles. Ha llegado a la ciudad de Gulina, que el conde Roldán había tomado y destruido. Cien años estuvo desierta desde ese día. El rey aguarda nueva de Ganelón y el tributo de la España, la grande tierra.

Al alba, cuando el día se levanta, Ganelón, el conde, llega a su campo.

## LIV

Mucho madrugó el emperador. Ya escuchó la misa y los maitines, y ante su tienda está erguido sobre la verde hierba; allí están Roldán y Oliveros, el esforzado, Naimón el duque y muchos otros. Llega el felón, el perjuro Ganelón, y comienza a hablar con gran astucia, diciendo al rey:

-Dios os salve. De Zaragoza os traigo las llaves, helas aquí, y he aquí también un gran tesoro que os traigo y veinte rehenes: ponedlos bajo buena guardia; y el rey Marsil, el esforzado, os manda decir que, si no envía al Califa, no debéis culparlo. Yo vi con mis ojos a cuatrocientos mil hombres en armas, vestidos de cota, muchos ya con el yelmo atado y ceñidas las espadas de pomo de oro nielado, que escoltaban al Califa hasta cruzar con él el mar. Hufan de Marsil a causa de la ley cristiana que no querían recibir ni guardar. Pero no habían singlado cuatro leguas al viento cuando la tempestad y el huracán los sorprendieron. Todos se ahogaron; jamás veréis ya de ellos ni uno solo. Si el Califa estuviese con vida, yo lo hubiera traído. En cuanto al rey pagano, señor, tened por cierto que no habrá pasado este primer mes sin que os siga al reino de Francia. Él recibirá la ley que vos guardáis. Con las manos a Dios se volverá vuestro hombre. De vos tendrá el reino de España.

-Que sean dadas gracias a Dios -dice el rey-. Bien me habéis servido, y por ello tendréis gran recompensa.

Entre las filas de los ejércitos resuenan mil clarines. Los francos levantan el campo y cargan las acémilas. Y todos se encaminan hacia la dulce Francia.

## LV

Carlomagno asoló España. Tomó los castillos, violó las ciudades. Su guerra -dice- está acabada. Hacia la dulce Francia cabalga el emperador. A la noche, el conde Roldán sujeta a su lanza el gonfalon. En la cima de un otero lo yergue hacia el cielo. A esta señal, los francos acampan por todo el contomo. Entonces, por los anchos valles, vienen cabalgando los infieles. La cota llevan puesta, el escudo al cuello, atado el yelmo, la espada ceñida y la lanza aparejada.

En un bosque, en la cima de los montes, hacen alto. Son cuatrocientos mil los que esperan el alba. ¡Dios, qué dolor que nada sepan los franceses!

## LVI

El día se va. La noche se hace negra. Duerme Carlos, el poderoso emperador. Tuvo un sueño: estaba en los grandes puertos de Cize. Entre sus puños tenía su lanza de fresno. El conde Ganelón la arrebató, y tan rudamente la sacude, que hacia el cielo vuelan las astillas. Carlos duerme. Aún no despierta.

## LVII

Después de esta visión otra le sucede. Sueña que está ya en Francia, en su capilla de Aquisgrán. Un oso cruel le muerde el brazo derecho. Del rumbo de Ardena ve venir a un leopardo que, osadamente, se arroja a su cuerpo. Del fondo de la sala se precipita un lebrél. Corre hacia Carlos al galope y, brincando, corta al oso la oreja derecha y lucha furiosamente con el leopardo. Dicen los franceses:

-¡He aquí una grande batalla! ¿Cuál de los dos vencerá?

No lo saben. Carlos duerme. No ha despertado.

## LVIII

Pasa la noche, el alba se levanta clara. Entre las filas del ejército el emperador cabalga altivamente.

-Señores barones -dice el emperador Carlomagno-. Examinad los puertos y los pasos estrechos y escogedme quien haga la retaguardia.

-Será Roldán, mi hijastro -dice Ganelón-. No tenéis barón de tan grande valentía.

El rey le escucha, le mira duramente. Después le dice:

-Sois un demonio. Se os ha entrado en el cuerpo un mortal frenesí. ¿Quién irá, pues, ante mí a la vanguardia?

-Ogier de Dinamarca -responde Ganelón-. No tenéis barón que mejor que él lo haga.



## LIX

El conde Roldán se ha oído nombrar; entonces habla como un caballero debe hacerlo:

-Señor padrastrro: A fe mía que os quiero. Me habéis elegido para la retaguardia. Carlos, el rey señor de la Francia, no perderá, lo creo, aquí ni palafrenero, ni caballo de batalla, ni mulo ni mula, caballo de silla ni caballo de carga que no haya sido disputado por la espada.

-Verdad decís, bien lo sé -responde Ganelón.

Quando Roldán escucha que ha de quedarse en la retaguardia, dice irritado a su padrastrro:

-¡Ah, truhán! ¡Hombre malo, de mal linaje! ¿Habías tú creído que dejaría yo caer el guante a tierra como tú lo hiciste ante Carlos con el bastón?

## LXI

-Alto emperador -dice el barón Roldán- dadme el arco que tenéis en el puño. Nadie podrá reprocharme, así lo creo, el haberlo dejado caer, como hizo Ganelón con el bastón que acababa de recibir su mano derecha.

Cabizbajo está el emperador. Se alisa la barba y se atusa el mostacho. Lloro, no puede contenerse.

## LXII

Se acerca entonces Naimón. Mejor vasallo no hubo en la corte. Dice al rey:

-Ya lo oís. El conde Roldán está poseído de cólera. Helo aquí elegido para la retaguardia, y no tenéis barón alguno que pueda reemplazarle. Donadle el arco que vos habéis tenido, y buscadle gentes que puedan asistirle.

El rey le ofrece el arco, y Roldán lo ha recibido.

## LXIII

El emperador dice a su sobrino Roldán:

-Sobrino, buen caballero. Bien lo sabéis. La mitad de mis huestes os ofrezco y os dejaré. Retenedlas, es vuestra salvación.

-Nada quiero de ellas -dice el conde-. Dios me confunda si desmiento mi linaje. Me bastan veinte mil francos bien audaces. Vos cruzad tranquilo los puertos. Harfais mal en temer a nadie mientras yo viva.

## LXIV

El conde Roldán ya cabalga en su caballo de batalla. Hacia él vienen sus compañeros Oliveros y Garín, y Gerer, el valeroso conde. Vienen también Atón y Berenguer. Y Ástor y el viejo Anseis. Y Gerardo de Rosellón, el altivo, y el rico duque don Gaiferos.

-¡Por mi cabeza -dice el arzobispo-, que yo también voy!

-¡Y yo con vos! -dice el conde Gualterio-. Fiel soy a Roldán, y no debo fallarle.

Y entre todos escogen a veinte mil caballeros.

## LXV

El conde Roldán llama a Gualterio de Ulmo, y le dice:

-Tomad mil franceses de Francia, nuestra tierra, y ocupad las cimas y los desfiladeros para que el emperador no pierda uno solo de los hombres que con él están.

-Por vos bien debo hacerlo -responde Gualterio. Y con mil franceses de Francia que es su tierra, Gualterio sale de filas y va por cumbres y gargantas. Nadie se atreverá a bajar, aunque lleguen las peores nuevas, sin que setecientas espadas hayan sido desenvainadas. En este día se libró una dura batalla con el rey Almarís, del país de Balferna.

## LXVI

Altos son los montes y tenebrosos los valles. Ásperas las rocas, siniestros los desfiladeros. Este mismo día, los franceses los pasaron con gran quebranto. A quince leguas se escucha su marcha. Cuando llegan a la tierra de sus mayores y divisan la Gascuña, dominio de su señor, se acuerdan de sus feudos, de sus doncellas y de sus nobles mujeres. No hay quien no lllore de ternura. Y sobre todos los demás, Carlos está lleno de angustia: en los puertos de España ha dejado a su sobrino. La piedad le agobia, y no puede contener su llanto.

## LXVII

Los doce Pares han quedado en España; en su compañía, veinte mil franceses; todos sin miedo y sin temor a la muerte. El emperador se tomó a Francia. Oculta bajo el manto su angustia. Junto a él cabalga el duque Naimón, que le dice:

-¿Qué os atormenta?

-Quien lo pregunta me ofende -responde Carlomagno-. Es tan honda mi cuita que no puedo callarla. Sé que Francia ha de ser destruida por Ganelón. Una visión tuve esta noche, de parte de un ángel: entre mis puños, Ganelón rompía mi lanza. Ved que fue él quien designó a mi sobrino para mandar la retaguardia. En marca extranjera le he dejado. ¡Dios! Si le pierdo, no tendré quien lo reemplace.



## LXVIII

Carlomagno llora, sin poder reprimirse. Cien mil franceses se enternecen y temen por Roldán, poseídos de un extraño miedo. Ganelón, el fementido, le traicionó. Ha recibido del monarca infiel grandes dones, oro y plata, mantos y vestidos de seda, mulos y caballos, camellos y leones. Marsil ha enviado desde España a sus barones, condes, vizcondes, duques, emires, generales y a los hijos de los condes. En tres días ha juntado cuatrocientos mil hombres. Redoblan en Zaragoza los tambores. En la torre más alta yerguen a Mahoma, y cada infiel le reza y adora. Después, a marchas forzadas, cabalgan todos por la Cerdeña. Cruzan los valles y los montes, y en fin avizoran los gonfalones de los de Francia. La retaguardia de los doce compañeros no dejará de aceptar la batalla.

## LXIX

El sobrino de Marsil se adelanta montado en un mulo, a quien azuza con un bastón. Y dice a su tío, riendo graciosamente:

-Hermoso rey y señor: largamente os he servido, y por todo salario recibí penas y tormentos. ¡Cuántas batallas he librado y ganado! Otorgadme un feudo: el galardón de asestar contra Roldán el primer golpe. He de matarlo con mi tajante espada. Si Mahoma quiere velar por mí, yo libentaré a todas las comarcas de España, desde los puertos hasta Durestant. A Carlos le rendirá la fatiga. Los franceses se regresarán; no tendréis más guerra en toda vuestra vida.

El rey Marsil en señal le ha dado el guante.

## LXX

El sobrino de Marsil tiene el guante en el puño, y dice a su tío con palabra fiera:

-Buen rey y señor: gran don me hicisteis. Ahora elegidme doce de vuestros barones. Con ellos combatiré a los doce Pares.

El primero que acepta es Falsarón, que era hermano del rey Marsil, y dice:

-Señor sobrino: vos y yo iremos a esta batalla, y le daremos buen remate. Será atacada la retaguardia de la gran hueste de Carlos. Es cosa juzgada: nosotros los mataremos.

## LXXI

De otra parte llega el rey Corsablín. Es de Berbería y conoce las artes mágicas. Habla como un noble barón; por todo el oro de Dios no quiere cometer una cobardía. Malprimis de Berbegal viene al galope; de correr a pie, sería más veloz que un caballo. Ante Marsil clama con voz muy alta:

Apersonado en Roncesvalles, si allí encuentro a Roldán, yo sabré humillarlo.

## LXXII

Un emir hay allí de Balaguer. Es su cuerpo muy gentil, y su rostro arrojado y sereno. Una vez montado en la silla, se hace fiero bajo la armadura. Por su valor es ya muy afamado. Noble varón si fuera cristiano. Ante Marsil, exclama:

-A Roncesvalles iré a jugarle el cuerpo. Si allí encuentro a Roldán, es muerto. Y muerto Oliveros y todos los doce Pares y muertos todos los franceses con gran duelo y gran vileza. Carlos el Grande es ya viejo. Desatina. Tendrá bastante con mantener la guerra. España nos quedará libre.

El rey Marsil bien le da sus gracias.

## LXXIII

Allí está un almanzor de Moriana. No hay otro más felón en las tierras de España. Ante Marsil hace gala de sus balandronadas:

-Yo llevaré mi gente a Roncesvalles. Son veinte mil hombres con escudos y con lanzas. Si encuentro a Roldán, es muerto. Juro matarlo por mi fe. No habrá ya día en que Carlos no haya de lamentarse.

## LXXIV

He aquí a Turgis de Tórtoles. Es conde, y la ciudad de Tórtoles es suya. Mala muerte desea a los cristianos. Se pone ante Marsil, junto a los otros, y dice al rey:

-¡Nada temáis! Más vale Mahoma que San Pedro de Roma. Si le servís, quedará el honor del campo por nosotros. Buscaré a Roldán en Roncesvalles, y nadie podrá protegerle contra la muerte. Ved mi espada, que es buena y larga. Quiero ensayarla contra Durandarte. ¿Cuál quedará humillada? Habréis de oírlo muy pronto. Fenecerán los franceses si contra nosotros se aventuran. Para Carlos el Viejo esto será duelo y afrenta. Jamás sobre la tierra llevará corona alguna.

## LXXV

Viene por otro costado Escremis de Valtierra. Es sarraceno, y Valtierra es su feudo. Ante Marsil exclama, entre la multitud:

-A Roncesvalles voy, para abatir el orgullo. Si encuentro a Roldán, no saldrá con su cabeza, ni Oliveros, aquel que manda en los demás. Todos los doce Pares están emplazados ya para perecer. Los franceses morirán, la Francia se verá vacía de ellos, y Carlos en penuria de buenos vasallos.

## LXXVI

Hay en otra parte un pagano, Estercuel, y con él Tamarite, un su compañero, los dos felones y probados traidores. Marsil les dice:

-¡Avanzad, señores! Iréis a Roncesvalles, a cruzar los puertos, y ayudaréis a conducir mi gente.



-¡Señor, bajo vuestro mandato! -responden ambos-. Atacaremos a Roldán y a Oliveros. Contra la muerte nada pueden los doce Pares. Nuestras espadas son buenas y tajantes. Las haremos rojas de sangre caliente. Morirán los franceses, y Carlos les llorará. Os daremos la tierra de los antepasados. Venid allí, rey; en verdad lo veréis: os daremos al mismo emperador.

## LXXVII

Llega corriendo Margaris de Sevil. Es suya aquella tierra hasta las Cazmarinas. Por su belleza las damas le son amigas, y ninguna hay que, al verlo, no se alegre y sonría. No hay infiel que sea tan buen caballero. Viene entre la multitud y por encima del rumor grita al rey:

-No temáis. A Roncesvalles iré a matar a Roldán. Tampoco salvará su vida Oliveros y los doce Pares quedarán para su martirio. Ved mi espada de pomo de oro: el emir de Premirán me la envió. En sangre bermeja, os juro, he de sumergirla. Morirán los franceses. Francia sufrirá por ellos gran afrenta. Carlos el Viejo, el de la barba florida, ha de tener, cada día que viva, duelo y enojo. Antes de un año tendremos a Francia por botín y un lecho en el burgo de San Dionisio.

El rey infiel se inclina ante él, profundamente.

## LXXVIII

Por otro lado llega Chernublo de Monegros, cuya cabellera barre la tierra. Puede, como jugando, envanecerse cuando está de humor de llevar un peso mayor que cuatro mulos bien albardados. Se cuenta que en el país donde ha nacido nunca brilla el sol, no crece el trigo, la lluvia no cae y no cuaja el rocío. No hay piedra que no sea toda ella negra. Y muchos dicen que allí mean los diablos. Chernublo dice:

-Me he ceñido mi buena espada; en Roncesvalles la teñiré de rojo. Si en mi camino encuentro a Roldán el esforzado y no le acometo, no lo creáis jamás. Con mi espada conquistaré a Durandarte, morirán los franceses y Francia quedará desierta.

A estas palabras, los doce Pares se juntan. Con ellos llevan cien mil sarracenos, ansían, arden por combatir. Y bajo un pinar van a armarse.

## LXXIX

Los infieles se arman con sus cotas sarracenas, casi todas de tres espesas capas de malla; se atan sus buenos yelmos de Zaragoza, y se ciñen espadas de acero vienés. Poseen ricos escudos, y lanzas valencianas, y gonfalones blancos, azules y bermejos. Abandonan su mulos y palafrenes y montan en corceles, cabalgando en filas cerradas.

Claro es el día y bello es el sol. No hay armadura que toda no centellee. Mil clarines suenan para

que todo sea más bello. Es grande el estruendo. Lo oyen los franceses, y Oliveros dice:

-Señor compañero. Pienso que habremos contienda con los sarracenos.

Responde Roldán: -¡Oh! ¡que Dios nos la conceda! Es deber nuestro sostenernos aquí por nuestro rey. Por el señor debemos soportar toda desgracia y sufrir grandes calores y grandes fríos, y aun perder cuero y pelo. ¡Que cada uno se emplee en asestar recios mandobles, para que no se cante de nosotros un mal cantar! El entuerto es de los infieles; de los cristianos el derecho. ¡De mí no habrá nunca mal ejemplo!

## LXXX

A un altillo ha subido Oliveros. Mira a la derecha, y ve avanzar por un verde valle al ejército de los infieles. Llama a Roldán, su compañero, y le dice:

-¡Del lado de España veo llegar tal rumor, tantas lorigas que brillan, tantos yelmos que flamean! Estos pondrán a nuestros franceses en gran angustia. Ganelón lo sabía, el vil, el felón, el traidor, por quien fuimos elegidos ante el emperador.

-Callad, Oliveros -responde Roldán-. Es mi padrastro. No quiero de él digas palabra.

## LXXXI

A un altillo ha subido Oliveros. Desde allí contempla en plenitud el reino de España y a los sarracenos, que se han juntado en tan grande masa. Fulguran los yelmos con gemas engastadas en oro, y las adargas y las cotas brillantes, y las lanzas con los gonfalones sujetos a los hierros. No logra contar los cuerpos de batalla. Son tantos, que no podría llevar la cuenta. Oliveros queda turbado. Apresurándose cuanto puede, baja de la altura y se acerca a los franceses para contarles lo que ha visto.

## LXXXII

Dice Oliveros:

-He visto a los infieles. Jamás hombre sobre la tierra vio tantos. Habrá ante nosotros unos cien mil, escudo al brazo, sujeto el yelmo, vestida la blanca loriga. Y brillan sus lanzas negras, con el asta erguida. Tendréis batalla como no la hubo jamás. ¡Señores franceses, que Dios os dé su fortaleza! ¡Resistid firmemente para que no seamos vencidos!

-¡Maldito sea el que huya! -dicen los franceses-. ¡Nadie os ha de flaquear hasta la muerte!

## LXXXIII

Dice Oliveros:

-Los paganos se muestran fuertes, y nuestros franceses me parecen bien pocos. Roldán, mi compañero, haced sonar el cuerno. Carlos lo oirá y retornarán las huestes.



-Sería obrar como loco -responde Roldán-. En la dulce Francia perdería mi renombre. No tardará Durandarte en asestar grandes golpes. Su hoja se empapará de sangre hasta el oro de la guarda. Los traidores infieles han llegado a los puertos para desdicha suya. Os juro que a todos ha marcado ya la muerte.

## LXXXIV

-¡Roldán, mi compañero, tañed el olifante! Carlos lo escuchará y regresarán los ejércitos. Y nos socorrerá con todos sus barones.

Roldán responde:

-¡No quiera Dios que por mí sean mis padres afrentados, y que la dulce Francia caiga en tal menosprecio! He de golpear fuerte con Durandarte, mi buena espada que tengo ceñida al costado. Vais a ver su hoja ensangrentada. Los felones paganos se han juntado para su misma perdición. Yo os lo juro que todos están ya entregados a la muerte.

## LXXXV

-¡Roldán, mi compañero, tañed vuestro olifante! Carlos lo oirá, porque pasa ahora los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los franceses.

-¡No quiera Dios -responde Roldán-, que jamás hombre alguno diga que por los paganos haya yo hecho tañer el corno! Nunca podrán echarme en cara esto los míos. Cuando entre en la gran batalla, yo asestaré mil golpes, y setecientos, y veréis ensangrentado el acero de Durandarte. Los franceses son audaces y lucharán con valor. Los de España no podrán escaparse de la muerte.

## LXXXVI

-¿Por qué habéis de quedar deshonrado? -dice Oliveros-. He visto a los sarracenos de España. Cubren los valles, los montes, las landas y todos los llanos. ¡Grandes son los ejércitos de esta casta extranjera y bien menguadas nuestras fuerzas!

-¡Así crece mi ardor! -responde Roldán-. ¡No quiera Dios Nuestro Señor ni sus ángeles que por mi causa Francia pierda su valor! ¡Prefiero morir que caer en la vergüenza! ¡Cuántos más golpes demos, más nos amará el emperador!

## LXXXVII

Roldán es bravo, y Oliveros es prudente. Ambos son de prodigioso valor. Una vez a caballo, y en armas, jamás por miedo a la muerte esquivarán una batalla. Buenos son los dos condes, y altivas sus palabras. Los infieles traidores galopan furiosamente. Oliveros dice:

-¡Mirad, Roldán! ¡Estos andan muy cerca de nosotros; mas Carlos está demasiado lejos! No os habéis dignado tañer el olifante, y si el rey estuviese aquí, no nos amargaría tal peligro. Mirad hacia arriba, hacia

los puertos de España, podréis ver un ejército digno de piedad. Quien hoy formó la retaguardia, jamás la formará otra vez.

-¡No habléis tan locamente! -responde Roldán-. ¡Maldito el corazón que en el pecho se acobarde! Resistiremos con firmeza en nuestro puerto. Seremos nosotros quienes mandemos en justas y refriegas.

## LXXXVIII

Al ver Roldán que habrá batalla, se torna más fiero que el leopardo o el león. E interpela a sus francos y a Oliveros:

-¡Señor compañero, amigo, no habléis de esta manera! El emperador que nos dejó franceses, nos ha escogido estos veinte mil, y sabía que ninguno de ellos era cobarde. Por su señor deben soportar grandes males, sufrir grandes calores y grandes fríos, perder sangre y carne. Golpead con vuestra lanza y yo con Durandarte, mi buena espada que el rey me ha donado. Si yo muero, el que la tenga podrá decir:

-Ésta fue la espada de un noble vasallo.

## LXXXIX

Por otra parte, he aquí al arzobispo Turpín. Monta y espolea a su corcel, y sube a una colina yerma desde donde llama a los franceses y los sermonea:

-Señores barones -dice-: Aquí nos dejó Carlos. Por nuestro rey debemos bien morir, ayudad a sostener a la cristiandad. Tendréis batalla, podéis estar seguros, pues con vuestros propios ojos habéis visto a los sarracenos. Pedid a Dios el perdón. Yo os absolveré para sanar vuestras almas. Si morís, seréis santos mártires, y os serán reservados sitios en el más alto paraíso.

Los francos desmontan y se postran en tierra. Y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Por penitencia les manda acometer.

## XC

Los francos se alzan y se ponen en pie. Bien absueltos quedan, limpios de sus pecados, y el arzobispo, en nombre de Dios, los ha bendecido. Montan de nuevo en sus veloces corceles. Armados están como cumple a caballeros, y bien aderezados para la batalla. El conde Roldán llama a Oliveros, y le dice:

-Señor compañero. Bien dijisteis. Ganelón nos ha traicionado. Por ello recibió su salario en oro, en riquezas y en dineros. ¡Pueda el emperador vengarnos! El rey Marsil nos ha comprado por trato. ¡Pero la mercancía sólo la tendrá por la espada!

## XCI

Los puertos de España, Roldán pasa montado en Vigilante, su caballo, buen corredor. Se ha revestido de sus armas, que le sientan muy bien, y se va blandiendo su lanza. Apúntala contra el cielo, y hay



atado al hierro un gonfalon todo blanco. Las franjas le caen hasta las manos. Noble es su cuerpo; su rostro, claro y risueño. Junto a él va su compañero, y los francos le aclaman por su fiador. Él mira amenazante hacia los sarracenos, y después, dulce y humilde, hacia los franceses. Y les dice gentilmente estas palabras.

-Señores barones: ¡Al paso! ¡Poco a poco! Los infieles acuden a buscar su martirio. Antes de la noche habremos ganado un bello y rico botín. Ningún rey de Francia conoció otro parecido.

Así hablaba, cuando chocaron los dos ejércitos.

Oliveros dice:

-No tengo el corazón para palabras. No os dignasteis tocar el olifante, y nos falta Carlos. Él no sabe palabra de estas cosas, él, tan esforzado, y la culpa no es suya. Y los valientes que aquí se encuentran tampoco merecen vituperio. Ahora, pues, cabalgemos contra esa gente con todo nuestro coraje. ¡Señores barones, teneos firmes en batalla! Por Dios os lo suplico. No penséis sino en matar. ¡Golpe dado por golpe recibido! Y no olvidemos el grito de guerra de Carlos.

A estas palabras los franceses dan el grito de guerra:

-¡Montjoie!

Quien los hubiese oído gritar ¡Montjoie!, tendría memoria de una hermosa bizzarria. Luego cabalgan, ¡Dios!, tan ligeramente, y, por más apresurarse, clavan las espuelas y se hunden en la refriega. ¿Qué otra cosa podrían hacer? Los sarracenos los reciben sin temblar. He aquí que francos e infieles se han juntado.

### XCIII

El sobrino de Marsil tiene por nombre Aelrot; cabalga el primero ante las huestes, y va diciendo a nuestros franceses feas palabras:

-¡Felones franceses, hoy vais a medirnos con nosotros! Quien debió ser vuestra guarda, os ha traicionado. ¡Bien loco el rey que os dejó en los puertos! En este día la dulce Francia perderá su renombre, y Carlos el Magno el brazo derecho de su cuerpo.

Cuando Roldán lo ha oído, ¡Dios, qué gran dolor el suyo!, espolea su caballo, le deja galopar a rienda suelta y acomete a Aelrot lo más rudamente que puede. Le parte el escudo y le abre la loriga, le parte el pecho y le rompe los huesos; todo el espinazo le resquebraja. Con su lanza le arroja fuera el alma. Le hunde el hierro fuertemente; se estremece el cuerpo, con gran lanzada lo abate, cae muerto del caballo, y la nuca se le parte en dos mitades. Roldán, entre tanto, no cesa de hablarle:

-No, hijo de siervo, Carlos no está loco, y jamás pensó hacernos traición. Dejamos en los puertos fue obrar como un valiente. En este día la dulce Francia no dejará de ser enaltecida. ¡Golpead, franceses, que el primer golpe es ya nuestro! ¡El derecho está con nosotros, y con estos felones está la injusticia!

### XCIV

Aquí está un duque, que tiene por nombre Falsarón; éste era hermano del rey Marsil, que tenía la tierra de Datán y Abirón. No hay peor truhán bajo el cielo. Es tan ancha su frente, que entre los dos ojos puede medirse un buen medio pie. Siente gran dolor cuando ve a su sobrino muerto. Se desprende de la turba, carga a rienda tendida, lanza el grito de guerra de los infieles, y les grita a los franceses una injuria:

-¡En este día la dulce Francia perderá su honor!

Oliveros le escucha y se irrita; clava en su corcel las espuelas doradas y asesta al infiel un golpe de verdadero barón. Le parte el escudo, le desgarró la cota, le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon; a plena lanza lo levanta de los arzones y lo abate, ya muerto. Le mira caído en tierra. Ve yacente al traidor, y entonces le dice con fiereza:

-¡De tus amenazas no me curo, hijo de siervo! ¡A ellos, franceses, que bien los hemos de vencer!

Grita:

-¡Montjoie!-, es la contraseña de Carlos.

### XCIV

Aquí está un rey que tiene por nombre Corsablín. Vino de Berbería, una tierra lejana. Él grita a los otros sarracenos:

-Podemos resistir la batalla. Los francos son tan pocos que bien podemos despreciarlos. No será Carlos quien salve aquí uno solo. He aquí el día en que morirán.

El arzobispo Turpín bien lo ha escuchado. No hay bajo el cielo un hombre a quien él odie más. Hince en el corcel las espuelas de oro fino, y gallardamente va a golpearlo. Le parte el escudo, le deshace la cota y le hunde en la carne su lanzón. Empuja con fuerza, le sacude, le zarandea, y a un pleno golpe de asta cae muerto sobre el camino el infiel. Turpín mira a tierra, yacente ve al felón; no dejará de hablarle un tanto:

-Infiel, hijo de siervo. ¡Habéis mentido! Carlos, mi señor, puede siempre salvarnos. No tienen los franceses corazón para huir. A vuestros compañeros haremos volver grupas. Y quiero daros una nueva: ¡Tendréis que enfrentaros con la muerte! ¡Matad, franceses! ¡Que nadie lo olvide! ¡Este primer golpe es ya nuestro, a Dios gracias! -Y grita: ¡Montjoie!-, para quedarse dueño del campo.

### XCVI

Y Garín ataca a Malprimis de Berbegal. El buen escudo del infiel no vale ya un ochavo. Garín le quiebra la bloca de cristal y la mitad cae por tierra. Le rompe la cota hasta la carne; le hunde en el cuerpo su buena lanza y el moro cae derribado como una mole. Su alma, Satanás se la lleva.



## XCVII

Y su camarada Gerer acomete al emir. Le parte el escudo, le desmalla la cota, le hunde en las entrañas su buena lanza, apoya fuertemente, le atraviesa el cuerpo con el hierro, y a plena asta le derriba muerto en el campo. Oliveros grita:

-¡Hermosa es nuestra batalla!

## XCVIII

El duque Sansón va a herir al almanzor. Le rompe el escudo guarnecido de oro y ornado de florones. Su espesa cota poco puede guamecerle. Le atraviesa el corazón, el hígado y los pulmones y, ¡llórelo el que quiera!, le derriba muerto.

-¡El golpe es de valiente! -dice el arzobispo.

## XCIX

Y Anseis dejó libre a su corcel, y acomete a Turgis de Tórtoles. Le rompe el escudo bajo el brazal dorado, desgarrando de parte a parte su doble lorica y le hinca en el cuerpo el hierro de su fuerte lanza. Hunde, y sale la punta por la espalda. Al gran empuje le derriba muerto a tierra. Roldán exclama:

-¡Ese golpe es de un valiente!

## C

Y Engleros, el gascón de Burdeos, espolea su caballo, suelta las riendas y se lanza a acometer a Escremis de Valtierra. Le parte el escudo, que lleva al cuello, le desjunta las alguazas, le rompe el almófar de la lorica, y le llega al pecho, bajo la garganta. A lanza plena le derriba muerto de su silla, diciéndole:

-¡Heos aquí, pues, en perdición!

## CI

Y Atón golpea a un infiel, Estercuel, en el cuero del escudo, por delante, en tal guisa que le desgarran los cuarteles blancos y bermejos. Le rompe los paños de su lorica, y le hunde en su cuerpo su lanza que bien punza, arrojándole muerto de su veloz caballo. Después le dice:

-¡Buscad ahora quien os salve!

## CII

Y Berenguer hiere a Tamarite. Le parte el escudo, le deshace la cota, a través del cuerpo le hiende su fuerte lanza. Entre mil sarracenos lo derriba muerto. De los doce Pares, he aquí que diez han sido muertos. Sólo dos están con vida: es Chernublo y es el conde Margaris.

## CIII

Margaris es un valiente caballero, hermoso y fuerte, ágil y ligero. Espolea, y va a herir a Oliveros. Le rompe su escudo bajo la bloca de oro puro. Su lanza le roza los costados. Dios guarda a Oliveros. Su cuerpo no ha sido tocado. El asta tiene rota, pero él no ha sido derribado. Margaris sigue adelante, sin tropiezos, y hace sonar la trompa para rehacer a los suyos.

## CIV

Maravillosa es la batalla, y se torna en un cuerpo a cuerpo. El conde Roldán no se escatima, y alancea mientras el asta le dura. Después de quince golpes, la ha roto y destruido. Y tira de Durandarte, su buena espada, toda desnuda. Espolea, y va a herir a Chernublo. Le parte el yelmo donde resplandecen carbunclos; le parte el turbante y con ello el cuero del cráneo, le raja la faz, entre los ojos; la cota blanca de menudas mallas, y todo el cuerpo hasta las bragas. A través de la silla, incrustada en oro, la espada alcanza al caballo. Le parte el espinazo sin buscar la juntura, y lo derriba ya muerto en el prado, sobre la hierba espesa. Después le dice:

-¡Hijo de siervo, en la ruta de la desgracia os habéis puesto! De Mahoma no tendrás ayuda. ¡Un truhán como vos no ganará la batalla!

## CV

El conde Roldán cabalga por el campo; en la mano Durandarte, que bien raja y parte. De los sarracenos hizo gran carnicería. ¡Quién le hubiese visto echar el muerto sobre el muerto, y la sangre desparramar en charcos! Tiene ensangrentados la cota, sus dos brazos y su buen corcel. La sangre llega desde las crines del caballo hasta los lomos. Y tampoco reposa Oliveros, ni los doce Pares, ni los francos, que redoblan los golpes. Los infieles mueren, otros desfallecen. Y el arzobispo dice:

-Sea bendita nuestra baronía. ¡Montjoie!

Es el grito de armas de Carlos.

## CVI

Y Oliveros cabalga a través de la contienda. De su asta rota, no le queda más que un trozo. Va a herir a un infiel, Malón. Le parte el escudo, cubierto de oro y de florones; le hace saltar del cráneo los dos ojos, y se esparcen los sesos hasta los pies. Y le derriba muerto entre otros que yacen sinnúmero. Después mata a Turgis y a Estercuel. Pero el muñón de lanza se le hace astillas entre sus mismos puños. Roldán le dice:

-¿Qué hacéis, compañero? En una tal batalla no me curo de un madero. Sólo valen el hierro y el acero. ¿Dónde está vuestra espada, que llamáis Altaclara? De oro es la guarnición, el pomo de cristal.

-No puedo descenvainarla -responde Oliveros-. ¡Tantos trabajos tenía!



## CVII

Mi señor Oliveros desenvainó su buena espada, aquella que tanto le ha requerido su compañero Roldán, y le muestra cual buen caballero cómo se sirve de ella. Luego hiere a un infiel, Justino de Valferrado. Le parte por mitad la cabeza y le raja el cuerpo y la loriga recamada, y la buena silla cuyas gemas están engarzadas en oro; y a su caballo le parte el espinazo. Le derriba muerto sobre el prado, y Roldán dice:

-Por hermano os reconozco. ¡Si el emperador nos ama, es por asestar estos golpes!

-¡Montjoie! -resuena por todas partes.

## CVIII

El conde Garín monta al caballo Sorel, y su compañero Gerer a Paso-de-Ciervo. Dejan libres las riendas, clavan los dos sus espuelas y se lanzan a herir a un infiel, Timocel, el uno sobre el escudo, el otro en la loriga. Las dos lanzas se quiebran en el cuerpo. Cae muerto, hacia atrás, en un barbecho. ¿Quién de los dos fue más ligero? Nunca lo oí decir, ni sé cuál de los dos pudo serlo más.

El arzobispo les ha matado a Siglorel, el encantador aquel que ya había bajado a los infiernos a donde lo llevara Júpiter, por sortilegio.

-He aquí una presa que se nos tenía reservada -dice Turpín. Y Roldán responde:

-¡Vencido está el hijo de siervo! ¡Hermano Oliveros, he aquí los golpes que me placen!

## CIX

La batalla se ha vuelto más encarnizada. Francos e infieles se asestan mandobles maravillosos. Si el uno ataca, el otro se defiende. ¡Cuántas astas rotas y ensangrentadas! ¡Cuántos gonfalones y enseñas desgarrados! ¡Cuántos buenos franceses que pierden su joven vida! Nunca volverán a ver a sus madres y esposas, ni a los de Francia, que les esperan en los puertos. Carlos el Grande llorará y se lamentará pero ¿de qué servirán sus quejas? De él no tendrán ayuda. Malamente le ha servido Ganelón, el día en que fue a Zaragoza a vender a sus fieles. Por haberlo hecho perdió la vida y los miembros, por juicio, en Aquisgrán, donde fue condenado a ser colgado; y con él treinta de sus parientes, que no esperaban semejante muerte.

## CX

La batalla es maravillosa y pesada. Roldán y Oliveros bien combaten en ella. Y el arzobispo ha asestado ya más de mil golpes. Los doce Pares no se quedan atrás, ni los francos, que atacan todos juntos. Mueren por centenas y por millares los infieles. El que no huye, no halla ningún refugio. De buen o mal grado deja allí su vida. Los franceses pierden allí sus mejores sostenes. Nunca verán a sus padres y a sus parientes, ni a Carlomagno, que les aguarda en los puertos. En Francia se levanta una extraña tormenta. Una tempestad cargada de truenos y de vientos, de lluvia y de granizo, desmesuradamente. Los rayos caen tupidos y raudos.

La tierra tiembla. Desde San Miguel del Peligro hasta los Santos, desde Besançon hasta el puerto de Wisant, no hay casa donde no reviente un muro. A pleno mediodía, caen grandes tinieblas. Ninguna claridad, sólo cuando se rasga el cielo. Nadie lo ve que no quede espantado. Muchos dicen:

-¡Llegó la consumación de los tiempos! ¡He aquí que llegó el fin del mundo!

Ellos no lo saben. No dicen verdad. Es el gran dolor por la muerte de Roldán.

## CXI

Los francos se han batido con todo el corazón, fuertemente. Los infieles han muerto en multitud, por millares. De los cien mil, apenas dos han logrado salvarse. El arzobispo dice:

-¡Nuestros hombres son muy valientes! ¡Ningún rey tuvo mejor ejército bajo el cielo! En los anales de los francos queda escrito que Carlos tuvo buenos vasallos.

Discurren por el campo, buscando a los suyos. Lloran de dolor y de lástima sobre sus parientes, del fondo de su corazón y en su amor. Viene contra ellos, con su gran ejército, el rey Marsil.

## CXII

A lo largo de un valle se acerca el rey Marsil con las huestes que él ha juntado. Ha formado y cuenta veinte cuerpos de batalla. Resplandecen los yelmos, donde hay ricas piedras engastadas en oro. Y fulguran los escudos y las cotas bruñidas. Siete mil clarines anuncian la acometida. Es grande el estruendo por toda la comarca. Roldán dice:

-Compañero Oliveros, mi hermano: Ganelón el felón ha jurado nuestra muerte. La traición no puede quedar oculta. Pero el emperador tomará fuerte venganza. Vamos a entablar una batalla áspera y dura. ¡Jamás hombre alguno habrá visto parecido encuentro! Yo combatiré con Durandarte, mi espada, y vos, compañero, con Altaclara. ¡Por cuántas tierras las hemos llevado! ¡En cuántas batallas hemos con ellas vencido! ¡De ellas no debe cantarse un mal cantar!

## CXIII

Contempla Marsil el martirio de los suyos. Hace sonar los cuernos y sus bocinas, y galopa con el grueso de su gran ejército. Adelante cabalga el sarraceno Abismo; no hay otro más felón entre sus tropas. Lleno está de vicios y de grandes crímenes. No cree en Dios, el hijo de Santa María. Es tan negro como pez derretida. Más que de todo el oro de Galicia gusta del crimen y de la traición. Nunca le vio nadie reír ni jugar. Pero es muy atrevido y valiente, y por eso es querido del felón, el rey Marsil. Lleva por enseña un dragón, en torno del cual se agrupa la gente sarracena. Mal le quiere el arzobispo, y desde el punto en que lo ve, desea batirlo.

-Este moro me parece harto hereje -se dice en voz muy baja-. Lo mejor es, con mucho, que vaya a darle muerte. Jamás pude resistir cobardía ni cobarde.



## CXIV

Comienza la batalla el arzobispo. Monta el caballo que tomó a Gresalle, un rey a quien dio muerte en Dinamarca. El corcel tiene buena rienda, es veloz. Tiene ágiles los cascotes, corto el muslo, patas lisas, largos los flancos, ancha la grupa y muy alto el espinazo. Su cola es blanca y amarilla la crin, pequeñas las orejas y la cabeza toda leonada. No hay bruto que le iguale en la carrera. ¡Con qué bizzarría espolea a su corcel el arzobispo! Va a atacar a Abismo; nadie le hará volver grupas. Va a herirle sobre el escudo recamado de pedrería, de topacios, amatistas y carbunclos fulgurantes. En Val Metas fue donado por un diablo al emir Galafe, y el emir a Abismo. Turpín le acomete sin piedad. Después que lo ha herido yo creo que el escudo apenas vale un ochavo. Traspasa al sarraceno de uno a otro costado, y lo derrumba muerto sobre la tierra desnuda. Los franceses dicen:

-¡He aquí una hermosa proeza! ¡En manos del arzobispo el báculo no llevará deshonra!

## CXV

Los franceses ven que los infieles son muchos: cubren los campos por todas partes. Son muchas las veces que gritan a Oliveros, a Roldán y a los doce Pares para que los defiendan. El arzobispo les descubre su pensamiento:

-Señores barones. No penséis en nada malo. Por Dios os ruego que no huyáis, para que ningún valiente pueda cantar de vosotros un mal cantar. Mejor es que muramos en la contienda. Pronto llegaremos a nuestro fin; de ello tenemos la promesa. No viviremos más allá de ese día; mas por una cosa salgo garante: las puertas del santo paraíso se os abrirán de par en par, y os sentaréis junto a los Inocentes.

A estas palabras los francos se sienten tan reconfortados que ninguno de ellos deja de gritar:

-¡Montjoie!

## CXVI

Hay allí un sarraceno de Zaragoza -la mitad de la ciudad es suya-, Climorin, que nunca fue hombre prudente. Es aquel que, al recibir el juramento del conde Ganelón, por amistad le besó en la boca y le donó su yelmo y su carbunclo. Él afrentará -dice- a la Tierra de sus mayores, y arrancará al emperador su corona. Monta el caballo que él llama Barbasca, más raudo que gavián o golondrina. Le hincan las espuelas, le suelta el freno y se lanza a acometer a Engleros, de Gascuña. Ni el escudo ni la cota le podrán resguardar. El infiel le hunde en el cuerpo la punta de su lanza, empuja fieramente y le atraviesa de parte a parte. A lanza tendida, le derrumba en tierra gritando:

-¡Fácil es de aplastar esta turba! ¡Golpead, infieles, para romper el cerco!

Dicen los franceses:

-¡Dios! ¡Qué valiente perdemos!

## CXVII

El conde Roldán llama a Oliveros:

-Señor compañero, ved muerto a Engleros. No teníamos caballero más valiente.

Responde el conde:

-Que Dios me conceda vengarlo-. Y clava en su corcel las espuelas de oro. Enarbola a Altaclara, el acero ya está ensangrentado, y con toda su fuerza se precipita a matar al infiel. Se ensaña la hoja en la llaga y cae el sarraceno. Los demonios se llevan su alma. Después mata al duque Alfayén, le corta la cabeza a Escababí y desazona a siete árabes; ninguno de ellos podrá ya tomar parte en la batalla. Roldán dice:

-¡Mi compañero monta en cólera! A mi lado bien vale su precio. Por estos mandobles Carlos ha de querer más-. Y en voz muy alta grita:

-¡Dad caballeros!

## CXVIII

De otro lado surge otro infiel, Valdabron, por quien fue armado caballero el rey Marsil. Es señor de los mares con cuatrocientas galeras, y no hay hombre de mar que no esté bajo su férula. Él tomó a Jerusalén por traición, y violó el templo de Salomón y mató al patriarca ante las fuentes bautismales. Él es quien recibió el juramento del conde Ganelón y le donó la espada y mil monedas de oro. Monta el caballo Gramimundo; un halcón es menos raudo. Le azuza bien con sus agudas espuelas y acomete a Sansón, el duque, el rico; le parte el escudo, le rompe la cota y le hunde en el cuerpo los flecos del gonfalon. A lanza tendida, le desazona y le derriba muerto.

-¡Dad golpes, infieles, pues venceremos sobradamente!

-¡Dios! ¡Gran dolor por tal barón! -dicen los franceses.

## CXIX

El conde Roldán, al ver muerto a Sansón, bien podéis creer que es arrebatado de gran dolor. Azuza a su caballo y corre en pos del infiel, con toda su fuerza. Empuña a Durandarte, que vale más que oro puro. Allí va el valiente, y asesta al enemigo un golpe desafortado sobre el yelmo, donde hay gemas engastadas en oro. Le hiende la cabeza y la cota y el tronco, la buena silla gemada y el mismo espinazo del corcel. Y -lo alabe o lo maldiga el que quiera- mata a los dos.

-¡Golpe cruel! -dicen los infieles-. Roldán responde:

-No puedo amar a los vuestros. ¡Está con vosotros el orgullo y la sinrazón!



## CXX

Había allí un africano llegado de Africa. Es Malquidán, hijo del rey Malquid. Sus armas son todas de oro batido y resplandecen al sol sobre todas las otras. Monta en un corcel llamado Saltoperdido, y no hay bruto que le pueda igualar en la carrera. Él se adelanta a herir a Anseis sobre el escudo. Le parte los cuarteles de rojo y azul, le desgarran las telas de la lorica y le hunde en el cuerpo la lanza, hierro y madera. El conde es ya muerto. Su tiempo es acabado.

Dicen los franceses: -¡Barón! ¡Lástima de ti!

## CXXI

Por el campo va Turpín, el arzobispo. Jamás tonsurado alguno cantó misa que su persona haya hecho tales proezas. Le dice al infiel:

-¡Que Dios te envíe todos los males! Has matado a quien mi corazón llora.

Y lanza al buen caballo hacia adelante, y hiere al infiel sobre su escudo de Toledo, con tal golpe, que lo derriba muerto sobre la hierba verde.

## CXXII

Por otro lado hay un infiel, Grandonio, hijo de Capuel, rey de Capadocia. Monta un corcel llamado Marmorio, más raudo que ningún pájaro que vuele. Suelta las riendas, pica espuelas y acomete a Garín con toda su fuerza. Le rompe su rojo escudo haciéndole caer de su cuello. Después le destroza la lorica y le hunde en el cuerpo el gonfalon azul, derribándole muerto sobre una alta roca.

También mata a Gerer, su compañero, a Berenguer y a Guido de San Antonio. Por fin, se lanza sobre Austeri, un rico duque, que poseía en señoría a Valance y Envers sobre el Ródano. Ya lo derriba muerto. Los infieles se regocijan. Los franceses exclaman:

-¡Qué mengua la nuestra!

## CXXIII

El conde Roldán empuña su espada ensangrentada. Bien escuchó descorazonarse a los franceses, y tal es su dolor que cree que su corazón va a estallar. Y dice al infiel:

-¡Que te otorgue Dios todos los males! ¡Has matado a uno que espero vendértelo muy caro!

-Y espolea a su corcel. ¿Quién vencerá?

## CXXIV

Grandonio era esforzado y valiente, potente y audaz en la lucha. En su vía da con Roldán; jamás le ha visto, empero le reconoce por su fiero rostro, por su cuerpo gentil, por su mirada, por su porte. Tiene miedo: no puede defenderse. Quiere huir, pero en vano. El conde le asesta un golpe tan maravilloso que le parte todo el yelmo, hasta el nasal, le rompe la nariz, la boca y los dientes, y todo el tronco con su cota de buenas mallas, y la cabeza y los barrenes argentados de la silla dorada de su caballo. Hiende profundamente el lomo del caballo. No hubo remedio, ha matado a los dos, y los de España gimen todos bien adoloridos. Los franceses dicen:

-¡Bien ataca nuestro fiador!

## CXXV

Maravillosa es la batalla y cada vez más atropellada. Los franceses acometen con vigor y rabia. Cortan puños, costados, dorsos, hienden las vestimentas hasta la carne viva. Y la sangre corre en claros hilos sobre la verde hierba. ¡Tierra de los Mayores, Mahoma te maldiga! ¡Sobre todos los pueblos, tu pueblo es audaz! Y no hay un sarraceno que no grite:

-¡Marsil! ¡Cabalga rey nuestro! ¡Necesitamos tu ayuda!

## CXXVI

La batalla es maravillosa y grande. Los franceses hieren con sus lanzas bruñidas. ¡Si hubieseis visto tanto dolor: tantos hombres muertos, heridos, ensangrentados! Y acen el uno sobre el otro, cara al cielo o rostro en tierra. Los sarracenos no pueden por más tiempo sostenerse. Quieran o no, abandonan el campo. Y los franceses, con todo su arrojo, van dándoles caza.

## CXXVII

Dice a Oliveros el conde Roldán:

-Señor compañero, confesadlo, el arzobispo es muy buen caballero. No lo haya mejor bajo el cielo: tal sabe combatir con la espada y la lanza-. El conde responde:

-¡Vayamos, pues, en su ayuda!



A estas palabras los francos recomienzan. Duros son los golpes, pesada la contienda. Los cristianos sienten gran angustia. ¡Qué bello es ver a Roldán y a Oliveros cómo acometen y a la espada dar tajos! El arzobispo da golpes con su lanza. De aquellos que han matado, se puede estimar el número; está escrito, dice la gesta, en los cartularios y en los breves: mataron a más de cuatro millares. A los cuatro primeros asaltos bien aguantaron la embestida; el quinto asalto les pesó grandemente. Han muerto casi todos los caballeros franceses, fuera de sesenta, que Dios ha escatimado. Antes que mueran se venderán muy caros.

## CXXVIII

El conde Roldán ve la gran matanza de los suyos, y llama a Oliveros, su compañero:

-Gentil señor, amado compañero, ¡por Dios! ¿qué os parece? ¡Ved cuántos valientes yacen en tierra! ¡Buena razón tenemos para apiadarnos de la dulce Francia, la bella! ¡Qué desierta va a quedar, falta de tales barones! ¡Rey, amigo! ¿Por qué no estáis aquí? Hermano Oliveros, ¿qué podremos hacer? ¿Cómo enviarle estas nuevas?

Oliveros dice:

-¿Cómo? No lo sé. ¡Podría ponerse en duda nuestro honor, y prefiero morir!

## CXXIX

-Yo haré sonar el olifante -dice Roldán-. Carlos lo escuchará, que va pasando los puertos. Yo os lo juro. Regresarán los francos.

-¡Esto -respondió Oliveros- ha de ser para todos vuestros parientes una gran vergüenza, y el oprobio y el deshonor les pesaría toda la vida! Cuando yo os pedí hacerlo, vos no lo hicisteis. Hacedlo ahora, pero ya no será por mi consejo. ¡Tocar el olifante no sería digno de un valiente! ¡Mas cómo tenéis ensangrentados vuestros dos brazos!

-¡He dado hermosos golpes! -dice el conde.

## CXXX

-Nuestra batalla es dura -dice Roldán-. Tañeré mi cuerno, el rey Carlos ha de oírlo.

-Dice Oliveros:

-Hacer tal no cumple a un valiente. Cuando os dije de hacerlo, compañero, vos no os habéis dignado. Si el rey hubiese estado con nosotros, nada hubiéramos sufrido. Los que aquí yacen ningún reproche han merecido. ¡Por esta mi barba, que si yo vuelvo junto a la gentil Alda, mi hermana, nunca habéis de yacer entre sus brazos!

## CXXXI

Dice Roldán:

-¿Por qué esta cólera contra mí?

-Compañero -responde Oliveros-, vuestra es la falta porque valor sensato y locura son dos cosas, y es mejor mesura que jactancia. Si murieron nuestros franceses, fue por vuestra ligereza. Jamás podremos servir a Carlos. Si me hubieseis creído, mi señor hubiera vuelto, y hubiéramos ganado esta batalla. Y el rey Marsil sería ya muerto o prisionero. Vuestra proeza, Roldán, en mala hora vimos. Carlos, el grande, de quien nunca habrá semejante hasta el día del juicio final, jamás tendrá ya nuestra ayuda. Vais a morir y Francia se verá deshonorada. Hoy fina nuestra leal amistad. Antes de la noche nos separaremos, y esto será duro.

## CXXXII

Ha escuchado el arzobispo que se querellaban y, espoleando el caballo, con sus espuelas de oro puro, acude a ellos y les reprende a los dos:

-Señor Roldán, y vos, señor Oliveros: ¡Os ruego en nombre de Dios que no disputéis! Tañer el cuerno no podrá ya salvarnos, y, sin embargo, tañerlo será siempre lo mejor. Venga el rey, y podrá vengarnos. No deben los de España volver alegres. Nuestros francos, al poner pie en tierra, nos encontrarán muertos y hechos cuartos; nos conducirán en ataúdes, sobre bestias de carga, y nos llorarán, llenos de dolor y de piedad. Seremos sepultados en los atrios de las iglesias; no seremos pasto de lobos, de puercos ni de perros.

-¡Bien decís, señor! -responde Roldán.

## CXXXIII

Roldán se lleva a sus labios el olifante. Lo emboca bien y lo hace sonar con todas sus fuerzas. Altas son las montañas y prolongada la voz del olifante. A treinta grandes leguas se le oye cómo se dilata. Carlos lo oye; y lo oyen todos sus cuerpos de tropa. El rey dice:

-¡Los nuestros libran batalla!

Al punto le responde Ganelón:

-Si otro lo hubiera dicho, ciertamente veríamos en ello una gran mentira.

## CXXXIV

El conde Roldán, con pena y congoja, con gran dolor, tañe su olifante. Brota la clara sangre por su boca. Tiene rota una sien. El sonido del cuerpo se derrama a lo lejos. Carlos lo escucha al pasar los puertos. El duque Naimón lo escucha, lo escuchan los francos. Y el rey dice:

-¡Es el olifante de Roldán! No lo tañería si en batalla no estuviese empleado.



-¡Nada de batallas -responde Ganelón-. Vos sois anciano, vuestra cabeza es ya blanca y florida, pero vuestras palabras son de niño. Conocéis bien el gran orgullo de Roldán. Maravilla que Dios pueda sufrirla tanto. ¿No fue a tomar Napal sin vuestras órdenes? Los sarracenos hicieron una salida y combatieron al buen vasallo Roldán, que después hizo inundar la pradera ensangrentada para borrar las huellas del combate. Por una sola liebre, hace tañer el olifante todo el día. Ahora debe ser algún juego que hace delante de sus Pares. ¿Quién, bajo el cielo, habrá de atreverse a presentarle batalla? Cabalga, pues. ¿Por qué habéis de deteneros? La Tierra de nuestros mayores está aún lejana de nosotros.

## CXXXV

El conde Roldán tiene la boca ensangrentada. Tiene rota su sien. Tañe dolorido el olifante, con angustia. Carlos le escucha, y le escuchan los franceses. Dice el rey:

-¡Ese cuerno tiene largo aliento!

-Algún valiente está sufriendo grandes trabajos -responde el duque Naimón-. Seguro estoy de que él está librando batalla. El mismo que lo ha traicionado es el que ahora pide que falléis en vuestra empresa. ¡Armaos; dad al viento vuestro grito de guerra, y socorred a vuestra hermosa mesnada! Bien lo escucháis: es Roldán que desespera.

## CXXXVI

El emperador hizo sonar los cuernos. Echan pie a tierra los franceses, y se arman de sus lorigas y yelmos, y de espadas guarnecidas de oro. Llevan escudos bien labrados, grandes y fuertes lanzas, gonfalones blancos, rojos y azules. Todos los barones de sus huestes montan en corceles, que espolean mientras siguen los desfileros. No hay uno que no diga al otro:

-¡Si volvemos a ver a Roldán aún vivo, con él daremos grandes golpes!

¿De qué sirven las palabras? Han tardado demasiado.

## CXXXVII

Avanza el día. Brilla el atardecer. Las armaduras resplandecen contra el sol; cotas y yelmos flamean, y los escudos pintados de flores, y las lanzas y los gonfalones dorados. Cabalga lleno de cólera el emperador, y los franceses afligidos y enojados. No hay uno que no lllore con dolor, y por Roldán están transidos de angustia. El rey hizo prender al conde Ganelón, y lo entrega a los cocineros de su casa. Llama a Besgón, su cocinero mayor y le dice:

-Besgón, guárdame bien a este bellaco. Ha entregado por traición a mis mesnadas.

Basgón lo recibe bajo su custodia, y lo pone en las manos de cien pinches, unos mejores y otros peores. Le arrancan los pelos de la barba y de los mostachos. Cada uno le asesta cuatro puñetazos. Y luego le apalean con leños y bastones; le echan al cuello una cadena, como a un oso, y lo cruzan afrentosamente sobre una acémila. Así lo guardan hasta el día de devolverlo a Carlos.

## CXXXVIII

Altos son los montes y tenebrosos y grandes los valles profundos, las aguas violentas. Atrás y adelante suenan los clarines, y todos a un tiempo responden al tañido del olifante. El emperador cabalga irritado, y los franceses llenos de pesadumbre y enojo. Nadie hay que no lllore y se lamente. Y ruegan a Dios preserve a Roldán hasta que lleguen al campo de batalla todos juntos. Entonces, todos con él acometerán. ¿Para qué las oraciones? No les servirán de nada. Han tardado. No pueden llegar a tiempo.

## CXXXIX

Cabalga el rey Carlos lleno de coraje. Sobre su cota se expande su barba blanca. Todos los barones de Francia espolean fuertemente a sus corceles; no hay uno que no se lamente de no poder estar ya junto a Roldán, el capitán, cuando combate a los sarracenos de España. En tal infortunio se encuentra, que no creo que pueda sobrevivir. ¡Qué barones, Dios, los sesenta que aún quedan en su compañía! Jamás rey ni capitán pudo tenerlos mejores.

## CXL

Roldán escudriña los montes y las landas. Ve derribados y muertos a muchos de los de Francia y los llora, como gentil caballero.

-¡Señores barones, que Dios os perdone! Que conceda a todas vuestras almas el Paraíso. Que las guarde entre las santas flores. Nunca vi vasallos mejores que vosotros. ¡Habéis por tanto tiempo, y sin reposo, estado a mi servicio conquistando para Carlos tan dilatados países! El emperador os sustentó en mala hora. ¡Tierra de Francia, sois un dulce país, pero hoy el peor azote os ha desolado! ¡Barones franceses, os he visto morir por mí, sin poder defenderos ni salvaros! ¡Dios, que jamás ha mentido, venga en vuestra ayuda!, Oliveros, hermano, yo no os debo fallar. Moriré de dolor si alguien no me mata. ¡Señor compañero, volvamos a acometer!

## CXLI

El conde Roldán ha tornado a la batalla. Esgrime a Durandarte y da tajos con brío. Despedaza a Faldrón de Puy, y a otros veinticuatro de los más principales. Jamás hombre alguno anheló tanto vengarse. Como el ciervo huye ante los perros, así ante Roldán huyen los infieles. El arzobispo dice:

-¡Muy bien lo hacéis! Así debe portarse un buen caballero, bien armado, que monta un buen caballo. De otra manera, no vale cuatro ochavos. ¡Que se haga monje en un cenobio para rogar allí cada día por nuestros pecados!

-¡Matad, no perdonéis a nadie! -responde Roldán-. Y a estas voces se rehacen los francos. Pero sufren allí gran quebranto los cristianos.

## CXLII

Hombre que sabe que no habrá cuartel, se defiende fuertemente en tal batalla. Por eso los francos se hacen arrojados, como leones. Y he aquí que viene contra ellos Marsil, como verdadero barón. Monta en



un caballo que él llama Gañún. Le espolea y acomete a Bevón; era éste señor de Dijon y de Beaune. Le rompe el escudo, le rasga la cota, y, sin causarle otro mal, le derriba muerto. Después mata a Ives y a Marfil, y con ellos a Gerardo de Rosellón. El conde Roldán no está muy lejos. Le dice al infiel:

-¡Dios te maldiga! ¡A la mala has matado a mis compañeros! Lo pagarás, antes que nos separemos, y sabrás el nombre de mi espada.

Como verdadero barón le acomete y le parte el puño derecho. Luego corta la cabeza de Jurfaret el Rubio; era hijo del rey Marsil. Y los infieles gritan.

-¡Ayúdanos, Mahoma! ¡Vosotros, dioses nuestros, vengadnos de Carlos! En esta tierra nos ha puesto tales felones, que primero morirán que dejarnos libre el campo. Entonces huyamos -se dicen uno a otro-. Y cien mil se van. Vuelva a llamarlos quien fuere, ellos ya no retornarán.

### CXLIII

¿De qué sirve su desbandada? Si huyó Marsil, ha quedado su tío Marganice, que tiene a Cartago y Etiopía, una tierra maldita. Bajo su señorío la casta de los negros; sus narices son grandes, largas sus orejas. Se juntan de ellos más de cincuenta mil. Lanzan sus caballos con intrepidez y furor, y gritan el grito de armas de los infieles.

-Recibiremos el martirio -dice entonces Roldán-. Sé bien que no nos queda mucho tiempo de vida. ¡Pero malhaya aquel que no se venda caro! ¡Acometed, señores, contra espadas bellacas! Y disputad vuestros muertos y vuestras vidas para que la dulce Francia no sea infamada por nosotros. Cuando venga a este campo Carlos, mi señor, y vea qué escarmiento hicimos en los sarracenos y que por uno de los nuestros hallará quince de ellos muertos, no dejará, ciertamente, de bendeciros.

### CXLIV

Cuando Roldán contempla la maldita gente, que es más negra que la pez, y nada tiene blanco sino los dientes, dice:

-Ahora en verdad lo sé. Es hoy el día en que tendremos que morir. ¡A ellos, mis francos, porque yo vuelvo a empezar!

-¡Maldito el que se contenga! -dice Oliveros. Y a estas palabras los francos se lanzan contra las huestes sarracenas.

### CXLV

Cuando ven los infieles que los franceses son pocos, se enorgullecen entre ellos y se reconfortan; se dicen el uno al otro:

-¡La sinrazón está con el emperador!

Marganice monta un caballo bayo. Azuza fuertemente a su corcel con sus espuelas doradas y hiere

a Oliveros por detrás en plenas espaldas. La lanza le atraviesa el pecho y asoma por delante. Luego dice:

-¡Rudo golpe habéis recibido! Carlos, el rey Magno, os dejó en los puertos para vuestra desdicha. Si algún mal nos ha hecho, de ello no debe alabarse. Sólo en vos he vengado con creces a todos los nuestros.

### CXLVI

Siente Oliveros que está herido de muerte. Blande a Altaclara, la del bruñido acero, y hiere a Marganice sobre el agudo yelmo todo dorado, hace saltar por tierra sus florones y pedrerías, y le parte la cabeza hasta los dientes. Remueve la herida con la hoja de su espada y lo derriba muerto. Le dice después:

-¡Maldito infiel! No digo que Carlos nada haya hoy perdido, pero al menos tú no podrás ir al reino de donde eras a envanecerte ante ninguna mujer, ni ante ninguna dama, de haberme arrebatado un adarme, ni de habernos dañado a mí ni a ningún otro en el mundo.

Después llama a Roldán para que le ayude.

### CXLVII

Oliveros siente que está herido de muerte. Jamás podrá vengarse a su placer. En lo más tupido de las huestes pelea como verdadero barón. Hace pedazos astas y broqueles, muñecas y pies, sillas y lomos. Quién le hubiese visto descuartizar infieles, arrojar muerto sobre muerto, recordaría a un buen caballero. Nunca echa en el olvido el grito de guerra de Carlos, y exclama con alta y clara voz:

-¡Montjoie!-. Llama a Roldán, su Par y amigo: -Señor compañero, ¡venid a mí prestamente! ¡Con gran dolor en este día hemos de separarnos!

### CXLVIII

Roldán contempla el rostro de Oliveros. Lo ve empañado, lívido, descolorido, pálido. Corre su clara sangre a lo largo de su cuerpo; sobre tierra caen los cuajarones.

-¡Dios! -dice el conde-. Ya no sé qué hacer. ¡Señor compañero, gran lástima de vuestra proeza! Jamás nadie valdrá lo que vos. ¡Ah! ¡Dulce Francia, qué despoblada quedarás sin tus mejores vasallos, humillada y decaída! ¡Gran daño para el emperador!

Después de estas palabras, desfallece sobre el caballo.

### CXLIX

He aquí a Roldán desvanecido sobre su caballo, y a Oliveros herido de muerte. Ha sangrado tanto que sus ojos se enturbiaron. Ya no ve con claridad para reconocer, de lejos o de cerca, hombre viviente. Cuando topa con su compañero, le hiere sobre su yelmo cubierto de oro y gemas, y se lo hiende hasta la nariguera, aunque no le llega a la cabeza. A este golpe Roldán le ha mirado, y le pide, dulcemente, por amor:



-Mi señor compañero, ¿hacéis esto adrede? Soy yo, Roldán, aquel que tanto os ama. Nunca me habéis retado.

-Ahora escucho bien vuestra voz -dice Oliveros-. Pero no os veo. ¡Pluguiera a Dios que os viese! Os he herido. Perdonadme.

-Ningún daño he recibido -responde Roldán-. Os perdono aquí y ante Dios.

A estas palabras se hacen reverencia el uno al otro. Y de este modo, con gran amor, se separaron.

Oliveros siente que la muerte le acongoja. En la cabeza se le vuelven los ojos, pierde el oído y acaba por cegar. Echa pie a tierra, y en ella se tiende. En voz alta dice sus culpas, junta las manos, erguidas hacia el cielo, y ruega a Dios que le otorgue el Paraíso y que bendiga a Carlos, a la dulce Francia, y, sobre todos sus hombres, a Roldán su compañero. Le flaquea el corazón, rueda su yelmo; todo su cuerpo se allana contra la tierra. El conde ha muerto. No fue larga su morada. El valeroso Roldán le llora y plañe. Jamás oiréis sobre la tierra un hombre más dolorido.

Roldán ve que su amigo ha muerto, que yace con la faz contra la tierra, y, muy dulcemente, sobre él le dice el adiós:

-Señor compañero, ¡lástima de vuestro arrojó! Juntos fuimos días y años, y jamás me hiciste mal, jamás os lo hice. Cuando aquí te veo muerto, me es dolor vivir.

A estas palabras, el marqués desfallece sobre su caballo, que él llama Vigilante. Sus estribos de oro fino le mantienen erguido en la silla. No podrá caerse doquier se incline.

Antes que Roldán se recobrara, reanimara y repusiera de su desfallecimiento, un gran daño le sobrevino: muertos son ya los franceses. Todos los ha perdido, menos al arzobispo y a Gualterio de Ulmo. Gualterio ha bajado de los montes, y contra los de España ha combatido fuertemente. Quiera o no, huye hacia los valles, invoca a Roldán para que le ayude.

-¡Ah, conde gentil, hombre esforzado! ¿Dónde estás? ¡Nunca tuve miedo cuando tú estabas allí! Soy yo, Gualterio, el que conquistó a Monteagudo; yo, el sobrino de Droón, el viejo y canoso. Por mi proeza, tu me preferías entre tus caballeros. Rota está mi lanza y atravesado mi escudo, y mi cota desgarrada, hecha jirones. Voy a morir, pero me he vendido caro.

Estas últimas palabras Roldán las ha escuchado. Aguija su caballo, y viene hacia Gualterio con gran prisa.

## CLIII

Roldán está lleno de dolor y de cólera. En lo más recio del acoso, comienza a pelear. Veinte derribó muertos de la gente de España; seis, Gualterio; cinco, el arzobispo. Los infieles dicen:

-¡Ah, los felones! ¡Guardad, caballeros, de no dejarlos vivos! ¡Traidor es el que no acuda a atacarlos, y cobarde el que los deje huir!

Y rompen en clamores y alaridos. De todas partes vuelven al asalto.

## CLIV

El conde Roldán es un noble guerrero. Gualterio de Ulmo es un muy buen caballero. El arzobispo es un prohombre cabal. Ninguno de los tres quiere fallarle a los demás. En lo más duro del combate se arrojan sobre los infieles. Ponen pie a tierra mil sarracenos; a caballo son cuarenta mil. ¡Vedlos cómo no se atreven a acercarse! De lejos les arrojan lanzas y venablos, picas y flechas, dardos y jabalinas. A los primeros golpes han matado a Gualterio. A Turpín de Reims, le atraviesan el escudo, le rajan el yelmo y le hieren la cabeza. Rompen y destrozan su cota, traspasan su cuerpo con cuatro lanzadas. Matan bajo él, a su caballo. ¡Gran duelo cuando cae el arzobispo!

## CLV

Cuando Turpín de Reims, el valiente, se ve derribado del caballo y traspasado el cuerpo por cuatro lanzadas, raudo se pone en pie. Busca con la mirada a Roldán, corre hacia él y sólo le dice una palabra:

-¡No estoy vencido! ¡Un valiente, mientras vive, no se rinde! Desenvaina a Almaza, su espada de bruñido acero, y en lo más recio de la pelea asesta mil golpes y más. No tardará Carlos en decir que no escatimó a persona alguna, porque hallará en torno al arzobispo a cuatrocientos sarracenos, heridos unos, otros atravesados de parte a parte, y otros con la cabeza tronchada.

Así lo cuenta la gesta. Así lo cuenta aquel que presencié la contienda, el barón Gil, a quien Dios hace milagros, y que antaño hizo la Carta en el monasterio de Laon. El que esto no sepa no lo puede entender.

## CLVI

El conde Roldán se bate noblemente, pero su cuerpo está empapado de sudor quemante, y siente en la cabeza un gran dolor. Rotas están sus sienas de haber tañido el cuerno. Pero quiere saber si Carlos vendrá. Toma el olifante, y lo suena, pero débilmente. El emperador se detiene, escucha.

-¡Señores -dice-, la desgracia sobre nuestras cabezas! Roldán, mi sobrino, se nos va en este día. Por el tañido de su cuerno conozco que no vivirá mucho más. ¡Quien quiera juntársele que apresure su caballo! ¡Haced sonar vuestros clarines, todos los que haya en este ejército!

Sesenta mil clarines suenan, tan alto, que retumban los montes y responden los valles. Los infieles los escuchan y se guardarán de reír. Unos a otros se dicen:

-¡Muy pronto Carlos estará sobre nosotros!



## CLVII

-¡Vuelve el emperador! -se dicen los infieles-. De los de Francia escuchad los clarines. Si Carlos vuelve, gran pérdida se nos llega. Si Roldán sobrevive, recomienza nuestra guerra; España, nuestra tierra, es perdida.

Cuatrocientos se rejuntan -con sus yelmos- de los que se estiman los mejores en batalla. Y emprenden contra Roldán un áspero y duro asalto. El conde tiene, por su parte, hartos trabajos.

## CLVIII

El conde Roldán, cuando los ve venir, se hace más fuerte, más fiero, más ardoroso. El no cederá mientras viva. Monta en el caballo, que llaman Vigilante; le azuza con sus espuelas de oro fino, y se lanza en lo más recio de la lucha; va a arremeter contra todos. A su lado el arzobispo Turpín. Los infieles se dicen uno al otro:

-¡Amigo, retirémonos! De los de Francia hemos escuchado los olifantes. Vuelve Carlos, el poderoso rey.

## CLIX

El conde Roldán nunca ha amado al cobarde, ni al orgulloso, ni al ruin, ni al caballero que no fuese buen guerrero. Así dice al arzobispo Turpín:

-Señor, estáis a pie, mientras yo estoy a caballo. Por amor vuestro me mantendré firme en este lugar, y juntos aguardaremos aquí lo bueno y lo malo. No os dejaría por hombre alguno hecho de carne. Devolveremos este asalto al infiel. Los golpes más certeros son los de Durandarte.

El arzobispo dice:

-¡Maldición para quien bien no luche! Carlos vuelve: él nos vengará.

## CLX

Los infieles dicen:

-¡En mala hora nacimos! ¡Un día doloroso ha amanecido para todos nosotros! Perdimos a nuestros señores y a nuestros Pares. Vuelve Carlos, el esforzado, con su gran ejército. De los de Francia oímos los clarines sonar claro. Es grande el estruendo de su grito ¡Montjoie! El conde Roldán es de tan fiero arrojo, que ningún hombre hecho de carne le vencerá jamás. Lancemos contra él nuestras flechas y dejémosle el campo.

Contra él arrojan dardos y jabalinas sin número. Y lanzas y venablos de puntas emplumadas. Le parten, le agujerean el escudo, le rompen y destrozan la cota, pero a su cuerpo no le han llegado. Sin embargo, le han herido a Vigilante, de treinta heridas, y, bajo el conde, lo derriban muerto. Los infieles huyen; renuncian. El conde Roldán allí se ha quedado, pie a tierra sin caballo.

## CLXI

Huyen los infieles con furia, iracundos; hacia España se apresuran, con gran afán. El conde Roldán no logra darles alcance. Ha perdido a Vigilante, su corcel. De grado o por fuerza allí ha quedado desmontado. Se acerca al arzobispo Turpín para prestarle ayuda. Le desata de la cabeza su yelmo exornado de oro, y le desembaraza de su blanca loriga ligera. Le toma el brial y lo corta todo; cubre sus anchas llagas con los paños. Le toma después en sus brazos y le estrecha contra su pecho. Sobre la verde hierba le recuesta suavemente. Y, con mucha dulzura, le ruega:

-¡Ah, gentil señor, dadme licencia! Ved muertos a tantos de nuestros compañeros que nos fueron tan caros. No debemos abandonarlos. Quiero ir a buscarlos y a reconocerlos, a juntarlos y ponerlos en fila ante vos.

-¡Id y volved! -contesta el arzobispo-. El campo queda por vos y por mí. ¡A Dios gracias!

## CLXII

Roldán parte. Va a través del campo, solo. Busca por los valles, busca por los montes. Allí encuentra a Ivolin y después encuentra al gascón Engleros. Allí encuentra a Garín y Gerer su compañero, y después encuentra a Berenguer y Atón. Allí encuentra a Sansón y Anseis, y después encuentra a Gerardo el Viejo, de Rosellón. Uno por uno se los lleva, él, el valiente, y regresa con ellos, hacia el arzobispo. Ante sus rodillas los ha puesto en fila. El arzobispo llora; no puede contenerse. Levanta su mano y les da su bendición. Después dice:

-¡Lástima de vosotros, señores! ¡Que Dios, el glorioso, reciba todas vuestras almas! ¡En el Paraíso las ponga con las santas flores! A mi vez, cuánto me angustia la muerte. Yo no podré volver a ver al emperador, el potente.

## CLXIII

Vase Roldán de nuevo a buscar por el campo. Encuentra a Oliveros, su compañero. Le aprieta contra su pecho, le abraza estrechamente. Como puede, retorna al arzobispo, y recuesta a Oliveros junto a los otros, sobre un escudo. El arzobispo les absuelve y les persigna por la señal de la cruz, y entonces se redobra el dolor y la piedad.

-¡Oliveros, hermoso compañero! -dice Roldán-. Vos que fuisteis hijo del duque Raniero, que dominaba en la marca del Val de Runer. ¡Para romper una lanza y romper escudos, para vencer y abatir a los orgullosos, para sostener y aconsejar a los probos, en ninguna tierra hubo mejor caballero!

## CLXIV

El conde Roldán, cuando ve muertos a sus Pares y a Oliveros, que él amaba tanto, se enternece y rompe a llorar. Su rostro ha perdido la color. Tan grande es su duelo que no puede permanecer en pie. Quiera o no, cae en tierra desfallecido.

-Barón, ¡lástima de vos! -exclama el arzobispo.



## CLXV

Cuando ve el arzobispo desfallecer a Roldán, sufre una pena, la más grande pena que ha sufrido nunca. Ha extendido la mano; ha tomado el olifante. Hay en Roncesvalles un agua que corre, y quiere ir allí, para darle de ella a Roldán. A pasos lentos se aleja, tambaleándose, pero está tan débil que no puede avanzar. Fuerzas no le quedan, tanta sangre ha perdido. En menos tiempo del que puede cruzarse una fanega de tierra, el corazón le falla, cae de bruces. La muerte le estrecha duramente.

## CLXVI

Vuelve en sí de su desmayo el conde Roldán, y se endereza sobre sus pies, pero padece un gran sufrimiento. Mira hacia lo alto y mira hacia lo bajo. Sobre la hierba verde, junto a sus compañeros, ve tendido al noble barón, el arzobispo, de quien Dios hizo su enviado entre los hombres. El arzobispo dice sus culpas, y dirige sus ojos al cielo. Junta sus dos manos y las eleva rogando a Dios que le conceda el Paraíso. Muerto es el guerrero de Carlos. Por sus grandes batallas y por sus bellos sermones fue contra los infieles, toda su vida, su campeón. ¡Que Dios le otorgue su santa bendición!

## CLXVII

El conde Roldán ve al arzobispo yacer en tierra. Le vio fuera del cuerpo las entrañas, y gotear el cerebro de su frente. Sobre el pecho, bien en su mitad, le ha cruzado las manos blancas y tan bellas. Sobre él comienza Roldán su plañido, según la ley de su tierra.

-¡Ah, gentil señor, caballero de buena solera, yo te encomiendo en esta hora al Glorioso del cielo! Nadie cumplirá nunca tan de buen grado su servicio. Jamás, después de los apóstoles, hubo tal profeta para sostener la ley y atraer a ella a los hombres. ¡Pueda vuestra alma no padecer privación alguna! ¡Que la puerta del Paraíso le sea abierta!

## CLXVIII

Roldán siente que está próxima su muerte. Se le derrama por las orejas su cerebro. Ruega a Dios por sus Pares, para que Él los acoja. Después, por sí mismo, ruega al ángel Gabriel. Toma el olifante, para que nadie le haga un reproche, y con la otra mano empuña a Durandarte, su espada. Avanza algo más lejos que un tiro de ballesta, hacia España, por un barbecho. Sube a un altozano. Allí, bajo un hermoso árbol, hay cuatro gradas de mármol. Sobre la hierba verde se desploma boca arriba. Allí desfallece, porque la muerte se acerca.

## CLXIX

Altos son los montes, altos los árboles. Hay allí cuatro gradas de mármol que brillan. Sobre la hierba verde, el conde Roldán ya desfallece. Le espía un moro que se finge muerto y yace entre los otros, mancillado su cuerpo y su rostro de sangre. Se pone en pie, y se acerca. Era bello y fuerte, y de gran valentía. En su orgullo comete la locura por la cual ha de morir. Se apodera de Roldán, de su cuerpo y de sus armas, y dice esta palabra:

-¡Está vencido el sobrino de Carlos! ¡He de llevarme a la Arabia esta espada!

Pero al arrastrarlo, el conde Roldán recobra levemente los sentidos.

## CLXX

Siente Roldán que le toman su espada. Abre los ojos y dice estas palabras:

-¡Que yo sepa, tú no eres de los nuestros!

Y mantiene asido el olifante que no quiso perder, y con él hiere al moro sobre el yelmo gemado, guarencido de oro. Le rompe el acero, y el cráneo y los huesos; le hace saltar de la cara los dos ojos, y ante sus pies lo derriba muerto. Después le dice:

-Infel, hijo de siervo, ¿cómo fuiste tan osado para apoderarte de mí, a tuerto o a derecho? ¡Todo el que lo sepa ha de tenerte por un loco! He aquí hendido el pabellón de mi olifante; y caído el oro y el cristal.

## CLXXI

Siente Roldán que su vista se enturbia. Se yergue y se esfuerza tanto como puede. Su rostro ha perdido la color. Hay ante él una piedra bruna; diez veces la hiere, lleno de rencor y de dolor. Restalla el acero, pero no se rompe ni se mella.

-¡Ah! -dice el conde-. ¡Ven en mi ayuda, Santa María! ¡Ah, Durandarte, la buena Durandarte, qué pena siento por vos! ¡Cuando yo muera, no podréis ya estar bajo mi guarda! ¡Cuántas batallas he ganado en el campo raso por vos! ¡Anchas tierras he domeñado para Carlos, el de la barba encanecida! ¡No vendréis a manos de hombre que pueda huir delante de otro! Un buen vasallo os poseyó largo tiempo: nunca habrá otra parecida en Francia, la santa.

## CLXXII

Roldán golpea las piedras de sardónice. Restalla el acero, pero no se mella ni se rompe. Cuando él ve que no puede romperla, dentro de sí la compadece:

-¡Ah, Durandarte, qué bella eres; qué clara y bruñida! ¡Cómo brillas y fulguras al sol! Estaba Carlos en los valles de Moriana, cuando desde el cielo Dios le ordenó por un ángel que te donase a uno de sus condes capitanes. Entonces el rey gentil, el Magno, me ciñó la espada. Por ella le conquisté Anjou y la Bretaña. Por ella le he conquistado Maine y Poitou. Yo le conquisté Normandía, la franca. Yo le conquisté Provenza y Aquitania, Lombardía y toda la Romania. Le conquisté la Baviera y todo Flandes, Borgoña y Polonia enteras. Constantinopla, donde él ya había recibido el homenaje, y Sajonia, donde él hace lo que quiere. Por ella conquisté Escocia y la Inglaterra, su cámara, como él la llamaba. Por ella he conquistado tantas y tantas comarcas como posee Carlos, el de la barba blanca. ¡Por esta espada sufro gran cuita y dolor! ¡Antes morir que dejarla a los infieles! ¡Dios, nuestro Padre, no consintáis que Francia padezca tal afrenta!

## CLXXIII

Golpea Roldán contra un negro peñasco, y lo hiende hasta el punto que yo no sé deciros. La espada ni se mella ni se rompe, sino que rebota hacia el cielo. Cuando ve el conde que no la podrá romper, muy dulcemente la compadece dentro de sí.



¡Ah, Durandarte, qué bella y santa eres! Tu pomo de oro está lleno de reliquias. Hay un diente de San Pedro, sangre de San Basilio, cabellos de mi señor San Dionisio y un trozo de túnica de Santa María. No es justo que te posean los infieles: sólo a cristianos debes servir. ¡Ojalá nunca vengas a manos de un cobarde! ¡Por tí, cuántas extensas tierras habré conquistado, que hoy posee Carlos el de la barba florida! El emperador es rico y poderoso.

## CLXXIV

Siente Roldán que la muerte lo va tomando todo. De su cabeza le va bajando hasta su corazón. Corre a ponerse bajo un pino; se tiende sobre la verde hierba, su rostro contra la tierra. Bajo él pone su espada y su olifante. Ha vuelto su rostro hacia el lado de la gente infiel: así lo ha hecho porque quiere que Carlos diga, y todos los suyos, que ha muerto vencedor, él, el conde gentil. Con débiles y repetidos golpes de pecho, carga sus culpas. Por sus pecados, tiende hacia Dios el guante.

## CLXXV

Siente Roldán que su tiempo es acabado. Está tendido sobre una escarpada colina, vuelto el rostro hacia España. Con una de sus manos se golpea el pecho:

-¡Dios! -dice-. Por tu gracia, *mea culpa*, por mis pecados grandes y pequeños que cometí desde la hora en que nací hasta este día en que me ves aquí abatido.

Y tiende hacia Dios su guante derecho. Los ángeles del cielo descienden hasta él.

## CLXXVI

El conde Roldán se acostó bajo un pino. Hacia España tiene vuelto su rostro. De muchas cosas le vienen los recuerdos: de las tierras que ha conquistado él, el valeroso; de la dulce Francia; de los hombres de su linaje; de Carlomagno, su señor, que le ha sustentado. Por todo llora y suspira, sin poder impedirlo. Y, no dejándose en el olvido, reconoce sus culpas y pide a Dios perdón.

-¡Padre verdadero, que jamás has mentido: Tú, que recobraste a Lázaro de entre los muertos; Tú, que salvaste a Daniel de los leones, salva mi alma de todos los peligros, por los pecados que cometí durante mi vida!

Ha ofrecido a Dios su guante derecho. San Gabriel lo ha tomado de su mano. Sobre su brazo ha inclinado la cabeza, y avanza, juntas las manos, hacia su fin. Dios le envía su ángel Querubín y a San Miguel del Peligro. Con ellos se acerca San Gabriel. Entre todos conducen el alma del conde al Paraíso.

## CLXXVII

Roldán ha muerto. Dios tiene su alma en los cielos. El emperador llega a Roncesvalles. No hay allí ruta ni sendero, ni una vara, ni un pie de terreno libre, donde no yazga un francés o un infiel. Carlos exclama:

-¿Dónde estáis, sobrino hermoso? ¿Dónde el arzobispo? ¿Dónde el conde Oliveros? ¿Dónde está

Garín, y Gerer, su compañero? ¿Dónde Atón y el conde Berenguer? ¿Dónde Marfil e Ivolin a quien yo tanto quería? ¿Qué ha sido del gascón Engleros? ¿Y el duque Sansón? ¿Y el esforzado Anseis? ¿Dónde está Gerardo de Rosellón, el Viejo? ¿Dónde están los doce Parcs que aquí había yo dejado?

¿De qué sirve que los llame, si ni uno de ellos puede responder?

-¡Dios! -dice el rey-. ¡Buenas razones tengo para estar desolado! ¿Por qué no estuve aquí al empezar la batalla?

Y se tira de las barbas, como hombre lleno de ira. Lloran sus caballeros barones. Contra la tierra veinte mil desfallecen. Por ellos el duque Naimón siente gran piedad.

## CLXXVIII

No hay barón ni caballero que de piedad no lllore dolorosamente. Lloran a sus hijos, a sus hermanos, a sus sobrinos y amigos y a sus señores feudales. Contra la tierra muchos ya desfallecieron. El duque Naimón fue el primero que, como hombre sabio, dijo al emperador:

-Mirad hacia adelante, a dos leguas de nosotros. Veréis por los anchos caminos levantarse gran polvareda; tan ingente es la hueste sarracena. Así, pues, cabalgad. ¡Vengad tanto dolor!

-¡Ah, Dios! -dice Carlos-. ¡Están ya tan lejos! Aconsejadme según el derecho y el honor. ¡Es la flor de la dulce Francia lo que me han arrebatado!

Y llama a Atón y a Gebuino, a Tibaldo de Reims y al conde Milón:

-Guardad el campo de batalla, por montes y valles. Dejad a los muertos como están. ¡Que ni bestia ni león los toque! ¡Que no los toque escudero ni criado! ¡Que nadie los toque, yo os lo mando, hasta que Dios nos conceda volver a este campo!

Y ellos responden dulcemente, en su amor:

-¡Justo emperador, señor amado, así lo haremos!

Y allí quedan con ellos mil de sus soldados.

## CLXXIX

El emperador hace sonar los clarines. Después cabalga él, el valeroso, con su gran ejército. Han obligado a los de España a volver las espaldas, y siguen el rastro con un mismo corazón todos juntos. Cuando el emperador ha visto declinar la tarde, desmonta sobre la verde hierba, en un prado. Se prosterna en tierra y ruega al Señor Dios que por él el sol se detenga, que se retarde la noche y que se alargue el día. Se le acerca un ángel -aquel que acostumbra a hablarle-. Presto le da este mandamiento:

-Carlos, cabalga. No te ha de faltar la claridad. Es la flor de Francia lo que tú has perdido, y Dios lo sabe. Podrás vengarte de la turba criminal.

Así dice, y el emperador monta a caballo.



## CLXXX

Por Carlomagno hizo Dios un gran milagro; porque el sol se detiene, inmóvil. Huyen los infieles, y los francos, tenaces, les van dando caza. Los acorralan, al fin, en Val de las Tinieblas, y hacia Zaragoza los empujan aprisa, les asestan golpes con todo el corazón. Les cortan las sendas y los caminos más anchos. El Ebro está delante de ellos. El agua es allí profunda, temible, violenta. No hay allí barca, ni armadía, ni chalán. Los infieles suplican a uno de sus dioses, Tervagán, y después se precipitan. Pero nadie les protegerá. Los que llevan yelmo y loriga son los más pesados, y todos se hunden hasta el fondo. Los otros van flotando a la deriva. Los más afortunados beben hasta la hartura. Todos se anegan, al fin, con gran angustia. Los francos exclaman:

-¡Desdicha fue para vosotros haber visto a Roldán!

## CLXXXI

Cuando Carlos ve que todos los infieles están muertos -unos alcanzados por el hierro y la mayor parte ahogados- y el gran botín que sus caballeros han hecho, desmonta, el rey gentil, se prostra en tierra y da gracias a Dios. Al levantarse, el sol se ha puesto. Y dice el emperador:

-Es hora de acampar. Para volver a Roncesvalles es ya tarde. Cansados y agotados están nuestros caballos; desensillad, quitadles de sus bocas los frenos y por los prados dejadlos que se refresquen.

Decís bien, señor -responden los francos.

## CLXXXII

El emperador ha acampado. Los franceses echan pie a tierra en el país desierto, quitan las sillas a los caballos y les quitan los frenos dorados. Los sueltan por los prados. Allí encontrarán mucha hierba tierna. No puede regalárseles mejor. El que está fatigado, duerme acostado en tierra. Esta noche no se pusieron guardias en el campo.

## CLXXXIII

El emperador se ha tendido en un prado. Su gran lanza colocó cerca de la cabecera, él, el esforzado. Esta noche no ha querido desarmarse, y conserva su blanca loriga recamada, y lleva atado su yelmo de oro gemado y ceñida su espada Gozosa, que jamás tuvo par, y que muda la color treinta veces al día. Nosotros sabemos bien qué acaeció a la lanza con que fue lacerado Nuestro Señor en la cruz; Carlos, por la gracia de Dios, posee la punta, que hizo incrustar en la empuñadura de oro. Por este honor y esta gracia la espada recibió el nombre de Gozosa. Los barones de Francia no deben olvidarla; de ella tomaron su grito de guerra "Montjoie". Y por esto ningún pueblo puede sostenerse contra ellos.

## CLXXXIV

Clara es la noche, y brillante la luna. Acostado está Carlos pero lleno de pesar por Roldán, y en su corazón se duele por Oliveros, y por los doce Pares, y por los franceses. En Roncesvalles los ha dejado muertos, todos ensangrentados. Lloro y se lamenta; no puede contenerse, y ruega a Dios que salve sus almas. Fatigado

está pues es muy grande la pena. Se duerme. No puede más. Por todos los prados los franceses se han dormido. Ni un caballo puede mantenerse en pie; si quieren hierba, la comen tumbados. Mucho aprendió aquel que ha sufrido.

## CLXXXV

Carlos duerme como hombre torturado por una pena. Dios le envía a San Gabriel, a quien confía la custodia del emperador. Toda la noche permanece el ángel junto a la cabecera. Por una visión, le anuncia una batalla que le ha de ser librada. Se la muestra por signos funestos. Carlos ha alzado su mirada hacia el cielo, y allí ve los truenos, los vientos y el granizo, y las tormentas, y las tempestades prodigiosas, en medio de gran aparato de llamas y de fuego que, de repente, cae sobre todo su ejército. Arden las lanzas de fresno y de manzano y los escudos hasta sus bocas de oro puro. Crujen las astas de sus lanzas agudas, se tuercen las cotas y los yelmos de acero. Carlos ve a sus caballeros en gran desgracia. Después osos y leopardos quieren devorarlos; serpientes y víboras, demonios y dragones. Y más de treinta mil perros hay allí contra los francos que gritan:

-¡Carlomagno, ven en nuestra ayuda!

El rey está conturbado por el dolor y la lástima. El quisiera ir allá, pero se siente impedido. De un bosque se abalanza contra él un gran león, lleno de rabia, de orgullo y de arrojo. El león le hace su presa y le acomete. Ambos luchan cuerpo cuerpo. Pero Carlos no sabe quién está debajo ni quién está encima. El emperador aún no se ha despertado.

## CLXXXVI

Después de esta visión otra le vino:

Él estaba en Francia, en Aquisgrán, sobre un estrado, y tenía a un oso encadenado con dos cadenas. Por el lado de Ardena veía venir a treinta osos, y cada uno hablaba como un hombre; le decían:

-Devolvédnoslo, señor. No es justo que lo retengáis más tiempo. Es nuestro pariente. Le debemos nuestra ayuda.

De su palacio llega corriendo un lebre. Sobre la hierba verde, más allá de los otros, ataca al oso más grande. Allí el rey contempla un maravilloso combate. Pero no sabe quién vence ni quién es el vencido. Ved lo que el ángel de Dios ha mostrado al barón. Carlos duerme hasta la mañana siguiente y ya claro el día.

## CLXXXVII

El rey Marsil ha huido a Zaragoza. Pusó pie a tierra a la sombra de un olivo, y entrega a sus hombres su espada, su yelmo y su loriga. Sobre la hierba verde se acuesta, miserablemente. Entera ha perdido su mano diestra, y tanta sangre le brota que desfallece de angustia. Ante él, su mujer, Abraima, llora y grita, se lamenta a grandes voces. Con ella más de veinte mil hombres que maldicen a Carlos y a la dulce Francia. Corren hacia Apolo, que adoran en una cripta y se quejan y le ultrajan feamente:

-¡Ah, dios malvado! ¿Por qué nos condujiste a tamaña afrenta? ¿Cómo has tolerado la derrota de nuestro rey? ¡A quien fielmente te ha servido, le pagas con bien menguado salario!



Después le quitan el cetro y la corona. Lo derriban por tierra a sus pies, y lo muelen a palos. Después arrancan su carbunco a Tervagán. A Mahoma lo arrojan en un foso donde puercos y perros le patean y le muerden.

## CLXXXVIII

Marsil ha vuelto de su desmayo. Se hace conducir a su cámara de bóveda, donde hay trazados y pintados emblemas de diversos colores. Y la reina Abraïma llora con él, y se arranca los cabellos, llamándose a sí misma ¡desventurada!, y después en alta voz exclama:

-¡Ah! ¡Zaragoza, qué desamparada te ves al perder a tu rey gentil, que te tenía sujeta a su baílía! ¡Felones fueron nuestros dioses que esta mañana le fallaron en batalla! Cometerá una cobardía el emir, si no viene a combatir con esa raza atrevida, con esos esforzados tan fieros que no se cuidan de sus vidas. El emperador de la barba florida es valiente y sobrado de jactancia. Si el emir le ofrece una batalla, no la ha de rehuir. ¡Qué duelo no haber un hombre que lo mate!

## CLXXXIX

Siete años cabales ha morado en España, de viva fuerza, el emperador. En ella conquistó castillos y ciudades sin número. El rey Marsil se esfuerza en resistirlo. Ya en el primer año hizo sellar sus breves; de Babilonia ha requerido a Baligán: es el emir; el anciano cargado de días que vivió más que Virgilio y que Homero. Que él venga a Zaragoza a socorrerlo. Si no lo hace, Marsil renegará de sus dioses y de todos los ídolos que adora. Y recibirá la ley cristiana. Hará la paz con Carlomagno.

Mas el emir está lejos, y ha tardado demasiado. Llama a sus gentes de cuarenta reinos; manda aprestar sus grandes embarcaciones, esquifes, lanchas, galeras y navíos. Cabe Alejandría hay un puerto, cerca del mar: allí hace reunir toda la flota. Es en mayo, el primer día del verano, cuando lanzan al mar todas sus armadas.

## CXC

Grandes son las armadas de esta odiada raza. Singlan los infieles a fuerza de velas; reman y gobiernan. En la punta de los mástiles y sobre las altas proas centellean numerosos carbunclos y linternas. Tal claridad arrojan de lo alto que, a la noche, el mar es allí más bello. Como ya se acercan a la tierra de España, la costa se ilumina toda y resplandece. Hasta Marsil ha llegado la nueva.

## CXCI

La gente de los infieles no se cura de hacer escalas. Dejan el mar y penetran en aguas dulces. Detrás queda Menorca y después Mallorca. Remontan el Ebro con todas sus naves. Brillan linternas y carbunclos sin número, y durante toda la noche les prestan una gran claridad. Al amanecer llegan a Zaragoza.

## CXCII

Claro es el día y brillante es el sol. El emir ha bajado de su nave. A su derecha avanza Espanelís, y tras ellos marchan diecisiete reyes, y condes y duques, de los cuales no sé el número. Bajo un laurel, en medio de un campo, tienden sobre la hierba verde un tapiz de seda blanca, y levantan allí un trono, todo de marfil. En él se sienta el pagano Baligán, mientras los otros permanecen en pie. Su señor habla el primero:

-Escuchad, valientes caballeros libres: Carlos, el rey, emperador de los franceses, no tiene derecho a comer si yo no lo permito. Por toda España me vino haciendo grande guerra. En la dulce Francia quiero requerirle. No descansaré en toda mi vida mientras él no sea muerto o se confiese vencido.

En rehén de su palabra, golpea la rodilla con el guante derecho.

## CXCIII

Puesto que él lo dijo, promete firmemente que, por todo el oro que existe bajo el cielo, no dejará de ir a Aquisgrán, donde tiene Carlos sus consejos. Sus hombres lo alaban y le aconsejan de la misma manera. Entonces llama a dos de sus caballeros, el uno es Clarifán y el otro Clariano:

-Sois -les dice- hijos del rey Maltrayén, que acostumbraba a llevar con buena voluntad los mensajes. Yo os encargo que vayáis a Zaragoza. Anunciad de mi parte al rey Marsil que he venido a ayudarle contra los franceses. Si encuentro ocasión, ha de haber una gran batalla. En prenda, dadle este guante bordado de oro y que se calce con él su mano derecha. Llevadle también este bastoncito de oro puro, y decidle que venga a mí para reconocer su feudo. Yo iré a Francia para guerrear contra Carlos. Si él no implora mi gracia, postrado a mis pies, y no reniega de la ley de los cristianos, yo quitaré de su cabeza la corona.

-Señor, bien habéis hablado -responden los infieles.

## CXCIV

Baligán añade:

-¡Barones, a caballo! Que lleve uno el guante y el otro el bastón.

-¡Querido señor -responden ambos-, así lo haremos!

Tanto cabalgan que ya están en Zaragoza. Salvan diez puertas, cruzan cuatro puentes y recorren las calles donde están los burgueses. Cuando se aproximan a lo alto de la ciudad, escuchan un gran rumor que llega del palacio. Allí está reunido un tropel de infieles que lloran, gritan y llevan gran duelo; lamentan el no tener ya a sus dioses Tervagán, Mahoma y Apolo, y se dicen uno al otro:

-¡Desdichados! ¿Qué será de nosotros? ¡Nos ha caído gran azote! Perdimos al rey Marsil: ayer el conde Roldán le tronchó el puño derecho. Tampoco tenemos a Jurfaret el Rubio. ¡Toda España estará en adelante a su merced!

Los dos mensajeros ponen pie a tierra frente al portón.



## CXCIV

Dejan sus caballos bajo un olivo; dos sarracenos les han tomado las riendas. Y los mensajeros se recogen los mantos, y luego suben a lo más alto del palacio. Al entrar ambos en la sala abovedada, hacen por amistad un mal saludo:

-¡Que Mahoma, que nos tiene en batalla, y Tervagán y Apolo, nuestro señor, salven al rey y guarden a la reina!

-¡Locas palabras escucho! -dice Abraima-. Estos dioses que nombráis, nuestros dioses, nos han fallado. En Roncesvalles han hecho feos milagros. Han dejado degollar a nuestros caballeros. Han abandonado a mi señor, que veis aquí, en la batalla. Él ha perdido su mano derecha: Roldán la tronchó, el conde poderoso. ¡Carlos tendrá ya en señoría a toda España! ¿Qué será de mí, dolorida, desventurada? ¡Ay! ¿No habrá aquí quién me mate?

## CXCVI

Clariano dice:

-¡Señora, no habléis más en balde! Somos mensajeros de Baligán, el infiel. El defenderá a Marsil, así lo ha prometido. En prenda le envía su guante y su bastón. Tenemos en el Ebro cuatro mil chalanes, esquifes, barcos y veloces galeras; tantos navíos que he perdido de ellos la cuenta. El emir es fuerte y poderoso. Irá a Francia en pos de Carlomagno. Se sabe capaz de matarlo o de reducirlo a su merced.

-¿Por qué va tan lejos? -dice Abraima-. Más cerca de aquí podéis hallar a los francos. Siete años hace que en este país mora el emperador. Él es audaz y buen guerrero. Morirá antes que huir de un campo de batalla. No hay bajo el cielo rey a quien él tema menos que se teme a un niño. Carlos no teme a hombre vivo.

## CXCVII

-¡Basta! -dice el rey Marsil. Y a los mensajeros:

-Señores, es conmigo con quien hay que hablar. Ya lo veis, la muerte me estrecha, y yo no tengo ni hijo ni hija ni heredero. Uno tenía y éste ayer noche lo mataron. Decid a mi señor que venga a verme. El emir tiene derechos sobre la tierra de España. Si él la quiere, yo se la entrego en feudo. ¡Pero que él la defienda contra los franceses! Yo le daré un buen consejo en lo que atañe a Carlomagno. De este día en un mes ha de ser prisionero del emir. Vosotros le llevaréis las llaves de Zaragoza. Decidle que no tendrá que irse si él me cree.

-Bien decís, señor -responden ellos.

## CXCVIII

Dice entonces Marsil:

-Carlos, el emperador, ha matado mis hombres, ha devastado mis tierras. Mis ciudades por él han sido forzadas y violadas. Esta noche acampó a orillas del Ebro. De nosotros lo separan siete leguas; yo las he

contado. Decidle al emir que conduzca aquí sus ejércitos. ¡Yo le ruego, por vosotros, que entable allí la batalla!

Les ha entregado las llaves de Zaragoza, y los dos mensajeros, a la vez, hacen reverencia ante Marsil. Y con su venia se regresan.

## CXCIX

Los dos mensajeros han montado a caballo. A rienda suelta se alejan de la ciudad, y se dirigen en busca del emir con gran confusión. Le presentan las llaves de Zaragoza y dice Baligán:

-¿Qué habéis sabido? ¿Dónde está Marsil, a quien os envié?

-Herido está de muerte -responde Clariano-. En el paso de los puertos estaba ayer el emperador. Quería retornar hacia la dulce Francia, y había formado una retaguardia muy propia para darle honor; porque allí estaba su sobrino, el conde Roldán, y Oliveros, y todos los doce Pares y veinte mil de los de Francia, todos caballeros. El rey Marsil, el esforzado, les libró batalla. Él y Roldán se enfrentaron, y Roldán le asestó tal golpe con su Durandarte, que le separó del cuerpo el puño derecho. Mató al hijo de Marsil, tan amado de su padre, y a los barones que llevaba éste consigo. Marsil volvió huyendo; ya no podía resistir, y el emperador, con violencia, le persigue. El rey os ruega que le socorráis. Él os cede en franquicia el reino de España.

Baligán comienza a meditar. Tal duelo le acomete que está cerca de volverse loco.

## CC

-Señor emir -dice Clariano-, en Roncesvalles se libró ayer una batalla. Muerto fue Roldán y con él el conde Oliveros, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. De sus franceses, veinte mil fueron muertos. El rey Marsil perdió allí la mano derecha, y el emperador le persiguió violentamente. En esta tierra no queda ya un caballero que no haya sido muerto por el hierro o ahogado por el Ebro. En la ribera han acampado los franceses. Tan cerca están de nosotros en esta tierra que, si vos queréis, la retirada va a serles muy dura.

La mirada de Baligán se vuelve fiera; su corazón se llena de gozo y de ardor. De su trono se alza, y erguido, grita:

-¡Barones! ¡No tardéis! ¡Salid de los navíos! ¡Ensillad y cabalgad! Si no se escapa el viejo Carlomagno, pronto hemos de vengar al rey Marsil. ¡Por la mano derecha que ha perdido, yo le entregaré la cabeza del emperador!

## CCI

De los bajeles han salido los infieles de Arabia. Después montan en sus caballos y en sus mulos. Empiezan a cabalgar, ¿qué podrían hacer mejor? Y el emir, que les puso en movimiento, llama a Gemalfin, uno de sus fieles:

-Yo te confío todos mis ejércitos.

Después, monta en su caballo bayo. Con él van cuatro duques, y tanto cabalga que llega a Zaragoza.



En un vestíbulo de mármol echa pie a tierra, y cuatro condes le sostienen el estribo. Por la escalinata sube hasta el palacio, y Abraima acude a su encuentro, y le dice:

-¡Cuitada de mí! ¡Nacida en mala hora, señor! ¡He perdido a mi señor, y con qué afrenta!

Abraima se deja caer a sus pies; el emir la levanta, y los dos suben hacia la cámara llenos de dolor.

## CCII

El rey Marsil, apenas ve a Baligán, llama a dos sarracenos de España y les dice:

Tomadme en vuestros brazos y alzadme.

Con su mano izquierda ha tomado uno de sus guantes, y dice al emir:

-Señor rey, os entrego todas mis tierras, y Zaragoza y el feudo que de ella depende. Estoy perdido y he perdido todo mi pueblo. Y el emir responde:

-Gran pena tengo por ello. Y no puedo departir con voz largamente. Sé que Carlos no me aguarda. Pero recibo vuestro guante.

Lleno de dolor, se aleja llorando. Baja las gradas del palacio, monta en su caballo, y regresa a sus tropas a fuerza de espuelas. Cabalga con tal ímpetu que se adelanta a los demás lanzando a cada instante este grito:

-¡Venid, infieles! ¡Los franceses ya se precipitan en su huida!

## CCIII

En la mañana, cuando empezó a apuntar el alba, Carlos, el emperador, despierta. San Gabriel, que le custodia en nombre de Dios, alza la mano y lo persigna. El rey se desciñe sus armas, las depone y, como él, en todo el ejército se desarman los demás. Luego montan en sus corceles, y por los largos caminos y por las sendas largas cabalgan con gran presteza. Van a ver el prodigioso daño en Roncesvalles, allí donde fue la batalla.

## CCIV

A Roncesvalles ha llegado Carlomagno. Por los muertos que él encuentra comienza a llorar. Dice a los franceses:

-Señores, id al paso. Debo ir adelante de vosotros, por mi sobrino, que quisiera volver a encontrar. Estaba en Aquisgrán el día de una fiesta solemne, cuando mis valientes caballeros se ufanaron de grandes batallas, de fuertes asaltos que libraron. Yo oí a Roldán una cosa: que si él debía morir en reino extraño, se habría adelantado a sus hombres y a sus Pares, y que se hallaría vuelto su rostro hacia el país enemigo: así, el valiente, terminaría como vencedor.

Un poco más lejos de lo que se puede arrojar un bastón, más allá de los demás, sube el emperador a un altozano.

## CCV

Mientras va buscando a su sobrino, halla en el prado tantas hierbas, cuyas flores están bermejas de la sangre de sus barones. Le viene una gran lástima y no puede contener el llanto. Bajo dos árboles ha llegado. Allí reconoce, sobre tres peñas, las huellas de los golpes de Roldán. Sobre la hierba verde ve que yace su sobrino. ¿A quién sorprenderá que él se estremezca de dolor? Baja del caballo, allá va corriendo. Entre sus dos manos (sostiene la cabeza de Roldán). Y es tal su angustia que sobre él desfallece.

## CCVI

El emperador vuelve de su desmayo. El duque Naimón y el conde Acelino, Godofredo de Anjou y su hermano Enrique, le sostienen, le alzan bajo un pino. Ve a sus pies yacente a Roldán y, con dulzura, sobre él, le dice el adiós:

-¡Roldán amigo, que Dios te perdone! Ningún hombre vio tal caballero que, como tú, pudiese acometer y ganar tan grandes batallas. Ya mi honor ha comenzado a declinar.

Carlos no puede más y desfallece.

## CCVII

El rey Carlos vuelve de su desfallecimiento. Cuatro de sus barones le sostienen con las manos. Él mira al suelo y ve yacente a su sobrino. Su cuerpo se conserva hermoso, pero ha perdido la color. Vueltos tiene los ojos, y todos llenos de tinieblas. Sobre él dice Carlos su lamento por el amor y por la fe.

-¡Roldán, amigo! ¡Que entre flores lleve Dios tu alma al Paraíso, entre los glorificados! ¡A qué mal señor has seguido en España! No amanecerá un día en que yo por tí no sufra. ¡Cómo va a decaer mi fortaleza y ardimiento! ¡Ya no tendré quien afiance mi honor: me parece no tener ya un solo amigo bajo el cielo! ¡Parientes me quedan, pero ninguno tan esforzado!

A manos llenas se arranca sus cabellos. Cien mil franceses están traspasados de un dolor muy grande; ni uno deja de deshacerse en lágrimas.

## CCVIII

-Roldán amigo, yo me iré a Francia. Cuando esté en Laon, en mi dominio privado, de todos los reinos vendrán vasallos extranjeros. Me preguntarán: "¿Dónde está él, el conde capitán?" Les diré que murió en España, y ya siempre reinaré lleno de dolor, y jamás tendré un día sin llorar y sin gemir.



## CCIX

-¡Roldán amigo, valiente, hermosa juventud! Cuando yo esté en Aquisgrán, en mi capilla, acudirán mis vasallos y me pedirán nuevas. Y yo se las diré, extrañas y duras: "¡Ha muerto mi sobrino, aquel que tantas tierras me hizo conquistar!" Contra mí se rebelarán los sajones, los húngaros y los búlgaros, y tantos otros pueblos malditos; los romanos y los de Apulla y todos los de Palerna, los de Africa y los de Califerna. ¿Quién conducirá tan valerosamente mis ejércitos, ahora que él ha muerto, él, que siempre nos guiaba? ¡Ah, Francia, cómo quedas desolada! ¡Es tan grande mi dolor que ya no quisiera vivir más!

Y se mesa su barba blanca. Con ambas manos se arranca de su cabeza los cabellos. Cien mil franceses contra la tierra desfallecen.

## CCX

-¡Roldán amigo, que Dios haya merced de ti! ¡Que tu alma esté en el Paraíso! ¡El que te ha muerto, es a Francia a quien sumió en la desgracia! Tanto es mi duelo que quisiera dejar de vivir. ¡Oh, mis caballeros, que por mí habéis muerto! ¡Quiera Dios, el hijo de Santa María, acordar que mi alma, antes de llegar a los grandes puertos de Cize, se separe de mi cuerpo este mismo día, y sea puesta entre vuestras almas, y mi carne enterrada cerca de vosotros!

Llora y se mesa la barba blanca. Y el duque Naimón dice:

-¡Grande es la angustia de Carlos!

## CCXI

-Señor emperador -dice Godofredo de Anjou-. ¡No os entreguéis tan por entero a este dolor! Por todo el campo, haced que busquen a los nuestros, que los de España han matado en la batalla. Mandad que los lleven a una misma fosa.

-Tañed vuestro cuerno -dice el rey-, para dar la orden.

## CCXII

Godofredo de Anjou ha tañido su cuerno. Los francos descienden del caballo. Carlos lo ha ordenado. A todos sus amigos que hallan muertos, los van llevando luego a una misma fosa. Hay en sus huestes obispos y abades en gran número. Hay monjes y canónigos y clérigos tonsurados. Y en nombre de Dios los absuelven y les dan la bendición. Ellos queman mirra y tomillo. A todos les inciensan gallardamente, y después con gran honor, los entierran. Luego, allí los dejan; ¿qué podrían después hacer por ellos?

## CCXIII

El emperador hace aparejar para el entierro a Roldán, a Oliveros y a Turpín el arzobispo. Ante sus ojos a los tres los ha hecho abrir. Manda poner sus corazones en un sudario de seda y encerrarlos en un blanco sarcófago de mármol. Después toman los cuerpos de los tres barones y, bien lavados con esencias y con vino, se les envuelve en pieles de ciervo. El rey llama a Tibaldo y Gebuino, al conde Milón y a Atón, el marqués:

-Conducidlos en tres carros.

Bien los cubren con lienzos de seda de Galacia.

## CCXIV

El emperador ya quiere regresar, cuando ante él aparecen las vanguardias de los infieles. De la tropa más cercana vienen dos mensajeros. En nombre del emir, le anuncian la batalla:

-Rey orgulloso. Nada te valdrá para volverte. ¡Mira a Baligán que cabalga tras de ti! Grandes son los ejércitos que él trae de Arabia. ¡Antes de la noche veremos cuán cierta es tu valentía!

Carlos, el rey, se sujeta la barba y recuerda su duelo y lo que ha perdido. Lanza a lo lejos una fiera mirada sobre toda su gente y grita con voz alta y fuerte:

-¡Barones franceses! ¡A caballo y a las armas!

## CCXV

El emperador es el primero en armarse. Con presteza se ha endosado la loriga, se ata el yelmo y se ciñe a Gozosa, de quien el mismo sol no logra menguar la claridad. Cuelga de su cuello un escudo de Biterna, y toma y blande la lanza. Después monta en Tencedor, su buen caballo: lo conquistó en los vados de Marsuna, al desarzonar y derribar muerto a Malpalín de Arbona. Suelta las riendas al caballo. Le espolea con ahínco y se lanza al galope. Le contemplan cien mil hombres. Ha invocado a Dios y al apóstol de Roma.

## CCXVI

Por todo el campo los de Francia ponen pie a tierra, y más de cien mil se aparejan a la vez. Poseen equipajes a su gusto, son vivos sus caballos, muy bellas son sus armas. Montan con gran destreza. Si es llegada la hora, ellos sabrán sostener la batalla. Penden sus gonfalones hasta rozar los yelmos. Cuando ve Carlos aquella tan gentil apostura, llama a Jocerán de Provenza, al duque Naimón y a Antelmo de Mayenza, y les dice:

-Podemos confiar en tales caballeros. ¡Bien loco será el que se arroje en medio de ellos! Si los árabes no renuncian a venir, creo cobrarme muy cara la muerte de Roldán.

-¡Que Dios nos lo conceda! -responde el duque Naimón.

## CCXVII

Llama Carlos a Rabel y a Guinemán. Así habla el rey:

-Señores, yo os lo mando. Ocupad los puestos de Roldán y de Oliveros. Que el uno lleve la espada y el otro el olifante, y cabalgad los primeros, al frente. Con vosotros quince mil de los francos, todos bachilleros, y valientes entre nuestros valientes. Tras ellos avanzarán otros tantos: Gebuino y Guinemán tendrán por jefes. Naimón el duque y Jocerán el conde formarán en bello arreo estos dos cuerpos de batalla.



Si la hora llega, la lucha será grande.

### CCXVIII

Los dos primeros cuerpos de batalla se componen de franceses. Después se establece el tercero; en éste están los vasallos de Baviera. Se estima su número en veinte mil caballeros. Por su lado no ha de flaquear ni una línea de batalla. No hay bajo el cielo gente que Carlos quiera tanto, aparte los de Francia, conquistadores de reinos. El conde Ogier, el danés, el buen guerrero, los mandará, pues es esforzada gente.

### CCXIX

Tres cuerpos de batalla tiene ya el emperador Carlos. Naimón, el duque, forma el cuarto, de barones llenos de valor. Son de Alemania, y todos los estiman en veinte millares. provistos están de buenos corceles y de buenas armas. Jamás por miedo de la muerte pondrán pies en polvorosa. Germán, el duque de Tracia, los conduce. Morirá antes que cometer cobardía.

### CCXX

Naimón el duque y Jocerán el conde han formado con normandos el quinto cuerpo de batalla. Son veinte mil, según estiman los franceses. Poseen bellas armas y veloces caballos. Morirán antes que rendirse. Bajo el cielo no hay pueblo que mejor se comporte en la batalla. Los guiará Ricardo el Viejo. El asestará buenos golpes con su tajante lanza.

### CCXXI

El sexto cuerpo de batalla está nutrido por bretones. Hay allí treinta mil caballeros. Todos cabalgan como verdaderos barones; llevan lanzas con el asta pintada, sus gonfalones al viento. Eudes se llama su señor. Él llama al conde Nevelón, a Tibaldo de Reims y a Atón el marqués:

-Guiad mi gente. Os confiero este honor.

### CCXXII

Seis cuerpos de batalla tiene ya el emperador. El duque Naimón establece entonces el séptimo. Se compone de potevinos y de barones de Auvernia. Pueden ser cuarenta mil caballeros. Buenos caballos poseen, y son sus armas muy bellas. Se forman aparte en una hondonada al pie de un otero, y Carlos los bendice con su mano derecha. Jocerán y Gaucelmo serán quienes los conduzcan.

### CCXXIII

Y el octavo cuerpo de batalla lo ha formado Naimón, de flamencos y barones de Frisa. Son más de cuarenta mil caballeros. Allí donde ellos estén no flaqueará jamás la batalla. El rey dice:

-Éstos bien me han de servir.

Ellos dos, Reinalte y Aimón de Galacia, los guiarán como buenos caballeros.

### CCXXIV

Naimón y el conde Jocerán han formado de valientes el noveno cuerpo de batalla. Son los de Lorena y Borgoña. Tienen cincuenta mil caballeros bien contados, atado el yelmo, endosada la lorica. Llevan fuertes lanzas, de astas cortas. Si los árabes no rehúsan el combate, ellos bien las blandirán cuando carguen contra ellos. Los conducirá Terrín, el duque de Argona.

### CCXXV

El décimo cuerpo de batalla lo forman los barones de Francia. Son cien mil de nuestros mejores capitanes. Gallardos son sus cuerpos, fiero su talante, floridas sus cabezas, blancas sus barbas. Van revestidos de cotas y loricas de doble tejido de mallas, y ciñen espadas de Francia y de España. Sus escudos bien labrados ostentan diversos emblemas. Después montaron a caballo y reclaman la batalla, gritando:

-¡Montjoie!

Carlomagno está con ellos, Godofredo de Anjou lleva el oriflama. Estuvo en San Pedro, y se llamaba Romano, pero ya cambió su nombre por Montjoie.

### CCXXVI

De su caballo descende el emperador. Sobre la verde hierba se postra, rostro contra tierra. Vuelve la faz hacia el sol levante, y de todo corazón invoca a Dios:

-¡Padre verdadero, guárdame en este día, Tú que salvaste a Jonás y lo sacaste del vientre de la ballena; Tú que perdonaste al rey de Nínive y libraste a Daniel del terrible suplicio de la fosa donde estaba con los leones; Tú que protegiste a los tres niños en el horno ardiente! ¡Que tu amor nos asista en este día! ¡Por tu gracia, si así te place, concédeme que pueda vengar a mi sobrino Roldán!

Acabadas sus preces, se yergue, y persigna su frente con la señal todopoderosa. Después sube a su silla sobre el veloz caballo. Naimón y Jocerán le han sostenido el estribo. Toma su escudo y su lanza tajante. Noble es su cuerpo, gallardo y de bella prestancia. Claro y confiado su rostro. Luego cabalga firme sobre los estribos. Delante y detrás suenan los clarines. Más alto que ninguno resuena el olifante. Por piedad de Roldán lloran los franceses.

### CCXXVII

Muy noblemente cabalga el emperador. Sobre su pecho, fuera de la lorica, expande su barba. Por amor a él, hacen lo mismo todos los demás: por esto se reconocerán los cien mil franceses. Cruzan, llenos de angustia, los montes y las alturas rocosas, los profundos valles, los desfiladeros. Ya salen de los puertos y de las tierras áridas. Ya entran en España y se quedan en medio de un llano.

Hacia Baligán han vuelto sus vanguardias. Un sirio le dice el mensaje:

-Vimos a Carlos, el rey orgulloso. Fieros son sus hombres; no sabrían flaquear. Armaos. Ahora mismo tendréis batalla.

-Hermosa se anuncia -responde Baligán-. Tañed los clarines para que lo sepan mis infieles.



## CCXXVIII

Por todo el ejército hacen tañer sus tambores, y sus bocinas, y las trompas, alto y claro. Echan pie a tierra los infieles para revestirse de sus armaduras. El emir no quiere mostrarse el más lento; se viste una lorica en que los paños son azulados, y se sujeta el yelmo, guarnecido de oro y pedrería. Después se ciñe la espada al costado izquierdo; en su orgullo, le han dado un nombre. El oyó hablar de la espada de Carlos, y llama a la suya Preciosa. y ¡Preciosa! es su grito de armas en batalla. Lo hace pregonar a sus caballeros, y se cuelga después, del cuello, un grande y ancho escudo. La bloca es de oro, los bordes de cristal. La correa es de buen paño de seda, con círculos bordados. Toma la lanza, por él llamada Maltet; el asta, del grosor de una maza; su hierro bastaría para cargar un mulo.

Baligán ha montado sobre su corcel. Marcules de Ultramar le sostiene el estribo. Tiene el emir ancha la horcajadura, estrechos los flancos y anchos los costados; grande el pecho y bien conformado; fuertes los hombros, la tez muy clara y el rostro fiero. Su cabellera ondulada, tan blanca como la flor de primavera; y su valentía, cuántas veces bien la ha probado. ¡Dios, qué barón, si él fuese cristiano! Pica las espuelas a su corcel; la sangre brota muy clara bajo la espuela. Toma su galope, salta un foso tan ancho que bien puede medir cincuenta pies. Los infieles gritan:

-¡Éste es el que está hecho para defender sus comarcas! ¡No hay un francés que venga a justar contra él que, quiera o no, no pierda su vida! ¡Muy loco está Carlos al no marcharse de aquí!

## CCXXIX

El emir parece un verdadero barón. Es blanca su barba, como una flor. En su ley es hombre muy sabio, y en la batalla muy fiero y denodado. Su hijo Malprimis es gran caballero. Es de alta estatura y robusto; se parece a sus antepasados. Dice a su padre:

-Entonces, señor, ¡adelante! Si vemos a Carlos bien será una sorpresa.

-Le veremos -dice Baligán-, porque es muy valeroso. Muchos anales dicen de él grandes loores. Pero no tiene ya a su sobrino Roldán; no tendrá la fuerza de resistirse a nosotros.

## CCXXX

-Bello hijo Malprimis -le dice Baligán-, el otro ayer fue muerto Roldán, el buen vasallo, y Oliveros, el valiente y esforzado, y los doce Pares que tanto amaba Carlos. Veinte mil combatientes de los de Francia fueron muertos. Todos los otros no los cambio por el valor de un guante. En verdad, el emperador regresa. El sirio, mi mensajero, así me lo anuncia. Diez grandes cuerpos de batalla se aproximan. Muy valiente es aquel que sopla el olifante. Con el claro sonido de un cuerno le responde su compañero, y ambos cabalgan los primeros al frente; con ellos quince mil franceses, de los donceles que Carlos llama sus hijos. Otros tantos le siguen. Estos combatirán orgullosamente.

-Yo os pido una gracia -dice Malprimis-: que yo dé el primer golpe.

## CCXXXI

-Hijo Malprimis -le dice Baligán-, yo os concedo lo que me habéis pedido. Iréis a acometer en esta hora a los franceses. Con vos irá Torleu, el rey persa, y Dapamor, el rey vilticio. Si podéis dar mate a su gran orgullo, yo os donaré un jirón de mis dominios, desde Cherián a Valmarqués.

-¡Gracias os doy, señor! -responde Malprimis. Se adelanta y recibe el don, la tierra que ahora pertenece al rey Florián. Jamás la podrá ver. Nunca será investido de ese feudo, ni será suyo.

## CCXXXII

Cabalga el emir en medio de las filas de su tropa. Le sigue su hijo, el de alta estatura. El rey Torleu y el rey Dapamor disponen en la misma hora treinta cuerpos de batalla. Cuentan con caballeros en grandísimo número; el cuerpo menor ha cincuenta mil. El primero está formado de los Bozanta, y el segundo de los de Milcena, de grandes cabezas; sobre sus espinazos, a lo largo de la espalda, tienen cerdas como los puercos. El tercero lo forman los de Nubia y de Blos, y el cuarto los de Brusia y Esclavonia. El quinto los de Sorabia y de Serbia, y el sexto los de Armenia y Mauritania. El séptimo los de Jericó, el octavo los de Nigricia, el noveno los kurdos y el décimo los de Balisa la Fuerte. Es una horda que jamás quiso el bien. El emir jura, por cuantos juramentos puede, por los milagros de Mahoma y por su cuerpo.

-¡Bien loco está Carlos de Francia, que cabalga hacia nosotros! Habrá batalla, si él no la esquiva. Ya nunca llevará la corona de oro.

## CCXXXIII

Después forman otros diez cuerpos de batalla. El primero, de feos cananeos; han venido de Valfrutas por el atajo. El segundo, turcos; el tercero, persas, y el cuarto petchenecos. El quinto, los sulanios y los de Avers. El sexto, de ormalandos y egeos. El séptimo, los del pueblo de Samuel, y el octavo, los de Brusa. El noveno, los de Clavers, y el décimo los de Occitana la Desierta, casta que nunca sirvió a Dios. Jamás habréis oído hablar de peores felones. Tienen el cuero tan duro como el fierro; así no tienen que curarse de yelmo ni de cota. En la batalla son recios y tozudos.

## CCXXXIV

El emir ordenó otros diez cuerpos de batalla. El primero está formado por gigantes de Malpersa. El segundo, por los hunos, y el tercero por los húngaros. El cuarto, por los de Bagdad la dilatada, y el quinto por los de Valpenosa, y el sexto, por los de Marasca, y el séptimo, por los lituanos y astrimonios, y el octavo, por los de Heraclea, y el noveno, por los de Carbona, y el décimo por los de Fronda, los de luengas barbas. Es una casta que jamás amó a Dios. Las gestas de los francos cuentan treinta cuerpos de batalla. Grandes son su ejército, donde ya suenan las trompas. Los infieles cabalgan como valientes.

## CCXXXV

El emir es muy poderoso señor. Por delante de él hace llevar un dragón, el estandarte de Tervagán y de Mahoma, y una imagen del felón Apolo. Diez cananeos cabalgan en torno, que van sermoneando en voz



muy alta:

¡El que por nuestros dioses quiera ser salvado, que les sirva y les ruegue con toda humildad!

Bajan la cabeza los infieles; sus yelmos resplandecientes se inclinan hacia la tierra. Y los franceses dicen:

-¡Pronto vais a morir, truhanes! ¡Pueda este día confundiros! ¡Vos, Dios nuestro, defended a Carlos! ¡Que en su nombre esta batalla sea ganada!

El emir es un jefe muy sabio. Llama a sus hijos y a los dos reyes:

-Señores barones, cabalgaréis en la vanguardia. Mis cuerpos de batalla los guiaréis todos; pero de éstos yo quiero retener tres de los mejores: el primero, de turcos; el segundo, de ormalandos, y el tercero de gigantes de Malpersa. Conmigo irán los de Occitana; son ellos los que atacarán a Carlos y a los franceses. Si el emperador me reta, yo he de arrancarle la cabeza de sus hombros. Y no le será dictada, ¡que bien lo sepa! ninguna otra ley.

Grandes son las huestes, bellos los cuerpos de batalla. Entre infieles y francos ya no hay monte, ni valle, ni otero, ni bosque, ni selva, que puedan esconder una tropa. Se miran cara a cara, a campo abierto. Baligán dice:

-Ahora, pues, mis infieles, cabalgad para buscar la batalla! Amborio de Oliferna lleva el pendón. Al verlo, gritan su nombre los infieles:

-¡Preciosa! -Que es su grito de armas.

Y los franceses gritan:

-¡Que este día vea vuestra pérdida!

Y gritan de nuevo con vigor:

-¡Montjoie!

El emperador hizo sonar los clarines y el olifante, que suena más claro que todos. Los infieles dicen:

-Gentil es la hueste de Carlos. Vamos a trabar una muy áspera y furiosa contienda.

## CCXXXVIII

Ancho es el llano y la comarca a los lejos se descubre. Brillan los yelmos con pedrería engarzada en oro, y los escudos, y las lorigas bordadas, y las lanzas, y las insignias sujetas a los hierros. Resuenan los clarines, y sus voces son más claras. El olifante suena muy alto el toque de embestida. El emir llama a su hermano, Canabeu, el rey de Floridea, que poseen las tierras que llegan hasta Valservé, y le muestra los cuerpos de batalla de Carlos:

-¡Ved el orgullo de Francia, la muy alabada! El emperador cabalga muy gallardo. Va detrás con esos viejos que dejaron flotar sobre sus lorigas las barbas tan blancas como la nieve sobre el hielo. Éstos bien combatirán con sus espadas y sus lanzas; ruda y encarnizada tendremos la batalla; jamás vio nadie ninguna semejante.

Muy lejos, adelante de su tropa, mucho más lejos de lo que podría lanzarse una vara desnuda, cabalga Baligán. Y grita:

-¡Venid, infieles! ¡Pues yo iré derecho!

Blande su lanza y la vuelve contra Carlos.

## CCXXXIX

Carlos el Grande, cuando ve el emir y el dragón, el estandarte y la insignia, y cuán grande es la fuerza de los árabes y cómo cubren toda la comarca, fuera del terreno que él posee, el rey de Francia exclama:

-¡Barones franceses! ¡Sois buenos vasallos; grandes batallas habéis sostenido! Mirad los infieles: son felones y cobardes. Toda su ley no les vale un denario. Si es numerosa su ralea, señores, ¿qué puede importarnos? Quien no quiera venir al instante conmigo, ¡que se vaya!

Luego azuza a su corcel con las espuelas. Tencedor salta cuatro veces, y los francos dicen:

-¡Este rey es un valiente! ¡Cabalgad, esforzados! ¡Ninguno de nosotros hemos de fallar!

## CCXL

Claro fue el día, esplendente el sol. Bellos son los ejércitos, potentes los cuerpos de batalla. Los de vanguardia se enfrentan. El conde Rabel y el conde Guinemán sueltan las riendas y espolean vivamente a sus veloces caballos. Entonces los francos se lanzan a la carrera y comienzan a dar con sus jabalinas.

## CCXLI

El conde Rabel es caballero atrevido. Hince en su corcel las espuelas de oro fino y acomete a Torleu, el rey persa. Ni loriga ni escudo resisten al golpe. Le hunde en el cuerpo su lanza dorada y lo abate muerto sobre un pequeño matorral. Los franceses dicen:

-¡Que Dios nos asista! El derecho está del lado de Carlos. ¡No debemos fallarle!



## CCXLII

Y Guinemán justa contra el rey vilicio. Le rompe toda la adarga, en donde están pintadas unas flores, le desgarró la loriga y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon, y, lloro o ría, lo derrumba muerto. A este golpe los de Francia exclaman:

-¡Golpead, barones! ¡No tardéis! ¡El derecho está con Carlos, contra la gente odiada! ¡Dios nos ha escogido para proclamar el verdadero juicio!

## CCXLIII

Malprimis monta un caballo todo blanco. Se lanza a las filas de los francos, va de uno al otro dando grandes golpes y derribando el muerto sobre el muerto. El primero entre todos, grita Baligán:

-¡Oh, mis barones, por largo tiempo os he sustentado! ¡Ved a mi hijo: es a Carlos a quien busca para juntarse con él! ¡A cuántos barones ha desafiado con sus armas! ¡Uno más valiente que él yo no lo pido! ¡Socorredle con vuestras lanzas afiladas!

A estas palabras los infieles se lanzan, asestando duros golpes. Grande es la carnicería. La batalla es maravillosa y pesada. Ni antes ni después jamás se vio otra más ruda.

Sin número son las huestes, audaces las tropas. Han chocado todos los cuerpos de batalla. Y los infieles acometen maravillosamente. ¡Dios! ¡Cuántas astas partidas por la mitad, cuántos escudos rotos, cuántas lorigas con su mallas deshechas! Cubren la tierra y la hierba verde y fina del campo. El emir invoca a sus fieles:

-¡Golpead, barones! ¡Sobre la ralea cristiana!

La batalla es dura y obstinada. Ni antes ni después se vio otra más áspera. Durará, sin tregua, hasta la noche.

## CCXLIV

Requiere a los suyos el emir:

-¡Matad, paganos; sólo habéis venido a matar! Os daré nobles y hermosas mujeres; os daré feudos, tierras, dominios.

-¡Así debemos hacerlo! -responden los infieles.

Tanto vuelan los brazos que se les rompen muchas de sus lanzas. Entonces desvainan más de

cien mil espadas. Ved la pelea horrible y dolorosa; el que esté en medio de ellos sabe lo que es una batalla.

## CCXLVI

El emperador invoca a sus franceses:

-Señores barones. Yo os quiero; tengo en vosotros fe. Por mí habéis librado muchas batallas, conquistado reinos, degradado reyes. Bien lo reconozco, y quiero daros, por soldada, mi cuerpo, tierras y dineros. Vengad a vuestros hijos, a vuestros hermanos, y a vuestros herederos, que la otra tarde en Roncesvalles fueron muertos. Bien lo sabéis; combatir a los infieles es un derecho que me pertenece.

-¡Señor, verdad decís! -responden los franceses.

Y en torno al rey se juntan veinte mil, que a una voz le juran su fe y no fallarle ni por muerte ni por angustia. Ellos sabrán bien emplear la lanza. A la hora herirán con las espadas. La batalla es maravillosamente encarnizada.

## CCXLVII

Caburga Malprimis por mitad del campo. En los de Francia está haciendo una gran carnicería. Naimón, el duque, le mira fieramente y, como valiente que es, le ataca. De su escudo, le desgarró el cuero; de su cota, le rompe los dos paños, y le hunde en el cuerpo todo el gonfalon amarillo; lo abate muerto entre otros que yacen sin número.

## CCXLVIII

El rey Canabeu, hermano del emir, espolea sin piedad a su caballo. Desnuda está su espada: el pomo es de cristal. Hiere a Naimón sobre su yelmo; se lo parte en dos mitades. Con su espada de acero le ha roto cinco lazos; de nada le sirve su almófar a Naimón; le hiende la cofia hasta la carne, y le arroja a tierra un pedazo. Rudo fue el golpe; el duque parece fulminado. Va a caer, pero Dios le ayuda. Con sus dos brazos se ase al cuello de su corcel. Si el infiel repite el golpe, es muerto el noble caballero. Carlos de Francia acude, y le socorrerá.

## CCXLIX

En gran desgracia está sumido el duque Naimón. Y el infiel se apresura a herirle de nuevo. Carlos le dice:

-¡Truhán! ¡Es por tu desdicha que te enfrentas con él!

Y en su audacia, le acomete. Le parte el escudo al infiel, se lo aplasta contra el corazón. Le rompe la cota y lo derriba muerto. La silla queda vacía.

## CCL

Carlomagno, el rey, está lleno de dolor cuando ve ante sí herido a Naimón y derramada la clara sangre del duque sobre la verde hierba. Inclinado sobre él le dice:

-Hermoso caballero Naimón, cabalgad a mi costado. Muerto es ya el truhán que os puso en tal brete.



Por esta vez le hundí en el cuerpo mi lanza.

-¡Señor -responde el duque-, a vos me confío! Si sobrevivo, nada habéis de perder.

Después, con todo amor y con toda fe, van uno al lado del otro, y con ellos veinte mil franceses.

No hay uno que no hiera y no dé tajos.

### CCLI

El emir cabalga por el campo. Va a acometer al conde Guinemán. Le aplasta su escudo blanco contra el corazón, le hace trizas los puños de su cota, le abre en dos el pecho y le abate muerto de su veloz corcel. Después ha matado a Gebuino y a Lorant, y a Ricardo el Viejo, el señor de los Normandos. Los infieles gritan:

-¡Preciosa bien vale lo que vale! ¡Golpead, infieles, que tenemos quien lleve por nosotros!

### CCLII

¡Es hermoso ver a los caballeros de Arabia, a los de Occitana, de Heraclea y de Bascla! ¡Cómo asestan golpes con sus lanzas! Y, por su parte, los francos no piensan en romper sus filas. De los franceses y de los infieles muchos han muerto. Hasta la noche la batalla es enconada. ¡De los barones de Francia cuántos murieron! ¡Qué de duelos aún hasta que termine!

### CCLIII

Franceses y árabes pelean a voluntad. ¡Cuántas astas son rotas, cuántas lanzas resplandecientes! Quien hubiese visto estos escudos destrozados, quien hubiese oído los crujidos de las blancas cotas y rechinar los escudos contra los yelmos; quien hubiese visto caer a tanto caballero, dar alaridos tantos hombres y morir contra la tierra, tendría el recuerdo de tan gran dolor. Esta batalla es fatigosa de soportar. El emir invoca a Apolo y Tervagán, y también a Mahoma:

-¡Mis señores dioses: largo tiempo os he servido! ¡Todas vuestras imágenes he de labrarlas de oro puro!

Ante él llega un su fiel, Gemalfin. Malas noticias le trae, así habla:

-Baligán, señor. Una gran desgracia ha caído sobre vos. Vuestro hijo, Malpimis, lo habéis perdido. Y Canabeu, vuestro hermano, ha sido muerto. Dos franceses tuvieron el honor de vencerles. Uno de los dos es el emperador, según yo creo. Es un barón de alta estatura, que parece un poderoso señor. Blanca tiene la barba como flor de abril.

El emir inclina la cabeza por el peso del yelmo. Su rostro se ensombrece. Sin dolor es tan fuerte que ya piensa en morir. Y llama a Jangleu de Ultramar.

### CCLIV

El emir dice:

-Avanzad, Jangleu. Sois hombre de pro, y de gran sabiduría. Siempre tomé vuestro consejo. ¿Qué os parece de los árabes y de los francos? ¿Alcanzaremos la victoria en esta batalla?

Y él responde:

-Sois muerto, Baligán. Vuestros dioses no han de poder salvaros. Carlos es fiero, sus hombres son valientes. Jamás vi raza tan atrevida en el combate. Pero llamad en vuestra ayuda a los barones de Occitana, turcos, árabes y gigantes. Venga lo que viniere, no tardéis.

### CCLV

Deja el emir sobre la cota su barba blanca como la flor del espino. Suena lo que fuere, él no quiere ya esconderse. Emboca una bocina de claro timbre y es tan alto su tañido, que sus infieles lo escuchan. Por todo el campo se juntan sus tropas. Los de Occitana braman y relinchan; los de Heraclea gañen como perros. Con qué temeridad van buscando a los franceses; lanzándose a lo más espeso, los acometen y los separan. De un golpe derriban allí, muertos, siete millares.

### CCLVI

El conde Ogier jamás conoció la cobardía. Jamás mejor barón vistió loriga. Al ver romperse los cuerpos de batalla de los franceses, llama a Terrín, el duque de Argona, a Godofredo de Anjou y al conde Jocerán. Muy fieramente exhorta a Carlomagno:

-¡Ved cómo los infieles matan a vuestros hombres! ¡No placera a Dios que vuestra cabeza ciña la corona, si vos no atacáis al punto para vengar vuestra afrenta!

No hay quien responda una sola palabra. Todos espolean fuertemente y lanzan a fondo sus caballos y acometen a los infieles donde los encuentran.

### CCLVII

Carlomagno, el rey, acomete maravillosamente. Y Naimón el duque, y Ogier el danés. Y Godofredo de Anjou, que lleva la insignia. Y mi señor Ogier el danés es valiente entre todos. Espolea su corcel, lo lanza con gran fuerza, y va a matar a aquel que lleva el dragón; con tal golpe que derriba al momento, a sus pies, a Ambrosio, al dragón y la insignia del rey. Baligán ve su gonfalon abatido, y envilecido el estandarte de Mahoma. Entonces, el emir comienza a entrever que con él va la sinrazón y con Carlomagno el derecho. Los infieles de Arabia vuelven grupas. El emperador invoca a sus franceses:

-¡Barones, decid, por Dios, si me habéis de ayudar!

-¿Por qué lo preguntáis? -responden los franceses-. ¡Felón será quien no acometa a ultranza!



## CCLVIII

Pasa el día, se acercan ya las vísperas. Francos e infieles se acometen con las espadas. Los que enfrentaron a estos ejércitos son tan bravos el uno como el otro. Y no olvidan sus gritos de guerra:

-¡Preciosa! -clama el emir.

Carlos:

-¡Montjoie! -su famoso santo y seña.

A sus voces altas y claras, se han reconocido. En medio del campo se juntan y se requieren. Se reparten grandes golpes de lanza sobre sus adargas ornadas de círculos. Uno a otro se las rompen por debajo de las anchas bocas. Los paños de las dos lorigas se desgarran, pero ninguno de ellos se llega a la carne. Las cinchas se rompen, resbalan las monturas. Los dos reyes caen. Pero se incorporan y pronto se ponen de pie. Ambos desenvainan furiosos sus espadas. Esta lucha no se trará de nuevo. Sin muerte de hombre no puede darse por acabada.

## CCLIX

Muy valiente es Carlos, el de la dulce Francia, mas el emir no le teme ni tiembla. Los dos levantan sus espadas desnudas, y sobre los escudos se dan recios golpes. Se parten los cueros y las maderas, que son dobles. Caen los clavos; las bocas vuelan en pedazos. Después, a cuerpo descubierto, se acometen sobre las lorigas. Despiden centellas sus claros yelmos. No puede acabar esta lucha sin que uno de los dos reconozca su yerro.

## CCLX

Dice el emir:

-¡Carlos, entra en razón! ¡Resuélvete a mostrarme que te arrepientes! En verdad tú me has matado a mi hijo y es muy contra derecho que reivindiques mi país. ¡Conviértete en mi vasallo, vente a Oriente como mi servidor!

Carlos responde:

-A mi entender será una gran villanía. A un infiel no le debo conceder ni paz ni amor. Recibe la ley que Dios nos revela, la ley cristiana. Al pronto te amaré. Sirve y confiesa al Rey Todopoderoso.

-¡He aquí que predicas un mal sermón! -dice Baligán-. Entonces vuelven a atacarse a golpes de espada.

## CCLXI

El emir es de gran vigor. Le da a Carlomagno sobre su yelmo de acero bruñido; se lo parte sobre la cabeza y lo hiende. La hoja baja hasta la cabellera y arranca un palmo entero de carne, o más; el hueso queda desnudo. Carlos vacila y va a caer. Pero Dios no quiere que lo maten ni que lo venzan. San Gabriel está otra vez a su lado, y le pregunta:

-Rey magno, ¿qué haces?

## CCLXII

Cuando Carlos oye la santa voz del ángel, ya nada teme. Sabe que no ha de morir, y le vuelven su vigor y sus sentidos. Con la espada de Francia golpea al emir. Le rompe el yelmo, donde centellean las gemas; le abre el cráneo y el cerebro se derrama. Le hiende la cabeza hasta la barba blanca, y sin más recurso, lo abate muerto. Grita, entonces, ¡Montjoie! a fin de que los suyos se le reúnan.

Al grito, el duque Naimón ha venido. El tiene a Tencedor, y el rey magno vuelve a montar en él. Huyen los infieles. Dios no quiere que allí queden. Los franceses han llegado al fin tan deseado.

## CCLXIII

Huyen los infieles por la voluntad de Dios. Los franceses, y el emperador con ellos, los persiguen. Dice el rey:

-Señores, vengad vuestros duelos. Haced vuestra voluntad, y que se iluminen vuestros corazones, porque he visto esta mañana a vuestros ojos llorar.

-¡Señor, así debemos hacerlo! -responden los franceses.

Y cada uno asesta grandes golpes, tantos como puede. De los infieles que allí quedan, bien pocos escaparon.

## CCLXIV

El calor es fuerte y el polvo se levanta. Los infieles huyen y los franceses los acosan. Hasta Zaragoza les persiguen. A lo alto de su torre ha subido Abraima, con ella sus clérigos y canónigos de la falsa ley que nunca amó Dios. No están ordenados ni tonsurados. Cuando ella ve a los árabes en tal rota, exclama en voz alta:

-¡Ayúdanos Mahoma! ¡Ah, gentil rey, he aquí vencidos a nuestros hombres! El emir fue muerto, de muerte afrentosa.

Cuando lo oye Marsil, se vuelve hacia el muro; sus ojos derraman lágrimas, inclina su cabeza. Ha muerto de dolor abrumado por el infortunio. Y entrega su alma a los viles demonios.

## CCLXV

Muertos (...) son los infieles, y Carlos ha ganado su batalla. De Zaragoza la puerta ha derribado; sabe que ella ya no será defendida. Toma la ciudad. Penetran las tropas. Por derecho de conquista ellas dormirán allí aquella noche. Lleno de orgullo está el rey de la barba encanecida. Y Abraima le ha rendido las torres, las diez grandes y las cincuenta chicas. Quien obtiene la ayuda de Dios, bien acaba sus tareas.



## CCLXVI

Pasó el día, cayó la noche. Clara es la luna y las estrellas brillan. El emperador ha tomado Zaragoza. Por mil franceses hace registrar a fondo la ciudad, las sinagogas y las morerías. A golpes de mazo y de hacha destruyen las imágenes y todos los ídolos: allí no ha de quedar ni maleficio ni sortilegio. El rey cree en Dios, quiere servirlo, y sus obispos bendicen las aguas. Se conduce a los infieles hasta el baptisterio, y si alguno se resiste a Carlos, el rey hace que lo cuelguen o lo quemen o lo maten por el hierro. Más de cien mil son bautizados verdaderos cristianos; mas no la reina. Ella será llevada cautiva a la dulce Francia. El rey quiere que se convierta por amor.

## CCLXVII

La noche pasa, se levanta el día claro. Carlos guarnece las torres de Zaragoza. Deja allí mil caballeros bien probados: ellos guardarán la ciudad en nombre del emperador. El rey monta a caballo; lo mismo hacen todos sus hombres. Y Abraima, que es llevada cautiva; pero él nada quiere hacerle, más que el bien. Emprenden la marcha llenos de alegría y arrestos. Ocupan Narbona a viva fuerza, y se van. Carlos llega a Burdeos la famosa. Sobre el altar del barón San Severino deposita el olifante, lleno de oro y de monedas. Los peregrinos que allá van pueden verlo todavía. Pasa el Girona en los grandes bajajes que allí encuentra.

Hasta Blaye ha conducido a su sobrino, y a Oliveros, su noble compañero, y al arzobispo, que fue sabio y valiente. En blancos féretros hizo colocar a los tres señores, en San Román: es allí que reposan los valientes. Los franceses los confían a Dios y a sus Nombres.

Por valles y por montes cabalga Carlos hasta Aquisgrán sin hacer alto en su jornada. Tanto cabalga que ya desmonta ante las gradas. En cuanto llega a su palacio soberano, ordena venir por mensajeros, a sus jueces, bávaros y sajones, lorenenses y frisonos. Llama a los alemanes, llama a los borgoñones, y a los potevinos, normandos y bretones. Y a los de Francia, que, entre todos, son sabios. Entonces comienza el juicio de Ganelón.

## CCLXVIII

El emperador ha vuelto de España. Viene a Aquisgrán, la mejor sede de Francia. Sube a su palacio y entra en la sala. Y he aquí que a su encuentro sale Alda, una hermosa doncella. Y dice al rey:

-¿Dónde está Roldán, el capitán, que juró tomarme por esposa?

Carlos está sumido en gran dolor y pena. Lloro y se mesa la barba blanca:

-¡Hermana, amiga querida! -dice-, ¿Por quién preguntas tú? Por un muerto. Haré por tí el mejor trueque: será Ludovico. No podría encarecerte algo mejor. Es mi hijo. Es quien poseerá mis comarcas.

-Vuestra palabra me es extraña -responde Alda-. ¡A Dios no le place, ni a sus santos, ni a sus ángeles, que, muerto Roldán, pueda yo vivir!

Pierde la color. Cae a los pies de Carlomagno. Y muere al punto. ¡Que Dios tenga piedad de su alma! Los barones franceses lloran y la compadecen.

## CCLXIX

Alda, la bella, ha llegado a su fin. Cree el rey verla desmayada, y se apada de ella, y llora. La toma por las manos, la levanta. Sobre los hombros cae la cabeza. Cuando Carlos la ve muerta, manda luego por cuatro condesas. A un monasterio de monjas la conducen: toda la noche, hasta el alba, la velan. En la anchura de un altar, la entierran con gran pompa. El rey altamente la ha honrado.

## CCLXX

El emperador ha regresado a Aquisgrán. Ganelón, el felón, entre cadenas de hierro, está en la ciudad ante el palacio. A un palo le amarraron los siervos. Las muñecas le ataron con correas de piel de ciervo, y le azotan fuertemente con varas y bastones. No merece otra recompensa. Con gran dolor espera allí su juicio.

## CCLXXI

Escrito está en la antigua gesta que, de cada país, Carlos manda por sus vasallos. Se han juntado en Aquisgrán, en la capilla, en el gran día de una fiesta solemne; según dicen muchos, en la del barón San Silvestre. Desde entonces comienza el juicio y he aquí la historia de Ganelón, que ha traicionado. El emperador le hace llevar a su presencia.

## CCLXXII

-Señores barones -dice Carlomagno el rey-. Juzgadme a Ganelón, según derecho. Él vino con el ejército hasta España, junto a mí. Él me ha quitado a veinte mil de mis francos. Y a mi sobrino, que ya no veréis jamás, y a Oliveros, el valeroso y cortés, y a los doce Pares; él les ha traicionado por dineros.

-¡Vergüenza sobre mí -dice Ganelón-, si de esto hago misterio! Roldán me hizo perjuicio en mis bienes y en mi oro. Por eso busqué su ruina y su muerte. Pero en que haya aquí traición, no lo concedo.

-Tendremos consejo -responden los franceses.

## CCLXXIII

Ante el rey está, de pie, Ganelón. El cuerpo tiene muy gallardo; el rostro arrebolado. Si fuese leal, se creería ver en él un paladín. Mira a los de Francia, y a todos los juzgadores, y a treinta de sus parientes que se hallan junto a él. Después grita con voz alta y fuerte:

-¡Por el amor de Dios, barones, escuchadme! Yo fui, señores, con el ejército junto al emperador. Yo le servía con toda fe y con todo amor. Roldán, su sobrino, me tomó odio y me condenó a la muerte y al dolor. Fui enviado como mensajero al rey Marsil, y, por mi astucia, pude salvarme entonces. Desafié a Roldán, el esforzado, y a Oliveros, y a todos sus compañeros. Carlos y sus nobles barones escucharon mi reto. ¡Me he vengado, pero no fue traición!

-Tendremos consejo -responden los franceses.



## CCLXXIV

Ve Ganelón que comienza un gran juicio. De sus parientes treinta están allí. Entre ellos hay uno a quien los demás atienden: es Pinabel, del castillo de Sorence. Sabe hablar bien y decir sus razones como es menester. Buen vasallo para defender sus armas. Ganelón le dice:

-Y vos, amigo, alejad de mí la muerte y la calumnia.

-Pronto seréis salvo -dice Pinabel-. Si se halla un francés que en juicio os condenare a ser colgado, quiero que el emperador, a él y a mí, nos lleve juntos a la justa, cuerpo contra cuerpo. Mi espada de acero le dará el mentís.

Ganelón, el conde, se inclina a sus pies.

## CCLXXV

Bávaros y sajones han entrado en consejo, y los potevinos, normandos, franceses, alemanes y tudescos se hallan en multitud. Los de Auvernia son los más cortesés. Por causa de Pinabel hablan en voz baja, y se dicen uno al otro:

-Conviene dejarlo como está. Abandonemos el juicio y roguemos al rey que por esta vez proclame que Ganelón es perdonado. Que Ganelón le sirva desde ahora en adelante con toda su fe y todo su amor. Roldán está muerto. Jamás podréis ya verlo. Ni el oro ni la plata pueden ya devolvérmolo. ¡Muy loco sería quien combatiere a Pinabel!

Ni uno hay que lo apruebe, fuera de Terrín, el hermano de mi señor Godofredo.

## CCLXXVI

Hacia Carlomagno retornan sus varones. Y dicen al rey:

-Señor, os lo rogamos. Proclamad libre al conde Ganelón. En adelante os servirá con todo amor y toda fe. Dejadle vivir, porque es un muy grande señor. Ni oro ni plata podrán devolveros a Roldán.

-Sois unos felones- dice el rey.

## CCLXXVII

Cuando ve Carlos que todos le han fallado, inclina la cabeza con dolor, y dice:

-¡Desgraciado de mí!

Pero he aquí que viene hacia él un caballero, Terrín, hermano de Godofredo, un duque angevino. Enjuto tiene el cuerpo, feble y esbelto. Negros los cabellos y rostro asaz moreno. No es muy alto ni muy bajo. Cortésmente dice al emperador:

-Hermoso rey y señor, no os apenéis de esta manera. Largo tiempo os he servido, bien lo sabéis. Por mis antepasados, debo yo hablar como vais a oír: aunque Roldán no hubiese agraviado a Ganelón, Roldán estaba a vuestro servicio; esto ya debe bastar para guardarle. Ganelón es un felón, en tanto que le ha traicionado. Es contra vos contra quien fue perjuro e hizo fechoría. Por esto yo juzgo que debe ser colgado y que de ello muera y que su cuerpo sea tratado como el de un felón que hizo felonía. Si él tiene un pariente que me quiera desmentir, con esta espada que ciño quiero a la hora sostener mi juicio.

-¡Bien habéis dicho! -dicen los franceses.

## CCLXXVIII

Ante el rey se ha presentado Pinabel. Grande es, y esforzado; ágil y valiente. El que reciba un golpe suyo, su tiempo ha terminado.

-Señor -dice al rey-, éste es vuestro tribunal. Mandad que no promueva tal escándalo. Aquí está Terrín, que ha juzgado ya. Yo impugno su juicio y voy a combatir contra él.

Y alarga al rey, en el puño, un guante de piel de siervo: el guante de su mano derecha.

El emperador dice:

-Buenos rehenes quiero.

Treinta parientes se ofrecen en la leal fianza. Y el rey dice:

-A mi vez yo os la tomaré.

Y los pone bajo buena guardia hasta que el derecho se manifieste.

## CCLXXIX

Cuando ve Terrín que habrá batalla, presenta a Carlos su guante derecho. El emperador da por él fianza, y luego hace traer cuatro bancos a la plaza. Allí van a sentarse los que deben combatir. A juicio de todos, se han retado según las leyes. Es Ogier de Dinamarca quien ha concertado el doble desafío. Después ellos piden sus caballos y sus armas.

## CCLXXX

Puesto que ya están prestos a enfrentarse en batalla, ambos se confiesan y son absueltos y bendecidos. Oyen sus misas y reciben la Comunión, y dejan a las iglesias grandes ofrendas. Después, los dos vuelven a presencia de Carlos. Se han calzado sus espuelas; se han revestido sus cotas, blancas, fuertes y ligeras, y sujetan, sobre sus cabezas, yelmos bruñidos. Se ciñen espadas guarnecidas de oro puro; cuelgan de sus cuellos el escudo cuartelado; empuñan con la diestra lanzas afiladas, y, por fin, ensillan sobre sus rápidos corceles. Lloran entonces cien mil caballeros, que por amor a Roldán tienen piedad de Terrín. Cuál será el fin, Dios bien lo sabe.



## CCLXXXI

Cabe Aquisgrán, la pradera es muy ancha, y allí van a justar los dos barones. Ambos son esforzados y de gran destreza y son veloces y ardorosos sus corceles. Bien los espolean y sueltan del todo las riendas. Con todo su vigor llegan ambos a embestirse. Los escudos se rompen, vuelan hechos pedazos. Las cotas se desgarran y estallan las cinchas. Se resbalan los arzones y caen a tierra las sillas. Cien mil hombres lloran, que los ven.

## CCLXXXII

Contra la tierra han caído los dos caballeros. Con presteza se ponen en pie. Pinabel es fuerte, ágil y ligero. Se requieren uno al otro. Ya no tienen sus corceles. Con las espadas de pomo de oro puro golpean y regolpean sobre los yelmos de acero. Los golpes son fuertes, para hendir los yelmos. Grande es la angustia de los caballeros franceses.

-¡Ah, Dios mío! -dice Carlos-. ¡Haced resplandecer el derecho!

## CCLXXXIII

Pinabel dice:

-¡Terrín, date! Seré tu vasallo por fidelidad y por amor! ¡A tu placer te daré mis riquezas, pero busca que el rey se avenga con Ganelón!

-No me llevará mucho tiempo tomar consejo -responde Terrín-. ¡Vergüenza sobre mí si consiento en nada de eso! ¡Que en este día Dios haga resplandecer el derecho!

## CCLXXXIV

Dice Terrín:

-Pinabel, eres muy valiente; eres grande y fuerte, tus miembros bien modelados, por tu vasallaje te conocen tus Pares. A Carlomagno lo haré avenirse. De Ganelón se hará justicia, y no pasará un día que de ella no se hable.

-¡No place así al Señor Dios! -responde Pinabel-. Yo quiero defender a todos mis parientes. No retrocederé por ningún hombre mortal. Mejor morir que ser reprochado.

Y vuelven a golpear sus espadas contra sus yelmos incrustados de oro. Contra el cielo vuelan, claras, las chispas. Separarlos nadie podría. Este combate no puede acabar sin que un hombre muera.

## CCLXXXV

De grandes hazañas caballero es Pinabel de Sorence. A Terrín le hiere sobre su yelmo provenzal. Brota el fuego, la hierba se enciende. De la hoja de acero presenta a Terrín la punta, que resbala por su frente. La mejilla derecha ha quedado ensangrentada y ensangrentada la cota, de la espalda a lo ancho del pecho. Dios le protege. Pinabel no le ha derribado muerto.

## CCLXXXVI

Terrín ve que está herido en el rostro. Su sangre cae clara sobre la hierba del prado. Golpea a Pinabel sobre su yelmo de bruñido acero, lo parte en dos, le hiende hasta la nariguera, y le hace derramar los sesos. Revuelve la hoja en la herida y lo derriba muerto. Con este golpe es ya ganada la batalla.

-¡Dios ha hecho un milagro! -gritan los franceses-. Es de justicia que Ganelón sea colgado, y los parientes que por él respondieron.

## CCLXXXVII

Cuando Terrín hubo ganado la batalla, viene hacia él Carlos, el emperador. Cuatro de sus barones le acompañan: el duque Naimón, Ogier de Dinamarca, Godofredo de Anjou y Guillermo de Blaye. El rey ha tomado a Terrín en sus brazos. Con grandes pieles de marta de su manto le seca la faz. Después arroja el manto y lo revisten con otro. Con mucha ternura, desarman al caballero. Se le monta en una mula árabe y se le conduce con alegría y con un bello arreo. Los barones regresan a Aquisgrán y echan pie a tierra en la plaza. Entonces disponen la muerte de los otros.

## CCLXXXVIII

Carlos convoca a sus duques y a sus condes, y les dice:

-¿Qué me aconsejáis hacer con éstos que he retenido? Vinieron al juicio por Ganelón, y por Pinabel se han entregado a mí en rehenes.

-¡Ni uno de ellos tiene derecho de vivir! -responden los francos.

El rey llama a Basbrún, y le dice:

-Ve y cuelga a todos al árbol del bosque maldito. Por estas barbas, donde los pelos son canos, si se escapa uno solo, eres muerto y llegado a tu perdición.

-¿Qué otra cosa puedo hacer? -responde.

Con cien sargentos se los lleva a viva fuerza. Son treinta, todos fueron colgados. Quien traiciona pierde a los otros consigo.

## CCLXXXIX

Entonces, se vuelven bávaros y alemanes, potevinos, bretones y normandos. Todos se han puesto de acuerdo, y los franceses los primeros, en que Ganelón debe morir en maravillosa angustia. Se traen cuatro corceles, y a ellos se le atan los pies y las manos. Fogosos y veloces son los caballos. Ante ellos cuatro sargentos les azuzan contra una yegua que está en medio del campo. Ganelón ha llegado ya a su perdición. Todos sus nervios se distienden, todos los miembros de su cuerpo se rompen; sobre la hierba verde se derrama su clara sangre. Ganelón ha muerto de la muerte que merece un felón probado. Cuando un hombre traiciona a otro, no es justo que de ello pueda envanecerse.



## CCXC

Cuando el emperador hubo tomado venganza, llamó a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania:

-En mi casa tengo a una noble prisionera. Ella ha oído ya tantos sermones y parábolas, que quiere creer en Dios y pide ser hecha cristiana. Bautizada para que Dios posea su alma.

Responden:

-Que le den madrinas.

En los baños de Aquisgrán bautizan a la reina de España. Le han escogido el nombre de Juliana. Cristiana se hizo por verdadero conocimiento de la santa ley.

## CCXCI

Cuando el emperador hizo justicia, y aplacada su gran cólera, hizo cristiana a Abraima. El día declina. La noche se tornó oscura. El rey se acostó en su cámara de bóveda. De parte de Dios, San Gabriel viene a decirle:

-¡Carlos, convoca a tus huestes por todo el imperio! A viva fuerza te presentarás en la tierra de Bira; socorrerás al rey Bibiano en su ciudad de Edesa, donde los infieles le han cercado. Allí los cristianos te llaman y te reclaman.

El emperador no hubiera querido ir.

-¡Dios! -dice-. ¡Qué de penas en mi vida!

Derraman lágrimas sus ojos y se mesa su barba blanca.

Y aquí termina la gesta de Turoldo.

DIRECCIÓN GENERAL

## Lecturas complementarias

## La sociedad feudal y la Edad Media

Los cantares de gesta nacen y se desarrollan en un mundo muy peculiar, regido por unas formas de poder características, que suelen englobarse bajo el término de *feudalismo*, que es la estructura política y económica de los siglos X al XIII en Francia, Inglaterra y el occidente alemán. El feudalismo ha sido definido como el conjunto de lazos personales que unen en una jerarquía a los miembros de las clases dominantes. Esta forma de dominio fue evolucionando a lo largo de la época clásica (ss. X-XIII) y tuvo un desarrollo más o menos diferente en cada uno de los territorios señalados; pero, por lo general, se mantuvo una serie de aspectos que serán considerados fundamentales y que muy pronto habían de adquirir el valor de símbolos.

En efecto, se conserva la vinculación personal entre un *señor* y un *vasallo*: el señor concede una tierra (*feudo*) o beneficio a su vasallo, que se compromete a prestar determinados servicios al señor y le asegura una fidelidad por encima, incluso, de sus propios intereses; entre vasallo y señor existe, así, un contrato de *vasallaje*; este contrato constaba de varios actos que se realizaban por ambas partes para llevar a cabo la *encomienda*. El primero de los actos es el *homenaje*, que consta de dos partes: la *inmixtio manuum* (el señor toma entre sus manos las del vasallo) y el *volo* (declaración verbal de aceptación del contrato); a veces se puede prescindir del *volo*, pero no de la primera parte, que es la más representativa. A continuación se pronunciaba un juramento de fidelidad. Generalmente, tanto el homenaje como el juramento de fidelidad se presentaba en la residencia del señor. En tercer lugar, era muy frecuente que los dos actos anteriores se rubricaran con el *osculum* ('beso').

El contrato de vasallaje tiene dos efectos: el señor pasa a tener dominio sobre la persona del vasallo, a la vez que ambas partes contraen varias obligaciones. El poder del señor implicaba respeto y obediencia, que se expresan en determinados detalles (el vasallo sujeta el estribo al señor, le da escolta en días solemnes, etcétera).

Las obligaciones de vasallo serán: ante todo, fidelidad a su señor; además, debe prestarle consejo y auxilio. Consejo, asistiendo a las cortes (*curia*) y a los juicios especiales. Auxilio, mediante el cumplimiento de un servicio militar a caballo al lado del señor, y puede estar obligado a llevar consigo un número indeterminado de caballeros, según su riqueza. El vasallo está obligado a mantener su castillo abierto al señor y a participar en sus gastos con un tributo o una ayuda pecuniaria; en casos excepcionales, el vasallo estaba obligado al pago del rescate del señor, si se encontraba prisionero; al pago de los gastos de la ceremonia de armar caballero al heredero del señor o del matrimonio de la hija mayor; y a acompañar a su señor si iba a Tierra Santa.

Por su parte, el señor debe al vasallo fidelidad y lealtad, obligándose a no cometer acciones que puedan comprometer la vida, el honor o los bienes del vasallo. A cambio del vasallaje, el señor concede protección y manutención a su vasallo. Protección defendiéndole contra los enemigos, tanto jurídica como militarmente. Manutención, alimentándolo cuando está en la corte o bien concediéndole los medios para que consiga su propia manutención; por lo general, esta obligación se resolvía en la cesión de un feudo, con las riquezas que de él se podían desprender.

El vasallo no tenía derecho a romper unilateralmente el contrato que le unía a su señor, salvo si éste abusaba de su poder hacia él: cualquier tipo de impuestos especiales o de acción que recayera sobre los súbditos del vasallo no bastaban para romper el contrato; pero si el señor, encolerizado, le daba una bofetada, en el acto quedaban rotas las relaciones.



## CCXC

Cuando el emperador hubo tomado venganza, llamó a sus obispos de Francia, a los de Baviera y a los de Alemania:

-En mi casa tengo a una noble prisionera. Ella ha oído ya tantos sermones y parábolas, que quiere creer en Dios y pide ser hecha cristiana. Bautizada para que Dios posea su alma.

Responden:

-Que le den madrinas.

En los baños de Aquisgrán bautizan a la reina de España. Le han escogido el nombre de Juliana. Cristiana se hizo por verdadero conocimiento de la santa ley.

## CCXCI

Cuando el emperador hizo justicia, y aplacada su gran cólera, hizo cristiana a Abraima. El día declina. La noche se tornó oscura. El rey se acostó en su cámara de bóveda. De parte de Dios, San Gabriel viene a decirle:

-¡Carlos, convoca a tus huestes por todo el imperio! A viva fuerza te presentarás en la tierra de Bira; socorrerás al rey Bibiano en su ciudad de Edesa, donde los infieles le han cercado. Allí los cristianos te llaman y te reclaman.

El emperador no hubiera querido ir.

-¡Dios! -dice-. ¡Qué de penas en mi vida!

Derraman lágrimas sus ojos y se mesa su barba blanca.

Y aquí termina la gesta de Turoldo.

DIRECCIÓN GENERAL

## Lecturas complementarias

## La sociedad feudal y la Edad Media

Los cantares de gesta nacen y se desarrollan en un mundo muy peculiar, regido por unas formas de poder características, que suelen englobarse bajo el término de *feudalismo*, que es la estructura política y económica de los siglos X al XIII en Francia, Inglaterra y el occidente alemán. El feudalismo ha sido definido como el conjunto de lazos personales que unen en una jerarquía a los miembros de las clases dominantes. Esta forma de dominio fue evolucionando a lo largo de la época clásica (ss. X-XIII) y tuvo un desarrollo más o menos diferente en cada uno de los territorios señalados; pero, por lo general, se mantuvo una serie de aspectos que serán considerados fundamentales y que muy pronto habían de adquirir el valor de símbolos.

En efecto, se conserva la vinculación personal entre un *señor* y un *vasallo*: el señor concede una tierra (*feudo*) o beneficio a su vasallo, que se compromete a prestar determinados servicios al señor y le asegura una fidelidad por encima, incluso, de sus propios intereses; entre vasallo y señor existe, así, un contrato de *vasallaje*; este contrato constaba de varios actos que se realizaban por ambas partes para llevar a cabo la *encomienda*. El primero de los actos es el *homenaje*, que consta de dos partes: la *inmixtio manuum* (el señor toma entre sus manos las del vasallo) y el *volo* (declaración verbal de aceptación del contrato); a veces se puede prescindir del *volo*, pero no de la primera parte, que es la más representativa. A continuación se pronunciaba un juramento de fidelidad. Generalmente, tanto el homenaje como el juramento de fidelidad se presentaba en la residencia del señor. En tercer lugar, era muy frecuente que los dos actos anteriores se rubricaran con el *osculum* ('beso').

El contrato de vasallaje tiene dos efectos: el señor pasa a tener dominio sobre la persona del vasallo, a la vez que ambas partes contraen varias obligaciones. El poder del señor implicaba respeto y obediencia, que se expresan en determinados detalles (el vasallo sujeta el estribo al señor, le da escolta en días solemnes, etcétera).

Las obligaciones de vasallo serán: ante todo, fidelidad a su señor; además, debe prestarle consejo y auxilio. Consejo, asistiendo a las cortes (*curia*) y a los juicios especiales. Auxilio, mediante el cumplimiento de un servicio militar a caballo al lado del señor, y puede estar obligado a llevar consigo un número indeterminado de caballeros, según su riqueza. El vasallo está obligado a mantener su castillo abierto al señor y a participar en sus gastos con un tributo o una ayuda pecuniaria; en casos excepcionales, el vasallo estaba obligado al pago del rescate del señor, si se encontraba prisionero; al pago de los gastos de la ceremonia de armar caballero al heredero del señor o del matrimonio de la hija mayor; y a acompañar a su señor si iba a Tierra Santa.

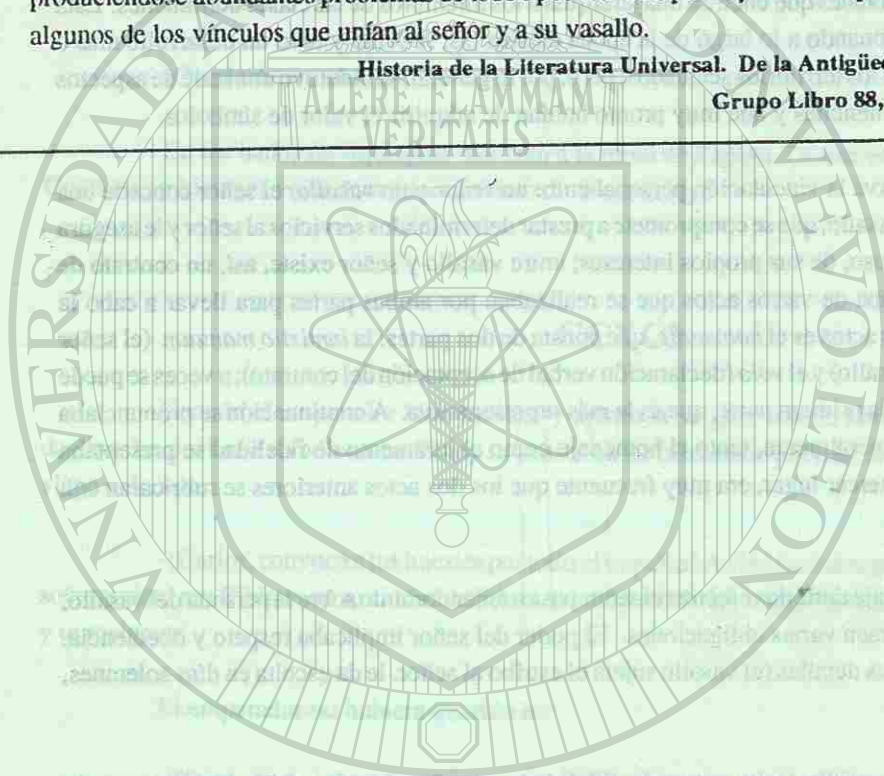
Por su parte, el señor debe al vasallo fidelidad y lealtad, obligándose a no cometer acciones que puedan comprometer la vida, el honor o los bienes del vasallo. A cambio del vasallaje, el señor concede protección y manutención a su vasallo. Protección defendiéndole contra los enemigos, tanto jurídica como militarmente. Manutención, alimentándolo cuando está en la corte o bien concediéndole los medios para que consiga su propia manutención; por lo general, esta obligación se resolvía en la cesión de un feudo, con las riquezas que de él se podían desprender.

El vasallo no tenía derecho a romper unilateralmente el contrato que le unía a su señor, salvo si éste abusaba de su poder hacia él: cualquier tipo de impuestos especiales o de acción que recayera sobre los súbditos del vasallo no bastaban para romper el contrato; pero si el señor, encolerizado, le daba una bofetada, en el acto quedaban rotas las relaciones.



Aunque el feudalismo se suele identificar con la Edad Media, tal idea es inexacta: el período clásico finaliza en el siglo XIII, pero muchos elementos subsistieron hasta la época moderna, y aun después de la Revolución Francesa pervivieron usos feudales, que ya habían perdido su simbolismo y su significado. La disolución de las ideas feudales se produjo de forma paulatina: primero, las relaciones personales dejaron de considerarse importantes y los actos vasalláticos y de fidelidad se convirtieron en meras formas sociales. Después, los burgueses llegaron a poseer feudos, equiparándose así a los caballeros y a los nobles. Las situaciones se hicieron cada vez más complejas, debido a la red de relaciones feudales que podía tener un vasallo; como consecuencia de esto, la legislación al respecto dejó de ser asequible a los profanos, produciéndose abundantes problemas de todo tipo. Por otra parte, y de forma paralela, se institucionalizaron algunos de los vínculos que unían al señor y a su vasallo.

Historia de la Literatura Universal. De la Antigüedad al Renacimiento Tomo I,  
Grupo Libro 88, Navarra, 1990, p.p. 146-147.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El vasallo no tenía derecho a transferir su feudo a otro señor, salvo si éste...  
aportaba de su feudo para el cumplimiento de las obligaciones...  
liberación del vasallo no se realizaba para cumplir el deber, sino para...  
en el caso de que el vasallo no cumpliera con sus obligaciones...

## Crítica de la Historia Pragmática

Una entrevista con Luis González y González por Tania Carreño King y Angélica Vázquez Mercado.

Existen en la historia patria mexicana una serie de mitos y mentiras que han prevalecido a lo largo de generaciones. ¿Cuáles hechos de la historia patria identificaría usted como tales?

- Todo tipo de historia se hace a partir de la realidad del pasado, pero en toda clase de historia existen algunos elementos de ficción. Hay muchas formas de hacer historia y en casi todas, en diversos grados, se cuele la ficción. Por ejemplo, en un tipo de relato histórico como es la biografía predomina de tal modo lo mítico que algunos la consideran más cercana a la literatura que a la ciencia histórica. También la historia narrativa admite ciertos elementos de ficción en calidad de adorno o para llenar lagunas en el relato.

En México la historia que más se consume es la llamada historia pragmática, que tiene como objeto hacer a los mexicanos más patriotas, identificar a cada uno de los vecinos de este territorio de dos millones de kilómetros cuadrados con algo que, de entrada, no tiene ser; con una patria a la que imaginariamente se le dotó de ser biológico que no tiene en la realidad. En la historia pragmático-política el sujeto mismo del acontecer histórico es ficticio y los acontecimientos se modifican para ajustarlos a los fines de acción que se pretenden. La historia edificante supeditó la verdad a la ejemplaridad. La que se enseña en nuestras escuelas aspira sobre todo a imponer un tipo de patriotismo y de conducta social. En este tipo de historia sólo se incluyen personas y sucesos que le favorecen a nuestro país, que lo hacen quedar bien frente a los otros países, que terminan por declarar que como México no hay dos. Este ejercicio histórico, inflamado de patriotismo, suprime verdades y mete como hechos, simples deseos de los gobernantes. La historia pragmática, patriótica o edificante suele apartarse del suceder real amparándose en el proverbio de que el fin justifica los medios.

A lo largo de toda la historia patria nos encontramos elementos de ficción, elementos míticos que tienen el propósito de afianzar el patriotismo. Hay que entender que el momento en que en México se pensó que era necesario difundir esta historia patria, esta historia de "bronce", esta historia hecha para formar buenos ciudadanos, fue después de la derrota que se tuvo frente a los Estados Unidos, la derrota del gobierno mexicano frente al gobierno de aquel país y la pérdida de gran parte del territorio. Entonces se creyó necesario hacer rápidamente historias patrias de México. El problema fue que los que hicieron estas historias muchas veces no eran historiadores profesionales o gente especialmente interesada en la historia, muchas veces fueron novelistas o poetas y se les hizo relativamente fácil inventar también personajes míticos que en alguna forma fueron ejemplos para las siguientes generaciones. Así, con toda facilidad nació de la mente de uno de estos historiadores el Pípila. Ahora, como ustedes saben, se considera al Pípila como un personaje real.

Se pueden distinguir sobre todo dos visiones contrarias de la historia de México que van emparentadas con las ideologías liberal o conservadora.

-En México se dan dos escuelas de historia edificante: la liberal y la conservadora. Los conservadores exaltan a Cortés, Iturbide, Miramón, y los liberales, que normalmente se han impuesto desde la Reforma para acá, proponen como modelos a seguir a Cuauhtémoc, enemigo de Cortés, Hidalgo que en algún momento fue enemigo de Iturbide, y Juárez contrario a Miramón.

Se ha hecho en los últimos años mucha historia documental, que si no mal recuerdo Collingwood en algún momento la llamó "historia de tijera y engrudo". Consiste en tomar ciertos testimonios del pasado, recortarlos y agregarlos a otros testimonios del pasado. Con esta mezcla se hacen desde colecciones documentales hasta



historias que son simple repetición de lo que ya dijeron los testimonios originales. Pero ahora los mexicanos del mundo universitario estamos muy orgullosos porque ya practicamos lo que se llama una historiografía científica, una historiografía que va más allá de la simple narración histórica, que va más allá de ser una historia para levantar el espíritu cívico, que aspira precisamente a reflejar el suceder real. Sin embargo, aun en esta historia científica no deja de haber ciertos elementos que son ficciones, pero en mucho menor medida que en las otras historias que hemos visto.

Hay incluso una historia que, como ustedes saben, se llegó a pensar que iba a dejar atrás a todas las otras: la "Cliometría". La "Cliometría" es historia cuantitativa, pero como de los testimonios que tenemos del pasado son muy pocos los de carácter serial, sólo se ha logrado captar a través de los numerosos aspectos muy pequeños de la realidad de otras épocas, algunos aspectos económicos, algunos aspectos de la vida demográfica, pero nada más.

Después de esto vendrán ya otro tipo de historias que abiertamente se dedican a la ficción, al mito. Entre ellas estaría la filosofía de la historia, que actualmente está en bastante descrédito. La última filosofía de la historia con amplia circulación fue el materialismo histórico, que ya no es muy respetado. Sobre este tipo de historia le cuento una anécdota: un profesor de Michoacán, que según él la practicaba, la llamaba historia lógica, es decir, partir de una idea que se tiene de la historia y a partir de esa idea ir deduciendo los acontecimientos concretos. En una ocasión yo le pregunté: "Oiga, usted hace referencia a que Hidalgo pasaba sus vacaciones en la época en que era estudiante del seminario en la Piedad y ahí se dedicaba a piroppear a las muchachas. ¿Usted encontró algún documento acerca de esto?" Y él me respondió: "Hombre, si es pura historia lógica. Mire: Hidalgo, como todos los estudiantes, tenía su periodo de vacaciones, ¿cierto? Él era de un pueblito muy insignificante que se llamaba Abasolo, entonces lógicamente no podía aguantar todas las vacaciones en ese pueblito, ¿verdad? Entonces se trasladaba a la población de más importancia cerca de su pueblo que era La Piedad, eso también es lógico. Ahora, en La Piedad usted ha visto que hay muchachas muy bonitas: entonces es lógico que a Hidalgo le hayan despertado sentimientos amorosos y les haya dicho piropos". Esto es, digamos, una forma caricaturesca de hacer historia, pero de hecho todas las llamadas filosofías de la historia son eso, un deducir los sucesos particulares de una idea general que se tiene del hombre.

La conciencia histórica que se tiene en México es por lo general la que se enseña en las escuelas, pragmática, oficial, pero también existe otra que es la historia que en general comparten los universitarios, que va desde una historia científica hasta la historiometría. Por otra parte también existe la filosofía de la historia, que sobre todo la manejan ciertos partidos políticos.

Habría que hablar sobre esta otra forma de hacer historia: la novela histórica. Hay probablemente tres niveles en la vida de los seres humanos. Uno es el nivel público, lo que cada gente hace, incluso con el interés de ser conocido por los demás, o por lo menos sin poner trabas de que sea conocido. El segundo nivel es el de la vida privada, que supone que no tiene por qué andar en boca de todo mundo. El tercer nivel es el de la vida secreta, que supone que de ninguna manera deben de saberla los demás. Bueno, la historia pública, que es la que generalmente hacen los historiadores narrativos o los historiadores científicos, cuenta con las fuentes o documentos que ha dejado sin reserva la vida pública pasada. En relación con la historia privada -que últimamente se ha puesto de moda-, en alguna forma se pueden encontrar fuentes que den a conocerla. Pero la vida secreta deja muy pocas huellas, nadie deja recibos de lo que se robó, o de lo que hizo en contra de lo aceptado comúnmente por la sociedad. La vida secreta cunde a través del chisme en el ámbito social, pero sin dejar huellas documentales. A partir de ese chisme se hace esa historia que se llama novela histórica.

En *La guerra de Galio*, de Héctor Aguilar Camín, hay muchas cosas que realmente así fueron; sin embargo, no se pueden probar. Ahora, ese tipo de novela histórica usa muchas ficciones externas, cambia por supuesto

los nombres de las personas, establece diálogos que por supuesto nadie pudo oír o captar literalmente. *Regresando a la historia patria mexicana, ¿qué otras formas de mito encuentra en la idea oficial que existe sobre el pasado mexicano?*

-Miren, una de las cosas que se debatieron a propósito del libro de texto de 1992 de Historia de México, fue que para nada se mencionaba a los Niños Héroe. Este es un buen ejemplo. Indudablemente que hubo esa batalla en Chapultepec con miembros del Colegio Militar, pero lo único que se sabe con certeza es el hecho de la muerte de cinco jóvenes. Ahora, que hayan tenido ellos estatura de héroes, es decir, que hayan tenido a la hora de su muerte un sentimiento patriótico intenso en contra de los invasores norteamericanos, de eso no se sabe absolutamente nada. El carácter heroico de estos cinco muchachos es algo que los historiadores han agregado después. Probablemente muchos de los que sobrevivieron tuvieron más esos sentimientos de heroicidad que los cinco fallecidos; sin embargo, esos sobrevivientes en general han pasado a la lista negra de la historia oficial, pues la mayor parte de ellos después fueron generales del partido conservador.

La historia patria mexicana suele dividir de forma muy simplista a los mexicanos: en héroes y villanos, en amigos de la patria y enemigos de la patria. Los que han luchado en las guerras mexicanas muchas veces lo han hecho por necesidad o como simples soldados mercenarios, otras veces lo han hecho porque fueron pescados en leva y tuvieron que combatir del lado del partido que se los llevó a los campos de batalla. Generalmente no existe un sentimiento patriótico o antipatriótico entre los actores de la historia, ese carácter lo define después el historiador. Lo mismo pasa con los grandes héroes en general: no es que tuvieran como finalidad principal el mejorar la figura de México o de su patria frente a los demás países, sino quizá tenían como finalidad alcanzar el poder por encima de todo y para alcanzar el poder se necesita justificarlo con ciertas ideas, con ciertas doctrinas. Aceptar esto no es tan grave, después de todo el ansia de poder, el ansia de fama, son sentimientos muy humanos.

*Son muy comunes los mitos que se forman alrededor de las personalidades históricas; sin embargo, también hay ciertos procesos de la historia de México que se han mitificado, ¿cuáles serían los casos más comunes?*

-Se ha mitificado sobre todo el aspecto político, porque la historia pragmática se ocupa poco de la vida material, de la vida económica y se ocupa mucho menos de los valores que le dan sentido a la sociedad, los valores culturales. Entonces, naturalmente lo que más se ha falsificado es el aspecto de la vida política en la historia.

Hay muchos procesos en la historia patria que se rodean de un aura mítica. Por ejemplo, se ha hecho creer que todos los que lucharon en la Independencia con las armas en la mano, lucharon o bien para conseguir la independencia de México de la administración española o bien para defender la supeditación de México a España. De hecho hubo intereses de otro carácter, hubo muchos levantamientos pequeños en distintas partes del país por motivos mucho más concretos. Les voy a poner un caso: el nombre del municipio donde yo nací es Marcos Castellanos. Marcos Castellanos era un sacerdote, cura de Sahuayo, que tenía unas propiedades en la orilla del lago de Chapala. Varios pequeños propietarios de esa zona sufrieron el ensanchamiento de una hacienda grande que se llamaba la Hacienda de Guaracha. Entonces, cuando surgió el movimiento de Hidalgo y las demás gentes, todos éstos le dijeron al señor cura "pues ahora es cuando debemos levantarnos para recuperar nuestras tierras". Este alzamiento -como muchos otros de este tipo- se sumó al conjunto de levantamientos bélicos que hubo en el país; pero en este caso, como en muchos otros, no existía una concepción de la lucha por la independencia del país, ni mucho menos.

Lo mismo pasa con la Revolución Mexicana, en donde se dieron distintos movimientos al mismo tiempo, incluso contradictorios. John Womack dio a conocer claramente que Zapata luchó no por imponer esos nuevos principios que se supone fueron la Revolución Mexicana, sino por devolver a su tierra las formas de vida que habían tenido en la época colonial. Es decir, dentro de lo que se llama Revolución Mexicana se luchó por razones distintas, hubo móviles distintos y también distintos movimientos y no fueron todos los que



supuestamente ganaron la revolución.

Son varios los procesos que han sido mitificados o falseados por la historia patria oficial, pragmática como hemos dicho. La construcción de esta historia ha estado en manos generalmente de los grupos liberales y por esos existe, digamos, una visión parcial. Por ejemplo, si tomamos en cuenta que la sociedad mexicana del siglo XIX era en su mayoría conservadora, podemos entender que la figura de Maximiliano era muy popular, la idea de monarquía era la que prevalecía en la concepción de gobierno que tenía la sociedad mexicana. Lo extraño, lo ajeno era la idea de formar una república. Sin embargo con el triunfo de los liberales, las concepciones conservadoras quedaron marginadas.

Habría que decir que un elemento importante de la historia patria es la construcción de símbolos. La historia mexicana está llena de símbolos que son utilizados para fortalecer el sentimiento patriótico. Lo paradójico en este caso sería que muchos de estos símbolos podríamos identificarlos con una concepción conservadora, mientras que están enarbolados por la historia liberal. Es el caso, por ejemplo, de la Virgen de Guadalupe.

*¿A qué se debe que cada época histórica construya mitos sobre su pasado?*

-Se debe básicamente a la idea que se tiene de que hay que convencer a todos los miembros de un Estado-nación de que son parte de un todo y de que por ese todo deben de pelear hasta el final, convencerlos de que son soldados de la patria dispuestos a derramar su sangre por ella. Los orígenes míticos de la historia patria que conocemos hay que buscarlos sobre todo en el siglo pasado, en donde el sentimiento nacionalista creció mucho en todas partes y naturalmente se formó este tipo de historia nacional. Ahora que los nuevos medios de comunicación y de transporte han puesto tan cerca a las gentes de unos lugares con otros, como que el sentimiento nacional ya no es tan fuerte, ya se acepta vivir, convivir dentro de un Estado-nación sin necesidad de tener que despotricar contra otras naciones. Antes una de las obligaciones de uno como mexicano era hablar mal de Estados Unidos, de Cuba, de Guatemala; ahora pues ya sabemos que vivimos dentro de una administración diferente a la de otras partes pero no por eso somos seres humanos diferentes. Tenemos una lengua y esto nos diferencia sólo en la forma de comunicación. Pero nada más. Seguimos siendo seres humanos con las mismas características de los que habitan en Suecia, en el centro de África, de Asia, etc. Es decir, ahora van imponiéndose poco a poco dos cosas: por una parte, el sentimiento de universalidad, es decir, el saberse perteneciente a esto que se llama la raza humana. Esto se ha fortalecido más últimamente. Pero también, y es curioso, se ha fortalecido lo opuesto: el saberse pertenecientes a una pequeña comunidad, a un grupo de personas que se conocen entre sí, que incluso tienen parentescos entre sí, de tal modo que ahora los factores dominantes en el sentimiento de las personas son el del humanismo y el de lo que alguna vez he llamado el "matriotismo". En este momento, estando en la Ciudad de México, nosotros nos sentiríamos más identificados, por ejemplo, no con toda la ciudad sino con el barrio en el que vivimos, por un lado, y con el mundo por el otro lado. Esto no quiere decir, por supuesto, que vayan a desaparecer los sentimientos nacionales en corto plazo, pero yo creo que sí hay una tendencia en este sentido.

*¿Cuál sería su propuesta para hacer una historia patria mexicana menos mítica, más cercana a la realidad, más humana?*

-En buena medida algo que sirve para desmitificar la historia patria es hacer más estudios de historia local, porque allí se ven los fenómenos de otra manera. La historia local sirve para deshacer muchos mitos de la historia nacional. Viendo la vida a través de pequeñas comunidades ve uno que además de estos elementos que supuestamente forman la vida nacional, existen muchos otros que de alguna forma se oponen a esos movimientos generales. Por ejemplo, yo al hacer la historia particular de mi pueblo fue cuando me di cuenta de que el movimiento de independencia no tenía estas intenciones de independizar a una nación de otra sino que obedecía a factores de carácter local. Yo creo que es muy importante darse cuenta de que se distorsiona

la vida de un país cuando se supone que todos sus miembros se comportan como si fueran un solo hombre. En una nueva historia patria deberían de incluirse bastantes elementos de historia regional dentro de la historia general del país. Por ejemplo, cuando se haga referencia, vamos suponiendo, a la guerra de Independencia, decir, bueno, los jefes más conocidos de este movimiento creían tales cosas y para realizarlas ejecutaron tales acciones, pero muchos de los que se llaman sus seguidores creían de manera diferente y la resolución de sus problemas fue de manera distinta. Hay que hacer notar las diferencias que existen en la vida histórica de México. Este país es después de todo un conjunto de sierras y valles y en cada valle se ha hecho una historia particular diferente a la del valle contiguo. Una nueva historia nacional tendría que insistir en la pluralidad del país.

Por otra parte yo pienso que los elementos más valiosos de la vida social, de la vida de los seres humanos en comunidad, son precisamente su cultura, es decir sus formas de ver el mundo, sus formas de interpretar los fenómenos naturales y sociales. Yo sí creo que se debe de tender cada vez más a una historia de carácter cultural.

Pero una desmitificación total de la historia no se puede hacer. Todos vivimos de mitos en mayor o menor grado. Se puede llegar a hacer una historia más cercana al suceder real que la que viene utilizándose en las escuelas. Es decir, se puede avanzar en esta línea de la objetividad histórica sin llegar nunca, por supuesto, a la conquista total de la verdad. Yo creo que los pasos que se están dando ahora van en el sentido de ver al ser humano en su dimensión real, no en sus proyecciones míticas hacia la grandeza o hacia la maldad absoluta. Se ha avanzado bastante al hacer, por ejemplo, historia de la vida privada; una historia no sólo de los gestos públicos, de los héroes, de los gobernantes, los sabios o los santos. Este tipo de historia ha servido mucho para tener una idea más cabal de la vida que vivimos.

González y González, Luis. "Crítica de la historia pragmática"  
(Entrevista) en Nexos 191, noviembre de 1993. pp 35-39.



## Bibliografía

### Unidad 1

- AMBROGIO, Ignazio:  
Ideologías y Técnicas Literarias.  
Trad. Antonio Sánchez Trigueros, Madrid, Akal editor, 1975.
- BARTHES, Roland, et al:  
Literatura y Sociedad.  
Trad. R. de la Iglesia, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1977.
- CHINOY, Ely:  
La sociedad.  
Trad. Francisco López Cámara, México, FCE, 1987.
- ENGELS, F:  
El origen de la familia.  
México, FCE, 1970.
- ENCICLOPEDIA BARSA, Tomos 9 y 14. México, 1986.
- ENCICLOPEDIA CULTURAL, Tomos 7 y 8, México, Unión Tipográfica Editorial Hispanoamericana, 1978.
- ESCARPIT, Robert:  
Sociología de la literatura.  
Trad. Francesc Garriga, Barcelona, Oikos-Tau, Ediciones, 1971.
- GARCÍA PELAYO, Ramón:  
Diccionario usual enciclopédico.  
México, 7a. reimp., Larousse, 1985.
- HELL, Víctor:  
La idea de cultura.  
Trad. de Víctor Martínez Moctezuma, México, FCE, 1986.
- KLINKOWITZ, Jerome:  
La literatura del futuro. (La novela norteamericana postcontemporánea y las rupturas literarias),  
Trad. Anibal Leal, Argentina, Edisar, 1978.
- LANDOWSKI, Eric:  
La sociedad figurada.  
México, FCE, México, 1989.
- LUGAN, Jean-Claude:  
Elementos para el análisis de los sistemas sociales.  
Trad. José Barrales Valladares, México, FCE, 1990.
- MORAN, Fernando:  
Nación y alienación en la literatura negroafricana.  
Madrid, Cuadernos Taurus No. 61, 1961.

- MORENO Y KALBTK, Salvador et al:  
Dinámica de las sociedades de la antigüedad.  
México, Ediciones Pedagógicas, 3a. ed., 1986.

- NORA, Simón y Alain Minc:  
La informatización de la sociedad.  
Trad. de P.G. de Pruneda y Rodrigo Ruza, México, FCE, 1992.

- SENIOR, Alberto F.:  
Compendio de un curso de Sociología.  
México, Editor Méndez Oteo.

- THOREENS, Leon:  
Historia universal de la literatura. (Inglaterra y América del Norte)  
Trad. de L. Rodríguez, México, Ed. Daimon, 1977.

(Italia y Alemania) Trad. de L. Rodríguez y J.A. Fontanilla, México, Ed. Daimon, 1977.

- TOMACHEVSKI, B.:  
Temática en Teoría de la literatura de los formalistas rusos.  
México, Siglo XXI, Editores, 3a. ed.

- WELFORD, A.T. et. al:  
Sociedad (Problemas y métodos de estudio)  
Trad. José Toro Trallero, Barcelona, Ed. Martínez Roca, 1962.

- WILSON, Edward O.:  
Sociobiology  
U.S.A., Belknap Harvard University Press, 1975.

### Unidad 2

BROM, Juan:  
Esbozo de Historia Universal.  
México, Ed. Grijalbo, 1973.

Para comprender la Historia.  
México, 8a. ed., Nuestro tiempo, 1974.

CAILLOIS, Roger:  
La cuesta de la guerra.  
México, F.C.E. (Col. Breviarios # 227) 1975.

CARR, Edward Hallett:  
¿Qué es la Historia?  
Barcelona, 6a. ed., Seix Barral, 1976.

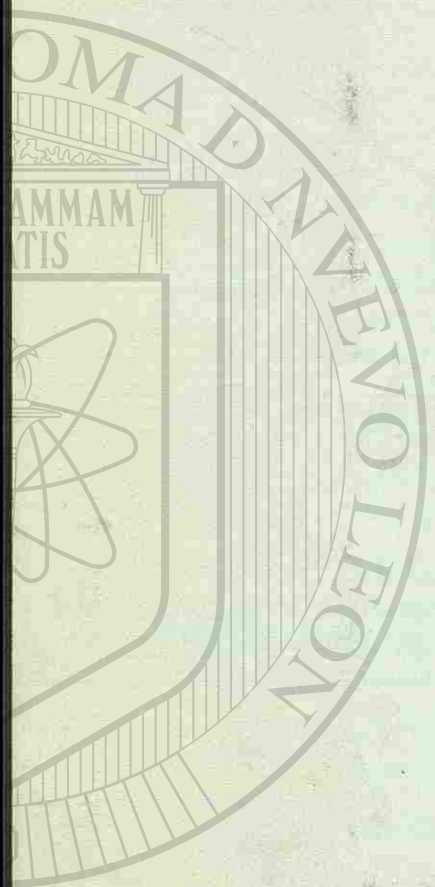
ENCICLOPEDIA BARSA.  
México, Encyclopaedia Britannica Publishers, Inc. 1981. Tomo 8.

ENCICLOPEDIA CULTURAL.  
México, Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana. 1980.









# JUAN

SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA